

Un Pastel de Tres Leches

Con Azúcar Amarga

Relato Autobiográfico



Modesto Armando Mendoza Chávez

Marzo 21, 2007

(Editado en Abril 10, 2012 y
Septiembre 30, 2015)

PREFACIO

El título, *Un pastel de tres leches*, que es el nombre de un pastel muy popular en México, se me ocurrió porque mi vida se ha desarrollado en tres diferentes países, en dos de ellos, Cuba y Estados Unidos, por el mismo período de tiempo, 32 años, y en el otro, México el actual, por 22 años en esta fecha. En el pastel de tres leches, el ingrediente principal es el mismo, pero elaborado en tres diferentes maneras individualmente, que al final forman una sola pieza. Por lo tanto, el texto está dividido en tres capítulos, cada uno de ellos correspondiente al país de su historia.

Este trabajo tiene un propósito positivo y aunque será necesario referirme a algunos hechos negativos en mi vida, trataré de evitar dar nombres de personas que fueron protagonistas o intervinieron en esos hechos. En otros casos se omiten nombres por no ser relevantes o para no incurrir en invasión de la privacidad.

El texto original tiene muchas lagunas que intencionalmente omití. Pero para conocer la verdadera historia de mi vida, también tiene que recoger más amplia información. Estas memorias, siguiendo el significado del nombre del título original, lo he nombrado “*Un pastel de tres leches con azúcar amarga*”.

Este nuevo texto no solo edita capítulos del original y primera edición, sino que incorpora al final un poema titulado *El y yo, la cereza del pastel*, al que se hace mención en el capítulo 2.

CAPITULO I

MI VIDA EN CUBA

1930 - 1962

Yo, Modesto Armando Mendoza Chávez. Nací el día 15 de Junio de 1930 en el Central Mercedes, Municipio de Manguito, Provincia de Matanzas, Cuba. Mis padres fueron Emiliano Armando Mendoza Pérez y Amelia Chávez González. Mis abuelos paternos fueron Plutarco Mendoza y Pilar Pérez y mis abuelos maternos José Miguel Chávez y Rosario González.

El Central Mercedes era una de las fábricas de azúcar conocidas como Ingenio o Central, propiedad de una compañía americana que poseía varios más en el país. Era bien conocido en la industria, por su alto rendimiento en azúcar en su proceso de fabricación. También era reconocido por su urbanización bien planificada, contrario a la mayoría de los ingenios, que carecían de ella. Contaba con escuela primaria y kínder, clínica de primeros auxilios y una farmacia. Un centro comercial amplio que se componía de una tienda de comestibles, tienda de ropa y zapatos, carnicería con equipo de refrigeración y una barbería. Además, habían dos pequeños establecimientos (bodegas) atendidos por ciudadanos chinos. Una oficina de correos y telégrafos y una capilla de la religión católica. Contaba con un centro cívico dedicado a jóvenes y niños y una logia masónica. Había un servicio de autobuses, que conectaba al ingenio con el municipio de Manguito y la ciudad de Colon, con dos salidas diarias. En épocas de zafra había una adicional por las noches.

En el ámbito social contaba con tres instituciones social-cultural.: El Liceo, constituido por miembros (asociados) de la raza blanca; el Renacimiento por miembros de la raza negra y la Sociedad Española, constituida principalmente por personas de ese origen. El Liceo y el Renacimiento, que estaban contiguos, fueron destruidos por un incendio. En el terreno que ocupaban anteriormente, fue construido solamente el Liceo, un moderno edificio de estilo colonial y ladrillos rojos, que contaba con un amplio salón de fiestas, una biblioteca y un salón para juegos de cartas y dominó, además de amplios jardines. Para el Renacimiento fue construido, aledaño a la Sociedad Española, un amplio edificio de líneas modernas, con los mismos materiales de fabricación y facilidades del Liceo. La Sociedad Española, permaneció en su edificio original de madera, compuesto de un sólo salón para todas las actividades, pero contaba con una gran extensión de jardines que permitía celebrar grandes fiestas al aire libre.

El Liceo era famoso en la provincia y ciudades cercanas, por su baile de aniversario en el mes Noviembre. Se presentaban dos orquestas musicales, una de ellas la más popular del momento, que se contrataba con un año de anticipación. Era un acontecimiento de gran gala en el que las damas estrenaban suntuosos y elegantes trajes de noche y una gran parte

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

de los hombres vestíamos atuendos nuevos. No obstante estas características, el Liceo no era una sociedad elitista ni racista.

A pesar de las costumbres de aquella época en que las razas en lo social estaban separadas, en el ingenio había una amplia integración racial en todos los otros aspectos. La convivencia era fraternal y si había alguna diferencia era personales, no racial. Ninguno de los tres centros sociales era elitista. Los tres estaban integrados por personas de todas las edades a partir de la mayoría de edad y de todos los niveles económicos que quisieran participar como asociados, mediante el pago de una módica cuota mensual. En ese ambiente crecí yo.

A los seis años comencé mi educación en la escuela primaria. Siempre me gustaron los estudios y puse todo mi empeño en ellos. A los doce años terminó mi enseñanza primaria y para continuar había que hacerlo en la ciudad más cercana con esas facilidades que era la ciudad de Colón. Eso implicaba gastos de transportación, comidas y utensilios escolares que mis padres no podían sufragar. Por suerte, una familia del ingenio que tenía hijos en la misma situación y que alojaba a una maestra sustituta de la ciudad de Matanzas, la animó a establecer una escuela superior privada. Con la aprobación de la idea por otras familias que tenían hijos en situación similar, solicitaron la ayuda de la administración del ingenio que proporcionó el local y el mobiliario. Yo soñé ser uno de sus integrantes, pero las condiciones económicas de mi familia no permitían ese gasto adicional de tres pesos mensuales. Papá trabajaba solamente cinco o seis meses al año y éramos cinco hijos. Aunque esa cantidad hoy parezca minúscula, en aquella época era el equivalente de un salario diario para mucha gente. Cabe señalar que en aquellos tiempos, el peso cubano y el dólar estadounidense estaban a la par, tenían el mismo valor.

Por fortuna, el dueño de los autobuses que también tenía la concesión de distribuir uno de los periódicos más importantes del país, me ofreció la repartición a los treinta y tantos suscriptores y efectuar la cobranza mensual, mediante el pago de dos pesos al mes, lo cual de inmediato acepté. Con esto, el sacrificio de mis padres se hizo menor y pude ser uno de los 16 alumnos que inauguraron la escuela. Posteriormente la maestra me ofreció la limpieza del local por 40 centavos al mes, lo cual redujo aún más la participación de la familia. Así logré cursar los estudios de secundaria, requisito indispensable para poder entrar al bachillerato. Esta escuela me proporcionó los conocimientos, pero como no estaba reconocida ante el Ministerio de Educación, nunca pude acreditarlos y más tarde limitaron mi acceso a la educación superior de bachillerato y posteriormente universitaria.

Cuando tenía 11 años, cursando el quinto año de primaria, algo extraño se apoderó de mí que no comprendía. Sentía una gran atracción por un muchacho que cursaba el sexto año apodado Tito. Como teníamos el mismo horario y vivía frente a mi casa, lo esperaba en el portal de su casa para ir juntos a la escuela. Yo sentía el ruido del agua que caía de la regadera de la ducha de su casa mientras se bañaba y sentía un enorme deseo de verlo cuando eso sucedía.

A los 14 años, al terminar mis estudios secundarios, me encontré de nuevo con el camino cerrado para la educación superior. Había la posibilidad de presentarme a exámenes de admisión. Si lograba pasar los exámenes, conseguir plaza sería difícil, pues la demanda

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

era mayor que la oferta y los provenientes de escuelas acreditadas tenían preferencia. Si lograba vencer todos esos obstáculos, los estudios tendrían que realizarse en la capital de la provincia o en Cárdenas, que eran las únicas que tenían escuelas de bachillerato que eran llamadas Institutos. Aunque también había escuelas privadas que proporcionaban esa enseñanza, ellas eran inalcanzables para mí. Los gastos de hospedaje y de material escolar que ello requería, independientemente de otros gastos, ni remotamente eran posibles ser sufragados por mis padres. No obstante, en los siguientes años estudié todo lo que estuvo disponible en el ingenio, como mecanografía, taquigrafía, inglés y contabilidad al nivel de lo denominado teneduría de libros, proporcionados por maestros privados.

En ese periodo mi atracción por Tito, a quien describiré más adelante, era muy fuerte y con un deseo sexual hacia él, pero en silencio y no mostrando ese deseo.

En los años precedentes, de regreso de ir a llevarle el desayuno a mi padre al trabajo, acostumbraba pasar un tiempo en la oficina del almacén de materiales, observando cómo trabajaban y haciendo preguntas. Así aprendí la mayor parte del trabajo que allí se realizaba. Un día esperé al administrador del ingenio en el camino a su casa y lo abordé solicitándole que me permitiera asistir como aprendiz sin sueldo (típico en aquellas épocas como entrada a la fuerza laboral), a las oficinas del almacén. No sé si mi osadía le causó, aparte de sorpresa, simpatía, que a pesar del sentimiento antagónico que sentía hacia mi padre por ser líder sindical, escribió una nota para el jefe del almacén, autorizando mi asistencia en esas condiciones.

Yo trabajaba un horario regular de 7 a 11 de la mañana y de 12 a 4 de la tarde, de lunes a sábados al mediodía, con toda puntualidad y entusiasmo como si me estuvieran pagando un salario. Lo que había aprendido de vista, ahora lo ponía en práctica y mis estudios, principalmente de mecanografía, me convirtieron en un empleado de gran utilidad.

Mi padre había sido un fundador del Sindicato de Obreros del ingenio y miembro destacado de su directiva durante todos sus años de trabajo, en épocas que los sindicatos eran ilegales, y sujetos a penas de cárcel por su participación. Esto y su conducta inquebrantable al defender los derechos de los trabajadores y no acceder a presiones y sobornos, como hubo casos, le crearon una gran enemistad de parte del administrador de apellido Maticena. Cuando fue nombrado administrador, mi padre estaba fungiendo como Jefe de taller, especialista de bombas y turbinas y operación de todas las herramientas de precisión, como tornos de todos tamaños, fresas, etc. Debido a su actividad sindical el administrador trajo de la ciudad de Cárdenas a un señor de apellido Castro, con categoría de personal de confianza que equivalía a cobrar el sueldo todo el año, creando una nueva plaza, para mi padre como obrero, la única que existió de esa categoría y salario, pero que no tenía el beneficio de cobrar el sueldo todo el año, sino jornal por el tiempo trabajado.

Más allá del gesto amistoso al acceder a mi aprendizaje, nunca permitió mi incorporación al sindicato “independiente” de empleados de oficina, creado por él, y cuyo secretario general era el Jefe de Oficina.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Pasado más de un año de esta situación, Hevia, el jefe del almacén que me tenía mucho afecto y que fue el que me dio con su ejemplo y sus enseñanzas mi formación profesional, comenzó a hacer gestiones para que se me concediera una retribución económica. Finalmente accedieron a pagarme por caja chica, como un gasto de taxi, la irrisoria cantidad de cinco pesos mensuales, equivalente a dos salarios mínimos al mes. Con el tiempo ese pago ascendió a diez pesos. Hevia nunca dejó de hacer gestiones por mí, y al final accedieron a concederme el salario mínimo de un obrero que realizaba labores de limpieza en el ingenio, pero solamente durante dos días a la semana, que representaba unos veinte pesos mensuales. Con el tiempo eso pasó a ser tres días a la semana y por último, a la semana completa, para un salario mensual aproximado de ochenta pesos.

Así se manifestó una de las venganzas del administrador hacia mi padre. De concederme un sueldo, automáticamente yo hubiera pertenecido al Sindicato de Empleados de Oficina y hubiera tenido acceso a escalafón, o sea, a plazas superiores en la oficina del almacén o de la oficina principal, bien durante las sustituciones por vacaciones o por vacantes o nuevas plazas, cuando esto ocurriera. El sindicato tenía una regla que para pertenecer a él, había que tener plaza, y esa plaza no estaba dispuesta a crearla para mí. No obstante, durante mi tiempo de permanencia en ese trabajo, otras plazas fueron creadas para otras personas de las simpatías de la administración, inclusive en mi centro de trabajo. Mi trabajo, por su importancia, era el correspondiente al del siguiente al subjefe, porque incluía la mecanografía. Sin embargo, cuando era la época de vacaciones, los otros empleados que estaban debajo de mí en categoría de trabajo cobraban el sueldo del inmediato superior y uno de la oficina general pasaba a laborar en la plaza que quedaba vacante. En esos casos, yo no obtenía ningún beneficio. Era un círculo vicioso en el cual yo nunca entraba a formar parte del juego.

Durante este periodo, me fui incorporando a un grupito de amigos al cual pertenecía Tito y nuestra amistad se fue convirtiendo en una atracción sexual por parte de ambos, pero sin manifestarse corporalmente. Ese fue el periodo más difícil de mi vida, pues no comprendía lo que me estaba sucediendo. Yo al igual que los demás, sentía atracción también por el sexo femenino, para quienes era muy atractivo, incluso con mujeres mayores que yo. Íbamos a fiestas y a burdeles y no sentía ninguna inclinación por las cosas del sexo femenino, como juegos o vestimentas, etc. ni era afeminado, como pasaba con Oscarito. ¿Pero que era yo ¿En aquellos tiempos la homosexualidad era tabú. Si se descubría en un hombre, pedía todo respeto y consideración por parte de la sociedad y era despreciado por su propia familia. Bajo ese terror vivía yo.

A los 17 años, algo aconteció que marco mi vida. La relación y atracción entre Tito y yo era cada día más fuerte hasta que un día se materializó físicamente. Estábamos en la biblioteca de la Sociedad Liceo, sentados en sillas contiguas, mirando una revista. Tito tenía su brazo izquierdo por detrás de mi cuerpo, descansando sobre la parte superior de mi espalda y con su mano derecha pasaba las hojas que leíamos. A su vez, yo permanecía con la mano izquierda sobre la mesa, mientras mi brazo derecho permanecía sobre mi pierna. Esta posición creaba un espacio vacío en la parte inferior de nuestros cuerpos y un roce de nuestras piernas se producía. Nuestra respiración era jadeante y nuestras manos temblaban. Mi brazo derecho quedaba debajo de la mesa y descansaba sobre mi muslo. En un arranque de pasión, no pudiendo evitar por más tiempo el deseo de acariciarlo, deje posar mis dedos

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

sobre su muslo, con un gran temor que me rechazara, lo cual no sucedió. Envalentonado por esa aceptación, seguí deslizando mis dedos por sus muslos sin que él hiciera ninguna indicación de rechazo, hasta llegar a sus órganos genitales, los cuales mantenían una viril y fuerte erección. Solo segundos duro aquella satisfacción. Un pánico se apoderó de mí y a toda prisa me levante y corrí hacia mi casa. El terror a que se divulgara lo que había sucedido y sus consecuencias me invadía.

Yo evadía a Tito y temía cuál sería su reacción al enfrentarnos. Un día, entrando en una calle desde lugares opuestos no pudimos evitar el cruzarnos. Yo temía pero no pude evitar mirarlo de frente y él me envió una sonrisa, como diciendo, "¿qué? no pasó nada". Desde ese día fuimos más que amigos, en silencio, pero disfrutando ambos de una experiencia sexual que desconocíamos pero que nos producía una gran satisfacción. Ninguno tenía una explicación para lo que nos estaba sucediendo, ni podíamos obtenerla de nadie. Durante los siguientes cinco años en que yo me fui a trabajar a la Habana, ambos disfrutamos de una relación bisexual, sin que nunca se produjera un acto de penetración.

Desde la fundación de la capilla de la Iglesia Católica en el ingenio y mi Primera Comunión, siempre fui un ferviente devoto y participante de las actividades religiosas, asistiendo a los rezos diarios del rosario y a la misa mensual, en la cual ayudaba al sacerdote itinerante. En una ocasión este me invitó a estudiar para sacerdote, lo cual yo decliné, pues si bien tenía la vocación, no consideraba que el estilo de vida del sacerdocio era para mí. Muchas personas en el curso de mi vida me han criticado por no haber utilizado esa oportunidad para avanzar en mis estudios y después no ordenarme, como hacían muchos. No me arrepiento de mi decisión, la traición nunca ha tenido cabida en mi actuación, orgullosamente, herencia de mi padre.

En 1950 fui invitado por el hermano del administrador del ingenio, católico ferviente, a ingresar a la organización de los Caballeros de Colón, que había constituido un Consejo en la ciudad de Colón, denominado Cristóbal Colón 3333. A pesar de que desconocía esa organización, los preceptos en que está fundada de caridad, fraternidad, unión y patriotismo, que corresponden a grados, y su sistema operativo de secreto, tras múltiples invitaciones me indujeron a pertenecer a ella, para lo cual había que someterse a unos ritos de iniciación. Desde mi iniciación en el primer grado, sentí una gran emoción por sus valores y principios. Meses después sucedieron los de segundo y tercer grado, que fueron una gran enseñanza en mi formación espiritual y personal. En esa ocasión, casualmente conocí a un alto directivo de la organización, que participaba con un grupo encargado del ritual de investidura de los grados, quien me invitó para cuando fuera a La Habana, visitara el Consejo San Agustín en el Vedado, al cual él pertenecía. Mi interés en los Caballeros de Colón creció con la asistencia a sus sesiones mensuales en la ciudad de Colón.

No conforme con el curso que llevaba mi situación laboral y mi interés en continuar mis estudios, todos los años cuando tomaba mis vacaciones, me iba a La Habana y trataba de conseguir un empleo. En las vacaciones de Octubre 1951, durante mi visita a La Habana, decidí visitar el Consejo San Agustín en un día de su sesión semanal. Fue una agradable sorpresa encontrar al Sr. Valmaña, el señor que había conocido en Colón. Muy amablemente me invitó a participar en la sesión y me introdujo a los miembros asistentes.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Me invitaron para que durante mi permanencia en La Habana continuara asistiendo a las sesiones. Yo tenía la impresión, no sé porque, que Valmaña era médico. En la segunda visita le solicité una charla personal, e inmediatamente me condujo a una oficina privada, donde le hablé de mis ambiciones de conseguir un empleo en La Habana y poder continuar mis estudios, así como de mis limitaciones en el ingenio por las razones más arriba mencionadas. Antes de despedirnos para asistir a la sesión del Consejo, me entregó una tarjeta de visita, indicándome que al día siguiente, después de las tres de la tarde, fuera a verlo a la dirección que aparecía en la tarjeta. Por motivos de delicadeza, la guardé sin leerla.

Terminada la sesión nos despedimos y yo tomé un autobús para dirigirme a la casa de huéspedes donde estaba alojándome. En el trayecto, extraje la tarjeta y cuál no sería mi sorpresa al leer, “Rogelio Valmaña Mujica, Administrador, Banco Continental Cubano”, y la dirección. El corazón me dio un salto. Se abría una oportunidad que yo había buscado y no encontrado antes. Al día siguiente me dirigí al Banco, llegando a la hora indicada y mi visita le fue anunciada. Inmediatamente me hizo pasar a su oficina y después de los saludos habituales, tomo el teléfono y pidió a alguien que viniera a su oficina. Al éste llegar le dijo, “esta es la persona de quien te hablé, hazle un examen”. El señor a quien me introdujo era el Jefe de Personal del Banco. Pasamos a sus oficinas y después de completar una solicitud de empleo y evaluarla, me invitó a hacer un examen de conocimientos y aptitudes. Terminado éste, me acompañó de regreso a la oficina de Valmaña y le dijo que estaba aprobado. Valmaña me dijo que en esos momentos no había ninguna plaza disponible, pero que podía estar seguro que la primera que hubiera, sería para mí.

Me despedí de Valmaña con un enorme agradecimiento por lo que había hecho por mí, aunque el resultado no fuera inmediato. Sin embargo, estaba consciente que una vez que regresara al ingenio, las posibilidades de trabajar en el banco disminuían considerablemente. En aquellos tiempos ese trabajo era altamente codiciado y lógicamente, el Jefe de Personal tendría una serie de compromisos, que estando cerca, podrían estar haciendo gestiones continuas y ser complacidos antes que a mí, cuando una oportunidad se presentara.

El día 27 de Enero de 1952 cuando estaba trabajando en el almacén como de costumbre, recibí un aviso de la oficina principal, que tenía servicio telefónico de larga distancia, que de la Habana me estaban llamando sin saber quién, pero que reclamara la llamada a la operadora. Me trasladé inmediatamente allá, pensando que únicamente podía ser de alguien de la familia para avisar de alguna novedad. Al reclamar la llamada, quedé sorprendido que era Néstor, un amigo del ingenio estudiando en La Habana, quien vivía en la casa de huéspedes donde yo me alojaba cuando iba allá. El sabía de mis gestiones en el banco, y me llamaba para avisarme que me habían solicitado acudir al banco, donde tenían una oferta de empleo para mí. Creo que por poco me desmayo. Había llegado lo que tanto ansiaba y un miedo me abatió, tendría que tomar la decisión más importante de mi vida y eso me asustaba.

Tomar una decisión no era fácil. Con el salario que ganaba, contribuía por lo menos con la mitad al gasto familiar, lo que representaba aproximadamente un 50% adicional a lo que ganaba papá en el año. Al aceptar el trabajo del banco, inmediatamente cubrirían mi

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

posición con un empleado del Sindicato de Empleados de Oficina o crearían una nueva plaza y si tenía que regresar, tendría que optar por el empleo que oficialmente yo desempeñaba, que era el de limpieza en los jardines del ingenio. Por otra parte, en La Habana no sólo tendría los gastos de la casa de huéspedes, sino otros como transporte, ropa, etc. Suponiendo que el sueldo fuera suficiente para esos gastos, era obvio que no me alcanzaría para ayudar a la familia.

En ese momento no comenté nada con mi jefe o con mis compañeros. Cuando terminó mi turno y regresé a casa, les conté a mis padres lo sucedido. Mamá, aunque no se opuso, coincidió con los temores que yo tenía, yo creo que más por el temor de que “uno de sus pollos se le saliera fuera del ala”, como decía Fina mi tía. Papá, hombre de retos, analizó los pros y los contras, pero me dijo que yo era el que tenía que tomar la decisión y que cualquiera que esta fuera, él me apoyaría. Fui a ver a Hevia, mi jefe, que vivía frente a mi casa, y aunque se alegraba por mí, me exponía los mismos temores que yo tenía. Fui a pedir consejo a mi tía Paulita y su esposo Mario, y los dos pensaban igual. Esa tarde la voz corrió como pólvora. Cuando fui al Liceo, los amigos me abordaron y todos temían lo mismo, era un riesgo grande. Sólo hubo uno, el empleado que habían enviado al almacén para una plaza nueva, íntimo amigo del Jefe de Oficina, que me tenía un gran afecto, quien me dijo tajantemente, “Vete”. Él mejor que nadie conocía mi situación con respecto al trabajo y mis posibilidades de futuro y también intuía la relación con Tito, pues él era homosexual.

Yo sabía que una oportunidad similar jamás se me presentaría. Que todos mis sueños y aspiraciones estaban en juego y que mi porvenir en el ingenio no tenía nada de halagador, así que tomé la decisión de aceptar el reto. Las leyes laborales vigentes en Cuba en aquella fecha, preveían que un empleado podía obtener un permiso de ausencia por seis meses y si regresaba dentro de ese tiempo, tenían que reponerlo en su plaza, aunque en mi caso, seguramente no sería en la oficina del almacén, sino limpiando jardines o peor aún, limpiando los inodoros públicos, como oficialmente contaba en los récords. Así que solicité el permiso, obtuve mi liquidación y con el dinero que obtuve de ello y algo que tenía ahorrado, el día 28 por la noche me trasladé a La Habana a enfrentarme con mi destino. Al día siguiente fui al banco a hablar con Valmaña, quien me confirmó la oferta y me envió al Jefe de Personal para que me explicara los detalles. Ya estando en el banco, comprobé que efectivamente la mía era la primera plaza disponible desde mi entrevista en Octubre pasado. Valmaña había cumplido su palabra.

Se me explicó, que de acuerdo con las reglas aprobadas con el Sindicato, cuando se producía una vacante entre los empleados (no incluido el personal de confianza) era obligatorio correr el escalafón por antigüedad, comenzando con uno de la categoría inferior a la cual vacaba. Esto originaba una cascada hasta dejar vacante la de la última categoría, que era de mensajero interior (Office boy). El empleo estaba condicionado a un período de prueba de 6 meses, durante el cual, en cualquier momento podía ser despedido sin justificar causa. El sueldo sería de cincuenta y cinco pesos mensuales. Si pasaban seis meses y un día, automáticamente se consideraba empleado fijo y su sueldo sería el de la primera categoría superior, equivalente a ochenta y cinco pesos mensuales. Cabía la posibilidad, que si dentro del período de prueba vacaba una plaza, y si la administración lo consideraba conveniente, el empleado a prueba podría pasar a ocupar la plaza inmediata superior que quedaría

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

vacante, antes de terminar su período de prueba. El riesgo era grande. El sueldo malamente me alcanzaría para pagar la casa de huéspedes y la transportación, así que todos los gastos adicionales, tendría que cubrirlo con mis escasos ahorros durante los próximos seis meses y mi vida tenía que ser muy austera para que me alcanzaran. Pero tenía una gran confianza en mí mismo y en Dios. Esos fueron mis pilares durante todo el tiempo que duró esa provisionalidad.

Fui asignado como mensajero de la presidencia donde mi desempeño fue acogido con satisfacción y todos amablemente me ayudaron a conocer la rutina del trabajo. El banco en esos momentos estaba en un plan de expansión y a los tres meses se produjo otra vacante en una categoría superior. No tuve dificultad en que me ascendieran a la categoría inmediata superior sin haber cumplido mi período de prueba, con un sueldo de ochenta y cinco pesos mensuales. Lo había logrado, ahora era empleado fijo y las oportunidades lucían brillantes hacia delante. El joven que vino a ocupar mi plaza, resultó ser un “hermano” de los Caballeros de Colón a quien ya conocía. Era el hijo del Secretario de Estado del Consejo Supremo de los Caballeros de Colón, un abogado de renombre. Esta información pone de manifiesto como Valmaña antepuso mi ingreso al banco al del hijo de una persona tan allegada e influyente. Mi agradecimiento es eterno.

En mi nueva categoría fui asignado al Departamento de Contabilidad donde me fue fácil desenvolverme debido a mis conocimientos en esa materia. Poco tiempo después, me pasaron con una categoría superior al Departamento de Préstamos, ahora ganando noventa y cinco pesos mensuales y ahí verdaderamente se inició mi carrera bancaria. En Cuba, diez años después, al renunciar para emigrar, había alcanzado la posición de Sub-Gerente y al jubilarme en Estados Unidos, la de Vicepresidente.

Mi mudanza a la Habana, rompió la relación entre Tito y yo. Supe que se casó y tuvo hijos. Lamentablemente murió en un accidente aún muy joven. La atracción por personas del mismo sexo, continuo manifestándose, pero también hacia el sexo femenino, El temor de que aquello se conociera y toda mi vida se derrumbara, me aterrorizaba. Tuve enamoradas y novia formal, con intenciones de matrimonio. Pensaba que al casarme esa atracción hacia los hombres desaparecería y que mi problema era falta de sexo con mujeres, pues las relaciones con prostitutas no me satisfacían.

En el mes de Agosto de ese año de 1952, mamá tuvo que venir a La Habana para extirparse una verruga próxima a su ojo derecho, que hacía tiempo se le había reventado y corría el riesgo que se convirtiera en un cáncer. En esos momentos yo ya estaba fijo en el banco y ganando ochenta y cinco pesos. Le expuse a mamá la posibilidad de que con lo que pagaba de casa de huéspedes podríamos alquilar una casa, mudarse toda la familia para La Habana y estar juntos de nuevo. Con el crédito que otorgaba el ingenio para subsistir durante los meses de inactividad, convertido en efectivo en lugar de mercancías, podrían cubrirse los gastos de alimentación. Gladys que cosía y bordaba y era una especialista en ropa de niñas, ya tenía clientas en La Habana a quienes les hacía trabajos desde el ingenio, podría aumentarnos clientela y así contribuir más ampliamente a la bolsa familiar, al igual que yo con parte de mi sueldo además del alquiler. Por otro lado, mis hermanos Carlos y Alexis, que ya estaban en edad de trabajar, podrían conseguirse algún empleo que también les permitiera cooperar. Y otra ventaja, quizás la que más me interesaba, era que mi

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

hermano René, que tenía 14 años, pudiera continuar sus estudios superiores y no tuviera la frustración que yo tuve. Quería que él tuviera todas las oportunidades que yo no había tenido. Él siempre fue para mí, no sólo mi hermanito menor, sino como un hijo.

Mamá con entusiasmo aprobó el plan, no solo porque era lógico, sino como decía Fina mi tía “por tener todos los pollos debajo del ala”. Le pasamos un telegrama a papá al ingenio para que viniera a La Habana, lo cual le hizo pensar que mamá tenía algo grave. Papá comprendió los razonamientos y siendo un hombre de retos, también estuvo de acuerdo y aprobó el plan. Salimos a conseguir una casa dentro del presupuesto y rápidamente encontramos un departamento pequeño, cerca de la casa de mi abuela Charito. Papá y mamá se regresaron al ingenio para embarcar algunos muebles y lo demás necesario, y en pocos días, todos los pollos estábamos debajo del ala de la gallina, resguardados por el gallo. Que felicidad tan grande sentíamos todos. No importaban las incomodidades de tan poco espacio donde vivir siete personas. A la hora de dormir, cuando se abrían camas y catres por doquier, no existía espacio para caminar. No quedaba mucho dinero para entretenimientos, como ir al cine. Pero si no íbamos todos, no iba ninguno. Vivíamos en una calle cerrada que obligaba para salir a la calle principal, pasar en frente de casi todas las casas de la cuadra, donde los vecinos acostumbraban por las noches estar sentados en los portales. Carlos, Alexis y yo, éramos tres jóvenes apuestos y bien parecidos. Estábamos acostumbrados en el ingenio, los sábados y domingos por la noche, vestarnos elegantes, bien para ir al Liceo o a Colón algunas veces. Esa costumbre también se practicaba en La Habana. Muchas veces no teníamos dinero, pero nuestro orgullo no nos permitía que nos vieran los vecinos, metidos en la casa. Nos vestíamos elegantes, de traje, cuello y corbata o guayaberas y pasábamos en frente de los vecinos como si fuéramos a una fiesta. En realidad, como no había dinero ni para el transporte, nos íbamos caminando a darle la vuelta a la ciudad, lo que nos llevaba el tiempo necesario para regresar, caminando por supuesto, cuando ya todos estaban durmiendo. Con que alegría hacíamos esos tours, riéndonos del engaño que les estábamos haciendo a los vecinos.

En el año 1953, un compañero del banco me informó que se había fundado una nueva universidad, de la cual él era profesor de Economía Política en la facultad de Contabilidad. Esa nueva institución nombrada Universidad José Martí, había sido organizada por un grupo de profesores disidentes de la Universidad Masónica y estaba ofreciendo exámenes de admisión para el curso 1953-1954 próximo a comenzar. Tres compañeros y yo, decidimos presentarnos a ese examen y fuimos aprobados. Cursé los dos primeros años en la sesión nocturna en los cuales el alumnado creció y todos estábamos muy felices. La Universidad Masónica había puesto una demanda judicial contra la nueva universidad y a mediados del curso 1956-1957 la Corte dictaminó su clausura. La Universidad Masónica consideró válidos los estudios realizados y aprobó nuestra incorporación a esa universidad para continuar la carrera. Yo acepté la oferta, pero quedé decepcionado con el cambio y me di de baja. Poco tiempo después la Universidad Masónica también dejó de funcionar. Una vez más mis estudios se vieron interrumpidos.

Después de estar viviendo en el departamento por más de un año, se desocupó una casa más grande en la misma cuadra y como el ingreso era mayor por mis aumentos en el banco y de las clientas de Gladys, nos mudamos a ella. Yo me había hecho novio de la hija del dueño de la casa y por conflictos familiares se terminó la relación. Era difícil la

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

situación y mamá decidió mudarnos, y así lo hicimos. Juntos todos estuvimos viviendo, hasta que yo contraí matrimonio.

Al amparo de la privacidad que produce una gran ciudad, mi homosexualidad fue manifestándose más frecuentemente, pero nunca en la forma sentimental que se había producido con Tito y ahora era en forma activa, ya que yole resultaba muy atractivo,

tanto al género masculino como al femenino. Esta experiencia me hizo creer que mi

Homosexualidad se debía a falta de relaciones sexuales con mujeres, ya que las relaciones con prostitutas no me satisfacían y que yo no procuraba.

En 1955 conocí a Nenita, que era amiga de Aleida, una novia que tenía Alexis, que también había terminado una relación con un muchacho amigo del novio de una de sus hermanas. En una cita ciega, fuimos a un baile en el cual la pasamos bien, pero no hubo un enamoramiento inmediato por mi parte. Mi prima Eneida vivía en una casa detrás de la de Aleida y como yo la visitaba muy a menudo, Nenita que vivía casi enfrente, cuando sabía que yo estaba allí, o porque Aleida le avisaba, venía a visitarla. Así fue creciendo una amistad. Con el tiempo nos hicimos novios y la relación se formalizó e hicimos planes para casarnos, los que se concretaron el sábado 20 de Julio de 1957 en la Iglesia de San Juan Bosco en La Víbora. La boda civil se celebró el día anterior. Alquilamos un lindo departamento a corta distancia de las casas de las familias de Nenita y de la mía, por lo que nos visitábamos, bien con unos o con otros, muy frecuentemente.

Nuestra relación sexual fue normal como la de cualquier otra pareja y yo pensé que el matrimonio me curaría de mi bisexualidad. Pero no resultó así. Aunque había atracción por el mismo sexo, era más fuerte la que sentían otros hombres por mí, y su práctica me satisfacía. Otro motivo de confusión. Fui aceptando la idea de que yo era bisexual, no importaba si en forma activa o pasiva y eso no lo podía cambiar nadie, ni Dios, o Él no quería que lo cambiara. Hice todos los esfuerzos por romper esa adicción. Rece innumerables rosarios, hice promesas de todos tipos pero nada cambiaba. Estuve en terapia con psicólogos y psiquiatras, que me explicaron que la homosexualidad no es ninguna enfermedad y que no se sabe cómo se origina, pero que no es cambiable y me ayudaron a vivir con ello.

Nenita quedó embarazada prontamente, pero lamentablemente en los primeros días del mes de septiembre tuvo un aborto espontáneo con cinco semanas de gestación. Aquello fue un duro golpe para ambos pues estábamos muy ilusionados con nuestro primer hijo. Para Nenita fue peor pues se hizo a la idea que nunca podría tener hijos, lo que se convirtió en una obsesión. El ginecólogo que la atendía le hizo pruebas y le aseguraba que ella estaba perfectamente bien y no tenía ningún impedimento de quedar embarazada nuevamente. Esta situación duró varios meses.

Benet, el presidente del Banco Continental Cubano, quien había sido traído de otro banco por el dueño, había iniciado un gran plan de crecimiento y nuevas actividades en las que el nuestro no tenía casi o ninguna participación. Había puesto al banco en muy cercana competencia con el banco del cual él provenía, que era el mayor de los bancos cubanos. En esa reestructuración, habiendo reconocido mi labor como Segundo Jefe, actuando como Jefe del Departamento de Préstamos por los últimos dos años, me ascendió a Jefe del

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Departamento en propiedad, con un aumento de sueldo. Ya me había encomendado algunas tareas específicas y yo le había respondido y me demostraba una gran confianza en mi capacidad. Después de la boda, Benet ordenó una reestructuración del departamento de préstamos, dividiéndola en dos secciones, una de préstamos sin garantía específica y otra de préstamos garantizados, a mi cargo, con el título de Sub-Gerente y un aumento de sueldo de cien pesos, equivalente a la misma cantidad en dólares, una cantidad considerable en aquella época.

En Enero de 1958 el banco había financiado a un cliente una gran operación de compra de garbanzos del Estado de Sinaloa en México, que ascendía a un millón de dólares, una cifra astronómica en aquellos tiempos. Esa operación tenía varios riesgos pues estaba beneficiada por una exención de impuestos de importación por un corto período de tiempo. Los embarques se tenían que producir en varias etapas, hacer pruebas de calidad del grano y verificar que la fumigación se hiciera oportuna y efectiva, pues ese grano es muy susceptible a plagas. Los barcos tenían que llegar al muelle a cargar y zarpar en las fechas estipuladas, para llegar a Cuba dentro del tiempo requerido. Benet quería que hubiera un representante del Banco presente para verificar que todo se efectuara como era debido.

Para mi sorpresa, Benet me llamó a su oficina y me informó que él quería que yo fuera quien se encargara de aquella misión. Yo le dije que yo no conocía nada de aquellas cosas, pero él me contestó, que lo sabía, pero que también sabía que yo lo podría hacer. Le ofrecí todo mi empeño en lograr el objetivo y no defraudar su confianza en mí y se hicieron todos los preparativos de viaje y asesoramiento al respecto. Benet me ofreció que podía llevar a mi esposa, con todos los gastos pagados por el banco para ambos, y que cuando terminara mi trabajo que se suponía fueran unos diez días, podíamos quedarnos en México el resto de los días hasta un mes, de vacaciones, con todos los gastos pagados. Aquello levantó ronchas y reclamación por la gente del Departamento Internacional, gente que Benet había traído del otro banco, pero él no cedió, y en la fecha adecuada, en los primeros días del mes de Febrero viajamos a la ciudad de México, para al siguiente día continuar a Mazatlán desde donde se efectuarían los embarques.

Consulté con el ginecólogo que atendía a Nenita si era conveniente que hiciera el viaje y me contestó que era lo mejor que le podía suceder. Que ella no tenía ningún problema y que un cambio de ambiente como un viaje, sería altamente beneficioso para ella. A nuestra llegada a Mazatlán nos enteramos que estaban al comenzar los carnavales y la ciudad estaba toda engalanada y mariachis por todas partes y a todas horas. Teníamos reserva en el hotel donde se llevarían a cabo los festejos principales, frente al malecón, donde serían los desfiles. Durante el día yo me encargaba de mis labores y en la noche disfrutábamos de los festejos que fueron espectaculares. Al terminar los embarques sin ninguna novedad, nos fuimos a Ciudad México y después bajamos a Puebla y Veracruz para terminar en Mérida, donde tomamos el vuelo de regreso a La Habana.

Fue un viaje lleno de emociones. Fue mi primer viaje en avión y al extranjero, y aparte de la satisfacción de haber cumplido mi misión, también fue la de haber conocido tan importantes y bellos lugares de México. Pero la mayor de las emociones fue saber que Nenita había regresado embarazada. Y nueve meses después, vino al mundo Javier. Yo

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

siempre he dicho que si el producto es del lugar donde fue hecho, Javier es mexicano. Todo el tiempo de embarazo pasó sin ningún problema, salvo los malestares normales en estos casos. Como el apartamento que vivíamos desde que nos casamos resultaría pequeño con la llegada de nuestro primer hijo, nos mudamos a uno más grande en un edificio que acababa de construir un amigo, solo unos días antes del parto.

El día 18 de Noviembre de 1958, nació Javier después de una labor de tres días. Fue un niño precioso, completamente sano y hasta con una sonrisa desde el primer día a las pocas horas de haber nacido. La gran cantidad de amistades que yo había cultivado, clientes del banco que yo atendía desde mi posición en el Departamento de Préstamos y familiares, enviaron tal número de adornos florales que hubo necesidad de colocarlos en el pasillo, pues no había más espacio en la habitación donde ponerlos. La felicidad era inmensa en ambas familias, pero principalmente en la mía pues era el primer nieto. Pero la felicidad nunca es completa. Nenita comenzó a tener problemas que parecían post partum, que con el transcurrir de los días se fueron acrecentando

A principio del mes de Diciembre 1958, cuando yo estaba fungiendo como Sub Administrador de la Sucursal de Galiano desde hacía varios meses, Benet me mandó llamar a su oficina. Me explicó que a partir del día primero de Enero de 1959, se iba a producir un gran movimiento que involucraba a varios funcionarios del banco y que yo era uno de ellos. No fue más específico, pero tiempo después alguien me comentó era enviarme a España para entrenarme para atender las operaciones bancarias con ese país en moneda española, en Cuba. Me pidió que me preparara para entregar mi puesto a la persona que sería designada y tan pronto estuviera esa persona lista para asumir sus responsabilidades, regresara a la oficina central, lo cual sucedió unos días antes de Pascuas, para esperar el día de hacerme cargo de mis nuevas funciones. Mientras tanto me ordenó ponerme a la disposición del Departamento de Crédito para ayudarles en lo que fuera posible. Todos los cubanos sabemos perfectamente lo que pasó el día primero de Enero de 1959 que a su vez puso en suspenso los proyectos del banco para esa misma fecha.

En los primeros días de Enero, no recuerdo exactamente el día, cuando el nuevo gobierno quedó constituido y los nuevos ministros designados y en funciones, nuevamente Benet me llamó a su oficina. Esta vez estaba acompañado de Triana, administrador de nuestra sucursal en la ciudad de Santa Clara y me explicó que el gobierno revolucionario había nombrado a Enrique Oltusky, íntimo amigo de Triana, su Ministro de Comunicaciones y éste le había pedido a Triana le solicitara la cooperación al banco para que le enviara un número de funcionarios para que ayudaran a organizar el ministerio en puestos claves, entre ellos uno con capacidad para hacerse cargo de la Dirección de Contabilidad del Ministerio, en lo que designara al personal correspondiente. También Benet me dijo, que como sus planes estaban en suspenso por el momento y yo no estaba realizando ninguna función específica, me hiciera cargo de esa responsabilidad hasta que llegara el designado por el ministro que se encontraba en Oriente.

Al llegar al ministerio en el auto de Triana, acompañado de otros tres compañeros del banco, inmediatamente fui conducido al salón de conferencia donde estaba reunido el nuevo ministro con un pequeño número de personas. Triana me presentó al Ministro, quien me dio la bienvenida, me preguntó mi nombre que anotó alguien que estaba redactando un

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

acta e inmediatamente dio posesión a todos los funcionarios que formarían su gabinete. Yo estaba atónito. No conocía nada de la administración pública, y sin nadie pedirme referencias o preguntar si yo tenía méritos revolucionarios, quedé investido en pocos minutos como Director de Contabilidad del Ministerio de Comunicaciones. Triana se ofreció a llevarme a la Dirección y presentarme. Todo fue tan rápido que yo no tenía tiempo de pensar ni comprender lo que estaba sucediendo. Al llegar me presentó al Subdirector, el que a su vez me presentó el personal de mi nueva oficina. Por suerte, el Subdirector era un funcionario con experiencia de muchos años, en trámites de jubilarse, que al yo explicarle el motivo por lo que yo estaba allí, sin conocer nada, absolutamente nada de administración pública, me ofreció su ayuda incondicional para el desempeño de la función que me habían encomendado.

Resultó que todos los Directores nombrados eran, aparte de revolucionarios y compañeros del ministro, gente que había pertenecido a ese Ministerio, excepto el Director del Departamento Legal, el de Personal y yo, que proveníamos del sector privado. Inmediatamente Enrique, así nos pidió que lo llamáramos, convocó a un consejo de directores y marcó los lineamientos generales y las tareas inmediatas en cada Dirección. Aquello fue espectacular, todos me acogieron como si yo fuera uno más de su grupo revolucionario y como uno más del nuevo equipo. Tomé nota de lo que me correspondía a mí y terminada la sesión me dirigí a mi oficina. Rigoberto, el Subdirector, me explicó a grandes rasgos cómo funcionaba la Dirección y me asesoró para poder acometer los objetivos trazados por el Ministro. Yo me sentía orgulloso que la casualidad me hubiera propiciado la oportunidad de hacer algo por mi patria y con todo entusiasmo me dediqué a la tarea, para lo cual la ayuda de Rigoberto fue fundamental. También la de los Jefes de Departamentos, que me explicaron en detalles sus funciones y me ofrecieron en todo momento su lealtad y apoyo. Fue extraordinario el grado de unidad que reinó en aquel Ministerio en todos los niveles, y particularmente en el mío, que el Ministro fue felicitado por el Tribunal de Cuentas (fiscalizador de la función pública) por haber sido el primero en presentar toda la documentación requerida por ley y que tenía que elaborarse en mi Dirección, dentro del plazo establecido del 31 de Marzo.

Tal fue el grado de compenetración con el ministro y los otros directores que a mediados de mes, cuando llegó (el hermano de Aleida March, esposa del Che Guevara) la persona designada para cubrir mi posición, los directores todos, le pidieron a Enrique que no me cambiara. Enrique que a su vez estaba muy satisfecho con mi desempeño, nombró a la otra persona Pagador del Ministerio, en sustitución del de la administración anterior, una posición de gran responsabilidad y confianza.

A los pocos días de estar desempeñando mi nuevo puesto, mi secretaria me avisó una visita sin mencionar su nombre, a quien le indiqué lo hiciese pasar. Para mi asombro, el visitante era Don Julián de Zulueta, dueño del Banco, a quien durante todo mi tiempo en él, muy pocas veces vi de cerca, pero nunca tan de cerca. Había venido a saludar y felicitar al Ministro con quien tenía una gran amistad y pasó por mi oficina para saludarme y felicitarme también a mí, todo ello con una gran amabilidad y sencillez. Me informó, que no me preocupara, que mi posición en el banco me sería respetada y que además el banco me seguiría pagando mi sueldo.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

En esos días me enviaron del departamento de personal un formulario para llenar y que tenían que enviar a Hacienda para los trámites de nómina. Me fui a ver a Enrique, que trabajaba con las puertas de su oficina abierta y nos había autorizado a los directores que, a menos que estuviera con una visita o en una llamada telefónica confidencial, podíamos pasar sin anunciarnos, tras preguntarle a su secretaria si estaba disponible. Le expuse que yo no cobraría sueldo del ministerio, pues el banco me seguiría pagando. El sueldo de director era de seiscientos pesos y el del banco cuatrocientos. Enrique agradeció mi gesto. Días después el Jefe de Personal me informó que Hacienda requería mi consentimiento en cobrar o mis actos no tendrían efecto y sugirió que cuando yo recibiera el cheque, si no quería cobrarlo, lo podía endosar y donar a quien yo quisiera. Eso fue lo que hice durante más de un año que estuve en el ministerio. Lo endosaba a favor del propio gobierno.

El problema familiar se siguió agravando. Nenita no mejoraba y la atención de la casa y del niño le producía mucho estrés. Le sugerí contratar una nana para que le ayudara con el niño y ella accedió. Llamamos a una agencia de empleos y nos enviaron a una muchacha, de buena presencia y modales, con muy buenas referencias de una familia de Miramar que se iba del país, para quien había cuidado un niño durante cinco años, desde su nacimiento. Además por casualidad, vivía cerca de casa. Después de entrevistar a Luisa, así se llamaba, la contratamos. Al día siguiente comenzó a trabajar y atender a Javier con una experiencia y un cariño extraordinario. Al momento de aceptar el empleo ella solicitó uniformes por nuestra cuenta. No estaba acostumbrado a tener servidumbre y el usar uniforme me resultaba humillante para las personas que hacían ese trabajo, pero asumí que era una ventaja para ella el no tener que usar su ropa. Por voluntad propia declinó sentarse en la mesa con nosotros, lo cual yo acepté por respeto a su privacidad. A las dos semanas, su cariño por Javier, su trato amable y su calidad de persona nos hacía sentir muy incómodos con esa situación. Hablamos con ella y se lo expusimos, explicándole que para nosotros ella se había constituido en una parte muy importante de nuestra familia. Ella lo agradeció y accedió a comer con nosotros y usar los uniformes a su conveniencia, aunque a partir de esa fecha, jamás usó el uniforme cuando salíamos todos juntos, como una familia. Años después, viviendo en Miami, Nenita la encontró y de nuevo volvimos a mantener la misma relación familiar, ahora también con su esposo y su hijo.

Aunque la ayuda de Luisa disminuyó la tensión de Nenita con respecto al trabajo pero no en lo emocional, esto me llevó a un grado de preocupación que decidí consultarlo con el médico de la familia, quien al oír mi relato, me dijo que necesitaba verla a la mayor brevedad. Ya yo le había hecho esa sugerencia a Nenita, a lo que se oponía rotundamente. Al fin logré convencerla y fuimos a la consulta. Después de examinarla y evaluarla, me dijo que era necesario ponerla bajo el cuidado de un especialista inmediatamente. Hizo los arreglos con una doctora especialista que comenzó a tratarla con medicamentos por varios meses, hasta que por el mes de Octubre o Noviembre tuvo que internarla.

En esa fecha estaba embarazada de nuestro segundo hijo que resultó ser una niña. El internado se prolongó por cinco o seis semanas y después el tratamiento continuó en su consulta. Durante ese tiempo, y principalmente durante el internado, Luisa fue fundamental en el cuidado y desarrollo de Javier. Ella fue como una segunda madre. Para evitar que su reputación pudiera ser dañada por alguien, le pedí a Gladys que viniera a dormir a mi casa, lo cual estuvo haciendo durante todo el tiempo de ausencia de Nenita.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Bajo estas circunstancias yo le pedí a Enrique que me liberara de mis obligaciones que demandaban una gran cantidad de tiempo, a lo cual se opuso, ofreciéndome todas las facilidades que yo necesitara en cuanto a horario o cualquier otra cosa. Toda la gente cercana a Enrique, comprendían mis razones, pero me rogaban que no los dejara, lo que me obligó a permanecer en el ministerio. También Benet comenzó a pedirme que buscara la manera de que me sustituyeran para que regresara al banco donde él me necesitaba. Durante todo ese año el banco había implementado sus proyectos de ampliación y yo estaba perdiendo oportunidades de crecimiento en la institución. Al fin logré convencer a Enrique, y aunque relucientemente, a principios de 1960 nombró un nuevo director. Estaba en los trámites de entrega, cuando Benet me llamó nuevamente.

Don Julián, se supo después, durante los años de la revolución había mantenido una estrecha relación con Fidel. Eso hizo que en la etapa de gobierno el banco tuviera una actitud de amplia cooperación con los responsables de la nueva administración. Basado en eso, Arnold, que a su vez era cuñado de una de las más antiguas funcionarias del banco, solicitó a Benet que le proporcionara un funcionario para que le ayudara en la administración del Canal 4 de televisión, para lo cual había sido designado por Fidel como Interventor. Me explicó Benet que ya había recogido a toda la gente que había facilitado al gobierno y que el último era yo y no quería sacar a más nadie. Que como ya estaba entregando mi puesto en el ministerio, me incorporara a Arnold tratando de que me relevara lo más pronto posible, para regresar al banco.

Arnold provenía de una de las principales agencias de publicidad de La Habana y conocía a los ejecutivos y parte del personal relacionado con la producción de programas, por lo que le fue fácil asumir su posición de interventor, sin alterar para nada el funcionamiento y administración de la planta. La intervención no obedecía a motivos políticos sino a que un funcionario del gobierno de Batista tenía una participación accionaria del 25% en esa empresa y al habersele expropiado, el gobierno tenía que mantener una participación mayor en su administración. Arnold y yo desarrollamos una relación de trabajo y personal muy buena y aunque mi labor era administrativa, él me introdujo al conocimiento de la parte operativa. Fue una gran experiencia. El Canal 4 tenía muy pocos programas en vivo y su mayor producción eran programas grabados en series, producidos en Estados Unidos y doblados al español, que atraían a una importante audiencia y por tanto anunciantes, que le permitía obtener ingresos redituables moderados. Estos programas eran suministrados por los distribuidores americanos en grupos de 13 episodios, en base a cuenta abierta. Debido a las restricciones dispuestas por el nuevo gobierno para la exportación de divisas extranjeras, los pagos por ese servicio se habían paralizado y los distribuidores anunciaron que no enviarían nuevas remesas de programas hasta tanto se le pagara lo que se les adeudaba.

Arnold me encomendó gestionar con el Banco Nacional para obtener los permisos correspondientes, considerando que el no hacerse ocasionaría el cierre de la planta por falta de anunciantes con las graves consecuencias económicas para la empresa y el personal. Logré el compromiso verbal con el Director de Departamento del Control de Divisas de autorizar los pagos una vez presentada por la Intervención del Canal nuevas solicitudes, bajo las nuevas disposiciones al efecto.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Los distribuidores estaban desconfiados y solicitaban una entrevista personal con algún funcionario de la intervención que les explicara la situación presente y futura. Arnold no podía ir por las múltiples e importantes ocupaciones que tenía para el funcionamiento normal de la planta, por lo que me pidió que fuera yo a New York. Nenita estaba al dar a luz y yo le manifesté que hasta que eso no sucediera yo no podía ir. Se habló con el representante de la planta en New York quien a su vez obtuvo la aprobación de los distribuidores.

Beatriz mi hija nació el 17 de Mayo de 1960, sin que se produjera ninguna novedad fuera de lo normal y pocos días después yo viajé a New York. Los distribuidores oyeron mis explicaciones y promesas y confiaron en mí sinceridad y accedieron a enviar la nueva remesa de material inmediatamente, para no paralizar la programación de la planta, aún antes de recibir el pago y solicitar que al recibo del nuevo material les fuera devuelto el que estaba en uso, como acostumbrado, lo cual ocurrió así. Las remesas de dólares fueron autorizadas y enviadas, liquidando todos los adeudos, incluidos los del representante a quien se le adeudaban varios meses de honorarios y gastos por servicios. Este viaje que duró unos diez días, me permitió conocer extensamente la ciudad de New York mostrada y explicada por Vicente, el representante, quien vivía allí hacía muchos años, también cubano.

Era mi primera visita a New York. El tener oportunidad de serme mostrada por una persona con un gran conocimiento de ella, sus costumbres, su composición social y demográfica, sus distintas secciones urbanas y territorial compuesta por cinco ciudades, su riqueza arquitectónica y cultural, el parque central, el pulmón de la ciudad, con su amplia extensión y las características de las cuatro calles y avenidas que forman su marco, y tantas otras cosas más, fue una experiencia extraordinaria. Sin embargo, no logré entender sus contradicciones, sobre todo en lo social, al visitar Harlem, el barrio latino, el Bronx, el Bajo Manhattan y otros lugares similares. No obstante las explicaciones de Vicente, no lograba entender cómo compaginar lo que me decía de los altos ingresos que se disfrutaban en aquella ciudad y las condiciones de los barrios en que residían los trabajadores, lo cual me resumió en una frase que comprendí dos años después: “esto primero sucede por necesidad y después por adaptación”. Regresé a La Habana con una impresión: que a aquella ciudad, aunque espectacular, no iría a vivir ni por todo el oro del mundo.

En las semanas posteriores a mi viaje, un día después del mediodía, Arnold llegó a la oficina que compartíamos y muy agitado me informó que Fidel lo había nombrado Presidente del Banco de Seguros Sociales, un organismo de nueva creación que agrupaba a todas las cajas de retiro del país y por lo tanto la administración de sus recursos, y su incorporación como tal era inmediata. Yo enseguida vislumbré que mi regreso al Banco Continental también sería inmediato, ya que quienquiera que fuera el nuevo interventor, traería su propia gente. Pero algo inesperado sucedió. Cuando le pregunté a Arnold quien sería el nuevo interventor, me respondió: “tu”. Di un salto en mi silla y le dije, “estás loco, yo que sé de esto”. Aunque no había ningún nombramiento oficial él me había recomendado y tenía sus razones para ello, aparte de la simpatía personal.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Desde mi posición administrativa yo había desarrollado unas magníficas relaciones con los ejecutivos, los empleados y los líderes del sindicato. Yo ya contaba con suficientes conocimientos del funcionamiento de la planta como para tomar decisiones en el Consejo de Administración, compuestos por los Directores de Programas, Ventas, Técnico y Finanzas, altamente capacitados, quienes por interés propio seguirían siendo cooperativos y responsables y lo mismo sería con los empleados y el sindicato. Aunque agradecí a Arnold su confianza y comprendía sus razonamientos, no eran suficientes para aceptar su idea de ser yo su sustituto. Creía y le manifesté que eso también otra persona con más conocimiento del medio podría realizarlo. Yo era banquero y estaba ansioso de regresar a mis actividades de tantos años. Suspendimos la conversación por el momento. Arnold convocó a una reunión urgente en el salón de conferencias a todos los ejecutivos y a la directiva del sindicato. Una vez reunidos, les informó de los nuevos acontecimientos y lógicamente, la pregunta unánime fue: ¿Quién es el nuevo interventor?, a lo que Arnold contestó que aún no lo sabía. Al terminar la reunión, a su vez se reunieron los ejecutivos y la directiva del sindicato convocó a una asamblea inmediata con los empleados. Arnold tuvo que salir de nuevo y yo confiaba que mis razonamientos lo habían convencido y notificaría mi decisión a quien correspondiera para que nombraran un nuevo interventor.

A su regreso fue requerido por los ejecutivos y la directiva del sindicato para reunirse con ellos, por separado, en sus respectivas áreas de trabajo. Yo no asistí porque en realidad no me correspondía. Él era el interventor y yo desconocía lo que querían tratar; él me informaría si lo considerara necesario. Al terminar las reuniones, Arnold no regresó a la oficina inmediatamente. Para mi sorpresa, las solicitudes de reuniones ahora eran conmigo. Sin la asistencia de Arnold, los ejecutivos primero y la directiva del sindicato después, acudieron a mi oficina. Me expusieron que ellos querían que yo me quedara como interventor. Que a pesar que Arnold les había informado de mis razonamientos y determinación, por el bien de la empresa y de todos los que allí laboraban, yo debía reconsiderar mi decisión. Todos temían que un nuevo interventor rompiera el equilibrio y la armonía existente y que todos salieran perjudicados. Fueron unas reuniones muy emocionantes. Entendí sus temores y ansiedades y, modestia aparte, sentí una gran satisfacción personal, al saber que toda aquella gente confiaban en mí y que depositaban en mi persona, la fe de que protegería y conduciría la empresa para permitirles mantener el bienestar de ellos y de sus familias. No pude darles una respuesta inmediata y después de agradecerles su confianza, prometí pensarlo y después darles una respuesta definitiva.

Arnold regresó a nuestra oficina. Me explicó que al reunirse con ellos, todos le pidieron que yo me quedara de interventor. Les informó de mis razonamientos y decisión, que él comprendía y respetaba, y que los únicos que podrían hacerme reconsiderar esa decisión eran ellos, y eso fue lo que hicieron. Arnold me habló de las consecuencias posibles si sus temores se hicieran realidad, y que al menos, en esos momentos, yo podría brindarles la tranquilidad y la esperanza que ellos necesitaban. Me fui a casa esa noche con la sensación de un gran peso sobre mis hombros. Lo consulté con Nenita y al fin tomé la determinación que creía era mi deber tomar, aceptar la designación como interventor del Canal 4. En los meses siguientes, todo siguió desarrollándose normalmente. Incluso tuvimos la oportunidad, todos unidos, de lograr un objetivo, de realizar un acontecimiento heroico e histórico en la televisión cubana.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

El gobierno iba a celebrar un aniversario más del nacimiento del movimiento “26 de Julio” que marcó el inicio de la revolución que posteriormente tomó el poder y las celebraciones se iban a realizar en la Sierra Maestra y la ciudad de Santiago de Cuba. Le ofrecieron a las estaciones CMQ y Canal 4, como las principales plantas de televisión en aquella fecha, todavía en esos momentos empresas privadas, la oportunidad de transmitir ambos eventos. La CMQ que era la más moderna y la que contaba con los mayores recursos técnicos, aceptó la transmisión de los eventos de la Sierra Maestra. Y nosotros, el Canal 4, nos mantuvimos en suspenso hasta analizar las posibilidades de efectuar la de Santiago de Cuba, que eran las primeras a realizarse, un día antes de las de la Sierra Maestra.

Nos reunimos todos los sectores, ejecutivo, técnico, de producción y laboral a considerar las posibilidades de la transmisión del evento ofrecido a nosotros, algo inédito en Cuba, como era transmitir de Oriente a Occidente. El director técnico, Barrancos, informó que técnicamente era posible pero se requería de un gran esfuerzo y coordinación para ello. A diferencia de CMQ que tenía un sistema de antenas para la repetición que eran fácilmente reversibles (las transmisiones se efectuaban desde La Habana hacia las estaciones repetidoras en todas las provincias) el Canal 4 lo hacía por medio de un sistema de antenas de microondas (discos que eran conocidos como palanganas) que requiere más antenas, por la poca distancia que recorren las ondas de microondas, que viajan en línea recta, y esa reversión requiere de una perfecta alineación. Revertir este sistema requeriría al menos 24 horas con un equipo técnico bien sincronizado para simultáneamente efectuar ese trabajo y no podría probarse sino con la transmisión misma, ya que no existían otras plantas originadoras, excepto la de La Habana. Esta tarea ocasionaría suspender la transmisión en toda la isla, excepto en la ciudad de La Habana, lo que tendría que ser anunciado al público y a los anunciantes. Pero Barranco confiaba en su experiencia y la pericia de su personal para realizar esa parte del proyecto con un gran porcentaje de éxito.

Para la parte de producción se requeriría enviar una unidad móvil, que nosotros poseíamos, a Santiago de Cuba, que debería estar en esa ciudad por lo menos con 24 horas de anticipación, con el personal técnico adecuado. Eso no constituía un problema. Por vía terrestre, en autos, habría que enviar a los técnicos de producción, camarógrafos, luminotécnicos, coordinadores, etc. que podrían llegar el día antes o el mismo día de la transmisión a primera hora. En ese aspecto tampoco aparecían problemas.

Después de analizar minuciosamente estos y otros aspectos, por unanimidad se llegó a la conclusión que el proyecto era factible con un porcentaje mínimo de riesgo. Yo di mi aprobación final y desde ese momento comenzaron los preparativos. El evento que nosotros transmitiríamos sería el desfile del carnaval, y los festejos en la plaza principal de Santiago de Cuba, con la participación del público asistente. Esto nunca se había hecho en Cuba pues no había estaciones de producción, excepto en La Habana y menos, transmitir a lo largo de la isla de oriente a occidente. .

En su oportunidad, el personal técnico comenzó su labor y el resto de los componentes de acuerdo al plan aprobado. Yo me fui en un auto con el productor y otros miembros del equipo de producción, un viaje de 24 horas, llegando a Santiago en la mañana del día de la transmisión. Ya había arribado la unidad móvil con todo el equipo

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

técnico. Inmediatamente el equipo de producción comenzó la instalación de cámaras, micrófonos y luces. La transmisión estaba programada para las seis de la tarde. Poco antes de esa hora, todo parecía estar listo. Los equipos técnicos encargados de la reversión de las palanganas reportaron cumplida su misión y seguros de que su alineación se había efectuado correctamente, pero eso no podía ser comprobado hasta que no se oprimiera el botón enviando la señal a La Habana y la base reportara que la misma había sido recibida perfectamente y retransmitida. La unidad móvil reportaba comunicación con la base en La Habana. Las cámaras, micrófonos, luces etc. todas estaban instaladas propiamente y funcionando. Todo el personal estaba situado en su posición y comenzó el conteo regresivo.

El personal estaba extenuado por las largas horas de trabajo sin dormir y su fatiga era fácilmente perceptible. La tensión podía rasgarse con el filo de una navaja. Por fin el conteo llegó a cero y el encargado de apretar el botón no dudó en presionarlo. Pasaron unos pocos segundos, que parecieron horas, en que la base reportara, lo que al fin llegó y fue audible: “Señal bien recibida y retransmitida”. La emoción fue incontrolable e inolvidable. Los gritos repercutieron como truenos, los abrazos eran tan fuertes que comprimían los cuerpos, las lágrimas brotaban a torrentes y el júbilo y la alegría por un momento paralizaron las escenas. Yo viví una de las más grandes experiencias de mi vida. No sólo se había logrado un triunfo y se había hecho historia. Se había demostrado una vez más que la unión hace la fuerza. Que los humanos somos capaces de realizar lo que parece imposible. Fue difícil pero posible. Que el sentimiento humano traspasa todas las teorías del género. Que los hombres también lloran y tienen el derecho de hacerlo. Todo eso fue lo más lindo de todo. Ya de regreso en La Habana, yo mandé a imprimir unos pergaminos recordando ese evento, que fueron entregados a cada uno de los participantes en aquel proyecto hecho realidad. Estoy seguros que todos ellos lo conservan y muestran a sus descendientes con orgullo.

Poco tiempo después, el gobierno decidió mantener solo dos de las plantas de televisión, ahora nacionalizadas y una de las seleccionadas fue CMQ. El Canal 2 y el Canal 4 pasaría a consolidarse, operando desde las facilidades del Canal 2. Fue un período muy triste y los interventores de ambas plantas, afortunadamente, pudimos resistir las presiones de los sindicatos por las posiciones, y trabajar con honestidad e imparcialidad en la distribución del personal de ambas empresas, de acuerdo a su capacidad y experiencia, evitando dejarnos llevar por sentimientos o preferencias y construimos un nuevo equipo unido y eficaz, capaz de llevar adelante una actividad tan importante y profesional como es la televisión. Nunca me arrepentiré de haber tomado en su momento, la decisión que tomé de aceptar el puesto de Interventor y haber tenido la oportunidad de responder a la confianza y fe que tantas personas pusieron en mí.

La banca privada había sido nacionalizada y el Banco Continental Cubano desaparecido como tal. Arnold, que estaba al tanto de la consolidación de las plantas de televisión, pocos días antes de finalizar mi función me llamó para pedirme que ahora que el Banco no existía, no tenía pretexto para declinar una oferta para irme a trabajar con él en el Banco de Seguros Sociales, como Director de Servicios Administrativos, la cual acepté. Estando allá supe que la persona que yo reemplacé, persona de toda la confianza de Arnold, a petición de éste, había demorado su jubilación hasta que yo estuviera disponible. Poco

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

tiempo después el Banco de Seguros Sociales fue incorporado, como una Subsecretaria al Ministerio del Trabajo.

En aquella fecha, mi simpatía por la revolución había desaparecido totalmente y a pesar que en el orden personal sentía una gran admiración, respeto y afecto por Arnold, rehusé seguir formado parte de una causa que yo consideraba y aún considero, había traicionado mis ideales y suprimido los derechos humanos y de libertad prometidos y heredados de nuestros antepasados. Regresé al banco donde ahora había una administradora proveniente de otro banco que no me conocía. Esta, por medio de mi expediente conoció de mi trayectoria en el Banco Continental y de oídas, mi intervención en la administración pública y supuso que yo continuaba siendo un simpatizante de la revolución, y con “galones”, por lo que no tuvo reparo en restituirme en mi antiguo puesto de jefe del departamento de préstamos, con el mismo sueldo que devengaba cuando mi incorporación al ministerio de comunicaciones. Con la nacionalización del banco, dejaron de pagarme mi sueldo, y comencé a cobrar por el lugar donde trabajaba

El ambiente era muy distinto al que había cuando yo trabajaba en el banco. Había un gran recelo y desconfianza. Los que habían sido incluso mis amigos, ahora me rehuían o fingían ser simpatizantes de la revolución y yo lo notaba. Los revolucionarios, sabiendo de mis “méritos revolucionarios” con confianza se acercaban a mí para decirme quien era sospechoso y con quien había que tener cuidado y me invitaban a reuniones de carácter político que yo inventaba excusas para no asistir. Poco a poco se fueron dando cuenta que yo no estaba “cooperando” y empezaron a quejarse con la administración y a sentir cierta presión. En realidad, como jefe del departamento de préstamos no había nada que hacer, pues no había préstamos. Ahora me limitaba a hacer visitas de inspección a las empresas que pertenecían a la Oficina Regional del Ministerio de Industrias que le habían sido asignadas a esta sucursal bancaria.

Las visitas tenían más un carácter político que técnico que consistían en su mayor parte de reuniones con los “responsables” de la empresa sobre actividades políticas con los trabajadores. Estas inspecciones yo las realizaba con un “miliciano” proveniente de otro banco a quien yo no conocía. Este se dio cuenta de mi desinterés y me denunció y me llamaron la atención, solicitándome más cooperación. Ya había tomado el riesgo de informarle a unos pocos que habían sido mis compañeros y amigos y a ellos le contaba de mi situación y de mi intención de declarar abiertamente mi sentimiento antirrevolucionario, a lo cual, con preocupación por mí, me aconsejaban no hacer. Un día, no soportando más la presión, cuando regresaba del almuerzo, decidí hablar con el sub-administrador, un funcionario del antiguo Banco Continental. Le hablé claramente y le pedí que hiciera lo posible por cambiarme a otro puesto donde no tuviera que ser un agente político. Le aclaré que estaba pidiéndole esto como ex compañero y si se podía resolver en esos términos bien y si no, que lo planteara oficialmente. Al fin me dijo que iba a ver qué podía hacer y me avisaba.

No pasó una hora en que me llamara por teléfono la administradora para que fuera a su oficina, irónicamente la misma que había sido la oficina de Valmaña hasta su muerte años atrás. Al entrar, después de invitarme a sentar, me preguntó: ¿Mendoza, que le pasa a usted con la revolución? Aquello fue como abrir la caja de Pandora. Comencé a decirle

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

todo lo que me “pasaba” y porque me “pasaba” y ella trataba de rebatir mis argumentos y yo a rechazar los de ella por faltos de veracidad, manipulaciones o tergiversaciones. Llegó un momento que la conversación estaba tan ríspida, que recostándose en su silla ejecutiva, dejó caer sus brazos con las manos cerradas con tal fuerza que sus uñas pueden habersele enterrado en la palma de sus manos, y haciendo una gran aspiración, se relajó y me dijo que me avisaría acerca de mi solicitud de cambio.

Cuando salí de aquella oficina sentía un gran alivio pero al mismo tiempo un gran temor a lo que de ahí en adelante me pudiera suceder. Lo mío, disentir, había sido una osadía y eso en la revolución se pagaba caro. Al día siguiente en la mañana enviaron a un miliciano a relevarme y me transfirieron a unas oficinas en el tercer piso, donde iban concentrando al personal no simpatizante. Esta sección era custodiada todo el tiempo por milicianos con armas largas o metralletas, con el pretexto de protección en caso de un atentado o de una invasión. Las verdaderas razones eran obvias. Los días se iban sucediendo rutinariamente sin nada importante que hacer, siendo obligados, como invitación, a asistir a asambleas en el lobby principal, de carácter político y de apoyo a la revolución. En una ocasión, después de una arenga política, propusieron un ofrecimiento “voluntario” de horas extras de trabajo, en apoyo a la revolución. Cuando lo sometieron a votación, y un grupo bastante grande, nos negamos a dar nuestra aprobación al no levantar las manos, lo declararon: “aprobado por unanimidad, compañeros”. Todo esto sucedía a principios de 1961, cuando todavía el sistema no era tan férreo y con riesgo, pero con alguna tolerancia, se “permitía” discrepar.

Por fortuna, un ex jefe del Banco Continental, que siempre me tuvo y aun me tiene una gran estimación, se enteró de mi situación. El aceptó la jefatura de un departamento en las oficinas centrales del Banco Nacional, organismo rector del sistema bancario, bajo el entendimiento que no participaría en ninguna actividad política, lo que aceptaron, debido a sus conocimientos y experiencia en bancos comerciales. Como estaba autorizado a escoger sus empleados, solicitó mi traslado a su departamento, lo cual le fue concedido. Así pasé a un ambiente “desinfectado”, aunque nos limitábamos a no hablar de política.

Después del nacimiento de mi hija Betty en Mayo 17 del 1960, la salud de Nenita se mantenía bastante estable. Con la ayuda de Luisa, ahora atendiendo a ella y a Javier con el mismo cariño de siempre, eso le permitía tener menos estrés. La doctora que la había atendido desde un principio, se marchó de Cuba y Pepe, el médico de la familia, la refirió a otra doctora de toda su confianza, quien con un tratamiento más fuerte, logró alguna mejoría.

A mediados de 1961 tuvimos necesidad de dejar nuestro departamento y mudarnos a la casa de mis padres donde también vivían mis tres hermanos varones. El motivo fue el siguiente. Se trataba de un edificio de tres niveles y un apartamento por piso más un “pent house” en el último nivel a los cuales se accedía por una escalera privada que por seguridad se mantenía cerrada. Yo ocupaba el del segundo piso. El edificio era nuevo y al momento de la recién ley de la Reforma Urbana que nacionalizo todas las viviendas pasando a ser propiedad del estado, el pent house estaba vacío. No obstante que todas las unidades habitacionales vacías para ser habitadas tenían que ser asignadas por el organismo

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

regulador correspondiente, un día una familia con un hacha en mano, rompieron la puerta de entrada al pent house y se instalaron por su cuenta.

La seguridad que manteníamos al mantener la puerta de entrada a la escalera siempre cerrada desapareció al negarse los nuevos inquilinos a esa costumbre. Una noche alrededor de la media noche, desde la ventana de nuestra recámara que daba a la calle, pude observar un movimiento extraño en un pequeño comercio en la esquina de enfrente. Me quede observando y pude ver que había gente dentro, posiblemente con la intención de robar. Llame a la policía y le di la dirección y poco tiempo después paso una patrulla. Las personas que estaban en su interior se escondieron debajo de los mostradores y la policía no observo ninguna anomalía, no obstante mostraron su intención de dar la vuelta a la manzana. Para mi sorpresa, vi como las personas que estaban en la tienda corrían cruzando la calle entrando en nuestro edificio por la puerta que estaba abierta.

Por el mirador de la puerta de mi apartamento pude ver que esas personas estaban en el descanso de la escalera entre el apartamento del primer piso y el mío. En el pent house se oía un ruido inusitado de abrir y cerrar las puertas de closets. Mi esposa me informo que la patrulla estaba viniendo de nuevo y salí a la terraza y les grite que estaban en la escalera. Para mi sorpresa, los que estaban en la escalera corrieron al pent house y de ahí descendieron otros vestidos de milicianos, preguntando a los policías “¿que pasa compañeros?” y a los policías informarles, les negaron que hubiera alguien en las escaleras del edificio.

Inmediatamente me di cuenta del peligro que este incidente me había provocado. Había descubierto la actividad de mis nuevos vecinos y nuestra casa podría fácilmente ser robada con toda impunidad. En cualquier momento me podían acusar de cualquier cosa para poder actuar libremente y como “autoridades” me situaría en desventaja, máxime si descubrían de mi oposición al régimen establecido, que me podría acarrear problemas mayores. No podía poner en ese peligro constante a mi familia y a mí personalmente. No tenía nada más que una opción. Mudarme.

El departamento de mis padres era apropiado para ellos y mis tres hermanos varones, pero para mi esposa y yo y dos niños pequeño, mas algún mobiliario indispensable, lo convirtió en un hacinamiento. Conseguir un nuevo apartamento sería imposible pues había mucha demanda y los trámites burocráticos eran enormes. Además al no ser simpatizante de la revolución, de entrada ya estaba eliminado de esa posibilidad.

Comencé a considerar la posibilidad de salir del país y comencé a hacer gestiones para obtener visas, algo riesgoso pues si te descubrían haciendo esas gestiones perdías el empleo sin la posibilidad de poder obtener otro, porque toda actividad laboral era en organismos estatales al estar prohibido la actividad privada.

En mi viaje a México en 1958 representando al Banco Continental Cubano conocí a un funcionario del Banco Nacional de México (BANAMEX) con quien se estableció una amistad personal. Me comuniqué con él telefónicamente solicitándole su gestión para obtener una visa mexicana para mi esposa, los niños y yo, con el pretexto que necesitaba un cambio de ambiente más tranquilo debido a su enfermedad, prometiéndome hacer

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

gestiones a ver qué podía hacer. Varios días después, recibí una carta donde me informaba que México no estaba concediendo visas a los cubanos, pero que trataría de hacerlo a través de algún otro país. Nenita y yo teníamos pasaporte vigente, pero no los niños así que tuvimos que solicitarlos y obtenerlos. La mayoría de los países latinoamericanos habían roto o estaban rompiendo relaciones con Cuba y por tanto sus representaciones diplomáticas inexistentes, por lo que se reducían las posibilidades.

Al fin un día mi amigo me aviso que me las había conseguido por Costa Rica y que acudiera al consulado en La Habana para que la estamparan en los pasaportes. Yo no podía ir porque estaba trabajando y si alguien me veía en esa gestión y me denunciaba, perdería mi empleo, Nenita tuvo que hacerse cargo de ese trámite. Después de estar haciendo cola al sol frente a la embajada, después del mediodía, un funcionario salió e informo que Costa Rica había acabado de romper relaciones con Cuba y por lo tanto todas las actividades consulares quedaban canceladas. Es fácil imaginar el impacto de esa noticia.

En Diciembre de 1961, mi prima Cussy, que había emigrado y estaba en Miami, me consiguió una "visa waiver" para los cuatro, para emigrar a Estados Unidos. Era un tiempo que se denominó "radio bamba", pues solo había rumores de todas clases. Uno de esos rumores era que todos los que recibieran el aguinaldo pascual serían equivalente a un juramento de no abandonar el país, así como una renuncia a la patria potestad de niños menores de edad. Ante estos rumores, sin haber recibido el documento migratorio, presente mi renuncia en el banco como era obligatorio para solicitar el permiso de salida, la cual me fue aprobada. Cuál no sería mi sorpresa al recibir el documento original y observar que el apellido de Nenita había salido con un error en el apellido que aparecía como NIVAS cuando lo correcto debía ser RIVAS. Esos documentos tienen que coincidir exactamente con los datos del pasaporte y no pueden ser modificados, por lo tanto, quedaba anulada la salida de Nenita. Ya estaba desempleado y en trámite el permiso de salida. ¿? 'Que sucedería si ese permiso era aprobado? Nenita insistía en que tenía que irme con los niños y ella quedarse. Que iba yo a hacer solo con dos niños pequeños? Otra solución era que yo, que era el que corría peligro, me fuera y después veríamos cómo podían salir ella y los niños, a lo que yo me opuse totalmente. O salíamos todos juntos o no salía nadie. Punto.

Afortunadamente unos pocos días antes que nos llegara el permiso de salida, recibí por correo una nueva visa con los nombres correctos, sin saber quién la podía haber solicitado. Al revisar el documento observe que el solicitante había sido un amigo que se había ido hacia algún tiempo atrás. Un milagro la generosidad de ese amigo y de Dios para conmigo.

Con dos días de anticipación, después de 104 días de espera, nos fue notificada la salida para el día 10 de Abril de 1962.

Fueron dos días muy tensos por la cantidad de cosas que había que hacer para tener todo en orden al llegar al aeropuerto y pasar todos los trámites requeridos. Por otro lado, los sentimientos encontrados por abandonar la patria, la familia, todas las pertenencias excepto dos mudas de ropa por persona, más la que llevaríamos puesta y la sensación de que posiblemente ese fuera un viaje de una sola vía, sin regreso, como así ha sucedido después de más de 50 años, eran agobiantes. Mis padres se portaron muy fuertes durante esos dos

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

días, esperando un milagro, que las cosas se resolvieran de una manera satisfactoria para no tener que irnos. No solo “uno de sus pollos se salía de debajo del ala” sino también, con él se llevaba a sus dos “polluelos”, sus primeros nietos.

Mamá no tuvo el valor de ir al aeropuerto a despedirnos, y lo hicimos en la casa. A pesar de tener su corazón destrozado, en ese momento no derramó una lágrima. Ambos estábamos conscientes de la posibilidad que más nunca nos viéramos otra vez y tener la oportunidad de abrazarnos y besarnos, de estar juntos como siempre, en las alegrías y tristezas. Que posiblemente no vería crecer a sus nietos o conocer a otros que nacieran. Era duro, era desgarrador. Una partida que generaba alegría por un lado y una tristeza infinita por el otro. Que no era producto de la voluntad, sino de la necesidad de sobrevivir.

Papá si fue al aeropuerto. En aquellos tiempos, todavía permitían a los familiares, desde las paredes de cristal que separaba la sala de espera, ver a los pasajeros hasta su salida hacia el avión, estacionado en algún lugar de la pista. El local era pequeño para alojar a más de cien personas. Tenían el aire acondicionado apagado y los grados de temperatura producían un ambiente asfixiante. Betty, a un mes de cumplir dos años, que desde que nació fue muy sensible al calor, se puso muy incómoda y comenzó a llorar. La “funcionaria”, por no mencionarla por el nombre que se merece, que estaba atendiendo los trámites de salida, gritó: “callen a esa niña o les suspendo la salida”, así de fácil, así de cruel. Como en aquel ambiente poder calmarla? No sé cómo lo logramos, pero se calmó.

Javier, que tenía tres y medio años, quien estaba muy encariñado con papá al haber pasado los últimos meses juntos, lo vio tras los cristales y corrió a su encuentro. Entre ambos establecieron un juego de poner las manos de uno contra la del otro, separadas por el cristal, y bajarlas y subirlas, en silencio, sin producir ningún ruido. De pronto, la misma mujer que antes había amenazado por el llanto de Betty, no sé cómo los vio o porque reaccionó así, repitió la misma frase como si no hubiera otra en su vocabulario, “quiten a ese niño de los cristales, o les suspendo la salida”. Nunca podré olvidar y solo recordarlo se me hace un nudo en la garganta, la cara de papá incrédulo de lo que yo le estaba haciendo al separar a Javier de los cristales. Por qué le privaba de ese momento que posiblemente no se repetiría? Y yo sin poder explicarle los motivos. Afortunadamente, algún tiempo después supo la historia verdadera.

Al fin, después de más de cuatro horas nos ordenaron abordar. Después de la incertidumbre de pasar los últimos trámites, lo cual logramos sin ningún obstáculo, ascendimos al avión. Aún después de abordar todos los pasajeros y la puerta de la cabina cerrada, todavía el temor de ser bajados del avión, que en ocasiones había sucedido, nos mantenía tensos. Finalmente el avión comenzó su recorrido por la pista hasta situarse en posición de despegue, esperando instrucciones de la torre de control para hacerlo. Transcurridos unos pocos minutos que parecieron una eternidad, el avión de nuevo comenzó su movimiento, ahora a más velocidad que aumentaba por segundos, hasta alcanzar la apropiada para el despegue. Cuando esto aconteció y sentí que las ruedas se separaban del concreto y el asfalto en que rodaban, experimenté una sensación como si hubiera sido un árbol arrancado del suelo en que creció y en que vivía. Ahí quedaba mi patria, con un hueco en sus entrañas por haberle extraído uno más de sus hijos con sus

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

retoños, acompañado de un centenar más, para ser trasplantado en una tierra generosa, pero extraña

Pasado un corto tiempo, se oyó la voz del piloto dándonos la bienvenida a bordo y anunciándonos que ya estábamos fuera del límite territorial de Cuba y ya éramos libres. Todos manifestamos nuestra alegría de diversas maneras. Unos aplaudieron, otros cantaron

El himno nacional cubano, otros lloraron, otros se mantuvieron en silencio, entre ellos yo.

Que confrontación entre los sentimientos de alegría y tristeza. Alegría por obtener la libertad y tristeza por dejar nuestras vidas atrás con todo lo que a ella le pertenecía, la familia, los recuerdos, todo lo que en su momento fueron lo que conformaron nuestras existencias. Como poder distinguir si estábamos felices o tristes, dos sentimientos antagónicos que se unían en un mismo momento? Creo que jamás nadie podrá darme una respuesta.

CAPITULO II

MI VIDA EN ESTADOS UNIDOS

1962 - 1993

Mi llegada a Miami en busca de la libertad, fue una contradicción. Después de pasar los trámites iniciales de inmigración, fui separado del resto de la familia e informado que sería conducido a otro lugar, posiblemente por varios días, que resultaron ser 17.

Fui conducido a un campo militar en desuso como tal, en las afueras de Miami. Allí inmediatamente comenzó un proceso de identificación, registración y fotografía que duró varias horas. Yo estaba exhausto por la falta de sueño la noche anterior y la tensión nerviosa de los últimos meses, principalmente de los últimos días. Al terminar ese proceso, fui conducido con otros, a unas barracas de dos pisos. El piso de arriba estaba destinado a dormitorio donde nos instruyeron seleccionáramos una cama al lado de la cual había un mueble para guardar los objetos personales. A continuación bajamos al primer piso donde nos esperaba un amplio bufete. Aparte de comedor, este salón servía de salón de lectura, televisión y juegos. Nos explicaron las reglas a seguir y los horarios de levantarse y de comidas, así como de las tareas de limpieza del lugar que a diario nos serían asignadas por una persona que se ocuparía de coordinar esos trabajos. Todo esto me parecía un poco extraño pues no todos los hombres que venían en el vuelo fueron seleccionados. Tampoco tenía que ver con el estado civil pues habíamos casados y solteros. Por otro lado, ya había más personas, hombres todos, alojados en aquel lugar. Yo no tuve mucho tiempo de pensar en esas cosas y tan pronto pude, subí a dormir, lo que ocurrió casi instantáneamente.

A la mañana siguiente, ya más descansado, me levanté a la hora indicada y después de asearme bajé al comedor donde estaba listo un suculento desayuno buffet. Se identificó la persona que coordinaría las labores de limpieza, que resultó ser otro en las mismas condiciones que nosotros, que llevaba tiempo en ese lugar. A media mañana comenzaron a llamar por nombre, hasta que llamaron el mío. Pasé a una sala donde había varios cubículos y fui conducido a uno, donde había una persona esperándome, e inmediatamente comenzó un interrogatorio. Entonces me di cuenta que estaba detenido.

De regreso al salón y por las conversaciones que se producían, pude conocer que los que estábamos allí, estábamos pendientes de ser admitidos en los Estados Unidos y de una posible deportación, sujeto al resultado de las investigaciones que nos estaban haciendo y que los motivos podían ser varios y distintos en cada uno. Comprendí que mi paso por distintas dependencias del gobierno revolucionario en posiciones de alto nivel, me hacían sospechosos de ser miembro del gobierno cubano y posible espía, lo cual los interrogatorios confirmaban. Confiaba en que mi intervención y las funciones que desempeñé y la forma

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

en que llegué a ellas, eran fácilmente verificables y que pronto podría salir y reunirme con mi mujer y mis hijos.

Gonzalo mi tío vino a la garita de entrada, lo que estaba permitido, y me dejó algún dinero y con una nota informándome que mi familia estaba bien, que él los había recogido en el aeropuerto y les había conseguido alojamiento provisional en una casa de una familia amiga, mientras hacían los trámites reglamentarios para recibir la ayuda y dinero que el gobierno proporcionaba, para poder alquilar una habitación en un hotel mientras durara mi proceso de investigación. Además me proporcionó el número del teléfono de la casa de su cuñada, que vivía en Miami desde hacía años y donde él y su familia estaban alojados. Aunque no podíamos recibir llamadas, si estaba permitido efectuarlas, para lo cual había teléfonos públicos de monedas, disponibles en casetas fuera del edificio.

En esos momentos lo que más me preocupaba era la situación de mi familia, principalmente el estado de salud de Nenita. Hablaba a diario con mi tío Gonzalo, quien me mantenía informado de cómo iban las cosas afuera. El estado de nervios de Nenita, el no saber de mí directamente y la angustia por cuantos días sería esta situación, le estaba creando dificultades con la señora de la casa donde estaba viviendo, hasta que le pidió a Gonzalo que la sacara. Después Nenita me contó, que la actuación de la señora no era de mucha ayuda para alguien en su situación. La señora le dio alojamiento pero eso no incluía comida. Ellos se sentaban a comer y Javier y Betty que tenían tres años y medio y dos, respectivamente, miraban esperando ser llamados a la mesa, lo que no ocurría. Ella tenía que salir de la casa con los niños para evitar esa escena. Con el poco dinero que tenía, procuraba alimentarlos lo mejor posible dentro de las circunstancias, hasta que le dieran el dinero de la ayuda.

Afortunadamente Nenita pudo contactar a una amiga de su familia, que estaba alojada en un hotel y le consiguió una habitación a donde se mudó enseguida. Ya contaba con la ayuda económica del gobierno. En ese hotel las habitaciones, aunque amplias, no tenían facilidades ni era permitido cocinar. Con una pequeña hornilla eléctrica clandestina que su amiga le facilitaba, podía calentar la leche para los niños y hacer alguna cosa ligera para comer. La escasez de dinero no daba para comer fuera. Como el hotel tenía teléfono, ahora yo a diario podía hablar con ella. Yo me desesperaba porque por un lado, mi situación no se definía y el temor que me pudieran deportar a Cuba me aterrorizaba, pues sabía que si eso sucedía, podía ir a la cárcel por cualquier motivo, sabe Dios por cuantos años. Que sería de mis hijos? Quizás no los volvería a ver. Era irónico que mientras yo había salido por no aceptar la traición de que habíamos sido objeto todos los cubanos y no desear vivir bajo un régimen comunista sin libertad ni derechos, ahora fuera sospechoso de pertenecer a él. Comprendía el escepticismo que mi pasado inmediato originaba, y tenía fe en que la verdad y la justicia predominarían, pero cuanto tiempo llevaría? Afortunadamente mi primo Gonzalito, que todavía era un niño, cuando salía de la escuela iba al hotel a acompañar a Nenita y entretenía a los niños. La unión de la familia, herencia de mi abuela, él la encarnaba.

Después de diez y siete días, el día 27 de Abril de 1962, oficialmente fui admitido a los Estados Unidos de América, como un hombre libre. La verdad y la justicia habían predominado. Jamás he sido molestado, entrevistado o investigado, y hoy orgullosamente

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

soy un ciudadano de ese país, con todos mis derechos y también con todos mis deberes, que siempre he cumplido honestamente. Tan pronto me avisaron de mi libertad, llamé a Nenita y me explicó cómo llegar al lugar donde estaba residiendo. Justo por la entrada del campamento pasaba un autobús que me conduciría hasta la esquina donde estaba el hotel. Fue un viaje largo de más de una hora, pero todo el camino fui disfrutando de aquel aire de libertad, admirando el paisaje que cada vez se hacía más compacto con casas y comercios.

Al llegar al hotel y los niños venir corriendo a mi encuentro, fue la alegría más grande de mi vida. Nenita me puso al tanto de la familia y de las cosas sucedidas en el tiempo que habíamos estado separados. Ahora, lo principal era tratar de conseguir un lugar donde vivir con las facilidades mínimas para recomenzar una vida familiar ordenada. La novia de un hermano de Nenita nos consiguió un apartamento pequeño, a relativamente corta distancia del centro de la ciudad, por sesenta dólares, pero incluía agua y luz. Con el \$40.00 que quedaban de los \$100.00 mensuales que el gobierno proveía como ayuda por familia, más las despensas de alimentos que también proporcionaba, teníamos que buscar que nos alcanzara para vivir un mes. No fue fácil. Lo más esencial era comprar leche y carne para los niños, nosotros comíamos la carne enlatada que venía en la despensa y hacíamos una sola comida al día. Comprábamos tres docenas de huevos (huevitos) por un dólar y hacíamos un desayuno tarde para que nos durara hasta la comida en la noche. En la esquina había una bodeguita que vendía productos cubanos y allí nos surtíamos de lo indispensable día a día. Cuando necesitábamos ir a comprar algo íbamos uno de los dos solos, pues los niños en su inocencia y no comprender la situación, querían comprar dulces y caramelos. Yo dejé de fumar, cuando más los necesitaba para calmar la ansiedad. Los viajes al centro a contactar amigos y buscar trabajo, los hacía caminando siempre que fuera posible para evitar gastar veinte y cinco centavos del pasaje. El Miami de aquella época era muy distinto al de hoy. Había escases de trabajo y mucha más demanda que oferta, y muchas veces, si uno lograba algo era por un rato o por un día. La ayuda económica era mientras uno estaba desempleado y hacían inspecciones sorpresa para verificarlo. Si descubrían que estabas trabajando, aunque solo fuera un día, la ayuda económica automáticamente se cancelaba. Esto tenía su lógica. Era con el fin que la gente se dispersara y fuera a otros lugares donde tenían familiares o podían ser relocalizados y auspiciados por instituciones benéficas, religiosas e incluso por particulares, que les proporcionaban viviendas y alimentos mientras les conseguían trabajo. Esto ayudó a mucha gente, pero hubo casos, como el de un ex compañero del banco, que no pudo resistir la separación de su comunidad, de no conocer el idioma y el frío y las nevadas, que se suicidó arrojándose desde un segundo piso.

Durante los días que estuve en investigación, pasó por allí también, el esposo de la hija del dueño del apartamento en que vivía en La Habana y que también vivía en el mismo edificio. Al salir me dio el número del teléfono donde iba a residir. Me comuniqué con él y le di mi dirección. Al siguiente día, domingo, vino a visitarnos. Me informó que estaba trabajando en la distribución de unas muestras de un producto para lavar, de casa en casa, que era muy duro el trabajo pero pagaban cincuenta dólares por semana de seis días. Él era joven, grande y fuerte y no obstante eso, se le habían formado unas llagas en los pies de tanto andar bajo el sol ardiente de Miami, que apenas si podía caminar. Yo estaba desesperado por encontrar un trabajo, cualquiera que fuera y como fuera y le pregunté si habría oportunidad para mí y me dio la información de cómo obtenerlo. Me aconsejó ir

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

vestido de camisa de cuello y corbata y cuando preguntaran quien hablaba inglés levantar la mano, aunque no supiera mucho (algunos no sabían nada, pero si lograban el trabajo sus compañeros hispanos después los ayudaban traduciéndoles). Además todos los días habían posibilidades porque algunos no resistían y desertaban. Hasta ahí, todo parecía bastante fácil, así que al día siguiente fui a la dirección que él me había proporcionado y siguiendo sus indicaciones, fui aceptado.

Fuimos distribuidos en varios grupos en camiones que nos trasladaron a la zona donde debíamos repartir las muestras. Aunque el horario comenzaba al empezar a repartir, durante el trayecto nos pidieron abrir cajas conteniendo las muestras. Primero nos llevaron a la Estación de Policía para que nos tomaran fotografías y huellas dactilares para expedirnos un permiso para poder transitar a pie por los vecindarios. Nos fueron descendiendo en pareja, informándonos del recorrido que teníamos que hacer. Nos dieron unas bolsas de lona para colgar del cuello, donde colocar las cajas, además de material impreso, bolsas de plástico y creyón de yeso. El trabajo consistía en colocar la caja en la bolsa colgando del cuello, descender el cuerpo para hacer una marca con el creyón en el asfalto de la calle para indicar la dirección en que íbamos, colocar una caja del producto en la bolsa plástica junto con la propaganda impresa, caminar por el sendero (nunca atravesar el césped) que conducía a la puerta de entrada de la casa e insertar la bolsa en la perilla de la puerta y tocar el timbre. Regresar de la misma forma para hacer lo mismo en la otra casa. Al llegar a la esquina, agacharse de nuevo y hacer una marca indicando si íbamos a seguir recto, doblar a la derecha o a la izquierda. Al inicio de esa cuadra, agacharse de nuevo y marcar una señal indicando hacia dónde íbamos. Y así durante todo el día, cuadra por cuadra, casa por casa, con un sol que rajaba las piedras, una corbata que hacía que la camisa se convirtiera en una bolsa de aire caliente, bajo el sol y altas temperaturas de Miami en pleno verano.

La caja llena, contenía 24 cajas del producto que pesaban poco más de 2 libras cada una, con un peso total 51 libras. Debido a la labor que había que hacer en rellenar las bolsas plásticas con el material impreso, no era posible aliviar la carga sosteniéndolas con las manos. Cuando estaba liviana por contener menor cantidad, aparecía el camión y nos ordenaba tomar una nueva caja de las llenas y continuar. En el camión alguien se encargaba de abrirlas y rellenar las que tenían residuos. Se suponía que cada empleado debía repartir por lo menos 15 cajas diarias para ser considerado el próximo día. Yo llegué a Miami pesando 120 libras, 10 libras menos de mi peso habitual de 130 libras. Todo mi tiempo de trabajo había sido en oficinas y no estaba acostumbrado a cargar pesos. Yo no sé cómo resistí las tres semanas que duró el trabajo. Yo creía que iba a soltar los pulmones por la boca. La alimentación no era adecuada, mi salud podría resquebrajarse. Cuando llegaba a casa, me metía en la bañera llena de agua caliente y ahí me relajaba. Nenita me daba masajes en los pies y espalda y de ahí, después de comer, si a aquello se le podía llamar comida, me iba a una escuela cerca de casa a estudiar inglés. Con el pasar de los días la carne enlatada ya no la podía pasar de ninguna forma, así que comía huevos y queso que proporcionaba la despensa del gobierno. A la hora del receso, Nenita me llevaba un sándwich de carne enlatada y queso a la escuela y un buchito de café cubano. Cuando no pude comer más la carne enlatada, solo tomaba el café. En la segunda sesión no podía concentrarme en la clase por el hambre y el dolor de cabeza. Terminé dejándola.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Irónicamente yo escribía a mis padres en Cuba que ya tenía trabajo en una Agencia de Publicidad. No les mentía, era verdad hasta ahí. Nunca les dije en qué consistía el trabajo.

Mi primer pago coincidió con el día del segundo cumpleaños de Betty. De camino a casa paré en una pastelería y compré un brazo gitano, lo más barato, y con eso le cantamos el Happy Birthday. Como no teníamos velitas, le pusimos dos fósforos que ella apagó con mucha alegría. Con lágrimas de tristeza por no poder darle más, pero alegres por haberle dado ese momento de felicidad, nos comimos el brazo gitano en los platos de cartón y con tenedores de plásticos, que eran nuestra vajilla y nuestros cubiertos de todos los días.

Cussy se había ido para New York y le escribí preguntándole sobre las posibilidades de empleo allí y si me podía conseguir algo para yo irme. Me contestó que si había mucho trabajo, pero me acuerdo de sus palabras “mi primo, aquí para conseguir trabajo hay que estar aquí”. Eso constituía otro riesgo pues, si me iba y no conseguía nada, ya no podría regresar porque perdería la ayuda y no era recuperable. No podía llevarme la familia pues no tenía donde meterla ni con que mantenerla. Por otro lado, la impresión de New York, que me hizo expresar “yo a esta ciudad no vendría a vivir ni por todo el oro del mundo” me atemorizaba. Nenita le estaba lavando y planchando la ropa a la señora que nos rentó la casa, por unos pocos pesos, pero si descubrían que me había ido fuera del área, con eso, sin la ayuda económica no podría subsistir. Pero tenía que hacer algo, después de ese último cheque de \$50.00, cuando otra vez vería tanto dinero junto para tomar un riesgo? Tenía que ser ahora, mañana quizás sería tarde y nunca me lo perdonaría. Así que decidí con parte de ese dinero irme a New York y rogarle a Dios que no perdiéramos la ayuda que estábamos recibiendo.

Alexis mi hermano había llegado en los primeros días de Mayo y viendo la situación de trabajo en Miami, decidió irse a New York. Me informó que había conocido a un señor que venía todos los años de New York a Miami, para trabajar en los hoteles la temporada de invierno y se regresaría en los próximos días en su auto, y estaba buscando compañeros de viaje que le ayudaran a pagar los gastos. Alexis me dijo que se iría con él y solo estaba esperando le avisara la fecha, que sería muy próxima. Hablé con Nenita y le dije que había llegado el momento y que yo también me iría con Alexis.

El señor nos pidió \$40.00 por los dos que compartimos a la mitad. De los \$50.00 tomé \$40.00 y le di a Nenita el resto. Me quedaron \$20.00. Después de pagar el “pasaje” y los gastos de comida y una noche de hotel compartida entre los tres, llegué a New York con muy poco dinero. Le había avisado a Eneida mi prima cuando llegaríamos, pues era la única persona que me podía dar cobija por estar viviendo desde hacía unos años en New York y Miguel, su esposo, tenía un trabajo estable. Llegamos un domingo en la mañana y el señor nos trajo hasta el edificio donde vivían. Tocamos el timbre y nadie nos contestaba. Estábamos en la acera con nuestras maletas sin saber qué hacer. En eso apareció Flora, la hermana de Miguel que vivía en el apartamento arriba de Eneida y al oír la insistencia de los timbrazos se asomó por la ventana y nos vio. Ella nos conocía pues había pasado una temporada en La Habana cuando Miguel y Eneida eran novios, hasta que nació Eneidita, que se regresaron a New York. Nos informó que Eneida y Miguel se habían ido a un parque (Anthony Wayne de muy gratos recuerdos para mí) y no regresarían hasta la noche, pero

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

nos dijo que Cussy vivía cerca y nos podía llevar allí. Guardó nuestras maletas en casa de Eneida y nos fuimos a casa de Cussy.

Vivían en un apartamento que constaba de un salón grande, cocina y baño, donde vivían no solo ella, Luis y Alba que estaba pequeña, sino también mis tíos Fina y Pepe que recientemente habían llegado de Cuba. Nos pasamos el día con ellos muy contentos de reunirnos de nuevo. Nunca se me olvida que Cussy hizo un arroz amarillo con maíz (no sé si algo más) que estaba exquisito y que yo me lo comí como si fuera el más rico manjar en este mundo. Cada vez que como arroz con maíz, se refleja en mi mente aquel momento. Hacía meses que yo no comía una verdadera comida. Por la noche fuimos para casa de Eneida donde estuvimos alojados por unos días hasta que conseguimos empleos y nos mudamos a una casa de familia que rentaba cuartos.

Mi primer trabajo en New York fue el de uno de los cuatro buss boys (garroteros) que atendían en uno de los restaurantes del New York Athletic Club, uno de los más prestigiosos clubs privados de New York. El trabajo no era difícil, salvo por los horarios. Comenzaba a las diez de la mañana para arreglar el salón hasta las once y media que servían el almuerzo para los empleados. A las doce, comenzaban los miembros a llegar y el horario del almuerzo terminaba a las tres de la tarde. Se regresaba a las cinco para media hora de comida y a las cinco y media comenzaba el horario de la cena, hasta las nueve de la noche. Las dos horas libres de la tarde las aprovecha para conocer la ciudad en los alrededores o acostado en el césped del Parque Central que quedaba en frente.

El salario era bajo pero con las propinas, recibía semanalmente unos \$60.00 más o menos. Las propinas provenían de un 15% del total del consumo (excepto bebidas que eran cargadas en cuenta aparte para beneficio del bar tender solamente). Las propinas se dividían en el 12% para el mesero, 1.5% para el capitán y 1.5% para el buss boy que atendía la mesa, que estaban divididas en cuatro grupos, cada uno atendido por un buss boy. El consumo no se cobraba en efectivo, sino era cargado a la cuenta de cada socio, incluyendo las propinas. Debido a este método, hasta no recibir el cheque no era posible conocer a cuanto ascenderían. Mientras estuve solo, no había problema con los horarios porque vivía en Manhattan, a poco tiempo de transportación. El problema se complicó cuando vino la familia, que vivíamos en los suburbios, en el Bronx, y el tiempo de viaje era de más de una hora, y una caminata de 8 o 10 cuadras para llegar a casa.

Nenita mientras tanto se las iba arreglando en Miami con el dinero de la ayuda de la Refugio y la despensa. Yo guardaba todo lo que quedaba después de pagar los gastos indispensables. En el mes de Agosto, cuando tenía trabajado solamente dos meses y ahorrado solamente \$120.00, me llamó Nenita para avisarme que alguien había denunciado que yo me había ido para New York y vinieron a verificar y avisarle que el próximo mes de Septiembre no recibiría ayuda. Tenía que conseguir un apartamento a la carrera, era difícil con lo que estaba ganando. Pero repito una y mil veces más, Dios siempre ha sido muy generoso conmigo.

Alexis que estaba trabajando con Miguel en una compañía de construcción y mantenimiento de edificios, en esos momentos estaba realizando trabajos en un apartamento de un matrimonio portorriqueño que se habían jubilado y se mudaban para

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Puerto Rico. Por ese motivo, estaban buscando a quien traspasar el apartamento, que pagaba poca renta, a cambio de comprarle los muebles. Una práctica muy común en New York en aquellos tiempos. Alexis me avisó y fuimos a hablar con ellos. La renta del apartamento era de \$85.00 y ellos querían \$800.00 por los muebles. Les expliqué mi situación, que con el alquiler yo me podría arreglar apretando una vez más el cinturón, pero no tenía para comprarle los muebles. La señora, que era una mujer muy piadosa, conocía la situación de los cubanos y sentía mucha simpatía por nosotros, y al saber la mía, me hizo una oferta. Ellos se llevarían el televisor y eso reduciría el precio por el resto de los muebles a \$600.00. En ese momento no pude darle una respuesta definitiva pues yo solo tenía la quinta parte del dinero. Ella me dio un plazo hasta el día siguiente para que yo pudiera resolver el asunto.

Fuimos a casa de Miguel y Eneida que vivían relativamente cerca de allí, sin tener idea de cómo resolverlo. Después de contarles, Miguel comprometió a Alexis que estaba trabajando y tenía algunos ahorros, prestarme los \$600.00, la mitad cada uno. Alexis accedió y al día siguiente pude cerrar el trato con la señora. Para el alquiler y el depósito, con lo que tenía ahorrado y lo que ganara en las dos semanas que faltaban, tanto para que Nenita viniera como para que el matrimonio se embarcara, podría llegar a juntar lo necesario para comenzar a vivir todos juntos de nuevo en el mes de septiembre, como así sucedió. El Refugio les pagó los boletos de avión. El dinero que me quedó después de pagar el alquiler y el depósito, fue suficiente para comprar comestibles para una semana, poner en la mesa una bandeja con frutas, comprarle un tren de batería a Javier, una muñeca a Betty y un jarrón de cristal y unas flores para Nenita. Cuando llegamos a casa, todavía me quedaban \$5.00 para los pasajes al trabajo la semana siguiente. La señora fue tan generosa que me dejó la cama completamente vestida como ella la tenía, así como algunos cubiertos, platos y utensilios de cocina. Como me había dejado su dirección por cualquier cosa, le pude enviar una carta de agradecimiento. Lo más que podía hacer. Dios se lo debe haber premiado de alguna manera.

A partir de esa fecha, fui muy feliz por algún tiempo. Nuestro primer paseo fue un día de picnic al Zoológico de New York que estaba a unas pocas cuadras de la casa. De ese día existe una fotografía que yo adoro y que no tengo, donde están Nenita, Javier con su short y camisita blanca arrodillado y Betty muy linda con su melenita. Todos los fines de semana nos reuníamos en casa de Eneida o de Fina. Ya éramos bastantes de la familia pero todavía faltaban muchos por llegar. Nosotros vivíamos cerca y podíamos ir caminando a ambas casas. Pasábamos las vidrieras de las tiendas y hacíamos planes para algún día poder comprar cosas para los niños o la casa.

En el mes de Noviembre vinieron a pintar la casa. Ya hacía bastante frío y como las casas tienen calefacción los niños estaban con ropas ligeras. Los pintores, para que se secase la pintura y se fuera el olor concentrado, abrieron las ventanas y esto causó que Javier contrajera una pulmonía. Se puso muy mal, con mucha fiebre y mucha tos. Eneida nos recomendó un médico que tenía su consulta cerca de su casa y que algunas veces había atendido a sus hijos, Eneidita y Mickey, y llevamos a Javier. Él fue el que diagnosticó la pulmonía y le puso un tratamiento a base de antibióticos fuertes. Si bien se le curó la pulmonía, Javier quedó muy desmejorado con pérdida de peso y decaimiento. Él era un niño muy alegre y juguetón y el día 31 de Diciembre, no se pudo siquiera levantar de la

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

cama. Por suerte y casualidad, hablando con un señor compañero del trabajo, le comenté mi preocupación y me recomendó un pediatra, cubano por cierto, que era muy reconocido en New York, pero que era muy difícil obtener turnos con él. Pasados los días festivos lo llamé y tuve la suerte que me diera uno para el día 5 de Enero. Después de informarle de la pulmonía y el tratamiento, lo examinó y me llamó para mostrarme, como al presionarle la garganta brotaba el pus a borbotones. Me dijo que el niño necesitaba un tratamiento muy fuerte de alimentación para resistir los medicamentos y fortalecer las defensas. Si hubiéramos seguido con aquel médico, Javier se nos hubiera muerto. Afortunadamente, el tratamiento surtió efecto y con cuidados extremos, se recuperó y en la primavera ya era el niño de antes, el niño alegre y saludable desde que nació.

Ese verano y los siguientes también fueron muy felices con las excursiones a Anthony Wayne. Es un parque muy grande en las faldas de unos cerros por donde corre un riachuelo. Tiene una piscina olímpica y asadores debajo de los árboles, con mesas y bancos. Está a corta distancia de la academia militar de West Point. Los escenarios son fabulosos. Cruzando la carretera que pasa frente al parque, se encuentra la conocida Montaña del Oso. Caminando se puede subir a un puente que cruza sobre el Río Hudson, que nace en esa zona y su caudal se ensancha a medida que llega a Manhattan, para bañar la isla y sus aguas confundirse en la Bahía de New York con las aguas del Atlántico. El escenario es maravilloso y se disfruta de una sensación de paz y tranquilidad enorme. En ese lugar quiero que mis cenizas sean esparcidas, para que el deshielo y las lluvias las arrastren al río, y así viajen a recorrer la costa oeste de Manhattan, mientras son elevadas por el sol a las nubes, que las depositarán de nuevo en la montaña, hasta que la nieve las retenga. Cuando llegue de nuevo la primavera, y ese continuo reciclaje comience un nuevo ciclo, yo siempre seré parte de él, por toda una eternidad. Esa será mi mejor tumba.

Como mi trabajo en el club no me ofrecía ningún futuro, decidí, que al tomar las vacaciones en Junio trataría de conseguir otro trabajo, lo que así hice cuando llegó la fecha. Puppy, la esposa de Alexis, estaba laborando en la fábrica de relojes Bulova donde había mucho trabajo. La fábrica estaba trabajando tres turnos y había muchas horas extras, con un buen salario. El primer día de vacaciones, me levanté a las seis de la mañana y me fui a la fábrica para ser uno de los primeros en solicitar empleo. No obstante, cuando llegué ya había otros haciendo cola. A las ocho abrieron las oficinas y después de llenar una solicitud y entregarla, me llamaron para una entrevista. Yo había contestado honestamente todas las preguntas y en la sección de empleos anteriores puse toda mi experiencia en Cuba y la actual. La entrevistadora me dijo que todo estaba muy bien, pero que no tenían ninguna plaza en la oficina, a lo que yo le contesté que lo que estaba buscando era trabajo en la planta. No me consideró apto, porque según ella, con mi experiencia yo seguiría buscando trabajo en lo que siempre había sido mi actividad. Por muchos argumentos que le expuse, no cambió su actitud. Mi honestidad me imposibilitó el empleo.

Cuando llegue a New York había contactado a Vicente, el representante de la planta de televisión en New York quien se ofreció para prepararme un resume para enviar o llevar a las solicitudes de empleo. Para mí eso era algo nuevo y dándole los detalles que me solicitaba, el hizo la redacción en inglés y así fueron distribuidos. Los pocos empleadores que contestaron mis solicitaciones, políticamente manifestaban que en esos momentos no tenían nada disponible. La mayoría ni contestaban.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

El Pastor de una iglesia Episcopal me consiguió una entrevista en el Chase Manhattan Bank. Yo hablaba muy poco inglés y estaba muy nervioso. El entrevistador leyó mi resume y note su cara muy contrariada. Me hizo varias preguntas entre ellas: “Are

you red? (¿es usted rojo?) “Read es el verbo leer y la pronunciación suena muy parecida. En mi nerviosismo yo creía que me estaba preguntando si yo sabía leer inglés y conteste “si”. No pude entender el enojo que le ocasiono mi respuesta y en un tono molesto me dijo: “wedont like red (comunistas) here (aquí). ’Hasta un tiempo después, sabiendo más ingles me di cuenta de que al contestar que era “rojo” me imposibilitaba obtener un empleo. Una vez, al guiarme por el resume redactado por Vicente para hacer uno nuevo, me di cuenta que me había traicionado. Entre mi experiencia laboral, incluyo mis trabajos en los puestos del gobierno revolucionario, haciendo notar que yo era miembro del “Comité”, o sea, miembro destacado del gobierno comunista. Con esa declaración, en aquella época de la guerra fría y del MacCartismo, salí bien que no me dieran trabajo en lugar de alguien agredirme físicamente o inclusive, denunciarme para que me deportaran a Cuba.

En vista que con mi experiencia, conseguir un empleo en banco los resultados de mis gestiones serian inútiles, decidí visitar todos los bancos de Wall Street para que cuando me dijeran en otros empleos que tenía que trabajar en bancos, mostrarle que en ese sector no tenía posibilidad.

Visite todos los bancos y en todos era la misma respuesta. No tenían nada disponible en esos momentos y me avisarían. Pocos minutos antes de las doce, llegué al último banco de Wall Street, que hacia esquina con la Avenida Broadway, el Irving Trust Company. Tenía hambre pues desde las seis de la mañana estaba en pie y pensaba comer algo antes de continuar, pero me dije, qué más da, voy a terminar con esta calle y proseguir con otras áreas después de comer algo. De todas formas no va a demorar más de cinco minutos decirme que me avisaran.

Yo sabía que ahí estaba trabajando el hijo de Benet, como ejecutivo en el área internacional y había logrado traer algunos ex empleados del Banco Continental, que trabajaban en el Departamento Internacional. Yo no tuve trato con él, porque después de graduarse en Estados Unidos, comenzó a trabajar en el Continental cuando yo estaba fuera, así que decidí ir directamente al departamento de personal sin molestarlo, y evitarle la pena de tener que decirme lo que me habían dicho en los otros bancos. Como es habitual me entregaron una pequeña planilla que solamente requería datos básicos. La llené y la entregué. Pasados unos minutos me llamaron y preguntaron si deseaba llenar una solicitud de empleo completa, a lo que accedí, ya tenía experiencia y me sabía de memoria las preguntas y las respuestas. La devolví y me dijeron que me sentara y esperara. Pasado un corto tiempo, me pasaron a un entrevistador quien después de analizar mi solicitud, preguntó si deseaba someterme a un examen, a lo que accedí. Un corto tiempo después de finalizar mi examen, el entrevistador me llamó de nuevo y me preguntó si estaba dispuesto a realizar unas pruebas en el departamento de préstamos, a lo que también accedí, Ahora si comencé a ponerme nervioso. Habían transcurrido casi tres horas. Cuando terminaría este juego para decirme que me avisarían, pero, y si no era un juego?.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Subí al departamento de préstamos donde me esperaba un Vice Presidente jefe del departamento. Después de hacerme preguntas sobre mi experiencia, me preguntó se estaba dispuesto a hacer una prueba con un documentos de los usuales en préstamos, a lo que nuevamente accedí. Me condujo a una pequeña mesa donde había una máquina de calcular eléctrica, y entregándome un documento, me solicitó que lo tramitara. Yo tenía años de experiencia con estos documentos y con la misma máquina e introduje con mucha rapidez los datos en la misma, y él detrás de mí observando mis pasos. Cuando oprimí el botón de ejecutar, antes de finalizar los cálculos la máquina, puso su mano sobre mi hombro y me dijo: “es suficiente, regrese al departamento de personal”. Cuando salí de allí todo mi cuerpo temblaba, el hambre y el dolor de cabeza me atormentaban, sería posible que me estuvieran considerando para una plaza?. En Personal, me pasaron de nuevo al entrevistador que tenía una cara sonriente. Me dijo que la prueba había sido excelente y que la única observación hecha por el Jefe era mi inglés, pero que era suficiente para entender y hacerme entender y que eso estaba seguro lo superaría en corto tiempo. Me preguntó entonces, si aceptaría una plaza en el Departamento de Préstamos con un sueldo de \$85.00 semanales. Nunca olvidaré la cara de satisfacción que puso aquel hombre, seguramente por lo que estaba expresando la mía, cuando le contesté “como no voy a aceptar si yo estoy trabajando de buss boy en un restaurante ganando \$60. a la semana” Eran como las cuatro de la tarde. Me dijo que solo faltaba someterme a un chequeo médico, ahí en el mismo banco, que podríamos comenzar en ese momento si yo estaba dispuesto, a lo que lógicamente respondí afirmativamente. Además me harían una investigación por una compañía privada ajena al banco, que demoraría varios días

Me dirigí al departamento médico y de inmediato comenzaron a hacerme las pruebas rutinarias faltando solamente las radiografías, pero que por lo avanzado de la hora, eran casi las cinco de la tarde, las haríamos al siguiente día laborable, o sea el lunes, porque todo esto acontecía en un día viernes. Yo no podía creer todo lo que había sucedido. Quizás mi escepticismo me ayudó, al no ponerme nervioso en las primeras entrevistas y pruebas. Tuve la suerte que me tocara un entrevistador que valoró mis conocimientos y experiencia, pero fue capaz de intuir lo que aquel empleo significaba para mí y mi familia. En mi mente y en mi corazón siempre lo recuerdo con un gran agradecimiento. El me abrió la puerta para reentrar en mi carrera en el sector bancario que quedó trunca en Cuba.

Cuando llegué a casa y le conté a Nenita, los niños no podían comprender que era lo que nos pasaba y que significaban aquellos abrazos y lágrimas que no eran de tristeza, sino de alegría. El lunes en la mañana volví al banco a completar los exámenes médicos y al regresar a casa, Nenita me informó que en la mañana había pasado el inspector anunciado para entrevistarla. Lo que se suponía llevaría varios días, había tomado solo varias horas. Estoy seguro que el entrevistador lo solicitó con carácter urgente. El miércoles me llamó al restaurante y me dijo que podía comenzar a trabajar cuando quisiera. Le pedí comenzar el lunes para darle al club el resto de la semana, la oportunidad de conseguir un sustituto, aunque no es algo acostumbrado en ese giro, donde las entradas y salidas de personal no se producen de un día para otro, sino en el momento..

Justamente un año después de haber llegado a New York, de aceptar el reto que significa vivir en ella cuando no se conoce, que me abrió los brazos como una madre amorosa para decirme, todo lo que hay aquí, todo lo que tengo, puede ser tuyo si trabajas y

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

te esfuerzas y eres un hombre de bien, disfrútalo. I LOVE NEW YORK. Entendí lo que me había dicho Vicente al no comprender las contradicciones de aquella ciudad: “esto primero sucede por necesidad y después por adaptación”. Yo nunca acepté como una opción la adaptación a lo que me era ajeno a pesar de las necesidades. Nunca me conformé con las condiciones en que estaba viviendo y me sabía capaz de luchar por cambiarlas. No desperdicié, sino utilicé todas las oportunidades y recursos a mí alrededor para superar mis conocimientos. Siempre mis hijos fueron el motor que impulsaba este barco para navegar por aguas seguras y llegar a grandes puertos. El amor y el trabajo son el combustible para todo ello. El ejemplo de mi abuela Charito y mis padres siempre fueron el faro para guiarme.

En aquellos momentos comenzó una nueva vida. Ahora un ingreso mayor y estable, un seguro médico amplio para toda la familia y un horario de nueve a cinco y semanas de cinco días de trabajo, además de otros beneficios como el de anualmente un bono equivalente a un 15% del sueldo anual, nos proporcionó una ordenada vida familiar en todos los aspectos, económico y emocional. Nos permitió mudarnos de aquel departamento, pequeño pero lleno de emociones y recuerdos, al primer piso de una casa de dos plantas en un mejor lugar, a solo tres cuerdas de la casa de Fina, que estaba frente a la primera escuela que le correspondía a Javier asistir. Un amigo y compañero del banco me informó que un amigo suyo (un exilado que había sido el Jefe de Personal del Banco Nacional) estaba haciendo un trabajo temporal en una empresa de turismo después de salir del banco en que trabajaba, lo iba a dejar. Por si a mí me interesaba para aumentar mis ingresos, me dio su teléfono para que lo llamara. Lo consulté con Nenita y aunque requería una disminución en el tiempo con la familia, sería muy beneficioso para mejorar en lo económico. Contacté a esa persona y me dio la dirección del negocio a donde acudí y me introdujo con el dueño, con quien me entrevisté. Convenimos en un horario de cinco y treinta a nueve y media de la noche de lunes a viernes y los sábados cuatro horas en la mañana a \$3.00 la hora, lo que representaba \$72.00 a la semana, casi igual al sueldo del banco.

La empresa se dedicaba a proporcionar servicios turísticos en español para viajeros procedentes de Sur América y España. Estaba próxima a comenzar la Feria Mundial de New York en 1964 y la demanda de servicios por las agencias de turismo era enorme y por lo tanto, el trabajo administrativo también, por lo que al preguntarle al dueño cuando comenzaba a trabajar, me contestó “ahora mismo”. Le pedí permiso para hacer una llamada a mi casa y a grandes rasgos le informe a Nenita lo sucedido y que por ese motivo llegaría tarde. A diario salía del banco a las cinco y el viaje en el tren me tomaba unos 15 minutos. Compraba un café y una dona y llegaba a la oficina a tiempo. Con el correr de los días fui adquiriendo conocimiento del negocio y mi labor se hizo más amplia, ahora también llevando la contabilidad. La Feria Mundial de New York en 1964, fue el más grande evento turístico de la historia, por el enorme número de personas que la visitaron, en gran medida del extranjero. Fue tanta la gente que se quedó sin poder asistir, que se extendió al siguiente año 1965.

Mi participación en todas las fases del negocio hizo que el dueño me empezara a hacer propuestas para que viniera a trabajar con él. Yo con la mentalidad cubana de que un empleo era para toda la vida y la seguridad que trabajar en un banco proporcionaría, me hacían resistir las propuestas. La experiencia me llevó a comprender que en Estados Unidos

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

las cosas son diferentes. El empleo abunda, y tanto las empresas como los empleados están abiertos a cambios, si son para sus propios beneficios, sin que se considere un abuso por unos o deslealtad por los otros.

Al finalizar la segunda temporada de 1965, el dueño insistió en sus propuestas y yo todavía renuente, pero considerando la posibilidad. Él había ganado mucho dinero con la Feria y ahora estaba metido a inversionista, comprando edificios que mejoraba y al obtener mayores rentas, le proporcionaban un gran beneficio al venderlos. Con esto creó una pirámide que crecía muy rápidamente, pero que lo obligaba a invertir mucho de su tiempo en ello y no tener el suficiente para el negocio de turismo. No lo quería dejar porque le gustaba mucho y lo había fundado, creciéndolo con muchos sacrificios, hasta que la feria lo constituyó en la piedra angular de su riqueza. Yo también me había enamorado de esa actividad, dicen que es como una droga, que después que uno se da el primer pinchazo, queda enviciado para toda la vida, por su dinamismo y creatividad, a diferencia de la actividad bancaria, que en Estados Unidos, por el tamaño de los bancos, a nivel de empleado es muy rutinaria y mecánica.

Al fin acepté su propuesta y vine a trabajar con él como Jefe de Oficina y contador, con un sueldo mejor que el del banco. Estaba muy contento con mi trabajo, pero... Siempre hay un pero. Este señor tenía un carácter muy fuerte y dictatorial que yo no había conocido de cerca. A pesar de ello, él tenía una gran confianza en mí, al extremo que cuando tenía que viajar, me dejaba cheques firmados en blanco para usar en alguna emergencia. Una cosa compensaba la otra, hasta que un día, al yo negarme a algo que consideraba no ético y reñido con mis principios, me levantó la voz y tras una discusión en presencia de todos los otros empleados, me gritó: “usted está aquí para hacer lo que yo le diga” y yo le conteste, “yo estoy aquí para hacer mi trabajo, pero no para mentir”. Los dos nos quedamos mirándonos uno al otro en el dintel de la puerta de mi oficina, de manera desafiante, hasta que los dos nos relajamos y dándonos la vuelta, nos fuimos a nuestros escritorios, en nuestras respectivas oficinas que estaban separadas.

Ese día comprendí que los dos habíamos cruzado la barrera de la tolerancia y el respeto mutuo y que nuestros valores eran muy diferentes, lo que hacía una relación de trabajo muy difícil de continuar. La relación ya no fue nunca la misma. Nunca más volvimos a discutir y el trato de ambos lados era cordial, pero tenso. Yo había tomado la determinación de dejar la empresa. En Enero de 1966, al cerrar el año fiscal para entregar al Contador Público encargado de hacer los balances finales, todo al día y en orden, presente mi renuncia. Ya había sido aprobado por un banco alemán para comenzar a prestar mis servicios en Febrero. El señor se sorprendió, e hizo todos los esfuerzos por retenerme, sin lograr convencerme. Me pidió que yo siguiera encargándome de llevar la contabilidad, como en el comienzo de nuestra relación. Yo acepté con la única condición, que mi trabajo sería solamente llevar la contabilidad, de una manera independiente y no estaría sujeto a un horario, con mi compromiso de que tendría la contabilidad al día y lista al cierre del año fiscal, como siempre había sido. Fue un pacto de amistad que los dos cumplimos honesta y caballerosamente.

Con el cursar del tiempo, debido a su falta de tiempo por sus otras actividades, comenzó a pedirme el favor de ayudarlo en trabajos que solamente él o yo hacíamos, por su

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

complejidad y la importancia al cotizar precios. Porque me gustaba hacerlo y por un sentido de afecto y viendo su necesidad, comencé a involucrarme en lo administrativo, teniendo que dedicar más tiempo que el usual del que le dedicaba a la contabilidad, para mantenerla al día y poder cerrar el año oportunamente. A medida que fue pasando el tiempo, él comenzó a hacerme proposiciones para que regresara, las cuales yo declinaba. En los últimos meses del año 1967, un día tuvimos una conversación en la cual de nuevo mi hizo su propuesta y al yo de nuevo declinarla, dijo, “dígame que es lo que quiere, un sueldo de \$200, \$250. Para comenzar con una cantidad; ser mi socio en el negocio, lo que usted quiera, pero yo lo necesito”. Sus palabras me emocionaron, más viniendo de una persona como él, pero no podía dejarme llevar por las emociones, y en tono muy respetuoso y amistoso le respondí: “no es un asunto de dinero, es que usted y yo somos muy diferentes y eso no funcionaría”. Al comprender que con mis palabras se cerraba toda posibilidad de llegar a un acuerdo, que él necesitaba para poder mantener esa actividad, para mi sorpresa, entonces me dijo: “pues le vendo el negocio” a lo que yo de inmediato le respondí: “se lo compro”. Y quedamos en hablar en detalle sobre el asunto al día siguiente, pues ninguno de los dos había concebido la idea de decir las palabras que habíamos dicho, al hacer uno una oferta y ser aceptada por el otro

A mediados de 1965 mis padres me habían informado que tanto ellos como mis dos hermanos y mi hermana que permanecían en Cuba con sus respectivas conyugues e hijos, habían tomado la determinación de emigrar a Estados Unidos, aprovechando la oferta hecha por Fidel de que todo el que quisiera irse que se fuera y la aceptación por parte del gobierno americano, mediante una ley especial, de aceptarlos. En Septiembre de 1966 llegaron a Miami mis padres, acompañados de mi hermano Carlos, su esposa Teresita y su hija Mayte. En los primeros días de Diciembre llegaron Gladys y Manolo con su hija Marisel y dos días más tarde, René y su esposa Mercedes acompañados de sus hijos Martica y los gemelos Alexito y Marielena. Como una de las tantas ironías que han sucedido en mi vida, el día de su llegada a New York del primer grupo, en la tarde comencé a sentirme mal con dificultades al orinar. Con las horas ese malestar fue en aumento y cuando el avión estaba a unos minutos de aterrizar, el malestar se había transformado en un dolor irresistible. Mi familia que en gran número se encontraba en el aeropuerto para darles la bienvenida, insistían en llevarme al hospital, a lo que yo me negaba. Tan pronto salieron al salón de espera y abrazarlos y besarlos con gran alegría, inmediatamente salieron conmigo en un auto hacia el hospital.

En el salón de emergencia me atendieron, diagnosticando un cólico nefrítico, o sea, una piedra en el riñón. Me inyectaron un fuerte calmante y me enviaron para la casa con un medicamento para ayudar a expulsar la piedra. Como a las dos horas, de nuevo el dolor era insoportable y tuvieron que llevarme otra vez al hospital, donde me volvieron a inyectar y me ordenaron que continuara con unas pastillas para aliviar el dolor, que me mantuvieron drogado durante todo el tiempo. En la noche al no calmarse el dolor, de nuevo me llevaron al hospital donde esta vez me internaron. Esa noche y todo el siguiente día estuve bajo calmantes que me mantenían dormido salvo por cortos períodos de tiempo. A la segunda noche, el médico me informó que la piedra no se movía y no era visible en las radiografías, por lo que al siguiente día me someterían a una operación exploratoria para localizarla y extraerla. Por suerte esa misma noche, la expulsé voluntariamente. El evento tan añorado de

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

reunirme de nuevo con mis padres y el primero de mis hermanos en llegar, se vio truncado y limitado por varios días a un beso y un abrazo por un minuto.

Después de la oferta del señor de la empresa de turismo y de mi intención de comprar, nos reunimos para establecer las condiciones. Decidimos un contrato con una opción de compraventa por un año, con un depósito de buena fe correspondiente al 50% del capital suscrito y pagado, y el otro 50% al cumplirse el plazo de la opción, un año después. Adicionalmente yo me comprometería a pagar el valor de la plusvalía mediante 24 pagares. Si en la fecha de vencimiento de la opción, un año después, por cualquier motivo yo decidiera no comprar, el depósito inicial me sería devuelto sin ninguna otra compensación o pago adicional al sueldo que durante ese año devengaría. Si llegado el plazo convenido, yo decidiera ejecutar la opción y efectuar el pago del otro 50% del capital, tendría derecho a recibir el 50% de las utilidades que hubiera al final de ese año fiscal. Si se produjeran pérdidas, yo no tendría que asumir ninguna responsabilidad ni pago por esas pérdidas. En la fecha del contrato yo comenzaría a actuar como Gerente General con un sueldo de \$1,000.00 mensual. El contrato de opción se firmó en Febrero de 1968 con un plazo de vencimiento de Febrero 28, 1969.

Al momento de la oferta, yo no tenía dinero para efectuar el primer pago de la opción. Acudí a un ex compañero del Banco Continental, que ahora era Administrador de la Sucursal de un Banco de Puerto Rico, a los fines de obtener un préstamo por dos años pagadero en mensualidades, con el ofrecimiento de que si compraba la empresa les pasaría todos los negocios y traspasaría una cuenta corriente que mantenía altos saldos durante una gran parte del año. Afortunadamente el préstamo fue aprobado y pude aceptar definitivamente la opción de compra con la firma del contrato.

Ese fue un año trágico para los Estados Unidos por las tensiones raciales y los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy, que afectó el turismo. Al final del año en lugar de utilidades hubo pérdidas en exceso de \$4,000.00 de las que yo no tenía que asumir ninguna parte, pero eso disminuyó el capital, que yo compré con un balance negativo. A su vez, no recibí ningún efectivo por utilidades, con lo que yo contaba para ejercer mi opción de adquirir el restante capital, segunda parte del contrato de compraventa.

De mi sueldo, había ahorrado lo suficiente para liquidar el saldo del préstamo. Le solicité a mi amigo del banco, liquidar anticipadamente ese saldo y que el banco me concediera uno nuevo por la misma cantidad, que necesitaba para ejercer la segunda opción de compra, en las mismas condiciones del anterior. El Administrador del banco me dijo que no veía ningún problema dado mi buen y puntual pago y que además, el nuevo préstamo quedaría garantizado por la empresa solidariamente. Yo había tenido la oportunidad de conocer la verdadera situación de la empresa y sus ingresos y gastos y llegar a la conclusión que el negocio era redituable. Desde mi posición de Gerente General me había hecho conocido de los clientes actuales, sobre todo los más importantes. La relación con las agencias clientes estaban un poco dañada por la falta de atención del dueño por sus múltiples ocupaciones y logré restablecerlas y mejorarlas. Desde ese punto de vista, era aconsejable ejercer la opción y concretar la compra. Pero que sucedería en la próxima temporada en los Estados Unidos y en New York en particular? Era un gran riesgo que tenía que asumir, pero si no era así por la situación política, de donde obtendría los recursos

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

necesarios para mantener a flote la empresa? Por el otro lado sabía que esta era nuevamente la oportunidad de mi vida, para tener un buen negocio propio. Como cuando me ofrecieron mi primer puesto en el banco en Cuba, decidí correr el riesgo y fui adelante con lo pactado.

Con todo entusiasmo y fe en el futuro, comencé a dirigir y administrar el negocio, estableciendo nuevos métodos y sistemas, rodeándome de empleados calificados, responsables y eficientes y un estricto control de gastos, impulsando las ventas con viajes de promoción y propaganda, y sobre todo, una calidad impecable en la prestación de los servicios. Necesitaba una persona de toda mi confianza, inteligente y leal que se hiciera cargo de dirigir y supervisar las labores administrativas y pensé en Cussy, que en esos momentos estaba trabajando en una compañía de seguros en Wall Street. Honestamente le informé de todos los riesgos y posibilidades, pero también le infiltré mi entusiasmo y mi fe en que saldría adelante y renunció a su empleo y se unió a mí en el proyecto. Ella no conocía nada de este giro, pero con su inteligencia y su preparación profesional, le fue fácil, en muy poco tiempo, estar en pleno dominio de sus obligaciones. Cussy fue fundamental para mí, no solo al brindarme apoyo laboral, sino en el aspecto personal en aquellos críticos momentos, lo que nos unió mucho más allá de la relación de primos que ya manteníamos, a una relación como de hermanos.

Mi primer cliente una vez adquirida la empresa, fue una agencia de Brasil que había captado un importante negocio, traer a New York un grupo de 40 promotores de venta de productos farmacéuticos, de una de las más importantes firmas a nivel mundial de esos productos. Conociendo la calidad de los servicios proporcionados por la ahora mi empresa, se dirigió a nosotros para organizar un programa de actividades turísticas incluyendo almuerzos en distintos restaurantes de la ciudad. El programa sería coordinado y aprobado con las oficinas de la empresa farmacéutica en New York. Fue un gran reto para Cussy y para mí, organizar y operar tan importante evento. Pero con la experiencia adquirida en los años anteriores y la capacidad y disposición de Cussy, organizamos un buen programa. Yo había retenido al ex dueño de la empresa como Asesor, y una vez elaborado el proyecto se lo presentamos para sus comentarios y observaciones. Salvo un restaurante elegido para un almuerzo, que él no considero el más apropiado, que fue sustituido por otro, estuvo de acuerdo con el proyecto. El programa fue sometido al encargado de esa actividad en la empresa farmacéutica, quien le dio su aprobación. En su oportunidad el grupo fue atendido exitosamente, para satisfacción de todos, y resultó en una buena utilidad para nosotros, muy importante en aquellos momentos.

La situación del país se normalizó, el turismo resurgió, los clientes se mantuvieron y vinieron nuevos, algunos de ellos fuertes. La empresa recuperó su posición en el mercado y la superó para convertirse, no en la más grande, pero si la de mayor prestigio. Tuvimos la satisfacción de que se nos encomendaran por agencias muy importantes, clientes del sector público y privado de Latinoamérica y España, como funcionarios de gobierno a nivel de Ministros, industriales de alto rango y hasta el ex presidente de una importante república latinoamericana, en una visita a New York durante una semana después de entregar la presidencia, acompañado de su esposa y su hijo y la esposa, como un simple ciudadano, sin asistencia o intervención oficial o protocolaria, antes de partir en el Queen Elizabeth con destino a Londres. Ese primer año, con el esfuerzo y la cooperación de todos, traspasamos la meta con banderas de colores. En los siguientes años las ventas aumentaron de \$180,000

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

en el año anterior a la compra, hasta más de un millón de dólares y se abrieron oficinas en las ciudades de Washington y Orlando y dos en Miami, una de ellas como Agencia de Viajes con venta de pasajes y paquetes turísticos al público local.

La descendencia de la familia Chàvez-Gonzàles, mis ancestros, gran parte de ella se había concentrado en New York y mi tío Gonzalo con su esposa Blanca e hijos, Gonzalito y Martha y Jorge, su esposo, vivían en el Estado de New Jersey, bastante cerca de New York, por lo que muy frecuentemente nos veíamos. La casa de Fina se había convertido en la casa de la “abuela joven” y era el núcleo de la familia. Continuamente, con motivo o sin él, nos reuníamos en su casa, así como en las festividades de cumpleaños en las casas correspondientes. Mi abuela desde el cielo debe haber disfrutado de esa unión y amor familiar.

En Mayo 23 de 1970, un sábado, celebramos el cumpleaños de Betty que había ocurrido el día 17 de Mayo, cuando yo estaba en Colombia asistiendo a una convención. Como de costumbre la familia se reunió en un buen número. Papá estaba tan contento, que hasta llegó a bailar y disfrazarse de mujer, algo insólito en él. Nada hacía suponer lo que sucedió al día siguiente. Temprano en la mañana mamá me llamó para avisarme que papá al levantarse había sentido un fuerte dolor en la espalda y sus piernas se le estaban entumeciendo. Yo pensé que sería un ataque al corazón e inmediatamente llamé al médico de la familia, quien me ordenó llamar una ambulancia y llevarlo al hospital, a donde él iría enseguida para verlo. Llamé la ambulancia y partí para su casa, distante solamente dos cuadras de la mía. Casi simultáneamente llegó la ambulancia y partimos al hospital, yo acompañándolo. En el recorrido papá nunca me manifestó su temor a morir, lo que si le preocupaba era que las piernas se le estaban paralizando. Quien haya conocido a mi padre, sabe de lo activo que siempre fue y comprendí su preocupación a quedares inválido. Llegamos al hospital e inmediatamente lo atendieron. Las primeras pruebas mostraron que no era un problema cardíaco y como su situación era estable y la parálisis comenzaba a aminorar, decidieron ingresarlo, con el objeto de al siguiente día, lunes, hacerle pruebas para determinar las causas de su malestar.

Ya en esos momentos mi cuñado Manolo, y mis hermanos Alexis y Carlos habían llegado al hospital. En esa fecha mi hermano René ya vivía en Miami. Le ordenaron a papa dieta líquida que al poco rato le trajeron. Alexis como siempre, jaraneaba con él y le hacía chistes, de los que él se reía relajado. Viendo su mejoría, me retiré para traer a Nenita y a mamá al hospital. Mamá ya se había ido con Gladys y Nenita preparó los niños y partimos. Al llegar el elevador al piso donde estaba papá ingresado, pude ver al grupo familiar reunido en el centro de la sala de visitantes, con una expresión en sus rostros que indicaba que algo grave estaba sucediendo. No tuve tiempo de preguntar, desde el cuarto de papá, visible desde la sala de espera, comenzaban a salir personal de hospital y equipo médico. Un hombre con bata blanca indicando su profesión y con un semblante de tristeza, se acercó al grupo preguntando quien era la esposa. Al señalarla, se acercó a mamá y le dijo: “señora, lo siento, hicimos todo lo posible”. Ese ha sido el momento más trágico en mi vida, la noticia de la muerte de un familiar tan especial y tan cercano, en circunstancias tan inesperadas.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

La muerte de papá nos dejó a todos devastados. Todos los días íbamos a casa de mamá y su ausencia no lográbamos superarla. Me angustiaba el haberme ido creyendo que se estaba recuperando y enfrentarme con su muerte, sin haber estado con él en sus últimos minutos. Una noche, estando sumidos en ese estado de depresión, mamá se levantó de su asiento y dijo: “está bueno ya, no hay nadie que lo pueda extrañar más que yo, y sin embargo, estoy fuerte y aceptando las cosas como son”. Eso nos hizo reaccionar y darnos cuenta que era cierto, que teníamos que ser tan fuerte como ella para ayudarle a llevar su dolor, que era más grande que el nuestro. Por coincidencias de la vida, mi juramento para la ciudadanía de los Estados Unidos de América fue el día 26 de Mayo de 1970, un día en que mi padre estaba expuesto en la funeraria. Su sepelio fue al día siguiente.

En Enero 18 de 1972, cuando Betty estaba próxima a cumplir 12 años vino a este mundo Daniel. Fue un parto demorado que terminó en cesárea. Danny nació muy fuerte y saludable, pesando casi 8 libras. Tres días después dieron de alta a Nenita, pero al niño lo dejaron por un día más porque tenía alta la bilirrubina. Al día siguiente, como a las diez de la mañana, me llamó el Dr. Rivera, médico de la familia, para avisarme que el baby estaba muy delicado y que fuera inmediatamente para el hospital. Salí a toda prisa, bajo una nevada, y al llegar, al primero que encontré fue a mi amigo Nelson, quien al llamarme a la oficina para saber cómo andaba todo, ajeno a lo que había pasado unos minutos antes y ser informado, salió de su trabajo y se dirigió al hospital. Siempre lo he recordado con mucho afecto y cariño, por su apoyo en los momentos tan difíciles que me esperaban. El Dr. Rivera me explicó, que los niños que nacen por cesárea retienen muchas flemas y que esto había ocasionado que parte de esas flemas se le hubieran alojado en un pulmón, colapsándolo. Esto, que de por sí era grave, tenía otro problema, al no saber cómo reaccionaría su organismo a los medicamentos. Había que ir probando y en pequeñas dosis en un principio, hasta saber sus reacciones. La situación era muy delicada y me sugirió que me preparara a la posibilidad de perderlo.

Aquello fue devastador. Nenita que había tenido una recaída bastante severa y que estaba bajo tratamiento, esperaba que ese día el niño saliera del hospital. Darle la noticia podía provocarle una crisis irreversible. Llamé a su médico y le informe lo que estaba sucediendo, recomendándome que la llevara a su consulta para el prepararla y tener control de la situación. Antes de llegar a casa, desesperado, entré en la iglesia de Saint Michael y me arrodillé ante la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, a llorar y suplicar que mi hijo se salvara. Flora, la hermana de Miguel el esposo de mi prima Eneida, que también estaba en la iglesia y sin saber nada, vio y oyó el llanto de aquel hombre tan agobiado, se acercó para ver si podía darle algún consuelo. Al acercarse y ver que era yo, no tuvo valor de preguntarme y fue a ver a Eneida, diciéndole que algo muy grande había pasado, contándole lo que había visto. Afortunadamente, yo ya había salido de casa con Nenita cuando se produjeron las llamadas de la familia para saber lo que estaba sucediendo. Le dije a Nenita las cosas a medias y la convencí de ir al médico. Afortunadamente la situación se pudo controlar sin consecuencias mayores.

Fueron días de mucha zozobra. Danny era un niño muy fuerte y batallaba mucho y era muy hambriento, lo que contribuyó a resistir los primeros embates y a asimilar los medicamentos. A los pocos días, el pediatra me informo que el niño había mejorado y que

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

ahora las posibilidades eran del 50%, no obstante, si se salvaba, la recuperación iba a ser lenta. Al yo preguntarle qué significaba "lenta", con un tono de duda, me contestó: "bueno, semanas". Milagrosamente Danny salió del hospital el día 5 de Febrero, cuando en la ciudad estaba cayendo una fuerte nevada, completamente restablecido y sin ninguna consecuencia. Ese fue el día también que murió Neno, el esposo de mi tía Cuca, que ya venía muy delicado desde hacía algún tiempo.

El negocio siguió prosperando y la próxima apertura de Disney World auguraba un gran aumento en el turismo internacional, como así sucedió, pero en mayor escala de lo imaginado. Yo tenía un operador en Miami que les prestaba los servicios a mis pasajeros provenientes de las agencias de Sur América. En un principio funcionó bien como hasta esa fecha, pero el volumen creció muy rápidamente y comprendí la necesidad de tener una representación directa que coordinara con el operador y mantener nuestra identidad con las agencias. Cussy se había mudado a Miami y de nuevo acudí a ella y aceptó reintegrarse y hacerse cargo. Abrimos una pequeña oficina y resolvimos el problema inmediato. El crecimiento de pasajeros aumentó vertiginosamente y el operador no daba abasto, ya que atendía a muchas más compañías como la mía. Nosotros recibíamos las quejas pero no teníamos ningún control en la operación. Me di cuenta que teníamos que hacernos cargo directamente o perderíamos los clientes.

Decidí ampliar la oficina y convertirla en una Sucursal, contratando personal administrativo y operativo, equipo de transportación propio y convenios con hoteles y líneas de autobuses, con lo que logramos conservar nuestro prestigio en la calidad de los servicios. En ese momento vino Mercy a trabajar con nosotros como guía turística. En 1972, por malos entendidos y la presión del inmenso trabajo, Cussy y yo nos disgustamos y ella renunció. Contraté a una muchacha que era la jefa de ventas del principal hotel que utilizaba en Miami, con una estrecha relación con las agencias de Latinoamérica, quien estaba teniendo problemas en su empleo, pues querían traer a un jefe de ventas que cubriera también el mercado europeo, que estaba en crecimiento. Aceptó mi oferta y vino a trabajar con nosotros. Fue una buena adquisición. Los agentes que la conocían, su buen trato y su experiencia en trabajar con pasajeros, estaban muy satisfechos y contentos. Yo había establecido una relación de negocios con una importante agencia de Brasil que manejaba un volumen de miles de pasajeros al año y era mi mejor cliente. Era una agencia con mucho prestigio y con los mismos conceptos en cuanto a los servicios, por lo que fue fácil integrarnos para la operación de los grupos. .

Desde hacía años estaba trabajando conmigo en New York, Gonzalo, un muchacho que conocía del banco en Cuba por las relaciones con la compañía donde trabajaba como Contador. Habíamos establecido una estrecha relación profesional y personal y se hacía cargo de la oficina cuando yo tenía que viajar, ahora muy a menudo, bien a Miami para reforzar en las fechas de mayor trabajo o en viajes a Sur América para coordinar los programas de la próxima temporada. La relación fue tan buena que lo consideraba como un hermano.

En la temporada de invierno 1972-1973, en Diciembre yo vine a Miami, para reforzar a la llegada del volumen mayor de pasajeros que ocurriría en esas fechas. Después de unos días en Miami, los grupos se dirigían a Orlando para visitar Disney World. Los

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

pasajeros llegaban cada tres días aproximadamente y requerían de tres a cuatro autobuses, atendidos por un guía cada uno. Yo me iba con ellos para coordinar con el hotel los trámites de alojamiento para que no se produjeran demoras en obtener sus habitaciones. Al día siguiente regresaba a Miami para estar listo cuando llegara el otro grupo y hacer lo mismo. En estas ocasiones, yo me iba un día antes a Orlando para sacar el grupo anterior, que se dividía en dos grupos: uno regresaba a Miami y otro, el mayor, seguía a Washington, donde tenía un operador muy eficiente que los atendía. De ahí continuaban a las Cataratas del Niágara, Montreal y Quebec, terminando en New York hasta la salida a Brasil. Esta operación era atendida directamente por la Oficina de New York.

Para día 17 de Enero de 1973 se suponía que después de haber recibido el último grupo y dejarlo acomodado en Orlando, regresaría a New York para coordinar y reforzar en la llegada de los pasajeros que habían ido a Canadá y su salida hacia Brasil. Para efectuar desde New York la facturación de todos los servicios que ascendían a varias decenas de miles de dólares, necesitaba recoger en la oficina de Miami toda la información del número de pasajeros y servicios proporcionados, para lo cual había diseñado un sistema que proporcionaría fácilmente toda esa información.

Para mi sorpresa pude constatar que no era posible obtener esa información. La operación había sido un éxito, pero en lo administrativo había sido un desastre. Se habían desconocido todos los sistemas establecidos, las carpetas eran un amasijo de papeles y ni siquiera era posible saber el número de pasajeros por grupo. Todo lo construido estaba en riesgo. La agencia estaba acostumbrada a tener sus facturas en un corto tiempo para su revisión, aprobación y presentación al Banco Central para autorizar el pago en dólares, para lo cual tenía un plazo. Esto era imprescindible para que el Banco autorizara las remesas finales ya que había autorizado remesas de depósitos basadas solamente en las listas de pasajeros facilitadas por las compañías de aviación. La facturación correcta era indispensable. Había en juego muchos miles de dólares y muchas cuentas por pagar a hoteles y transportistas. Aquello podía ocasionar la pérdida del cliente y mucho dinero, hasta provocar la quiebra.

Yo estaba exhausto y falta de sueño por el trabajo del día anterior, y el cansancio acumulado durante todo un mes. No podía pensar en ese momento como resolver aquel caos, lo único que sabía era que ese día no me podía regresar a New York y que necesitaba dormir un rato. Llamé a Nenita y le informé que me era imposible viajar y que no podría estar para el cumpleaños de Danny. Me fui a dormir y no podía conciliar el sueño. Con más calma estudié la situación, no solo presente que tenía solución reconstruyendo y reorganizando, sino futura, llegando a una conclusión. Tenía que cerrar la oficina de Miami o mudarme a Miami. Lo primero sería ceder mi espacio en el mercado y perder mis clientes con respecto a Miami y Orlando, lo cual podía afectar New York, ya que un nuevo operador podría también hacerse cargo de los servicios de esa plaza y pasárselos a la competencia existente, sacándome a mí totalmente del mercado. Por otra parte, la idea de vivir en Miami, no era de mi agrado y nunca lo fue. Mi ausencia permanente de la oficina de New York requeriría un cambio de estructura de la empresa en la parte administrativa y de personal. Vislumbré una solución, pero no sabía si era factible. Tenía que explorarla. Hice una reserva de avión para esa misma noche y llamé a Nenita para avisarle el vuelo y la hora en que llegaría. Se sorprendió que en tan poco tiempo hubiera resuelto los problemas como para justificar mi cambio de planes e intuyó que algo grande iba a suceder, pero yo no quise decirle nada en ese momento, solo que no se preocupara, ya le explicaría..

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Durante el viaje fui madurando la idea y al llegar a New York la tenía clara. Después de contarle a Nenita en detalles todo lo sucedido, le planteé las alternativas que tenía. Inmediatamente me dijo lo mismo que yo había pensado, no podía cerrar la oficina de Miami. Obviamente solo quedaba una alternativa y le pregunté si estaba dispuesta a mudarnos a Miami, una ciudad que a ella tampoco le era de su agrado, a lo que me contestó afirmativamente. Aquel cambio a aquella ciudad fue la actitud correcta, pero resultó ser mi tumba como empresario. Allí, al final se perdió todo, negocio y familia.

Al día siguiente en la mañana fui a mi oficina y le conté al administrador lo sucedido y mis alternativas, así como mis planes que consistían en que él se quedara a cargo de la oficina de New York, con el título de Gerente con amplias facultades, un aumento de sueldo y otros beneficios. Después de una amplia discusión de todos los aspectos envueltos, aceptó. Regresé a casa aliviado, con fe en lo por venir, pidiendo a Dios que me protegiera. Me senté en la mesa del comedor con Nenita, Javier y Betty para que fueran parte de aquella decisión y explicarles los motivos. Javier había comenzado en Septiembre su High School en una escuela católica y Betty todavía estaba en la escuela parroquial de Saint Michael, terminando su primer año de secundaria. Ambos no se opusieron pero sí manifestaron su contrariedad que era comprensible. Ellos habían crecido en New York y estaban felices con eso. Todos sus compañeros y amigos eran de años de estar juntos en la misma escuela parroquial. Llegarían a una ciudad extraña y distinta en todo con respecto a New York. El clima era diferente, el calor del verano que en New York es asfixiante, ahora lo tendría que soportar todo el año y no verían caer la nieve y jugar con ella. No obstante a pesar de sus cortas edades, comprendieron que yo no tenía otra opción, y con el amor que siempre los ha caracterizado, me dieron su aprobación. Para mí también fue muy difícil el mudarme de New York, pero tenía el aliciente que vendría a menudo por motivos de trabajo.

Pasé uno o dos días más en New York y mientras Nenita comenzaba los preparativos de la mudanza yo me regresé a Miami. Lo primero era encontrar una casa. Cussy me avisó que a una cuadra de su casa estaban alquilando una igual a la de ella. Fui a verla y me gustó. Llamé al teléfono que aparecía en el anuncio y el señor que me atendió me informó que al día siguiente en la mañana estaría abierta para verla. Desde temprano estaba allí y fui el primero en llegar. La inspeccioné y todo era adecuado y esa misma mañana la renté. El 12 de Febrero de 1973 toda la familia estaba junta en Miami, para comenzar una nueva vida.

Pude dedicarme a resolver los problemas en la oficina y después de una conversación muy amplia con la administradora y agradecerle toda su cooperación en los últimos tiempos, pero también, de los motivos que me habían obligado a estar en Miami permanentemente, con mucha pena, le pedí su renuncia. Esto no terminó nuestra relación de amistad que se mantiene hasta el presente.

Las cosas marcharon bien en un principio. Poco a poco me fui dando cuenta que la persona que había sido como mi hermano, los amplios poderes que yo le había concedido los estaba usando para su propio beneficio y creando la impresión que él era el dueño de la oficina de New York y yo la de Miami. Pensaba que el afecto era mayor que la afrenta y

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

que tomando ciertas medidas podría conjurar la situación. Cussy, que siempre me fue leal, un día vino a verme a la oficina para decirme que en un viaje que esta persona había realizado recientemente a Miami, invitado a una comida en su casa, en presencia de mis tíos Pepe y Fina, le había ofrecido poner una oficina en Miami entre ellos dos y quedarse con los clientes. Yo no le quise creer a Cussy. No le podía creer que la traición llegara a esos extremos. Consideré que eran motivos de celos por la posición que él había alcanzado en la empresa y que ella había abandonado. Poco a poco me fui convenciendo que esa persona, a quien le había encomendado que si algo me pasara, cuidara y manejara la empresa para la seguridad económica de mis hijos, estando vivo tratara de quitármela. Estuve alerta y adopté ciertas medidas, pero en esos momentos no podía prescindir de él. Primero tenía que recuperar el poder que me había sido usurpado.

En Octubre 10 de 1973 nació mi cuarto hijo Nelson. La alegría aumentó con ese nacimiento. Los negocios iban bien y compramos la casa que habíamos alquilado. Javier y Betty se habían adaptado muy bien al cambio y estaban muy contentos con sus respectivas escuelas. La separación de sus amigos y compañeros en New York se suplió con otros nuevos. Con la gran cantidad de primos y primas que tenían en Miami, crearon un círculo familiar muy fuerte que los llevó a quererse como hermanos y que aún persiste.

Durante todo ese tiempo yo había mantenido controlada mi atracción por personas del mismo sexo, pero cada día la presión era más fuerte por dar salida a ese deseo sexual. El crecimiento de mi negocio me hizo tener que viajar con más frecuencia a los países de Latinoamérica donde tenía clientes y abrir nuevos en otros. Las estancias en los hoteles me hicieron encontrar otros hombres que estaban en la misma situación que yo. Mi facilidad de ser atractivo a otros hombres me llevo a hacer contacto con algunos de ellos y aprendí lo que son las relaciones entre personas del mismo sexo. Hay experiencias muy bonitas que no sería apropiado comentarlas en detalles, pero desde el punto de vista de relaciones humanas, tienen un gran valor sentimental.

En mis viajes de promoción a Brasil, siempre visitaba a la agencia que había sido mi primer cliente, que aunque nunca nos proporcionó otros grupos similares, si se mantenía leal enviándonos ocasionalmente clientes individuales. La agencia formaba parte de los negocios de un importante empresario en aquel país, perteneciente a una familia con múltiples inversiones en un país de Europa. El negocio de turismo era pequeño pues su principal objetivo era proveer los servicios a sus empresas en sus viajes y era atendido por un empleado a cargo, con un reducido número de personas. La agencia se encontraba en los bajos del edificio de la empresa principal en Sao Paulo, que lleva el nombre de familia, igual que el de la Agencia. Este empresario, a quien yo no conocía personalmente, en una de mis visitas bajó a saludarme y me invitó a almorzar en un club privado donde era socio, al que asistimos acompañados por el empleado responsable de la agencia. Fue una reunión muy agradable en la cual abordamos varios tópicos, excepto de nuestros negocios. A partir de ahí se desarrolló una relación amistosa más cercana, debido a mis frecuentes viajes a Brasil o de él a Miami.

En Mayo de 1974. La operación en Orlando era tan grande que se requería tener control sobre ella directamente. Abrí una oficina con solo un empleado para coordinar con los guías locales y poder atender a los pasajeros. Estaba entrenando a un muchacho de

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Miami, nombrado Raúl, que trabajaba como guía, para que se hiciera cargo de esa responsabilidad. Viajábamos a Orlando los lunes en la mañana y regresábamos los viernes en la noche. Nos movíamos en un Station Wagon de siete pasajeros, que era el equipo adecuado para atender los pasajeros individuales. El día 14 de Mayo, tres días antes del cumpleaños de Betty, Nenita me llamó para avisarme que Betty estaba con fiebre muy alta producto de una infección de la garganta. Inmediatamente decidí irme en avión. Como tenía planeado un viaje la semana próxima a Brasil para coordinar los últimos detalles de los grupos que comenzarían a llegar próximamente, tenía mucho material en aquella oficina que necesitaba llevar en el viaje, y decidí irme en el carro y que Raúl se fuera en avión.

Era un día jueves. A unas pocas millas de Orlando, comenzó una fuerte lluvia con viento. Aparentemente la fuerza del viento hizo que la parte trasera de mi carro se saliera del asfalto y rodara en la orilla cubierta de gravilla. El carro perdió estabilidad y traté de controlarlo girando hacia la izquierda, con lo que logré subirlo de nuevo al asfalto, pero en una posición transversal con dirección a la vía contraria. Esta carretera tiene cuatro líneas en cada dirección. Afortunadamente el tráfico detrás de mí venía a una distancia bastante grande que me permitía maniobrar. Al acercarme a la división de las vías, giré a la derecha y el carro me respondió. De nuevo en posición diagonal, me dirigía a la cuneta del lado derecho y logré, ahora a menor velocidad, volver a hacer un giro a la izquierda y otro a la derecha nuevamente, con menos velocidad aún y más control.

Al aproximarme a la orilla derecha pude ver muy cerca una barra de contención de acero, como una lanza pero con punta recta. Pensé en el peligro que podía constituir chocar con ella y por instinto, presioné los frenos. El pavimento estaba mojado. El carro dio una vuelta sobre sí mismo y al comenzar la segunda, chocó con la barra que penetró por la puerta del conductor haciendo un surco en el asiento y proyectándose en línea recta contra la puerta del lado del pasajero, que la abrió. Yo no tenía el cinturón de seguridad puesto y eso hizo que con el impacto yo saltara y diera una vuelta de cabeza dentro del carro, siendo expedido hacia afuera por la puerta abierta, para caer en la franja de gravilla. El carro quedó como un trozo de carne enganchado en el pincho de una brocheta. De haber tenido el cinturón puesto, la barra de acero hubiera cercenado mis piernas y mi muerte hubiera sido inminente por la pérdida de sangre al cortarme la aorta. Por suerte, el tráfico que venía detrás de mí pudo reducir su marcha y permitirme maniobrar. De lo contrario el accidente hubiera sido mayor, por una reacción en cadena.

Tendido sobre la gravilla, logré girar mi cuerpo y ponerme boca abajo y tratar de hacerle señas al primer vehículo que pasó, que era un camión de carga. Como no paró de inmediato, lo cual era imposible, creí que no me había visto. Con muchos dolores, logré voltearme de nuevo sobre mi espalda y me deje caer, con la esperanza que alguien me ayudaría. En muy corto tiempo, un joven estaba a mi lado y con mucha habilidad y pericia, deslizó sus brazos alrededor de mi cuerpo y me colocó en una posición recta. Notando sangre en mi brazo derecho, rasgó mi camisa y con un trozo de ella me hizo un torniquete. Afortunadamente solo fueron rasgaduras provocadas por la gravilla al deslizarme sobre ella. Después comprobé que era el chofer del primer camión que pasó. Ya habían llegado otras personas, entre ellas una pareja. Que mientras él iba a su carro a buscar una manta para protegerme de la lluvia que caía sobre mi rostro, ella se arrodilló a mi lado y trataba de consolarme. Con mucho trabajo por el dolor, tenía cuatro costillas rotas y el fémur

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

fracturado, aparte de muchas contusiones, logré decirle que llamaran a mi oficina de Orlando pero que no avisaran a mi casa. Ella repetía continuamente el número del teléfono para que no se le olvidara. Mucho después, leyendo el informe del accidente de la policía, pude conocer sus nombres y el lugar de residencia, y los llamé para agradecerles. Al momento del accidente estaban viajando en su luna de miel. Eran los únicos que aparecían en el informe. Me hubiera gustado contactar al chofer del camión, que con tanta pericia me practicó los primeros auxilios, para expresarle mi agradecimiento. Llegó un carro de la patrulla y el oficial preguntaba, donde estaba el muerto, pensando que yo venía en el asiento del pasajero, pues era imposible que el que venía conduciendo pudiera estar vivo. El carro fue considerado por la compañía de seguros, pérdida total.

Llegó una ambulancia y me trasladaron a Kissimmee, un pequeño pueblo, el más cercano al lugar del accidente y me llevaron al hospital local. Me hicieron las primeras curas y reconocimientos y dispusieron mi traslado al hospital de Orlando, pues allí no tenían facilidades para atenderme. Me pusieron en otra ambulancia y partimos para Orlando. Mientras tanto, Raúl quien había recibido un llamado de la policía avisándole del accidente, llamó a Miami informando lo sucedido y que salía inmediatamente para Kissimmee y de allí avisaría de mi estado. Mercy, quien ya trabajaba conmigo desde hacía tiempo, no quiso llamar a Nenita hasta que no tuviera noticias más concretas sobre mi estado. Raúl llegó al primer hospital donde le informaron del traslado y eso fue lo único que pudo informarle a Mercy y decirle que se regresaba al hospital de Orlando. Mercy asumió que mi estado tenía que ser bastante serio para que se produjera ese traslado sin darme asistencia alguna y fue a ver a Nenita para avisarle y enseguida le hizo una reserva en el primer avión que salía hacia Orlando, informando a Raúl para que la recibiera. Cuando llegó al hospital ya estaba admitido, conociendo todas mis lesiones..

La ambulancia demoró lo que a mí me lució como si fuera un viaje a California. A esa hora el tráfico era intenso y a pesar de las sirenas, resultaba lento. Los dolores eran insoportable y solamente me proporcionaban oxígeno. Al llegar al hospital de Orlando, inmediatamente un ortopédico se encargó del caso. Después de evaluarme comprobó que no habían lesiones externas de gravedad pero si la fractura del fémur. Ordenó practicarme una tracción, un procedimiento que consiste en barrenar el hueso por debajo de la rodilla por donde insertaron una barra de metal. Atadas a sus extremos había unas cuerdas de acero, que en el extremo de la cama eran pasadas a través de una roldana, sostenida por una armazón de hierro, de donde colgaban unas bolsas de arena, con el fin de mantener el fémur en su lugar. La pierna fue colocada en una canasta de hierro que sigue el contorno de la pierna, envolviéndola desde la ingle, que con el movimiento del cuerpo sus puntas se encajaban en esa área y algunas veces presionaban los testículos. Narro todo esto para que quien lo lea pueda darse una idea de lo que siente una persona en este proceso con este equipo, que bien pudiera constituir un instrumento de una cámara de tortura.

Nenita llegó en la noche y yo estaba sedado, en una sala común con varios pacientes más. Al presentar mi documentación de estar cubierto por un seguro médico, inmediatamente fui trasladado a una habitación semiprivada. Al día siguiente en la mañana vino a visitarme el Dr. Pearson, el ortopédico que me había atendido la noche anterior. Me informó de mi estado, explicó el diagnóstico y del tratamiento que se requería. Las lesiones externas eran leves y donde aparecía sangre, eran solo raspaduras ocasionadas al

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

arrastrarme sobre el asfalto y la gravilla. Tenía cuatro costillas fracturadas, producidas por el timón del auto al presionar sobre él en el momento del impacto. Tenía muchas posibles lesiones internas que había que observar cuidadosamente por si se producían hemorragias. La más grave era la fractura del fémur, que afortunadamente había sido limpia, sin astilladuras. Para esta lesión, había dos procedimientos. Uno consistía de alinear las dos secciones del hueso y enyesarme ambas piernas desde la cintura e inmovilizarme por un período de seis meses. El otro requería de cirugía y consistía en hacer una incisión en el muslo para alinear el hueso e insertar por la cabeza del fémur una barra de metal a través de todo el fémur hasta la rodilla, la cual mantendría el hueso inmóvil mientras el proceso de calcificación se producía y soldara la ruptura. Podría tener movilidad, pero para ello sería necesario usar un aparato ortopédico que abarca la pierna desde el muslo, asegurada a los tacones de los zapatos, con unas bisagras a la altura de las rodillas para poder hacer los movimientos de la pierna al caminar. Sin pensarlo mucho, opté por esta última alternativa.

Pasaron varios días y la operación no se practicaba. Nenita estaba desesperada por los niños en Miami, que aunque estaban bien atendidos por familiares, tenían que extrañar, por lo que consideré que era más conveniente trasladarme a Miami y que allí me efectuaran la operación. Raúl me recomendó un ortopédico que él conocía y viajó a Miami para hacer los preparativos. En Miami todo estaba listo para atenderme y le notifiqué al Dr. Pearson mi intención. Con una expresión de tristeza me dijo: “entiendo, yo no soy cubano” a lo que contesté exponiéndole los motivos que me movían a hacerlo. El pasó a explicarme que no me había practicado la cirugía porque todavía yo respondía como si existieran lesiones internas y en esas condiciones era muy peligroso practicar la operación ante la posibilidad de existir hemorragias. Que si yo decidía irme, él haría todo lo posible para proporcionarme comodidad en ese largo viaje en ambulancia, pero que sentiría muy fuertes dolores. Que al tenerme que quitar la tracción había un riesgo que se produjera una infección, que incluso pudiera derivar en una amputación. Lo más triste era que el ortopédico que había aprobado esto, tenía que conocer estos riesgos. Por último me dijo: “si yo fuera tu amigo, si tú fueras mi hermano, yo no permitiría esto”. Conmovero por sus sentimientos y preocupación por mí, inmediatamente le informé que no me iría y que confiaba completamente en él y que allí me quedaría para ser atendido por él, el tiempo que fuera necesario. Tenía motivos para creer en su sinceridad y preocupación por mí y también por Nenita..

Nenita estuvo en la misma habitación conmigo desde la primera noche del accidente, algo no permitido en los hospitales americanos, al menos, en aquella fecha. Después de la primera noche, el otro paciente con quien compartía la habitación, se quejó de la compañía de Nenita y que mis quejidos no lo dejaban dormir. El Dr. Pearson, sin consultar con nosotros o decir nada, ordenó trasladar al otro paciente, convirtiendo la habitación en una privada, sin cargo adicional por esto, no cubierto por el seguro. Con motivo de Nenita permanecer sentada tanto tiempo en una silla, se le inflamaron las piernas considerablemente, ordenó le trajeran una cama pequeña, para que pudiera descansar mejor y dormir por las noches. El Dr. Pearson desde el primer momento nos trató con mucha consideración y me fue fácil entender, como con mis planes de traslado lo había ofendido sin querer.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

En los meses siguientes, lo visité varias veces y él seguía mi recuperación, incluso, haciéndome radiografías que no cobraba. Mi recuperación, basada principalmente en su intervención, el Dr. Barrios, el ortopédico a quien me recomendó como lo mejor que había en Miami, que era cubano y que por coincidencia yo conocía por haber atendido a Betty, la había considerada perfecta. Ambos ortopédicos se conocían de nombre, pero no personalmente. Al terminar mi recuperación fui a visitarlo portando una caja de regalo que le pedí abriera. Dentro había una placa montada sobre madera, diseñada por mí, con dos banderas, una americana y una cubana cruzadas en sus astas, con una inscripción que decía: “ Dr. Pearson. I trust in people not because of where they were born, but because of what they are. I am glad to have trusted on you” (Dr. Pearson. Yo confío en las personas no por donde hayan nacido, sino por lo que ellos son. Estoy muy contento de haber confiado en usted). Se le llenaron los ojos de lágrimas y me dio un fuerte abrazo. Yo no era su hermano, pero si un amigo muy agradecido de él. En futuras visitas pude observar que esa placa colgaba en un lugar muy prominente de su oficina, justamente en el centro de la pared, detrás de su silla ejecutiva.

A pesar de que la operación fue un éxito, el proceso de calcificación por mi organismo fue muy débil y se detuvo antes de que el hueso soldara. El Dr. Barrios me hizo una segunda operación para practicar un injerto de hueso procedente de mi cadera. Ante el temor que debido a mi deficiencia de calcio, mis movimientos al caminar con el aparato ortopédico pudiera entorpecer el proceso de soldadura, determinó enyesarme totalmente desde la cintura, inmovilizándome totalmente por seis meses la pierna fracturada, el procedimiento que originalmente yo había desechado. Este nuevo procedimiento terminaría alrededor del día del cumpleaños de Betty, sus tan esperados Quince años. Mi ilusión, tanto como la de ella, era bailar el vals el día de su fiesta. Esto ahora estaba en duda, pues después de quitarme el yeso, si todo había salido bien, necesitaría un período de terapia para recuperar los movimientos de mi pierna enyesada.

Los preparativos de la fiesta siguieron adelante, y ya había dispuesto que en el caso que yo no pudiera bailar, Javier tomaría mi lugar. Aproximadamente una semana antes de la fiesta, me quitaron el yeso, pero mi pierna estaba completamente rígida. La terapia por los pocos días que faltaban, no serían suficiente para restablecer los movimientos indispensables, aunque fuera parcialmente. Pero no estaba dispuesto a perderme ese sueño acariciado desde el nacimiento de mi “niña bonita”, como siempre la llamaba. La entrada al salón, fue bastante fácil. Apoyándome en su brazo, caminamos despacio, para yo dar un paso al frente con mi pierna buena, arrastrar la mala, y así sucesivamente hasta llegar al centro del salón. Para bailar el vals me la ingenié. Como su traje era ancho, yo no movía los pies sino, estando en el mismo lugar movía su cuerpo hacia atrás y hacia delante con mi pierna buena, mientras mi pierna mala se mantenía firme en el piso, sobre la que giraba mi cuerpo, dando la impresión que estaba bailando. El engaño funcionó, y mucha gente que no sabía de mi accidente, no se dieron cuenta. Para la salida, Nenita acompañó al Chamberlain y después de entregarlo a su pareja, apoyado en el brazo de ella, salí caminando como había entrado, afirmándome en la pierna mala, dando un paso con la buena y arrastrando la mala, una y otra vez hasta salir de la pista.

En los días que yo estaba en tracción esperando por mi operación, los dolores eran enormes. Me inyectaban cada cuatro horas, que era el tiempo mínimo que se podía hacer,

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

un calmante muy fuerte que me aliviaba solo por dos horas a lo máximo. El resto del tiempo me lo pasaba quejándome: Coño, Coño, una y otra vez. Las enfermeras no sabían lo que esa palabra significaba y el día que me dieron de alta decían: “hoy se va Mr. Coño”. Así me habían bautizado. Una de esas noches, me quedé dormido con la sensación de estar arrastrando un bote muy pesado sobre una plataforma rodante. De pronto me desprendí de aquel peso y quedé “flotando en el espacio”. No estaba consciente de mi cuerpo, no sentía ningún dolor, nada, solo una paz y una tranquilidad absoluta. Aquello, yo, que no tenía materia, se acostó en la cima de un promontorio desde donde se observaba un hermoso valle, cubierto de flores de delicados colores que lo adornaba. “Sentía” una gran paz y felicidad, contemplando aquel paisaje. “Telepáticamente percibí algo o alguien” que me “hablaba” y que hoy podría describir, como figurativamente se describe el viento en algunas postales, como una masa de nube, en forma de cabeza, soplando desde su boca. De esa “conversación” solo puedo recordar el final: “tu hora no ha llegado, tienes que vivir por dos personas”. “Descendí” de nuevo a mi cuerpo, recuperé el bote con su enorme peso, y de nuevo sentí el dolor. Me desperté sobresaltado y gritándole a Nenita que me preguntaba que me sucedía, “No te preocupes, no te preocupes” una y otra vez. Ella insistía en que le dijera que no tenía que preocuparse, hasta que pasados unos minutos y haberme calmado, le expliqué que no se preocupara si me moría, porque había visto lo que había después de la muerte y era algo muy bello. Nenita puede solo atestiguar que estaba a mi lado aquella noche, pero me dijo, que por un tiempo no sabía cuan largo antes de despertarme gritando, yo había permanecido completamente tranquilo, ahora podría decir, como muerto. Consultado este acontecimiento con mi amigo el Dr. Barba, médico-psiquiatra-parasicólogo, me aseguró que esa experiencia había sido real y lo que me había sucedido era la que se describe científicamente como “un desprendimiento del cuerpo”

Al comenzar el año 1978, las situación del negocio era bastante buena, aunque siempre con los mismos problemas de falta de capital de trabajo, principalmente provocado por la política de ventas que era a crédito, a consecuencia de las restricciones en Brasil, donde estaba el grueso de mis negocios y donde las remesas de dólares antes de la salida de los pasajeros no eran permitidas. Solo en caso de grupos se autorizaban depósitos a cuenta. La situación económica personal era satisfactoria, aunque sin lujos.

En Febrero de ese año. El señor de Brasil antes mencionado me visitó en mi oficina y me invitó para el siguiente día, que no era laborable, acompañarlo a almorzar, pero me advirtió que sería un almuerzo de amigos, en un lugar nada formal, por lo que me solicitaba que fuera con ropa casual, para sentirnos cómodos. Al día siguiente, a la hora convenida, acompañados de su empleado, nos fuimos a comer cangrejos en un conocido restaurante de North Miami donde el ambiente es muy casual y agradable. Después de una conversación trivial por algún rato, me contó los planes de inversión que tenía, con vista a en el futuro enviar a su hijo, que estaba por graduarse, para hacerse cargo de los negocios que establecería en Estados Unidos, y necesitaba una sociedad con alguien en Miami con mis cualidades, para iniciar ese proyecto. Quedé tan sorprendido que dudé haber oído bien o entendido mal lo que había dicho. Le pedí que por favor me explicara que significaba lo que había manifestado anteriormente y con más lujo de detalles me confió sus ideas, que consistían en comprar un 30% de mi compañía, como primer paso.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Le manifesté que, lo mío era un negocio familiar y que yo nunca había pensado en asociarme con alguien. Que igual que él, yo pensaba que mi hijo Javier, que era más o menos de la edad del suyo y estaba en la universidad, cuando se graduara en su carrera de administración de empresas con una especialidad en mercadotecnia, siguiera trabajando conmigo y en su momento asumiera la dirección del negocio para beneficio de su madre y sus hermanos. Por otro lado, mi negocio era pequeño en relación con los de él, que requería mucha dedicación personal, se manejaba con un capital de trabajo muy escaso, que en determinados momentos era necesario financiamiento, y aunque tenía una pequeña línea de crédito con mi banco, en ocasiones no era suficiente y tenía que acudir, incluso, a préstamos de familiares, todo lo cual era una realidad. Una sociedad con él como socio minoritario, no sería justa y equitativa, pues con una participación del 30% que el proponía, estaría a expensas de todos los riesgos y pérdidas que se pudieran ocasionar, sin tener una intervención directa. Por ese motivo, y también por mis principios de equidad, mi poder de decisión se vería limitado, que resultaría perjudicial para la empresa, donde muchas veces hay que tomar medidas en el instante, sin poder ser puestas a discusión y aprobación. Por cuestión de ética y profesionalismo, yo no podía aceptar su oferta..

Agradeció mi sinceridad y honestidad e hizo una nueva oferta. Comprar el 50% de las acciones por un importe a convenir, lo cual me proporcionaría dinero efectivo para invertir ambos, una cantidad igual cada uno, para elevar el capital social e impulsar las ventas con una amplia promoción en las principales ciudades de Latino América. Por su parte el ampliaría las actividades de su agencia en Brasil para promover un amplio sector del turismo de exportación, que sería atendido en Estados Unidos por la organización, que contaba con cinco oficinas propias en el este del país y operadores en las principales ciudades de Estados Unidos y el Este de Canadá. La idea estaba muy bien concebida, y era una magnífica oportunidad de aumentar considerablemente mi negocio a un nivel que quizás yo solo nunca alcanzaría, pero, estaba yo dispuesto a perder mi independencia?. Nuevamente le di las gracias por la confianza tan grande que depositaba en mí, pero en esos momentos no podía darle una respuesta. Me explicó que él estaba de paso para continuar a Europa, a donde partiría en muy pocos días, y necesitaba mi respuesta antes de salir, pues si su oferta era aceptada, él tendría que hacer los arreglos pertinentes para transferir fondos de Europa hacia Estados Unidos, para cerrar la operación. Yo le aseguré, que antes de esa fecha la tendría.

De regreso a casa le conté a Nenita todo lo acontecido en aquel almuerzo de amigos. Pasé todo ese día y el siguiente, un domingo, analizando y sopesando la idea desde todos los ángulos. Al final llegué a la conclusión que por el bien de la empresa y de mi familia, era conveniente. En cuanto a mí, también sería beneficioso económicamente, solamente tenía que sacrificar mi orgullo personal y aceptar una nueva realidad, de un negocio compartido. Me analicé a mí mismo, y llegué también a la conclusión que sí podía hacerlo sin reservas. Siempre he tenido como máxima, las palabras de Benito Juárez: “el respeto al derecho ajeno, es la paz”. El día siguiente, lunes, le informé mi aceptación y comenzamos a acordar los otros aspectos de precio y forma de pago. Una vez también aprobados, nos pusimos en contacto con nuestros respectivos abogados para que formalizaran la transacción. Su abogado ninguno de ellos lo conocía, les había sido recomendado por su abogado en Brasil.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Mi futuro socio siguió su viaje a Europa y su empleado permaneció en Miami para coordinar con su abogado la parte de la contratación. Me pidió le acompañara a las oficinas del abogado y una vez allí, me lo presentó y yo me retiré. Nunca estuve presente en sus conversaciones ni nunca supe lo que hablaron. Le expliqué a mi abogado los detalles de la transacción. Los abogados se pusieron en contacto y acordaron de que la parte del comprador redactaría el borrador que sería discutido con el del vendedor. Cuando mi abogado recibió el borrador y lo examinó, me llamó para tener una reunión con ambas partes contratantes. Mauricio, el empleado de mi socio que ahora se pasaba la mayor parte del tiempo en mi oficina, estaba disponible y subimos a la oficina de mi abogado que estaba en el mismo edificio. Al ir revisando el contrato página por página, se opuso a algunas cláusulas en la forma que estaban redactadas. Al llegar a un punto, fue tal su indignación que categóricamente, alzando incluso la voz, le manifestó que él no permitiría que yo firmara ese contrato que resultaba ofensivo a la integridad de su cliente. El empleado de mi socio cambió de color y prometió consultar con su abogado. El mío, gentilmente no me leyó en los términos en que estaba redactado la cláusula que motivó su oposición. Pero comprendí, que su empleado había transmitido a su abogado un elemento de duda y desconfianza sobre mi persona, que no correspondía con la forma en que su jefe había negociado conmigo. De cualquier forma, aquello había viciado las buenas intenciones y yo decidí cancelar la operación.

Cuando mi presunto socio regresó de Europa con todo listo para cerrar la operación y nos reunimos para cenar, yo le informé que había decidido no llevar a cabo la operación. Sorprendido me preguntó por qué, pero al contarle la reunión con su empleado y mi abogado, y de la discusión del contrato, le preguntó al empleado quien había sugerido esas cláusulas que habían causado tal enojo de mi abogado y la cancelación por mi parte de la operación y que él no permitía que nadie ofendiera a su amigo, señalándome a mí. Le dio orden a su empleado que el contrato fuera redactado de una forma que fuera completamente satisfactoria para mi abogado o que cambiaría de abogado. Me pidió disculpas y su forma de proceder me hizo ver que las dificultades no habían sido originadas por él, sino por su empleado, y accedí a continuar con la transacción. Mi abogado quedó complacido con los cambios introducidos y finalmente, en la fecha convenida se firmó y cerró la operación. y ambos regresaron a Brasil. Aquel incidente que parecía zanjado en la superficie, nunca pudo ser asimilado por su empleado. Nunca pudo aceptar la diferencia entre nuestra relación, donde él era su empleado y yo era su socio y amigo.

Del primer plazo del pago de la compra con la firma del contrato, yo dispuse de la cantidad requerida para ayudar a la liquidez de la empresa, haciendo un préstamo por el importe de las cuentas por cobrar atrasadas, pero cobrables, de clientes en Brasil en tramitación en el Banco Central de aquel país, para poner al día las cuentas a pagar. Después del pago a mi abogado por sus honorarios, el aumento de capital y el préstamo, el dinero recibido como primer pago de la venta del 50% del negocio quedó reducido a una pequeña cantidad en efectivo. De acuerdo con los planes elaborados, alquilamos unas oficinas más grandes en el mismo edificio y se efectuó una reestructuración de la parte administrativa. La directiva, a mi sugerencia, quedó constituida por mí como Presidente y mi socio Vice Presidente, Javier mi hijo como tesorero y el hijo de mi socio Vice Tesorero y el empleado de mi socio como Secretario. Se acordó convertir Miami como la oficina principal y trasladar todas las funciones de la corporación a esa ciudad, así como al

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

administrador de New York, con el cargo de Director de Ventas, pagándole todos los gastos de mudanza y un aumento de sueldo. Javier, en su función de Tesorero, haciéndose cargo del manejo de los fondos, que actualmente ya estaba haciendo, y se adquirió algún nuevo personal.

Desde el año anterior a todo esto; ya se había programado una amplia variedad de paquetes de viaje y aumentado ciudades donde proporcionar servicios por operadores locales; que se encontraba en imprenta: Se diseñó una campaña de venta que se dividió en dos etapas, una primera para los países donde ya teníamos presencia y otra para nuevas áreas, que llevarían varias semanas cada una. La compañía en el último año antes de la reestructuración había generado ventas por más de un millón de dólares. Las proyecciones se hicieron sobre la base del aumento del turismo de Latinoamérica originado por Disney World y la captación de parte del negocio en áreas donde no éramos conocidos o eran explotados por nuestra competencia.. Con los costos de la estructura actual se requería una venta de tres millones de dólares. El nuevo Director de Ventas consideró que él podría lograrlo, ahora que tenía todo el tiempo para la actividad de ventas solamente. Se establecieron sistemas para reducir gastos de comunicación, muy costosos en Sur América en aquella época. En lugar de enviar telegramas o llamadas telefónicas para las solicitudes de cotizaciones, se usaría esa vía solamente para solicitud de servicios en firme. Para las cotizaciones, se enviarían grabaciones efectuadas en una grabadora portátil, por la vía más rápida disponible, que serían reproducidas mecanográficamente por la secretaria y después de elaboradas, enviadas directamente al cliente solicitante..

Fue tal el aparente éxito de esa campaña que las cotizaciones alcanzaron una cifra superior a los seis millones de dólares. Pero ello ocasionó un gasto en personal, altamente calificado extraído de otras empresas similares a la nuestra, pero costoso. Los gastos de viaje se elevaron enormemente así como los de comunicación, a pesar de las nuevas técnicas introducidas. Proyectábamos conservadoramente que si se traducían en ventas cuatro millones, obtendríamos una importante utilidad en ese primer año, que justificaría los gastos. Adicional a esto, se habían contratado los servicios de un ex funcionario de las oficinas de turismo de American Express en New York, de origen suizo, joven, energéticos y con amplias relaciones y conocimiento del mercado europeo, que crecía muy rápidamente también por motivo de Disney World. Además se participó en varias ferias de turismo en Europa y Latinoamérica. Todas las solicitudes de cotización fueron cubiertas con reservas tentativas de hoteles y compañías de transportación, para tener asegurados esos servicios en el momento de sus confirmaciones.

Al aproximarse la temporada, los hoteles comenzaron a solicitar el ajuste de nuestras reservas para poder atender a otras solicitudes, sabiendo las que realmente necesitaríamos. Le dije a Gonzalo el Director de Ventas que comenzara a hacer lo mismo con las agencias que habían solicitado esas cotizaciones y los resultados fueron catastróficos. Algunos ni contestaron y de los clientes nuevos que contestaron, todos pidieron que las canceláramos. Entre los cliente que eran o habían sido, hubo un caso, de los primeros en contestar, que me dio la pauta de lo que estaba sucediendo. Era una agencia bastante grande de Venezuela que había tenido un disgusto con el anterior dueño y rompió relaciones con la empresa. Aunque después de yo comprar la compañía siempre lo visitaba, nunca pude lograr que me enviara un solo pasajero. Me dio mucha alegría cuando el

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Director de Ventas envió un grupo de solicitudes de cotizaciones para un gran número de pasajeros. Cuando se le envió un télex solicitándole confirmación, la respuesta fue la siguiente: “de que servicios hablan, si bien a la insistencia de su Director de Ventas, yo acepté que me enviaran sus cotizaciones, en ningún momento yo prometí trabajar con ustedes”. Inmediatamente llamé al Director de Ventas y le pedí una explicación, la que no pudo darme. La mentira había explotado en su cara. Una vez más y no fue la última, me había traicionado. El resultado final fue, que las ventas reales fueron alrededor de \$200 mil dólares, un poco mayor de las alcanzadas el año anterior a mi adquisición del negocio en 1968, diez años antes. De Europa no recibimos un solo pasajero. El mejor cliente de Brasil que proporcionaba un gran volumen de pasajeros por varios cientos de miles de dólares y que era muy acreditada en el mercado, abrió sus propias oficinas en Miami y New York esa temporada haciéndose cargo de la operación directamente.

La casa que rentamos cuando nos mudamos de New York, la habíamos comprado Resultaba chica con el aumento de la familia y decidimos venderla y comprar otra mayor. Vi en el periódico el anuncio de un nuevo fraccionamiento en Kendall. Me gustaron las casas que aparecían en él y fui a verlas. La ubicación era magnífica. De los cuatro modelos, inmediatamente me enamoré de uno, que tenía todo lo que yo hubiera incluido en una casa diseñada de acuerdo a mis especificaciones. El precio era razonable y el espacio apropiado para toda la familia alojarse cómodamente. Llevé a Nenita y los niños a verla y también les gustó, por lo que seleccionamos el lote y dimos el depósito inicial para comenzar la fabricación, para entrega en tres meses. Nos fue aprobado el financiamiento hipotecario. Todas las semanas iba a ver como adelantaban los trabajos de construcción. La vi construir desde los cimientos hasta el último detalle. Era la casa de mis sueños. .

.La entrega estaba prometida para Julio. Vendí la casa donde vivíamos con fecha de entrega también para ese mes y cuando llegó la hora de la transacción, la nueva casa no estaba lista y nos tuvimos que ir a vivir a un hotel de apartamentos en Miami Beach por dos meses. En septiembre me entregaron la casa y nos mudamos. Yo era el hombre más feliz de la tierra. El matrimonio, que desde un principio estuvo plagado de problemas, se había deteriorado a un grado tal que su fin parecía irremediable y a punto de ocurrir. Yo pensé que la nueva casa podría ser un puente, para al menos, mejorarlo. Solo la viví tres meses. En Noviembre llegué a la conclusión que como edificio, aquella casa era muy bella, pero dentro, estaba vacía, éramos dos personas viviendo bajo un mismo techo, con respeto y afecto, pero sin vínculo que nos uniera más allá de eso. La disfrutaba viéndola de fuera pero dentro no soportaba mi presencia en ella.

En Diciembre del año siguiente, se casó Betty. Ella siempre había soñado con casarse en un jardín a la caída del sol. La casa tenía un extenso jardín al frente y allí organizamos la boda. Saliendo de la casa, una alfombra roja conducía a una pérgola de hierro adornada de flores, donde se efectuó la ceremonia. Terminada ésta, el piso de la pérgola, después de ser retirada la armazón de hierro, se convirtió en una pista de baile, y esparcidas por todo el jardín, había mesas para los invitados. Desde la noche anterior, el clima había estado muy malo, con frío y lluvia. Así amaneció el día de la boda. Después del mediodía, la lluvia desapareció pero el día continuaba nublado y frío. Todo hacía suponer que no saldría el sol. Como un regalo de Dios, poco antes de comenzar la ceremonia, el sol

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

apareció por un corto tiempo, lo suficiente para que los sueños de mi niña bonita se vieran realizados.

Como resultado del desastre del negocio del año anterior, el capital disminuyó enormemente. La pérdida del principal cliente y no haber captado nuevos, hizo peor la situación. Comenzamos a implementar un plan de economías despidiendo personal, permaneciendo solamente el indispensable. Se cerraron las oficinas de Washington y Orlando y ahora le tocaba el turno a New York en el mes de Noviembre. El día de mi partida a aquella ciudad con ese fin, había tomado la determinación de no regresar a aquella casa. Yo había acuñado una frase: “mis triunfos son mis fracasos”, que se repetían continuamente. Muchas personas piensan que fue su enfermedad, otros opinan que fue mi homosexualidad. Esas no fueron la culpa del fracaso de nuestro matrimonio. Nuestras personalidades siempre fueron muy diferentes. El cariño, el compartir adversidades, no fueron suficiente para sostener una relación de pareja que cada día nos separaba más. Creo que los dos hicimos el esfuerzo por remediar esa situación, pero lo que somos en esencia no es posible cambiarlo.

Nenita y los muchachos me llevaron al aeropuerto. Cuando llegó la hora de abordar, me despedí de ellos. Nenita no sé si leyó mi pensamiento, pero le dijo a Javier “tu padre no regresa”. Javier los retornó a la casa, tomó una chamarra, volvió al aeropuerto y salió en el primer avión que partió hacia New York. Temprano en la noche, me llamó al hotel diciéndome que acababa de llegar y venía a verme. Que lo esperara. Comprendí que había llegado la hora de contarle toda la historia.

La relación mía con Javier, aparte de la normal de padre e hijo, iba más allá. Al estar trabajando juntos tanto tiempo y compartir tantas cosas en el negocio, también creció como la de amigos y confidentes. Él era la única persona en quien yo podía confiar, con la seguridad de no ser traicionado. El único en quien reclinar mi cabeza sobre sus hombros y llorar. El único en sostenerme de su brazo, cuando con el cúmulo de problemas con la empresa, creí que me iba a desmayar. Javier estaba en la universidad y sus estudios se vieron afectados. En una ocasión cuando el derrumbe se veía inminente, una vez más le insistí para que dejara el trabajo y se fuera a estudiar de tiempo completo y finalizar su carrera, a lo que me contestó: “papi, tu sabes que me necesitas y yo no te voy a dejar solo”. Era cierto, sin él, yo no hubiera podido continuar. Con un gran orgullo por haber procreado tal hijo, humildemente acepté su razonamiento y ya no se lo pedí más. Estuvo conmigo hasta el final, cerrando juntos las puertas de aquella oficina que había sido testigo de tantas cosas buenas y malas.

Javier llegó al hotel todo desencajado y me repitió las palabras de su madre, y me pregunto si era cierto, a lo cual le contesté afirmativamente. Entonces le conté toda mi historia, sin incluir mi sexualidad que no era factor en esta tragedia, desde el principio, desde que nací, como ahora estoy haciendo. Le conté los problemas desde nuestro matrimonio tantos años atrás. El llanto nos ahogaba a ambos, y ya entrada la madrugada, le pedí irnos a dormir por un rato. Estábamos extenuados física y emocionalmente. Dormimos unas pocas horas y fuimos a desayunar. Cuando terminamos me dijo que se regresaba a Miami, sin más explicaciones. Cuando llegó a Miami, le dijo a su madre, según sus propias palabras: “Mami, lo de ustedes no funciona”.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

A final del mes de Noviembre la oficina de New York se cerró. El último día, cuando la secretaria que fue la única que permaneció hasta el final se marchó, me senté a repasar en la memoria todos los recuerdos desde el primer día que empecé a trabajar en la empresa hasta ese momento. La oficina estaba situada en el piso 27 de un moderno edificio, en la calle 42, a unos pasos de la Quinta Avenida. Desde sus paredes frontales, todas de cristal, mirando hacia abajo, se observaba el costado del edificio de la famosa biblioteca de New York en la Quinta Avenida. Justo en frente del edificio, en el fondo de la biblioteca, los bellos jardines del Bryant Park. Elevando la vista, por encima de los edificios que todos eran más bajos, irguiéndose de entre ellos, aparecía el Empire State Building. En las noches, iluminado con luces de colores, se veía majestuoso, imponente, como el símbolo que es. Más allá, en la distancia se observaban las Torres Gemelas y más lejos aún la Estatua de la Libertad. Eran las horas del ocaso y los rayos del sol en su descenso, proyectaban en el horizonte un manto de colores que era como un paisaje maravillosamente creado. Muchas veces había presenciado ese espectáculo, que hoy lo veía por última vez. Allí estuve varias horas. Al día siguiente abandonaría aquella ciudad que me había acogido y me había brindado la oportunidad de llegar a donde había llegado. A la ciudad que amo tanto como a la tierra que me vio nacer. Tomé una hoja de papel en blanco, escribí unas palabras, y la pegué a una de sus paredes, con mis palabras de despedida.: “EL TRIUNFO DEL ALPINISTA NO ES VIVIR EN LA CIMA DE LA MONTAÑA, ES HABERLA ESCALADO”. Yo no había fracasado, yo había triunfado.

Al día siguiente, en un pequeño camión, cargando lo poco que retuve después de vender todo su mobiliario, en la mañana emprendí el viaje hacia Miami. Al cruzar el Lincoln Túnel, desde la carretera que corre paralela al Río Hudson por el Estado de New Jersey, construida sobre una elevación del terreno, fui contemplando a Manhattan hasta desaparecer, con dolor, pero con una convicción, que algún día regresaría. Al llegar a Miami no volví a la que había sido mi casa. Me alojé en un hotel hasta conseguir un apartamento en Fontainebleau Park, con una bella vista hacia el campo de golf. Terminaba una etapa de mi vida y comenzaba otra.

Un año después, pocos meses antes del cierre de la compañía de turismo, a principios del mes de Diciembre, aún separado de mi esposa, recibí una llamada telefónica. Era de la esposa y secretaria de mi abogado en New York, quien por razones de trabajo (él fue el que intervino en la compra de la empresa), tuvimos trato bastante frecuente. Yo la admiraba por su belleza y su carácter alegre. Pero nunca estuve consciente de eso ser un enamoramiento. Al mudarme a Miami y tener un abogado local, la relación profesional finalizó y no volví a saber o pensar en ninguno de los dos. Aproximadamente una semana antes, ella vino a mi mente y me pregunté qué habría sido de ella. Después de la sorpresa y saludarnos, le pregunté por el esposo y me informó que hacía seis años se habían divorciado y ella mudado a Miami, donde cursó la carrera de Psicología y la estaba ejerciendo desde unas oficinas muy cerca de la mía. Me dijo, que a través de una persona de ambos conocida (nunca supe quién era, ella nunca quiso decírmelo), había seguido mi vida y se había enterado que también me había divorciado, a lo que le aclaré, que solamente estaba separado. Se excusó con que la llamada era para ver si le conseguía un paquete turístico en Cayo Hueso, para ella y una colega pasar las fiestas de fin de año.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Debido a la proximidad de nuestras respectivas oficinas, le prometí al día siguiente visitarla. Estaba igual que antes, bella y alegre. Como los dos estábamos libres, aunque yo no legalmente todavía, la invité a cenar, lo que ella aceptó. Yo estaba fuera del ámbito social y no sabía de un lugar bueno y romántico donde llevarla. Le pregunté a una gran amiga y me recomendó uno, que resultó el perfecto para la ocasión:: Food Among the Flowers, (comida entre las flores) en la calle 36 del northwest de Miami. Su belleza, su porte elegante pero sencillo, la gracia de sus movimientos (había estudiado ballet) la hacían lucir como una mariposa revoloteando en el ambiente. Al hablar, el tono de su voz y de su risa sonaban como campanillas en una armonía musical. Todo ello, rodeados de plantas y flores que ofrecían un grado de intimidad a cada mesa. Un alumbrado delicado y tenue, creaban un ambiente que hacía resaltar su rostro a la luz de un candil colocado en el centro de la mesa. Mi corazón latía lleno de alegría y de pasión y me di cuenta que yo había estado enamorado de ella, sin saberlo. Pero ahora estaba consciente que lo estaba. Que en ella había todo lo que había soñado en una mujer y la tenía en frente de mí, en un momento de mi vida que podría tenerla para siempre.

Siguieron días muy felices. Se rompieron los planes de viaje para fin de año con su colega, y lo celebramos ella y yo solos, en mi apartamento que aún no conocía y por primera vez supe lo que era amor. Yo había experimentado el querer, y creía que eso era amor. Pero el amor era otra cosa. Lo que vivimos tan feliz y apasionadamente en ese fin y comienzo de año, y en los días y semanas siguientes, nos llevó a hacer planes de boda y hasta fijamos lugar y fecha, que sería el día de mi cumpleaños, en la capilla de la iglesia de Coral Gables, donde años después se casó Javier.

Para ello, era necesario yo obtener el divorcio y se lo pedí a quien todavía era legalmente mi esposa, la cual rotundamente me negó. Fueron semanas y meses de litigio y al fin pudimos llegar a un acuerdo. Los hijos más pequeños, Danny y Nelson, estaban muy afectados por la separación, a pesar de la frecuencia con que nos veíamos y bastante a menudo la convivencia familiar. Nadie es perfecto, y ella como yo, tampoco lo éramos. Ella comenzó a tener celos de mis hijos y a ponerme reglas para cuando nos casáramos, que a mí me resultaban ofensivas. Un día que teníamos planeado ir a cenar a un restaurante, llevé a Danny y Nelson a una feria. Danny estaba muy inseguro y parecía como que me tenía miedo. Le pregunté a Nelson que le pasaba a Danny y me respondió “papi, lo que pasa es que oímos a mami y Betty hablando y dicen que tú eres un hijo de puta”. Comprendí que esas palabras en niños de sus edades eran como hablarles del “coco”. En sus mentes yo era un ser despreciable y peligroso que podía hacerles daño. Se negaba a entrar en los espacios cerrados, como la casa de los espejos. Estaba aterrorizado.

Comencé a tratar de ganarme su confianza con mucho tacto y poco a poco fui recuperándola. Demoré la partida lo más posible hasta que se me agotó el dinero. Traté de conseguir un teléfono público para llamar a mi “fiance” como ella me llamaba cuando me presentaba a desconocidos y no pude encontrar uno. Nos dirigíamos a casa por una calle que corre paralela a la cerca de maya ciclónica que rodea el aeropuerto.. Del otro lado solo hay un canal. Mi beeper, todavía no era la época de los celulares, sonaba continuamente. Para contestar tenía que llamar a la base para recibir el mensaje. Supuse que era ella, pero no tenía desde donde llamarla. Nos detuvimos en un supermercado para obtener efectivo cambiando un cheque y comprar carne para hacer un asado en la terraza de mi apartamento.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

La llamé y traté de explicarle lo que había sucedido. Ni siquiera oía. Todo eran insultos e improperios. Le ofrecí que tan pronto le diera de comer a los niños y los regresara a la casa de su madre, iría a verla y con más calma podríamos hablar del asunto. Los niños se entusiasmaron con el asado y en Danny había desaparecido su temor hacia mí .

Cuando llegué a la casa de mi novia, todos fueron acusaciones de insensibilidad y falta de respeto hacia ella. Siendo una psicóloga, y conociendo todos los detalles, no me entendía y menos me ofrecía una ayuda para resolver la inseguridad de mi hijo. Con su actitud demostraba que ella estaba por encima de ellos y eso no se lo permitiría yo a nadie, por mucho que la amara. En los próximos días, las relaciones fueron frías y hostiles. Quizás los dos habíamos y estábamos sobre-reaccionando, pero no lográbamos volver al encanto de antes. Una noche, sentados en la mesa de su casa con sus padres, ella, enojada se levantó de la mesa y se encerró en su cuarto. Me levanté, me despedí de sus padres y fui directo a la casa de mi esposa, para proponerle ponernos de acuerdo en nuestros problemas, por el bien de los niños. Así lo hicimos y yo regresé al seno de la familia. Mi novia hizo todos los intentos posibles porque yo cambiara mi decisión, pero yo, con mucho dolor, no accedí. Estuvo una semana sin poder ir a trabajar. Mi decisión estaba tomada, mis hijos estaban por encima de cualquier situación y persona, y aquel bello romance terminó.

Mis hijos todos, los grandes y los pequeños, volvieron a ser felices por algún tiempo.

Las relaciones sexuales que tuvimos durante el tiempo que duro nuestro noviazgo, me demostraron que existe la bisexualidad. Lo nuestro fue algo tan bello y gratificante como yo no he experimentado nunca, ni antes ni después con un hombre o una mujer. El sexo derivado del amor no es entre homosexuales o entre heterosexuales, no tiene calificativo, es solo eso, AMOR.

En los primeros meses de 1980, fue el colapso del negocio. La falta de efectivo, el cúmulo de deudas y de cuentas por cobrar, provocaron que los pagos de impuestos retenidos se retrasaran en depositar. De forma rutinaria en estos casos, vino un inspector a investigar. El trimestre por el que había venido a investigar ya estaba pagado, se le mostró el depósito y quedó complacido. Siguió conversando con Javier, quien lo había atendido, y al despedirse le pidió, ya de paso, le diera copia del pago del trimestre siguiente que acaba de finalizar, pero que estaba vencido el plazo para hacer el depósito. Javier fue a verme a mi oficina y me informó que ese trimestre aún no se había podido liquidar por falta de efectivo. Al informar Javier al inspector de ello, inmediatamente comenzó a hacer una inspección de la contabilidad y se percató de la verdadera situación del negocio e inmediatamente reclamó el pago de todos los impuestos hasta esa fecha, en un plazo de pocos días. Al preguntar sobre las posibilidades de obtener capital de trabajo adicional, le informamos que no era posible en un futuro inmediato, dependiendo de recibir pagos de las cuenta por cobrar. Nos sugirió que vendiéramos el mobiliario o si no lo venderían ellos, para cobrar lo adeudado.

Vendimos todo los muebles y enseres y con ellos obtuvimos una cantidad que era insuficiente. Se recibieron algunos pagos y a duras penas pudimos llegar a la suma adeudada. Como Presidente de la compañía yo era responsable por los impuestos y mis bienes serían embargados. A pesar del pago de los impuestos retenidos, quedaban por liquidar otros impuestos no vencidos. La oficina, con rentas atrasadas y sin muebles, no

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

podíamos permanecer en ella. Los acreedores presionaban para recibir sus pagos y al conocer esa situación, demandarían judicialmente. Había una deuda con el banco por préstamos tomados bajo la línea de crédito que disfrutábamos, que se suponían ser liquidados una vez al año y que se venían renovando, incumpliendo las condiciones pactadas, por lo que eran ejecutables y que yo garantizaba personalmente. Además, había una deuda personal de un préstamo para ponerle una tienda de discos musicales a mi esposa en un centro comercial, que fracasó también, y que estaba próximo a vencer. La única posibilidad era vender la casa para cubrir las deudas. El negocio ya no existía sino en libros y registros. Del préstamo que hice al negocio cuando la compra, y otros adicionales, no pude recobrar ni un centavo.

Por fortuna, rápidamente conseguimos un comprador para la casa. La plusvalía había aumentado considerablemente su valor y la utilidad sería suficiente para pagar los adeudos por los que yo legalmente era responsable. La señora que compró la casa me manifestó que ella no podía cubrir todo el dinero en efectivo necesario, después de asumir la hipoteca existente y propuso pagar una parte en efectivo, que era suficiente para pagar los impuestos y los préstamos de la compañía al banco, y el resto en una segunda hipoteca por 30 años. En una situación normal, nadie hubiera aceptado esa oferta, pero por la presión que yo tenía tuve que acceder y solo recibir una parte en efectivo y el resto en una segunda hipoteca. Que podría utilizar como garantía al banco por el préstamo para la tienda de discos, repagable con el importe de los pagos de esa hipoteca, que era mucho mayor que el préstamo.

Traté de obtener un empleo y me fue difícil obtenerlo. Los últimos diez años dedicados al turismo crearon una laguna muy grande en mi actividad bancaria. Ningún banco me consideraba, por estar fuera de sincronía con los sistemas y prácticas modernas y además por mi edad, la verdadera razón. Al fin conseguí un empleo en las oficinas de una empresa, para hacerme cargo del departamento de cuentas a cobrar, con un sueldo mensual que la renta de la casa que habíamos alquilado absorbía más de la mitad. Lo poco que había quedado del efectivo de la venta de la casa, complementó por algún tiempo. Mi esposa, cuidando niños obtenía algún ingreso. El efectivo acumulado de una póliza de seguro, se había usado mediante préstamos. El saldo del efectivo de otra póliza, fue utilizado para pagar la boda de Betty. Al final, debido a que los dividendos no resultaron suficientes para pagar las primas y estas no poder ser pagadas, las pólizas fueron canceladas. Por lo menos habían servido en vida, para ayudarnos a comer durante un tiempo y celebrarle la boda a Betty como ella soñaba.

El resto de los gastos se cubría con tarjetas de crédito que eran abundantes y hasta esa fecha, no tenían ningún adeudo. Para obtener algunos ingresos adicionales conseguí un empleo por unas horas en el departamento de admisión de un hospital. Al poco tiempo los pagos de las tarjetas se empezaron a retrasar y comenzaron las presiones. También las del auto que tenía bajo contrato, que un día desapareció del frente de mi casa. Había sido re poseído. Me quedé sin transportación para ir a los trabajos, suerte que un amigo que tenía uno para vender me lo prestó. Pronto se lo tuve que devolver pues necesita el dinero y yo no se lo podía comprar. Los traslados al trabajo primario eran relativamente cortos y los hacía en autobús, aunque lentos, no ofrecían mayor molestia, pero los del hospital me tomaban más de dos horas, pues tenía que utilizar tres autobuses. Lo tuve que dejar, los

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

estudios de Medical Assitant que había comenzado con el fin de obtener tres certificados de profesionista en radiología, laboratorio y electrocardiogramas que me facilitarían la entrada en el campo de la medicina y procurar hacer la carrera de enfermería, los tuve que abandonar por quejas de mi esposa que no le dedicaba tiempo a los niños.

Afortunadamente el trabajo que tenía en esa fecha como comptroller en una compañía como la que yo había tenido, me permitían ir pagando las tarjetas de crédito y cubriendo los gastos pero con muchas limitaciones. Se compraba estrictamente lo necesario y aunque comíamos todos los días, muchas veces en el refrigerador solo había agua. Danny y Nelson acuñaron una jocosa frase: “Mami, agua fría aquí”. Gracias a Dios nunca fueron niños demandantes sino conformes con la nueva situación y no me pusieron más presiones. Me había convertido en un hombre de 9 a 5. Acostado en un sofá todo el tiempo libre “viendo” un televisor que solamente era una pantalla con muñecos moviéndose. Pensando cómo estaba malgastando un tiempo que podía utilizar para estudiar u obtener ingresos adicionales. Caí en un estado de depresión que me llevaba en una espiral descendente a la destrucción. En el mes de septiembre algo sucedió que me afectó muy profundamente, y desde ese día no me senté más a la mesa, a la hora de comer. Me iba y compraba algo bien barato en el supermercado y lo comía sentado en el auto antes de regresar a la casa. No existía comunicación con mi esposa, salvo la elemental o con monosílabos. La vida conyugal no existía, aunque durmiéramos en la misma cama para que los niños no se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

En Noviembre, una noche fui a ver a nuestro amigo el Dr. Barba., que nos conocía muy bien tanto a mi esposa como a mí. Le confíe todo lo que nos estaba pasando y en el estado emocional en que me encontraba y me dijo: “estas muy mal, o te suicidas o te vuelves loco”. Yo lo sabía. Estaba caminando sobre una cuerda floja y en cualquier momento resbalaría y caería al abismo. Pero que podía hacer?. Él me contestó que yo sabía lo que tenía que hacer, pero que era yo el que tenía que decidirlo, que él podía ayudarme al hablar con Lila, como él la llamaba, y con mis hijos, pero la determinación la tenía que tomar yo. Sabía cuál era esa determinación, pero como podía separarme de mis hijos nuevamente después de la experiencia anterior? Como sostener dos casas cuando ni siquiera podía sostener una. Que consecuencias podría tener esa decisión sobre la salud de mi esposa, por una recaída irreversible como me habían explicado sus médicos en varias ocasiones que podía suceder?. Mi mente se cerraba cada vez más para encontrar un camino que seguir, que fuera beneficioso para todos. Mi familia estaba preocupada, sin mediar, ni siquiera imaginar cuan serio era el problema, pues yo no le contaba a nadie, para no dañar la unión familiar, al tomar partido a favor de uno u otro.

Un día, Mercy con quien yo mantenía una relación no como cuñada, sino como hermana, vino a casa y me invitó ir a tomarnos un café. Nos fuimos a un lugar apartado e insistió en que le dijera lo que me pasaba y si era que estaba enfermo de algo grave, llevarme a un médico y hacer lo que fuera necesario. Yo me negaba a contarle. Ante su insistencia y por el cariño que ella me demostraba, comencé a hablar y le conté todo. Esa reunión fue fundamental para salvar mi vida. Después de contarle cual era la decisión que yo tenía que tomar y no me atrevía pensando en los demás, me dijo: Y quien piensa en ti?. Aquellas eran las palabras que necesitaba oír para reaccionar y darme cuenta que era cierto. De que serviría mi preocupación por los demás si terminaba muerto o loco?. En que

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

podría ayudarlos? .Solo había un camino, para beneficio de todos, que era el que tenía que tomar. Separarme de mi familia, y desde lejos, sin interferencias, rehacer mi vida y poder ayudarlos, aunque no pudiera estar presente. Yo pondría distancia entre nosotros dos, pero no entre mis hijos y menos, los abandonaría.

Después de esa ocasión, organicé mis ideas y tomé la decisión que después de pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo me separaría y me iría a otro lugar. Miami nunca me había acogido con amor. Todo lo malo siempre me sucedió allí y al fin allí quedó sepultado todo lo que con tanto esfuerzo y sacrificio había creado, una familia y un negocio. Hablé con un abogado conocido para que preparara un convenio de separación con todos los beneficios y garantías para la otra parte. Voluntariamente le cedí la custodia, no la patria potestad, de Danny y Nelson con derechos de visitación, una pensión alimenticia para ella mientras no se casara de nuevo y otra para los niños hasta su mayoría de edad, en cantidades superiores a las que las leyes exigían, Liberación de responsabilidad de todos las deudas existentes o futuras que yo pudiera incurrir. También, la absoluta propiedad de mi esposa, de la segunda hipoteca por valor de más de \$30,000. en poder del banco como garantía del préstamo, por una cantidad muy inferior, que había sido usado para la tienda de discos, que se venía liquidando rápidamente, con los pagos mensuales de la hipoteca, con el entendimiento verbal (no quise que apareciera como una cláusula obligatoria), que una vez liquidado el préstamo los pagos serían depositado en un banco, a nombre de mi esposa y mi hijo Javier, conjuntamente, que sería salvaguarda en caso de una necesidad extrema de mis hijos si yo no pudiera atenderla económicamente. Al llegar a la mayoría de edad (18 años) de Nelson, el saldo existente sería dividido en cuatro partes iguales y entregadas a cada uno de mis cuatro hijos, para su educación universitaria o a los fines que cada uno deseara. Adicionalmente otorgué un poder absoluto, sin limitaciones de ningún tipo, a favor de Javier para que en cualquier momento pudiera obrar por mí, y como garantía de mis buenas intenciones y por si en algún momento hiciera o pretendiera hacer algo que resultara adverso a su madre y sus hermanos. Ese poder todavía permanece vigente, nunca ha sido modificado ni revocado y nunca lo será.

. Renuncié a mi trabajo efectivo el ultimo día laborable del año y planeé un viaje a Disney World para celebrar el fin de año, los cuatro juntos por última vez. Nadie sabía de mi decisión. Pasamos esos días muy contentos. Yo no encontraba el momento de hacerle entrega a mi esposa del sobre con el contrato de separación, para que se enterara de su contenido y lo pudiera discutir con un abogado y sugerir los cambios que considerara para su firma definitiva. No quería romper aquella alegría de Danny y Nelson con tan cruda realidad. La separación era inminente y aquella era la última oportunidad de convivir como un núcleo familiar. En el viaje de regreso, cuando los niños estaban dormidos en el asiento trasero, le di el sobre que contenía el contrato y le pedí que lo leyera. Su reacción fue hostil, como es natural, pero no logró despertar a los niños. El viaje continuó en total silencio hasta que llegamos a la casa. Le informé a Javier y Betty y a una amiga, que le recomendó a su esposo, abogado, para que lo revisara el documento, quien sugirió pequeños cambios que fueron aprobados y fue firmado por ambos, fungiendo como testigos Lester por parte de ella y Javier por la mía. El vínculo matrimonial había sido disuelto, aunque no legalmente, pero nos daba la libertad de actuar como solteros sin ninguna atadura del uno con el otro. Además, tenía una provisión que en caso que cualquiera de los dos solicitara el divorcio para que la separación fuera considerada a los fines legales, ese documento

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

constituiría todas las condiciones que prevalecerían en ese momento, sin ninguna otra reclamación..

Yo había pensado irme a Houston donde vivían mis primos Martha y Jorge que estuvieron muy contentos, no por la separación que lamentaron, pero sí por que fuera a vivir en la misma ciudad que ellos. El día antes de partir, me llamó Gladys para avisarme que mamá había sufrido un accidente en las escaleras a la entrada de una iglesia donde estaban asistiendo a una boda, y se había fracturado la cadera y requería cirugía. Pensé en las consecuencias que esa operación tiene muy frecuentemente en personas de avanzada edad, que al tener que estar acostados largo tiempo, pueden contraer una pulmonía que en la mayoría de los casos resulta mortal. Yo tenía muy poco dinero y no sabía cuánto tiempo me llevaría conseguir un empleo en Houston, y si eso sucedía, me sería muy difícil viajar a New York, por lo que decidí irme a aquella ciudad primero y cuando mamá se recuperara irme a Houston. Al día siguiente, después de despedirme de los niños como era habitual, me quedé llorando viéndolos pedalear sus bicicletas camino de la escuela, hasta doblar la esquina. Esta sería la última vez que vería aquella escena y se me encogió el corazón. No había marcha atrás, la vida tenía que continuar. Me fui al aeropuerto y con un poco de ropa, mis zapatos rotos que le entraba el agua por los lados y \$40. que me quedaron después de pagar el pasaje, me dirigí a New York. La historia se repetía, casi en todo. Ahora era en Enero del 1982, veinte años después

Ya estando en New York y con la premura de obtener ingresos para cumplir mis obligaciones, decidí buscar un empleo y posponer la idea de ir a Houston. Inmediatamente comencé a visitar las agencias de empleo y acudir o enviar resumes a los anuncios que aparecían en los diarios, sin ningún resultado inmediato. Un día al mediado de mes, cayó una nevada muy fuerte que ocasionó una interrupción parcial de las actividades de la ciudad. No obstante, al día siguiente salí de nuevo a buscar trabajo visitando agencias de empleo. La primera seleccionada de mi lista, era una agencia bilingüe en Columbus Circle al costado del Coliseum. Tomé el elevador y me dirigí a su oficina. Había solamente un señor, de edad mayor, que me pidió disculpas por la falta de personal, que a consecuencia de la nevada no habían podido acudir al trabajo, pero que él era el dueño y viviendo cerca había venido para abrir y atender el negocio. Revisó mi resume y me hizo múltiples preguntas sobre mis estudios y experiencia laboral y se documentó muy bien de mi trayectoria en el negocio de turismo. Tomó el teléfono e hizo una llamada a uno de sus clientes para informarle que tenían el candidato ideal que le habían solicitado. De la conversación podía deducir que ya, aunque no contaba con la experiencia que ellos requerían, habían seleccionado a un aspirante al que aún no le habían notificado su aceptación, pero que les urgía cubrir esa plaza y no querían perder más tiempo en entrevistas. El señor de la agencia insistía en que tenía que conocer a su candidato antes de tomar una decisión definitiva. Como mantenían una estrecha relación, la persona del otro lado de la línea, estuvo de acuerdo en recibirme aquella misma mañana y me dirigí al lugar de la cita.

A llegar pude comprobar que era la sucursal de un Banco Español en la calle 57, en el centro de la ciudad. Por coincidencia, el edificio era exactamente igual al que donde estaban mis oficinas del negocio de turismo en la calle 42. Me recibió una señora argentina que resultó ser la secretaria del Director General y a su vez responsable del departamento

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

de personal. Me entrevistó y quedó muy impresionada. Llamó a la Jefa del Departamento de Crédito y después de presentarme, le pidió que me hiciera una entrevista y fuimos a su oficina. Para mi suerte ella era cubana, aunque en ese momento nada dijo respecto a ello. Estudió mi resume, me hizo preguntas y me informó que estaban buscando un Senior Credit Analyst, con experiencia y que yo parecía tener todas las cualidades que ellos solicitaban. Me explicó las características del banco, distintas a las de un banco comercial. Que el banco se dedicaba a inversión en préstamos otorgados por los grandes bancos a los gobiernos o instituciones gubernamentales de Latinoamérica. Mis conocimientos de contabilidad, mi experiencia en el sector y mi involucramiento comercial en los países en que estos préstamos se desarrollaban y que por tanto estaba familiarizado con sus economías y gobiernos, mi adquisición por ellos para cubrir esa plaza constituiría algo muy beneficiosa para ambos. Pero había que probarlo. Me preguntó si estaba dispuesto a hacer una prueba analizando y dando mi recomendación, positiva o negativa, para una participación en un préstamo que ya había sido estudiado anteriormente, y que toda la documentación para llegar a esas conclusiones estaba completa, sin desde luego, incluir la opinión del analista anterior. Al yo acceder obtuvo del archivo una carpeta, extrajo la documentación pertinente y le sacó copia. Como el análisis de un préstamo de esta naturaleza requiere el estudio de una serie de factores, ajenos a los de un préstamo comercial, requiere más tiempo. Era la hora del almuerzo y me sugirió que siendo un día viernes, mejor me llevara la documentación a mi casa y el lunes en la mañana le trajera con mis conclusiones.

De nuevo estaba yo en el lugar apropiado en el momento apropiado. Esto constituía de nuevo entrar por la puerta ancha a la actividad bancaria y proporcionarme una estabilidad económica. Era un nuevo reto y lo acepté con confianza en mí mismo en que lograría superarlo. Mi sobrina Marisel estaba en la Universidad estudiando contabilidad y me fue de gran ayuda, al prestarme libros para referencias, asesoría ante algunas dudas y además, una máquina de escribir para hacer mi reporte final. Pasé todo el fin de semana trabajando y el lunes en la mañana pude entregarlo. Alicia, la jefa de crédito quedó muy bien impresionada. Más tarde, cuando estaba laborando en el banco, al tener que trabajar con la carpeta de donde ella había extraído el material que me proporcionó, estaba archivada la parte de mi reporte que correspondía al Riesgo País, que forma parte permanente del mismo. Me informó que ella recomendaría mi contratación para la plaza, pero que el Director General, quien tendría que aprobarlo definitivamente, estaba de viaje y no regresaría hasta la próxima semana, así que me avisarían.

Varios días después, me llamaron para invitarme a un almuerzo en el restaurante Tavern on the Green, uno de los más distinguidos y famosos restaurantes de New York, en el centro de los bosques del Central Park. En los días precedentes mirando las tiendas había visto unos zapatos de piel sintética que parecían de piel legítima, muy baratos y como los míos estaban rotos, pensaba comprármelos cuando obtuviera un empleo. Esa noche nevó, y realicé que al día siguiente para el almuerzo se me mojarían los pies de agua fría por el deshielo. Le pedí a mamá prestados \$30.00 y corrí a la tienda a comprarme los zapatos. Con mucho cuidado de no resbalar por lo pulido de sus suelas al ser nuevos, llegué, a propósito, cinco minutos antes de la hora de la cita. Yo estaba en los alrededores desde media hora antes. Le avisé al Metre D si habían llegado mis anfitriones y al responderme

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

afirmativamente me condujo a la mesa donde estaban sentados Alicia y el Director, Mr. Donington, a quien aún no conocía, que me dieron la bienvenida y me invitaron a sentar.

Ordenamos tragos, el Capitán tomó las órdenes para el almuerzo que yo, al ser el primero, precautoriamente para no verme envuelto en dificultades en seleccionar del menú, acepté el plato del día sugerido por el chef. Durante todo este tiempo hablamos de muchos tópicos, pero nada de trabajo. Yo me sentía impaciente y preocupado si todo aquello era una forma muy elegante de darme una información negativa, pero eso no tenía mucho sentido, sería para darme una positiva?

Llegó la hora del postre y el café y fue entonces cuando Mr. Donnington extrajo del bolsillo interior de su saco un sobre y me lo extendió, diciéndome que era la proposición del banco para integrarme a ellos. Que no necesitaba responderle en ese momento pues tenía hasta el día 31 para notificar mi decisión. Me puse muy nervioso, y traté de controlarme, y como un gesto de delicadeza en no abrir el sobre inmediatamente, lo puse a un lado sobre la mesa y continué con el café. Mr. Donnington me hablaba del banco, de las oportunidades de crecimiento y de los múltiples beneficios. Pasados unos minutos le pedí permiso para leer la oferta, como si tuviera la opción de rechazarla (Alicia, después cuando trabajamos juntos me dijo que yo no la engañe, ella sabía que yo aceptaría cualquier cosa). Leí lo principal. Estaba aceptado, con un sueldo de \$24,000 anual. No puse atención a todos los beneficios que en ella se mencionaban, que a grandes rasgos Mr. Donnington me había informado hacía unos minutos. Para disfrazar mi ansiedad por aceptar, le hice algunas preguntas de aclaración y muy calmadamente le informe que aceptaba. El me repitió que podía tomarme mi tiempo para decidirlo hasta el día 31, a lo que yo le contesté que no era necesario, que todo estaba claro y no tenía por qué demorarlo, así que firmaría mi aceptación en aquel momento. Extraje mi pluma del bolsillo interno de mi saco, y con movimientos muy ejecutivos, estampé mi firma, devolviéndole el original y conservando la copia. Al salir del restaurante, caminé con mucho cuidado de no resbalar y estropear todas las escenas que acababa de actuar. Al saber Mr. Donington que no tenía auto, hizo llamar un taxi para mí, que le pedí me llevara a un lugar cercano solo para salir del lugar, pues tenía muy poco dinero en mis bolsillos. Una vez más Dios había sido muy generoso conmigo.

Mi primer día de trabajo fue como renacer. Todo lo pasado había quedado atrás y se abría un nuevo camino a recorrer, lleno de esperanzas, otra vez en mi New York querido. Las oficinas eran muy agradables. Los empleados y funcionarios formaban un equipo compuesto de unas 20 personas, todas congeniales y amistosas y mi oficina, que compartía con otro analista, daba al exterior, solo que ahora la vista eran los edificios de en frente. Alicia me invitó a almorzar y mostrarme o indicarme restaurantes en la cercanía, de diversos estilos y precios. Aún no había hecho amistad con nadie como para ir a almorzar juntos y como solamente éramos dos en nuestra actividad de analistas, convinimos en salir a distintas horas para no dejar el departamento solo, lo que me valió para almorzar en un “dely” muy económico, de acuerdo a mis recursos. Me organice un presupuesto para cómo distribuir mi ingreso semanal. El primero en la lista fue el dinero para mis hijos. Al llegar al final, el dinero para almorzar era de \$1.00 diario. Durante todo un año, hasta obtener un aumento de sueldo, mi almuerzo consistió de una banana (plátano) y un yogur o una barrita de queso, sentado en la escalinata de la Catedral de San Patricio, donde mucha gente se

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

sentaban a comer su almuerzo, pero diferente al mío. Si alguien conocido me veía, tenía una excusa, mi almuerzo era ligero para conservar mi peso, algo muy chic en aquella época.

Después de cobrar el primer mes, alquilé inmediatamente un departamento y con un colchón sobre el piso que me prestaron, unos cacharros de cocina, platos y cubiertos y una mesita de cantina y dos sillas de metal y alguna ropa de cama y toallas que me dieron mi hermana y mi mamá comencé mi nueva vida, pero con mucha esperanza. Como los pagos eran semanales y mis gastos estaban presupuestados en 4 semanas por mes, en cada trimestre se producía una semana adicional, que utilizaba para cosas extras como alguna ropa o ir comprando algunas cosas para la casa. Mr. Donnington me regaló algunos muebles de oficina que estaban almacenados y no tenían uso. Uno de los seleccionados fue un sofá curvo de tres piezas, que dos de ellas me sirvieron en la sala y la otra en el cuarto dormitorio. Una tapa redonda de una mesa de conferencia puesta sobre una mesa para lámpara, sirvió como mesa de centro y de comer sentados en cojines en el suelo, cuando éramos más de dos. Le compré el colchón a la amiga que me lo había prestado cuando se divorció y no tenía donde ponerlo. Mamá me devolvió el televisor en blanco y negro que yo le había regalado para su apartamento cuando llegaron de Cuba, que era el primero que habíamos comprado en 1963 cuando Javier se enfermó y como no podía salir para que se entretuviera. Todo esto fue mi mobiliario por varios años.

En el banco sucedieron a una gran velocidad muchos acontecimientos, uno detrás de otro. A los pocos meses de comenzar a trabajar, de España anunciaron que su representante en Londres (un español amigo del dueño del banco) vendría para hacerse cargo de la relaciones con bancos a quienes comprábamos participación de préstamos que hasta esa fecha eran compartidas por Mr. Donnington y Alicia como jefa del departamento de crédito, relegándola a una función intermedia entre los analistas y el nuevo funcionario, quien ostentaría una categoría casi igual que el Subdirector General que desempeñaba esa posición desde la apertura de la sucursal, también español, pero sin ningún respaldo influyente.

Alicia, ofendida y no dispuesta a sufrir tal humillación, cuando además sabía que esa persona no tenía capacidad sino respaldo, consiguió un puesto en un banco mexicano y se fue antes que él llegara. El otro analista que nunca me aceptó porque la persona a quien yo reemplacé por no tener experiencia y su trabajo ser muy deficiente, era amigo de él, y para más, el que tenían escogido, aunque no cubría todos los requerimientos que el banco pedía, también era un amigo a quien había recomendado, mantenía una posición muy hostil hacia mí. Al llegar el nuevo funcionario, y ahora nosotros depender de él directamente, usó la oportunidad para ponerme a mal con él con sus intrigas, que comenzaron a crearme problemas y hacerme temer perder mi empleo. Las cosas llegaron a tal grado que un día, cerré la puerta de nuestra oficina compartida y tuvimos un fuerte altercado que faltó muy poco para que nos fuéramos a las manos. Le fue con el chisme al nuevo funcionario quien me llamó para advertirme que si no solucionábamos nuestros conflictos personales, nos despediría a los dos. Ya en esa fecha, tanto compañeros como jefes, sabiendo el carácter y las maneras de actuar de mi “compañero”, y que conocían del mío y mi proceder, se pusieron de mi parte y me apoyaron, por lo cual él se sintió solo y bajo el temor de los dos ser despedidos, optó por conseguir un empleo en otro banco.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

El banco decidió no traer a nadie por el momento y quedé yo solo como analista. El nuevo subdirector usó esa estrategia para pasarse de la oficina que había ocupado Alicia y donde el continuó funcionando, para la mía que era para dos personas, la que mandó a decorar muy elegantemente. Yo pasé a ocupar la que había sido de Alicia. Poco tiempo después se desató la crisis económica en Latinoamérica que comenzó con la moratoria declarada por México y que en muy poco tiempo se extendió a todos los países de América del Sur. La actividad de préstamos desapareció y comenzó la de reestructuración de las deudas, para lo cual no había ninguna experiencia previa, así que todos tuvimos que aprender sobre la marcha con la primera, que fue la de México. De España dieron órdenes al nuevo funcionario poco tiempo antes enviado, de regresar a España, al no existir nuevos préstamos.

Donnington me nombró Sub Gerente a cargo de todas las funciones de crédito y préstamos con un aumento de sueldo. En Enero de 1983 Mr. Donnington fue citado por España para una visita a las oficinas principales, con el pretexto que era para discutir el presupuesto de ese año. El acostumbraba celebrar reuniones sociales en su casa y la noche anterior a su viaje el día domingo, tuvimos una muy espléndida y alegre en un ambiente de gran camaradería. Yo también viajé ese día a Washington para asistir a un seminario de cuatro días. Esa fue la noche en que se celebró el Super Bowl que ganó el equipo de Washington. En la mañana siguiente, en un receso del seminario, de casualidad revisé la pizarra de avisos donde había uno que me solicitaba llamar a la oficina de New York.

Al conectarme, me pusieron con Carlos el Sub-Gerente General quien me informó que esa madrugada, hora de New York, medio día en España, lo habían llamado de las oficinas generales para comunicarle que a Mr. Donnington le habían exigido su renuncia y había quedado despedido de su cargo, que le ofrecieron a él y que aceptó. Me llamaba para informarme y para saber si podía seguir contando con mi colaboración y confirmarme la confianza que me tenía y su aprecio personal, que siempre me había demostrado. Le contesté que lo sentía muchísimo por Mr. Donnington a quien yo estimaba por su comportamiento para conmigo en el aspecto laboral y personal, pero que yo trabajaba para el banco y él podía estar seguro de mi lealtad y desempeño en mi trabajo, como hasta la fecha. Solo le puse una condición, que mantendría mi amistad personal con Mr. Donnington con completa y absoluta actuación profesional y lealtad con él y con la institución. No dudó en inmediatamente darme las gracias y aceptar mi petición.

El resto del año se desarrolló sin mayores incidentes. En los momentos en que Mr. Donnington fue despedido, el banco estaba negociando la renta de unas oficinas en el Trump Towers de la Quinta Avenida, pues el del local que ocupábamos en el edificio actual, vencía ese año y la alta renta solicitada, el banco no estaba dispuesto a pagar. No se había logrado un acuerdo satisfactorio y España ordenó cancelar las negociaciones y buscar un nuevo local. Carlos consiguió un espacio adecuado en un edificio en Madison Av. con la esquina de la calle 54. Eran las oficinas de una firma de abogados y había que remodelarla de acuerdo a nuestras necesidades, lo cual se hizo a un costo aproximado de cien mil dólares. Me fue asignada una oficina de esquina, desde donde divisaba el Parque Central. Todo parecía normal y prometedor. Ahora ocupaba la tercera posición en la jerarquía del banco, Carlos me había concedido un aumento de sueldo. En las vacaciones iba a Miami a pasarlas con mis hijos y el resto de la familia. En dos ocasiones, Danny y Nelson habían

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

venido a New York, una en Semana Santa y otra en el verano. En una de estas ocasiones, le pude dar a Danny, quien era un gran fanático de los Yankees de New York, la sorpresa de tener boletos para asistir a dos juegos que se celebraron en el Yankee Stadium en esos días, uno el sábado por la noche y el otro un doble juego el domingo.

En Diciembre de 1983 las cosas comenzaron a tornarse un poco extrañas. España no había aprobado el pago del bono navideño y todos estuvimos en ascuas hasta el día 20 en que lo autorizaron. Yo tenía reservas de avión para ir a Miami en mis vacaciones en esa fecha, que se habían cancelado al no comprar el boleto en el tiempo requerido. No pude conseguir espacio en ningún vuelo y decidí irme en autobús. Me embarqué el día 22 en la mañana y llegué a Miami en la tarde del día 23 y me alojé en un hotel sin avisar a nadie, para evitarles una situación embarazosa a mis hijos, que acostumbraban celebrarlas con su madre. El día 24 me pasé toda la mañana comprando regalos y regresé a mi hotel pasado el mediodía. Me tiré en la cama a descansar y no podía conciliar el sueño. No consideraba justo, que estando tan cerca, esa noche la pasara solo, en lugar de en la compañía de mi familia que tanto me querían como yo a ellos. Llamé a René y Mercedes, donde yo sabía que siempre celebraban esa fecha en su casa, y les notifiqué que estaba en Miami. Enseguida me exigieron que tendría que ir a pasarla con ellos y así lo hice, pero pidiéndoles que no le dijeran nada a mis hijos. El grupo era grande y la pasé muy bien. Cuando terminó la fiesta en la madrugada, me fui a casa de Javier que en esa fecha ya vivía aparte con sus amigos Lester y Billy. Sintieron el ruido de un carro que se detenía y alguien rondaba la casa y pensando que era alguien con intenciones de robar, abrieron sorpresivamente la puerta, en la que aparecieron los tres y Lester con una pistola en la mano. Afortunadamente me pude enseguida identificar y todos nos reímos por el incidente. A la mañana siguiente fui a ver los niños y entregarles mis regalos. Regresé el día 31 por la misma vía y el primer día laborable siguiente me reintegré a mi trabajo.

España no enviaba la aprobación del presupuesto a pesar de las llamadas de Carlos. Unos pocos días antes del fin del mes de Enero de 1984, Carlos recibió una llamada informándole que el Banco había decidido cerrar la oficina de New York, lo que sería efectivo el día 30 de abril. Un importante banco español que ya había comprado otro de los más grandes de ese país, también había comprado el nuestro. Como el banco comprador también tenía oficinas en New York y tenían un Departamento Internacional más grande en volumen de operaciones, decidieron integrar el nuestro al de ellos y evitar la duplicidad. Le ordenaron, a la mayor brevedad enviar nuestros archivos de crédito a ellos y disponerlos todo para el cierre en la fecha indicada. Aquella noticia creó una gran conmoción, no solo por sus efectos, sino por la sorpresa. El banco, a través de Carlos, notificó a los empleados, que sus sueldos serían pagados íntegros hasta la fecha del cierre o hasta la fecha de su renuncia, si obtenían un nuevo empleo. Además que cada uno recibiría con su liquidación final un bono de compensación por sus servicios. Todos los empleados tendrían permiso para ausentarse, cuando fuera necesario por gestiones para obtener un nuevo empleo.

El comptroller, segundo en jerarquía después de Carlos, fue ordenado regresar a España inmediatamente. Carlos me pidió si yo podía quedarme con él hasta el final, ya que consideraba igual que yo, que no me sería difícil inmediatamente conseguir trabajo de acuerdo con mi experiencia. De aceptar, él me otorgaría un bono por un valor mucho mayor, adicional al ofrecido al resto de la empleomanía. Acepté y trabajamos hombro con

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

hombro, con la tristeza de despedir a los compañeros que poco a poco iban encontrando nuevos empleos, para quedar solamente él y yo, hasta el día que juntos cerramos por última vez las puertas de la oficina. Nos dimos un abrazo de amigos. Bajamos en el elevador y ya en la acera nos dimos un fuerte apretón de manos, viramos la espalda y tomamos direcciones opuestas. Estoy seguro que en los ojos de Carlos brotaron lágrimas como sucedió en los míos. Durante el período del cierre, un día Carlos me mostró el presupuesto enviado a España donde aparecía la petición de un ascenso de categoría para mí, con un importante aumento de sueldo. Aparte de ser un buen y justo jefe, fue un gran amigo. Me alegro de haber podido ayudarlo cada vez que me lo pidió.

La búsqueda de empleo no fue nada fácil. Nuevamente las razones eran las mismas, sobrecalificado o lo contrario no calificado. En realidad esa era la excusa para no decir “muy viejo”. Yo tenía 54 años.

El día 1 de Junio 1984 algo muy extraño pasó en mi vida. Como una voz telepática (no sonora) proveniente del lado izquierdo de mi espalda “algo o alguien” me decía que durante las próximas dos semanas, hasta mi cumpleaños el día 15, estaría sometido a unas pruebas. Se me dieron instrucciones como debía obrar y los riesgos que si no observaba las reglas, en algunas pruebas peligraría mi vida. Las instrucciones incluso eran sobre dietas y de higiene personal. Había dos “fuerzas” que se disputaban mi “ser”. Era entendible que una era el “bien” y la otra el “mal”. La del bien me decía que no me preocupara que él estaría para protegerme, pero dependía de mí seguir las reglas. Si no las cumplía, nada podría hacer por mí en esos casos, para evitar las consecuencias. Las “tareas” se designaban a cualquier hora del día o de la noche. En cada una había una lección que explicaban cosas relacionadas con el universo, otras con nuestro planeta y otras con cuestiones biológicas de los humanos.

Esas tareas tenían distintas duraciones, podían ser instantáneas y de minutos o por horas, cuando por ejemplo, tenía que seguir una luz brillante que me indicaría la ruta de tramo en tramo. En estos casos yo tenía que seguir a la próxima luz aunque fuera cruzando una calle sin mirar a los lados por el tráfico, sin titubear, pues podía costarme la vida sino lo hacía así. Cuando esto sucedía como ordenado, yo notaba que por “casualidad” las luces de los semáforos detenían el tráfico a una distancia prudencial para permitirme cruzar sin peligro. El color de los autos era importante. Se me “dijo” cuales colores eran amigos y cuales enemigos. Cuando al cruzar una calle donde no había semáforos y descender de la acera sin fijarme si venía un auto, o si estaba a una distancia muy cercana, si era de los colores malos aceleraba y en ocasiones tuve que rápidamente dar un paso hacia atrás para no ser atropellado. Cuando eran de color bueno, me cedían el paso. Durante esos quince días estuve sometido a un gran estrés. Creía que me estaba volviendo loco. Que todo aquello eran alucinaciones, pero cuando tenía que realizar una tarea, me mantenía en calma y mi mente adquiría una “apertura” para entender las enseñanzas, sobre ciencias incluso, que requerían cálculos matemáticos que desarrollaba mentalmente a gran velocidad.

El día antes de mi cumpleaños fue la última prueba que comenzó a las tres de la tarde y debía terminar a las cuatro. Saliendo de mi casa vería la luz brillante que me guiaría. Efectivamente allí estaba. Comencé a caminar. Poco después de andar por la acera derecha de Queens Boulevard, donde yo vivía, la próxima luz apareció en la acera opuesta. Esta

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

avenida tiene en ambas direcciones tres carriles centrales para tráfico rápido, y uno de servicio para acceder a las calles transversales. En el centro hay una franja de concreto. Existe una distancia como de seis u ocho cuadras entre un semáforo y otro. El ancho de esta avenida hace muy peligroso cruzar por un lugar que no sea en los semáforos, pues es de mucho tráfico. Sin embargo cuando me tocó cruzar a mitad de la cuadra hacia la luz que estaba al otro lado de la avenida, basado en experiencias anteriores al no obedecer las reglas, con temor pero al mismo tiempo confianza en mis “instructores” decididamente seguí caminando. Con el rabo del ojo podía observar que las luces de los semáforos habían detenido el tráfico en ambas direcciones y yo crucé sin ningún peligro. Seguí caminando siguiendo la luz brillante y eso me llevó a transitar por calles que no reconocía y en realidad, no sabía dónde estaba.

Después de un largo recorrido, que realicé había sido en círculo, llegué a la esquina anterior al punto de partida. Faltaban unos minutos para las cuatro de la tarde, hora en que debía terminar la tarea. Miraba en todas direcciones sin encontrar la luz brillante que debía poner fin a mis pruebas. En esa esquina estaba situada una florería. Desesperado por el poco tiempo restante, giré mi cabeza a la derecha y vi detrás de mí la luz brillante que buscaba. Era un reflejo de luz en un recipiente color plata brillante, en la vidriera de la florería. Voltee de nuevo mi cabeza para ver de dónde provenía la luz que se reflejaba y pude comprobar que era del sol. Me quedé mirando fijamente al sol y observé como todo lo que veía como nubes, se fueron disolviendo hasta quedar solo un disco de color verde claro, que giraba en su sitio y de él brotaba un aro de luz clara, como cuando observamos un eclipse. No sé cuantos segundos permanecí mirando al sol. Con el temor de que aquello podría dañar mi vista, bajé los ojos y miré nuevamente el recipiente que estaba a mi espalda. Seguía reflejándose una luz brillante. Para mi sorpresa, mi vista no había sufrido ningún cambio, seguía viéndolo todo tan claro y sin molestias como anteriormente.

En varias ocasiones, por voluntad propia, para cerciorarme que había sido una realidad, repetí la experiencia con los mismos resultados. En una ocasión, acostado en un parque tomando el sol de frente, repetí la experiencia. Robert, mi compañero, estaba a mi lado en la misma posición. Lo llamé y le pregunté si yo estaba mirando al sol. Muy asustado me dijo que no lo hiciera, que me iba a dañar la vista. Le dije que seguiría mirando fijo hasta que comprobara que si era cierto y que él no lo podía hacer. Una vez convencido, cambié la vista y mi visión era normal. Después de aquello muy pocas veces he repetido el experimento, que siempre han tenido el mismo resultado. Desde ese día, años después, en múltiples exámenes con equipos de alta precisión para el cambio de mis lentes, ningún oftalmólogo me ha dicho de una lesión ocular y solo ha sido pérdida de visión gradual y normal, producida por la edad.

Esa noche, de nuevo sentí la “presencia” de aquellas dos fuerzas que se “hablaban” entre sí. La buena, decía, que había cumplido todas las tareas y por tanto ahora me lo podían contar todo. El otro asentía, pero se oponía a contarme lo que era “todo”. Por fin llegaron al acuerdo de hacerlo bajo el entendimiento que después yo no lo recordaría. Mi mente “voló” sobre un enorme mapa mandí y se me mostraron algunas de las zonas donde sucederían grandes acontecimientos. Una nube que se iba extendiendo desde la región oriental de Asia, hacia la occidental, que ocasionaría muchas muertes. Algún tiempo después fue el accidente de la planta nuclear rusa. La costa de América del Norte desde

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

California hasta Nicaragua que desaparecería por la inundación proveniente del Mar Pacífico. También parte de la costa Este de los Estados Unidos, incluyendo la Florida, así como la desaparición de grandes ciudades industriales, una de ellas New York. Los fenómenos climatológicos y sismológicos en los últimos tiempos confirman algunas de esas predicciones. Un año después, en Septiembre 16 de 1985, la ciudad de México sufrió el mayor terremoto de su historia, que acabo con la vida de miles de personas y destruyó gran parte de la ciudad, por citar solo una. Se me explicó en la práctica, los efectos del calentamiento de la tierra en nuestro planeta. Sumergido en la bañera de mi casa, llena de agua a una temperatura templada, con los pies y la cabeza apoyados sobre sus extremos, mi cuerpo flotaba. Al abrir la llave del agua caliente que quedaba a mi derecha a mitad de la bañera, sin mover mi cuerpo, al aumentar el calor del agua mi cuerpo giraba tratando de evitar el calor que aumentaba en mi lado derecho. Al cerrar la llave caliente y abrir la fría, a medida que la temperatura del agua descendía, mi cuerpo giraba en dirección contraria. Todos esos fenómenos se producirían en el planeta por los efectos climatológicos que el hombre ha provocado. Se me dijo que el hombre tenía muy poco tiempo (con respecto al nuevo siglo, cuando se cumplirían diez octavas de tiempo desde mi nacimiento equivalente a 70 años) para aminorar los efectos destructores que ellos mismos habían provocado, pero ya no podrían evitarlos. Que cuando estos fenómenos comenzaran a producirse en gran escala, señalando que el momento había llegado, llevara mi familia a un lugar bien alto, donde podrían estar a salvo.

Me dijeron y enseñaron muchas cosas, que al descender de aquella experiencia estaban claras en mi memoria. Con el pasar de las horas y después meses y años, estas fueron desapareciendo, reteniendo en mi memoria solo unas pocas, como las que estoy contando. Siempre tenía la duda que tanto esta experiencia, como la del abandono de mi cuerpo cuando el accidente, fueran reales. Esta última la había consultado con mi amigo el Dr. Barba, y me había confirmado que era cierta, que había sido una experiencia súper sensorial.

La ocurrida en 1984, aunque sabía que solo él podía darme una explicación, a pesar que en varias ocasiones después de ocurrir nos reunimos, no tuve el valor de contarle por temor a confrontar una realidad, la de haber pasado por una crisis de origen psicológico no real o que padeciera de alucinaciones. En Enero del año de 2005, en una visita a Miami, después de más de 20 años que no estábamos en contacto, lo llamé no solo para saludarlo, sino contarle esta nueva experiencia. Estuvimos reunidos por espacio de ocho horas, con una pausa solo de una hora para almorzar, en las que le pude explicar en detalles las múltiples experiencias y otras diferentes que han sucedido posteriormente. Le pedí que disipara mis dudas sobre la realidad de estos hechos y el estado de mi salud mental. Me contestó que de acuerdo a sus conocimientos en medicina, psiquiatría y parapsicología, mi experiencia había sido real, y basado en la observación que durante ocho horas había tenido de mi persona, yo era y soy un individuo totalmente normal y con un gran grado intelectual, y que todo lo sucedido había sido real. No quiero especular sobre los hechos, pero si he adquirido la tranquilidad que no padezco de una enfermedad mental.

Recuperado de aquella experiencia, continué mi vida habitual haciendo frente a los problemas de mi desempleo y de carácter económico. Pasaban las semanas y los meses y no podía obtener un empleo. Hice tres tipos de resumes. Uno el real, con toda mi experiencia.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Otro disminuyéndola en cuanto a cargos y funciones, y otra, solamente como empleado con experiencia en contabilidad, para presentar en cada caso, dependiendo del tipo de trabajo solicitado. No dio resultado. No obtuve un solo empleo, aunque fuera temporal. En el mes de Octubre, seis meses después de estar desempleado, cuando me encontraba desesperado por mi situación, recibí una llamada de una agencia de empleos, que fue de las primeras en visitar y el entrevistador mostrar un interés en mi experiencia, para informarme que había una posibilidad en un banco latino. Fui a entrevistarme con él y me dio los detalles. Era una plaza de analizador de crédito en un banco comunitario, pequeño pero con prestigio en el sector bancario (su presidente y principal accionista había sido Presidente de la Asociación de Bancos Comunitarios del Estado de New York) y con un rápido y continuo crecimiento. Mis calificaciones eran las apropiadas, pero solo encontraba un problema que había planteado el jefe de personal al él ofrecerme como candidato. El jefe del departamento de crédito era una persona joven de solamente 23 años. Debido a mis grandes conocimientos en ese terreno, el haber ocupado altas posiciones y por mi edad, sería yo capaz de trabajar sin ninguna dificultad, sin que se crearan problemas personales? Le contesté que yo era un profesional que respetaba las estructuras jerárquicas, sin importar edad, raza o sexo y que a través de mi carrera, esos conceptos habían sido sometidos a prueba con resultados positivos.

Me consiguió la cita para esa tarde y allá fui. El banco había sido fundado por un cubano con experiencia por haber trabajado varios años en ese sector, el cual era el presidente y principal accionista. Había funcionarios y empleados de varias nacionalidades, aparte de la cubana y hasta algunos de habla inglesa solamente. El jefe de personal era un señor como de mi edad, también cubano. Revisó mi resume real y quedó impresionado, pues como cubano conocía el Banco Continental de Cuba donde yo inicié mi carrera. Mi experiencia en la materia era más extensa de lo que ellos necesitaban, pues siendo un banco pequeño y comunitario, las operaciones de crédito eran en su mayor parte a pequeños comerciantes y el análisis del crédito, por lo tanto, más simple. Como consecuencia de ello, el salario ofrecido era casi el 50% del último que yo percibía en el Banco Español y al de mi empresa. Podría contar el banco con mis servicios con vistas a un largo plazo o sería solo una plataforma hasta encontrar una posición de acuerdo a mis conocimientos y nivel económico?. Le contesté con toda sinceridad, que él como cubano exilado igual que yo, sabía de la situación que se nos había presentado venir a un país extraño y las dificultades y sacrificios para sobrevivir. Que habíamos hecho de todo para salir adelante, y como en nuestro caso, por la edad había sido más difícil. Que yo buscaba un lugar donde desarrollarme nuevamente, con honestidad y profesionalismo, desde abajo, y ese lugar era ese banco. Que en materia de sueldo, yo comprendía las diferencias, pero yo necesitaba el empleo, no solo para tener un ingreso para subsistir, sino para mí autoestima, al sentirme útil de nuevo. Confió en mí y comprendió mis razonamientos. La duda mayor era con respecto a la relación de trabajo con un jefe tan joven. Le di la misma respuesta que le había dado al señor de la agencia de empleo y fue suficiente. Llamó al jefe del departamento de créditos y le pidió que viniera a su oficina. Cuando llegó, nos presentó y me invitó acompañarlo a su oficina.

Después de leer mí resume, me explicó en qué consistiría el trabajo y otros pormenores sin preguntarme sobre la diferencia de edades. Me condujo de nuevo al jefe de personal y le informó que por su parte estaba aprobado. Volvimos a hablar del asunto del

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

suelo. Con la misma honestidad con que yo le había hablado, me dijo que el salario de \$18,000.00 era para una persona en sus comienzos, pero que él tenía un margen hasta \$20,000, de acuerdo a experiencia. Le contesté que no dudaba de sus palabras y si era el máximo que me podía ofrecer, yo lo aceptaba. Uno mayor ya me lo ganaría con mi actuación. Al día siguiente comencé a trabajar.

Dadas las estrechas relaciones que mantenía con Javier, nos comunicábamos muy frecuentemente por teléfono y él estaba al tanto de todo lo que me estaba sucediendo y me había sucedido. Al llegar a casa, con una gran alegría lo llamé para avisarle de mi nuevo empleo. El a su vez se sintió muy contento, dándome ánimo y asegurándome que sabía que yo resurgiría de mis cenizas, como el ave Fénix. Mi ex compañero del banco español que me había conseguido el apartamento que ocupaba, que vivía en otro edificio que formaba parte del el mismo complejo de cuatro edificios, ni él ni su esposa estaban en su casa para darles la noticia. Me sentía tan optimista de mi futuro, tan feliz, con unos deseos inmensos de celebrarlo con alguien, pero no tenía a nadie con quien hacerlo. Me dirigí a un restaurante que acostumbraba a ir con el matrimonio amigo cuando estaba empleado, no caro, pero no alcanzable en mi situación económica de los últimos meses. Me sentaron en una mesa pequeña en una fila en el centro del salón a la entrada, que usaban principalmente para personas solas y ordené el plato de ostras que siempre acostumbramos a comer, con una copa de vino, como antes. Me lamentaba de mi soledad, cuando en la mesa contigua sentaron a otro señor, más o menos de mi edad. No sabía las causas de su soledad, pero me hizo reflexionar que como yo había alguien más, y que posiblemente, en otras partes en el mundo, habrían mucha gente comiendo solos, que también algo tuvieran por que celebrar. Disfruté de mi momento, dejando volar mis pensamientos a tantos momentos felices del pasado y los que podrían existir más adelante, y ya no me sentí solo.

La relación con Ramón, mi joven jefe, fue muy buena, dentro de un marco de respeto por parte de ambos, pero cordial. Él era un muchacho muy dinámico, con una gran capacidad de trabajo y muy inteligente. Había terminado su carrera de Contador y estaba estudiando derecho. Tenía un gran carisma y era muy estimado por todos los empleados y funcionarios del banco. El ambiente en el departamento era muy familiar y agradable y fui muy bien acogido. Había una muchacha cubana llamada Martha, que era la que ponía la nota de sabor cubano con sus cuentos y sus chistes. Yo por naturaleza y por no romper mi imagen de hombre serio, aguantaba la risa en mi mesa, al grado de enrojarse mi cara, sin participar. Ella continuamente trataba de que yo me sonrojara. Con el tiempo nos hicimos muy buenos amigos y un día me contó, que lo hacía de cariño, yo me parecía mucho a su papá que había dejado en Cuba.

Mi relación personal con Ramón siguió en aumento. Mi respeto hacia él, disiparon sus dudas si tenía alguna, y gradualmente fue encomendándome más responsabilidades, que ocasionó una directa comunicación con funcionarios superiores, propiciada por el mismo Ramón, aliviando su excesivo trabajo al delegarme más responsabilidades. A su sugerencia, el Vice Presidente a cargo del área de préstamos y créditos, me invitó a participar en las reuniones del Comité de Crédito que él presidía, para considerar las solicitudes. Para Ramón esto fue de mucha utilidad por la gran cantidad de carpetas que teníamos que llevar al Comité en la presentación de los casos, ya que como analista estaba al tanto de todos los detalles para contestar las preguntas de los miembros de dicho Comité. En una ocasión el

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Presidente visitó nuestro departamento y se me presentó. Yo, aunque lo había visto de lejos, no había tenido trato directo con él. En ocasiones asistía a las reuniones del Comité y tuvimos un trato más directo. Un día, conversando con Ramón en su oficina me contó de los planes del banco de abrir una nueva sucursal en Queens, una muy buena zona, donde habían varios bancos, incluyendo los dos latinos más importantes en la ciudad. El presidente quería que él fuera el administrador, para impulsar el área de financiamientos hipotecarios en que el banco estaba incursionando y esa era un área muy apropiada, además de que Ramón era quien se estaba encargando ya de administrar esa actividad, conjuntamente con la de crédito comercial. Al comentarle que me parecía que eso sería una gran oportunidad para él, contestó que no estaba interesado y que si el presidente lo forzaba, se iba del banco. Él estaba interesado en seguir creciendo en el área que estaba envuelto, pero no en la administración de una sucursal. Inmediatamente me di cuenta de la situación que se me podría presentar..

La idea del presidente me lucía correcta. La capacidad de Ramón era la adecuada y la confianza que le tenía auguraba que sería exitosa y beneficiosa para el Banco y para él personalmente. Conmigo tenía resuelto el asunto del departamento de créditos. Pero si Ramón se viera obligado a renunciar al banco y yo lo sustituyera, con las enormes simpatías de que él gozaba, yo me convertiría en un traidor que le había dado una puñalada por la espalda. No podría desempeñar mi labor con esa enorme carga sobre mi persona, aunque infundada, pero esa sería la percepción que ello crearía. No hablamos más al respecto ni en ese momento ni después. No podía hacer otra cosa que esperar y rogar que esa situación no se presentara.

Poco después, un día domingo en la noche, bastante tarde, recibí una llamada de un señor que se identificó como administrador de la sucursal en New York de un banco argentino. Me pidió disculpas por lo impropio de la hora y me dijo que durante todo el día había estado tratando de contactarme. Deseaba tener una entrevista conmigo pues tenía una propuesta que podría interesarme. En otras circunstancias no hubiera estado interesado en escucharla. En el banco me sentía muy contento y veía grandes posibilidades de futuro, además, dejaría la impresión de lo que me había preguntado el jefe de personal. Luciría como que había usado al banco como una plataforma hasta que apareciera algo mejor. Por otra parte, esta podría ser la oportunidad para salvar mi imagen y quizás hacer al presidente desistir de enviar a Ramón a Queens y todos saldríamos satisfechos sin crearse ningún conflicto. Convinimos en una cita para el día siguiente lunes, a las once de la mañana en sus oficinas.

Le pedí permiso a Ramón para ausentarme por un rato para atender a un asunto personal, a lo cual sin ninguna pregunta, inmediatamente accedió. Llegué a mi cita a la hora indicada donde me atendió el señor de la llamada, en un ambiente de visita entre ejecutivos, en el área de su oficina arreglada y apropiada para recibir visitantes importantes. Hago esta observación, para entender lo que después sucedió. Me explicó que en los archivos de solicitudes de empleo había encontrado la mía y por eso me había llamado. Cuando yo estaba buscando empleo después de cerrarse el banco español, visité este banco. Me entrevisté con el funcionario encargado de las reestructuraciones de deuda de los países Latinoamericanos, función que yo realizaba en el banco español, y me dijo que él pronto pasaría a ocupar una posición en el Banco Mundial y el banco tendría que buscar un

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

sustituto para él y que me recomendaría para esa posición. Como nunca tuve más noticias, me olvidé del asunto. Esa era la plaza que el señor ahora me ofrecía. El sueldo era bastante más alto que el de mi banco y los beneficios también mejores. Después de discutir varios aspectos, acepté su oferta, con la condición de ser efectiva a las siguientes dos semanas, como profesionalmente era acostumbrado, con lo cual estuvo de acuerdo. Esto ocurrió en el mes de Mayo de 1985, un poco más de seis meses después de haber comenzado a trabajar en el banco cubano

A mi regreso al banco, inmediatamente fui a hablar con Ramón y contarle lo sucedido. No se sorprendió. Me dijo que él se imaginó, por la hora de mi salida, que yo iba a una entrevista de empleo. Lo lamentó, pero sincera y afectuosamente me manifestó que era una gran oportunidad para mí y él no interferiría. Quizás él también tenía los mismos temores que yo y se sintió aliviado. Me agradeció la ayuda que yo le había proporcionado y por mi respeto y lealtad hacia él y con sincero y fuerte apretón de manos, me deseó suerte. A continuación fui a ver a la responsable del área, que después ocupó la presidencia del banco, y la reacción fue muy distinta. Habíamos desarrollado una buena relación profesional y personal. Ella había sido una de las empleadas fundadoras del banco y se sintió ofendida. No la juzgo, sin conocer la razón principal que me hacía cambiar de empleo, era fácil entender, pero ese sería un secreto que yo solo conocería, sin importar las consecuencias a mi persona. Al final, comprendió mis razonamientos y se calmó. El próximo en conocer oficialmente la noticia que ya estaba circulando, era el Vice Presidente Ejecutivo a cargo de toda el área administrativa, por cuyo conducto, dirigida al presidente, presenté mi renuncia. Quedó sorprendido y después de explicarle como se había sucedido todo aquello, que yo no había buscado, comprendió, pero me dijo que inmediatamente iría a ver al presidente para que él hiciera lo que fuere necesario para retenerme. A continuación fui al departamento de personal, haciéndole entrega a su jefe de una copia de la carta enviada al presidente, quien trató de hacerme cambiar de idea. La situación era muy difícil para mí, aparecía como una arrogancia de mi parte y yo no podía decir la verdadera razón. Ya entrada la tarde, me llamó el jefe de personal para que fuera a su oficina. Al tocar la puerta e invitarme a pasar, la abrí y solo lo vi a él sentado en la butaca de su escritorio. Al cerrarla, con gran sorpresa, vi que sentado oculto por la puerta al abrirse, estaba el presidente.

Comenzó a hablar diciéndome que él no iba a permitir que yo me fuera. Que comprendía que él no podía competir con el otro banco en algún beneficio que ellos tenían y su banco no, como era un seguro dental, pero en los demás estaban iguales, salvo en la cantidad del sueldo. Pero estaba dispuesto a igualar la oferta por la cantidad que fuera. Yo traté de dar excusas, que eran válidas pero no las reales, como el tipo de trabajo, mi edad y el poco tiempo que me quedaba para avanzar mi carrera, que en su banco sería lenta, más propicia para gente joven. En varias ocasiones le mencioné que razones económicas, aunque importantes, no eran las que me habían motivado a tomar esa determinación. Viendo que no podía convencerme, cordialmente nos despedimos aquella noche. El día último de trabajo, cuando fui a despedirme, todavía me preguntó si podía hacer algo para retenerme y con mucha pena, tuve que decirle que no.

Me organizaron una despedida en el departamento con regalos y una tarjeta muy expresiva con la firma de todos, a la que también asistió el Vice Presidente Ejecutivo, quien

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

al retirarse me deseó muy buena suerte y me dijo que las puertas del banco siempre estarían abiertas para mí. Unos minutos después apareció en el dintel de la puerta de su oficina la responsable del área y a toda voz me dijo: “te vamos a extrañar mucho, pero tú nos vas a extrañar mucho más”. Fue una profecía que más adelante se cumplió.

El día convenido me integré al banco argentino. El Administrador me condujo al piso superior donde había un gran salón con unas diez o quince personas, presentándome como el nuevo jefe del departamento. A continuación me condujo a otro salón más pequeño donde había ocho escritorios vacíos y me la asignó como mi oficina. No hubo quien me explicara los métodos de trabajo y las funciones del personal, tuve que ir preguntándole a uno por uno. En el salón funcionaban otras dos áreas de trabajo que tenían una responsable cada una. Una tenía cierta relación con mi departamento y la otra no. En esta, había una encargada que inmediatamente me puso al corriente de muchas cosas de la administración de la sucursal y principalmente del Administrador, que yo consideré impropias contar a una persona que acababa de conocer. Esquivé la conversación, pero me creó cierta preocupación.

A los dos días me visitó el encargado de una sección que operaba en el piso inferior, donde también estaban las oficinas del Administrador. Sin ninguna cortesía, me dijo quién era y porque venía, que no era precisamente a darme la bienvenida. Me dijo que él había sido transferido hacía tres años desde las oficinas principales en Buenos Aires para la función que estaba realizando, pero que él aspiraba a la que ocupaba el funcionario que se fue al Banco Mundial y que, aunque a mí me habían nombrado, podía estar seguro que en definitiva, ese puesto sería para él. Nunca había experimentado tal rudeza en una persona y menos sin conocerme. El analista del banco español había sido antagónico, pero no a ese grado. Comenzaba mi nuevo trabajo con un “enemigo potencial” del que tenía que cuidarme. Traté de ganarme el afecto de mis empleados y del resto del personal, pero encontraba cierta resistencia, salvo raras excepciones. No logré tener una sola persona que pudiera considerar mi amigo o amiga. Menos agresivos sí, pero amigos en quien confiar no.

Me fui enterando de ciertas situaciones, entre ellas el porqué de la agresividad de aquel que había venido a darme la “bienvenida”. Había sido transferido de Buenos Aires por un periodo de tres años que estaban por finalizar y ya le habían notificado su regreso. Aprovechando que su esposa estaba al dar a luz, solicitó y le concedieron una prórroga hasta después del parto. Con mi entrada, sin ninguna culpa de mi parte, yo había cancelado la posibilidad que se quedara en Estados Unidos que tanto deseaba. Poco tiempo después, días o quizás semanas, no recuerdo, le nació una niña. Yo pude notar una gran conmoción y un secreto que corría de persona a persona, menos a mí. No era un acontecimiento alegre, algo malo había sucedido que yo no me atrevía a preguntar, tratándose de la persona involucrada. El día del parto él vino al banco muy descompuesto física y emocionalmente. Habló con el Administrador y prontamente se retiró, permaneciendo ausente por varios días. Según a medias supe después, la niña había nacido con una discapacidad, nunca supe cual, y que requería intenso cuidado, incluso cirugías. Debido a esto, solicitó una nueva prórroga para ser atendida en New York bajo los beneficios del seguro médico con que estábamos cubiertos y le fue concedida.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Mi situación que seguía siendo complicada con los otros empleados, quizás porque me consideraban culpable, también se volvió hostil por parte del Administrador. Me bajaron al piso inferior y me dieron un escritorio desocupado, de los tres asignados a las secretarías ejecutivas, no obstante estar desocupada la oficina de la persona que yo sustituí. Mi condición había sido convertida a la de un empleado, sin consideración por el Administrador al cargo para el que me había contratado cuando negociamos a un nivel de ejecutivos que ya yo disfrutaba en el banco donde estaba y también en el banco español.

El Administrador era un hombre déspota con todo el mundo, no solo conmigo. Estaba frustrado por que el también aspiraba a ser el Director de la sucursal que había estado vacante por varios meses y habían enviado a una señora muy distinguida y elegante que solo se encargaba de las decisiones, la interlocución con la oficina central en Buenos Aires y muchas actividades sociales y de relaciones públicas. Para su mayor desgracia habían enviado un nuevo funcionario, tan arrogante como el Administrador, que tampoco tenía mucho que hacer, que actuaba como intermediario entre la Directora y el Administrador. Yo no sabía a quién respondía, los dos me daban órdenes sin coordinación entre ellos. Era obvio que entre ambos había una lucha de poder. Mi “enemigo” logró colocarse como asistente del nuevo funcionario ocupando la oficina vacante y también se convirtió en mi supervisor, haciéndome la vida imposible, tratando de humillarme para que renunciara y me fuera para dejarle el camino libre. Mi situación era cada día más frustrante, pero no podía renunciar, no quería volver a pasar por la misma situación de cuando se cerró el banco español. Tenía que resistir hasta que no pudiera más. La única vez que todos fueron cordiales conmigo fue el día 31 de Diciembre cuando murió mi madre. Enviaron flores a nombre del banco y personalmente de los empleados y el día que regresé a trabajar, todos me expresaron sus condolencias, que creo la mayoría fueron sinceras en ese momento. Mi “enemigo” no logró consolidar su triunfo sobre mí. Tiempo después que yo me fui del banco, finalmente lo enviaron a Grand Caimán, a cargo de una oficina representativa.

En este periodo de tiempo, yo todavía estaba luchando con aceptarme como una persona homosexual. Había llegado a la conclusión que la homosexualidad no es una enfermedad y que no se sabe su origen, pero que es algo que no puede ser cambiado y que desde el punto de vista religioso es muy controvertido designarlo como pecado. Si después de todos los intentos que yo había hecho por cambiarlo no había podido, era que Dios quería que yo fuera así. Todavía me quedaba por resolver el aspecto científico.

Visitando un grupo sobre Hinduismo, estable amistad con un joven de origen uruguayo que estaba estudiando ciencia de la computación. En esos días, otro amigo me puso en contacto con un señor que tenía un laboratorio clínico y debido al cumulo de trabajo que tenía, necesitaba establecer un sistema computarizado. Yo podía diseñar el sistema, pero desconocía la parte de la computación, por lo que invite a Adrián a participar en el proyecto, a lo cual accedió y comenzamos a trabajar en ello en las tardes y las noches. Adrián era muy amigo de otro participante del grupo de Hinduismo, que yo sabía que era médico, pero no especialista. Debido a ello, también establecí una ligera amistad con él y su esposa, también participante del grupo de estudio.

Pasados varios meses en esta situación, un día llamo a mi casa para solicitarme, debido a mi actividad bancaria, mi consejo sobre una propiedad que quería comprar.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Hicimos una cita para encontrarnos en su consulta en los próximos días, cuando conocí que era psiquiatra. En realidad lo de la compra de la propiedad era una excusa para hacer amistad conmigo. Aproveche, dada la circunstancia, para contarle mis experiencias parasicológicas que no había comentado con ningún profesional en la materia.

Me fui dando cuenta, que en realidad en lo que estaba interesado era en descubrir mi homosexualidad para saber si entre Adrián y yo existía una relación sexual, lo cual no era cierto. Estaba celoso. De todas formas, seguimos trabajando con el otro tema. Se convirtió en un homofóbico y trato de destruir mi autoestima, para cubrir su vulnerabilidad que yo le había hecho saber, acusándome que la tristeza que yo sentía por la separación de mis hijos era el precio que tenía que pagar por ser homosexual. Decidí romper aquel círculo vicioso en que nos encontrábamos y le di a conocer, que ya sabía lo que era, sabía lo que quería y me dedicaría a vivir con ello. Aunque me llamo varias veces para invitarme a continuar con su “terapia”, jamás accedí. A partir de ahí, comencé a visitar lugares gay, y ser parte de esa cultura.

Un día, esperando el tren para ir a mi trabajo, hicimos contacto visual un joven y yo. El aspecto varonil de ambos no nos permitió ningún avance. Durante el viaje continuamos mirándonos hasta llegar a mi parada. Espere que pasara el último vagón para verlo por última vez, pero no pude verlo. Comencé a caminar a la escalinata que me conduciría a la calle cuando sentí unos pasos apurados detrás de mí. Al pasarme por el lado, comprobé que era él. Nos saludamos y continuamos caminando juntos y charlando. Ya en la calle continuamos caminando y yo le di mi teléfono para convenir almorzar en otra fecha.

Como a las once de la mañana recibí una llamada invitándome a almorzar ese mismo día. Tuvimos una larga conversación y convinimos en vernos a la mañana siguiente, lo cual sucedió en todos los días sucesivos. Nos reuníamos a la salida del trabajo y nos íbamos a tomar unos tragos o a cenar. Con el tiempo, Robert vino a visitarme a mi apartamento y nos convertimos en pareja sentimental, una relación que duro seis años, hasta que yo me fui a vivir a Miami.

Martha, mi amiga del banco cubano, se mantenía en contacto conmigo y con cierta frecuencia me llamaba. Yo nunca le conté lo que me estaba sucediendo y le hacía creer que todo estaba bien y yo contento. A mediados de año 1986, un día me llamó y por el tono de mi voz comprendió que algo serio me pasaba. Ella ya me conocía bien. Yo le contestaba que nada, pero ella no me creía, hasta que ante tanta insistencia, solo le dije que era cierto y que el motivo era que el banco argentino no me había cumplido sus promesas. No le di más detalles, pero eso fue suficiente. No había pasado ni una hora, cuando recibí una llamada. Era Ramón.

En dos o tres ocasiones Ramón y yo nos comunicamos telefónicamente por asuntos de trabajo y conversamos muy cordialmente, sin las barreras de cuando trabajábamos juntos. Después de saludarnos, le pregunté en que podía servirle y me contestó, en tono muy jocoso, que un pajarito le había dicho que yo no estaba muy contento. En seguida me di cuenta que Martha le había contado nuestra conversación de hacía poco tiempo. Le contesté afirmativamente y a grandes rasgos, sin entrar en muchos detalles le conté mi disgusto. Me preguntó si no quería regresar al banco y sorprendido, le pregunté ¿para

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

qué? y me contestó que para hacerme cargo del departamento de crédito. Me resultaba todo muy confuso y le pregunté qué pasaba con él y me explicó, también a grandes rasgos. La sucursal de Queens se había abierto y él no había tenido que ir. Las operaciones hipotecarias habían aumentado considerablemente con muy buenas perspectivas de crecimiento, las que él estaba dirigiendo. Desde aquella oficina El banco iba a crear una nueva posición para él, de Vice Presidente para atender la actividad hipotecaria y otros préstamos especiales, fuera del ámbito del Comité de Crédito, directamente bajo la presidencia, con amplios poderes y límites de prestación. Ramón había triunfado y me alegré. Le dije que no podía contestarle en ese momento y me ofreció reunirnos al día siguiente a cenar en un restaurante determinado, a lo que yo accedí.

En aquella oportunidad conversamos más ampliamente sobre el asunto. Me dijo que todo estaba listo para esa reestructuración y que solo faltaba encontrar un nuevo jefe para créditos. Que la noche anterior, había hablado con el presidente de nuestra conversación y que muy complacido le ordenó negociar conmigo mi retorno. Las condiciones serían de total independencia de él, con todas las prerrogativas del cargo y respondiendo al orden jerárquico establecido. El sueldo sería el mismo que en ese momento estaba devengando, por un período de tres meses, al término del cual sería revisado. La categoría sería la misma de cuando me fui, o sea de Assistant Cashier, la primera posición en orden ascendente de la escala ejecutiva. Le comuniqué mi aprobación a esas condiciones, pero había otras que eran más importantes. Como iba a ser mi relación personal, sobre todos con los ejecutivos superiores que estaban en sus cargos cuando yo me fui y aún permanecían?. Habría algún conflicto o resentimiento?, a lo que me contestó, que ninguno. El presidente había pedido la opinión de esos ejecutivos y ambos, sin reservas, estuvieron de acuerdo y contentos ante la posibilidad de mi regreso. Si todo era así, quedaba solo concretar la fecha en que se llevaría a cabo mi reincorporación.. Ramón, muy contento y relajado, se despidió diciendo que me llamaría, lo cual hizo al día siguiente, solicitándome la fecha en que estaría disponible, a lo que yo le contesté que en dos semanas.

Cuando ese mismo día le presente mi renuncia al Administrador, yo esperaba algunos de sus epítetos, pero resultó todo lo contrario, muy cordialmente me felicitó, me habló de las perspectivas del banco cubano, que conocía muy bien porque en una oportunidad su banco había hecho una propuesta para comprarlo. Me elogió por mi trabajo y me deseó buena suerte. Esas dos semanas fueron las únicas que trabajé con paz y tranquilidad en ese banco. Creo que fui víctima de situaciones que por circunstancias ajenas a mí se produjeron, y yo resulté ser el pararrayos que recibió las descargas. Mi desempeño profesional y mis relaciones personales a través de toda mi vida, sin pecar de falsa modestia o vanidad, justifican mi razonamiento.

Mi llegada al banco cubano de nuevo fue como el regreso del hijo pródigo. Los conocidos durante la primera vez, me recibían con afecto. Los nuevos, debido al ambiente familiar que reinaba, enseguida me aceptaron como un compañero más. La relación con la encargada del área, fue como la de quien regresa de unas larga vacaciones. El trabajo en el departamento había crecido mucho y estaba muy atrasado en la parte administrativa. Implanté nuevos sistemas, algunos computarizados. Mi relación con Ramón ahora era más fluida al estar en áreas independientes. El crecimiento del banco era contagioso. Todos participábamos en él con entusiasmo. El banco compró un hermoso edificio, que hacía

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

muchos años había permanecido deshabitado, donde después de un período de restauración, se convirtió en la Oficina Principal. Había sido la sede de un importante banco de ahorros en el área del Bronx, en una sección donde yo viví, en una avenida que muy a menudo caminaba por ella, pasando frente a este banco, cuando íbamos a visitar a mi tía Fina, que vivía unas cuadras más adelante, y me evocaba gratos recuerdos.

Ese edificio era majestuoso. Sus rasgos arquitectónicos, con sus altas columnas y su puerta principal de bronce, proyectaba la imagen de los bancos de aquellas épocas anteriores que estaban enclavados en Wall Street. Su interior era impresionante con su techo a la altura de dos pisos sobre el lobby principal, con el primer piso rodeado de barandales de hierro y bronce que permitían la vista hacia el lobby. El estilo interior era egipcio con lámparas colgando de su alto techo diseñadas en ese estilo. Las paredes y el techo del lobby estaban adornadas por cenefas con motivos y colores puramente egipcios. En el área de cajas, los mostradores eran en mármol negro y rejas de hierro y bronce en armonía con los barandales del primer piso. Los pisos también eran de mármol en color claro que ofrecían un armónico contraste. Todo ese interior había sido restaurado por profesionales, sin alterar lo original. Las pocas adaptaciones que se hicieron fueron sin romper la armonía.

En su piso superior, comunicado por un elevador y escaleras estaba lo que había sido las oficinas ejecutivas del Presidente. Constaba de una cocina y un comedor, discretamente separado del resto del conjunto, por una terraza cementada con techo de cristal. Frente al elevador existía un salón de conferencia, seguida por una oficina para la secretaria que tenía acceso a la terraza y a continuación una oficina para el presidente. Todas las piezas tenían sus paredes revestidas de maderas ricas muy pulidas y barnizadas. La mesa de conferencia y el mobiliario también era de maderas ricas, pulidas y barnizadas, con numerosas butacas de la misma madera y características, tapizadas en cuero. Las oficinas de la presidencia estaban sobriamente adornadas y amuebladas en el mismo estilo. Había contado con una vajilla de porcelana de alta calidad, con el nombre del banco gravado. Los bordes de los platos estaban adornados con un motivo egipcio, en colores y láminas de oro en ese estilo. Yo aún conservo, dañado, uno de esos platos que fue abandonado en la cocina. En el salón de conferencias y las oficinas del presidente, colgaban lámparas de hierro negro del mismo estilo.

Me he detenido y expandido en mi relato, para darle espacio a la descripción de este edificio, porque considero que es digno de recordarse por su belleza; que había sido símbolo de la riqueza y elegancia de aquella zona del Bronx en New York, que permaneció erguido y conservado como un árbol, en un desierto de destrucción y ruinas. Celebro el haber trabajado en ese histórico lugar.

A los tres meses como convenido, me fue concedido un aumento de sueldo acompañado por una promoción a Vice Presidente Asistente. Con nuevos sistemas, logré reducir el tiempo en la tramitación y análisis de las solicitudes de crédito y dedicarle un poco más de tiempo a tratar de poner al día las carpetas atrasadas. Al comenzar mis funciones en el departamento se recibía una gran cantidad de correspondencia que mi secretaria me ponía sin abrir en mi escritorio, no sé si era costumbre de Ramón o lo hacía porque no tenía instrucciones específicas de mi parte. Le autoricé que abriera toda la

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

correspondencia, excepto aquella que pudiera venir para mí o para Ramón marcada “personal”, pues mucha correspondencia venía a su nombre como jefe del departamento. No había pasado mucho tiempo de yo estar actuando, cuando al revisar la correspondencia me llamo la atención una con una nota escrita a mano, firmada con un primer nombre y con un cheque, que para mí no tenía ningún sentido. Al revisar el sobre leí el remitente que me era desconocido y observé que dicho sobre venía dirigido a Ramón y estaba marcado “personal”, Le hice notar a mi secretaria de la falta de cuidado al manejar esta correspondencia en particular y le rogué tener más cuidado para que no se repitiera. Fui a la oficina de Ramón a entregársela y pedirle disculpas por la negligencia de mi secretaria y leyéndola dijo que no tenía importancia. Para mí aquel asunto había quedado aclarado. Nunca más me acordé de ello ni él me hizo ningún comentario. .

El banco siguió creciendo y por tanto las solicitudes de préstamos. La documentación para su tramitación era muy deficiente en las solicitudes y también en la documentación final cuando el préstamo después de aprobado era desembolsado. Además, estaba todavía una cantidad considerable de préstamos de la época de Ramón que se habían renovado y la documentación original seguía incompleta. Los auditores comentaron estas deficiencias en sus informes. Hicimos un control computarizado de todos esos casos, clasificado por oficial o sucursal, que se remitía mensualmente a los ejecutivos superiores incluyendo al Presidente, para su conocimiento. Individualmente se le enviaba a cada oficial o sucursal, un listado de los préstamos a su cargo deficientes en documentación, con los detalles correspondientes, para su complementación.

Los clientes se quejaban que el departamento de créditos les demoraba mucho sus solicitudes, lo que no era cierto, pues las solicitudes venían incompletas y los remitentes se demoraban en obtener los documentos faltantes para poder procesarlos. Sometí al Comité y aprobó, un plan de devolver al oficial o sucursal correspondiente, las solicitudes que no vinieran completas y así no habría excusa que era el departamento el que se demoraba en la tramitación. Me comprometí a que las solicitudes que se recibieran completas en una semana, serían llevadas al Comité el día miércoles de la semana siguiente, día en que sesionaba el Comité. Otra novedad era centralizar en la oficina principal el desembolsos de los préstamos aprobados, hasta tanto no se recibiera la documentación final y las garantías colaterales, si se requerían. El nuevo sistema funcionó en parte, pero las deficiencias en documentación continuaban por falta de conocimiento de los documentos o ser enviados incompletos, tanto en las solicitudes como en los desembolsos. Un día el Vice Presidente Ejecutivo me solicitó organizar un seminario, un día completo durante cuatro semanas, comenzando la semana entrante, para capacitar a los administradores de sucursal, oficiales con facultades de presentar solicitudes de crédito y empleados responsables de los trámites y documentación. Este proyecto generó un gran entusiasmo en los participantes.

Me di a la tarea de organizar el seminario, con una carpeta para cada participante, incluyendo copias de documentos, instrucciones previas de los requisitos en su confección, reglas o disposiciones oficiales y su importancia , etc. Al final del seminario, esta carpeta le serviría como un manual. El seminario resultó un éxito y mejoró considerablemente la tramitación y desembolso de los préstamos. Los clientes estaban muy satisfechos y así lo hacían saber a sus oficiales o administradores de sucursal. En la próxima sesión de la Junta de Accionistas, el presidente presentó copias del material que contenía el seminario, elogió

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

mi trabajo y fue aprobado un acuerdo de enviarme una carta de felicitación y la notificación de un ascenso a Vice Presidente.

Un día, la Vice Presidenta a cargo del Departamento Internacional, que dependía directamente del presidente, sufrió un accidente que la mantendría ausente durante varias semanas. El presidente me llamó a su oficina y me solicitó que me hiciera cargo de ese departamento durante su ausencia, sin abandonar el mío, pues yo era el único en el banco con experiencia en el ramo internacional. Ese departamento funcionaba en la antigua oficina principal en Manhattan y nosotros estábamos en el Bronx, lo que me obligaba a estar dando viajes entre una oficina y la otra. Afortunadamente yo había ido capacitando a uno de mis empleados, Berny, que fue de gran ayuda, lo que le valió, a mi petición, un ascenso a la primera categoría de oficial de Asistan Cashier. Algún tiempo después obtuvo un puesto de Jefe de Crédito en un banco de Miami, donde hizo una carrera exitosa

La recuperación de la Vice Presidenta del departamento Internacional se prolongó por varios meses. En el ínterin, el banco estaba negociando la participación accionaria de un banco de Venezuela, primordialmente para impulsar las operaciones internacionales entre ambos países. Mientras se formalizaban y se obtenía la aprobación para esa transacción, el banco venezolano comenzó a enviarnos negocios y depósitos para lo que hubo que crear una sección de Banca Privada, muy en moda en aquella fecha. Tuve que ir a Caracas a dar un seminario a los empleados responsables de esas operaciones en sus oficinas y sucursales, que fue muy elogiado por el Presidente y Directores de aquel banco, por su alto grado de profesionalismo. Esto ratificó la intención de mi banco, con la total complacencia del banco venezolano, que yo continuaría estando al frente de esa actividad. Mientras todos estos planes se concretaban yo seguiría atendiendo ambos departamentos, el internacional y el de crédito.

Entre las innovaciones que introduje en el departamento de crédito, fue desarrollar un sistema computarizado para control de las garantías colaterales que el banco obtenía en los préstamos. El sistema actual era manual y muy deficiente. Existía una gran cantidad de documentos que habían dejado de tener interés por haberse liquidado los préstamos o algunos vencidos sin haber sido renovados. Con el nuevo sistema probado y funcionado, los nuevos documentos eran perfectamente controlados, pero era preciso hacer una revisión de los anteriores para eliminar todo lo inoperante e ir incorporando los útiles al nuevo sistema. La tarea era delicada y por su importancia la estaba realizando yo personalmente, siguiendo el orden alfabético de los clientes.

Al tomar un día la próxima carpeta en turno, me llamó la atención y recordé que el nombre del cliente era el mismo que aparecía como remitente en aquel sobre que mi secretaria abrió por un descuido y que venía dirigido a Ramón y marcado "Personal". Me fui al archivo y obtuve la carpeta de ese cliente, como hacía con los demás. Me puse a revisar la documentación existente para ese préstamos y a medida que avanzaba comprobé que era una operación fraudulenta, en la que Ramón había actuado directamente, había manipulado la información para su aprobación y había obtenido un beneficio personal, que era el importe del cheque a su nombre, que venía adjunto a la nota manuscrita, y que la nota decía era su participación en aquella transacción. No podía creer que aquello fuera verdad, pero ahí estaban las evidencias, claras, precisas y contundentes. Guardé todo en la bóveda

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

de seguridad correspondiente y me retiré a mi casa sin hacer ningún comentario con nadie en ese momento.

Esa noche fue una de las más negras de mi vida. Revisaba de memoria todo lo que había visto y leído y no habían dudas. Pero aun así, no podía creerlo. En algún lugar tenía que haber un error o una explicación que aclarara ese embrollo. Pero por más que trataba, no lo encontraba y volvía a la misma conclusión. Al día siguiente al llegar en la mañana, saqué de la bóveda esa carpeta y la del récord del cliente del archivo y me fui a ver a Elsy, la responsable del área antes mencionada, y le expuse lo que había encontrado y mis sospechas. Elsy palideció ante la evidencia y no podía creerlo tampoco. Ramón era como un hijo para ella, desde cuando siendo un jovencito había llegado al banco y había sido una promotora de su carrera. La relación de confianza del presidente del banco hacia él se había convertido en una relación personal muy estrecha, como era posible que lo hubiera traicionado de esa forma tan burda? El carisma de Ramón lo había convertido en el empleado más querido y admirado del banco, yo incluido. Convencidos ambos de la veracidad de nuestras conclusiones, Elsy llamó a Ayala, el Vice Presidente Ejecutivo, un hombre mayor, de gran experiencia en el sector bancario. Al enfrentarse con los hechos, su asombro fue mayúsculo, pero los tres estábamos de acuerdo en nuestras conclusiones.

Ayala sugirió ser él quien le llevara el asunto al Presidente, al que también le unía una larga y leal amistad. Me pidió que hiciera un borrador con los datos que obraban en mi poder y el redactaría el informe para el presidente, después de ser aprobado por los tres. Una vez completa mi parte, el redactó el informe final, los tres lo aprobamos y él se encargó de llevárselo al presidente, marcado "Estrictamente Confidencial". No sé cómo fue la conversación, pues fue privada, pero esa tarde me informó que el presidente ya lo había recibido y por su conducto me daba las gracias por mi lealtad al banco y que no lo comentáramos con nadie más, que dejáramos el asunto en sus manos. Él se ocuparía.

Por varios días no supimos más del asunto, aunque por el estado emocional que Ramón reflejaba, era obvio que el presidente había hablado con él. Un día Ayala me informó que el presidente le había manifestado que ya había resuelto ese asunto y que nos lo comunicara a Elsy y a mí, y que había advertido a Ramón de no tomar ninguna represalia contra mí, yo lo único que había hecho era cumplir con mi deber.

Cuento este incidente, muy triste y lamentable, sin entrar en muchos detalles más que los necesarios, porque son records público en la corte judicial y porque después fueron uno de los hechos que contribuyeron al cierre del banco por las autoridades reguladoras. A pesar de todo, sin juzgar su actuación que no comparto, sigo admirando a Ramón como una de las personas más carismáticas, inteligente y con una inmensa capacidad de trabajo que he conocido. Es triste que un error de esta naturaleza haya truncado, a tan corta edad, su carrera que en tan corto tiempo lo había elevado a la cima, con el respeto y afecto de todos los que lo conocimos.

Después todo siguió como antes. El Banco comenzó a tener problemas con las autoridades reguladoras en sus periódicas auditorias. Exigieron la salida del presidente y la venta de sus acciones mayoritarias que fueron adquiridas por el Vice Presidente, designando a su hijo Chairman of the Board. Elsy fue nombrada presidenta del banco. Esta

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

reestructuración en la cúpula no afectó al resto de la institución. Los planes con el banco venezolano continuaron, ahora solo pendiente de la aprobación de las autoridades. El departamento de créditos funcionaba como siempre bajo mi dirección, de acuerdo con las normas y dentro de los límites crediticios correspondientes. La documentación era la adecuada y estaba bajo control. Las auditorías internas y externa, así como de las autoridades reguladoras solo reportaban en el departamento de crédito, algunas pequeñas fallas técnicas o administrativas que eran inmediatamente corregidas. Veíamos con gran expectativa un futuro brillante.

Un día, Ramón iba a salir de vacaciones y René, el Chairman fue a verlo para que le explicara los asuntos que estaban pendientes pues en su ausencia, él se encargaría. Un día posterior a esa fecha, revisando lo que Ramón tenía en su oficina, encontró un sobre grande, de los que se usan para guardar documentos, que estaba identificado en su exterior como “La Familia”. Intrigado, lo abrió y lo que encontró en su interior fue una “bomba”: detalles de una gran cantidad de transacciones inmobiliarias efectuadas con uno de los principales accionistas y de los Directores del banco, aprobadas por Ramón bajo las facultades de que gozaba, con garantías de bienes raíces sobrevaluados, sin conocimiento de la alta dirigencia del banco y rompiendo reglas y regulaciones.

Entre los documentos incluidos en aquella carpeta, había una copia del informe que Ayala, Elsy y yo le habíamos sometido al anterior presidente del que nadie más había sido informado. Inmediatamente llamó a su padre, y un rápido análisis hizo ver que si el banco ponía en orden todas esas transacciones, las pérdidas que ocasionaría serían por varios millones de dólares, que absorberían el capital y las utilidades retenidas, llevándolo a la quiebra. Llamaron a Ramón solicitándole se presentara en la mañana siguiente al banco.

Al llegar a su oficina, ajeno a lo que habían descubierto la noche anterior, se aparecieron el dueño de la mayoría de las acciones y su hijo y le pidieron firmar su renuncia, a lo cual no se negó. Permitiéndole tomar solamente su abrigo y su portafolio, fue escoltado por el personal de seguridad, atravesando el lobby lleno de clientes y con el asombro de todos los empleados que se encontraban a su paso, hasta la puerta principal del banco.

Afortunadamente para mí, no tuve que presenciar tan penoso y deprimente espectáculo pues me encontraba en la otra oficina en Manhattan. La noticia corrió como pólvora. Me trasladé inmediatamente al Bronx donde supe con más detalles lo sucedido. Informado el Consejo de Directores compuesto por los principales accionistas, llegaron a la conclusión que era inminentemente y necesario dar cuenta a las autoridades reguladoras, que una de ellas decretó la intervención del banco como medida precautoria. Se hizo cargo del banco un antiguo funcionario jubilado de uno de los más grandes bancos americanos. El banco estaba totalmente descapitalizado y en estado de quiebra. Los accionistas actuales no disponían de recursos para recapitalizarlo, por lo que los venezolanos ofrecieron comprarlo y no solo cubrir el capital faltante, sino también aumentarlo. Para ello situaron fondos en garantía de sus intenciones hasta que la operación fuera aprobada por las autoridades un poco más complejas por sus características de ser un banco extranjero..

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Las cosas siguieron por un tiempo dentro de cierta normalidad. Los clientes que en el primer momento se alarmaron, salvo raros casos, siguieron operando con el banco. Como medida para borrar la mala imagen del banco, hasta ese momento muy prestigiosa y popular, le cambiaron el nombre. Pocas semanas después, el interventor que había venido con carácter provisional fue sustituido por otro. Yo estaba de vacaciones, pero en New York, y me avisaron. Inmediatamente me fui al banco a presentarme y conocer cuál era mi posición. Al anunciarme, el nuevo interventor inmediatamente me hizo pasar a su oficina y me ratificó en mi puesto y me solicitó que finalizara mis vacaciones, en lo que él estudiaba y completaba sus planes de reestructuración. Al final de mis vacaciones unos días después, regresé a mi trabajo. La reestructuración con respecto a mis funciones, fueron de incorporar el departamento internacional en la misma área del departamento de crédito para que ambos estuvieran bajo mi control directo y además incorporar las operaciones de préstamos personales y tarjetas de crédito, que funcionaba independiente bajo la autoridad directa de la presidenta, a las del departamento de crédito a mi cargo.

En la sección de préstamos personales con un gran número de empleados para su pequeño volumen de operaciones, había un gran desorden. No había una responsabilidad centralizada. En la sección de tarjetas de crédito, una empleada a cargo, tenía el control absoluto del sistema computarizado. Si ella estaba ausente, el sistema no se podía abrir ni operar, lo cual un día aconteció. No había una previsión para que en esos casos, la clave estuviera bajo doble custodia, en sobre cerrado y sellado, la que sería sustituida por una nueva y guardada en la misma forma, en caso de por necesidad tener que utilizarse por una persona con autoridad para ello. Otra empleada estaba encargada de la recepción y revisión de las solicitudes donde cinco empleados hacían por teléfono las verificaciones de la información ofrecida por los clientes, la cual era lenta y demoraba considerablemente su aprobación. Las solicitudes recomendadas por esa empleada carecían de un análisis. Eran recomendadas o negadas de acuerdo a una puntuación basada en una tabla de valores con conceptos anacrónicos y no representativos de la capacidad de pago. Las gestiones de cobranza de cuentas con pagos atrasados eran efectuadas por una sola persona con gran dificultad en contactar los clientes en horas de trabajo. El volumen de cuentas atrasadas era alto, más allá de los límites aceptados por la industria. Muchos comerciantes participantes del sistema, tenían tan poco movimiento, que daban pérdida.

Me puse inmediatamente a la tarea de reorganizar el departamento instituyendo nuevos métodos para procesar las solicitudes y las verificaciones que ocasionaron que un solo empleado podía ser utilizado en esa función, usando parte del excedente en gestiones de cobro. Cambié el horario de la empleada a cargo de las cuentas atrasadas, que incluso me lo había pedido por razones familiares, a un horario que abarcaba horas donde era más fácil contactar a los clientes morosos. Esto redujo el índice de delincuencia a niveles normales. Cree un sistema computarizado para la calificación de los solicitantes, donde se analizaba sus ingresos, sus gastos de subsistencia de acuerdo al número de familiares y dependientes, así como los pagos mensuales por otros conceptos, que reflejaba la disponibilidad de efectivo para contraer nuevas deudas. Toda esta información obtenida rápidamente, se introducía en la computadora y en cuestión de segundos se obtenía una valoración determinada que podía analizarse. Ese proyecto, que sustituiría al en vigor, necesitaba ser aprobado por el Comité de Crédito al que le fue sometido, e inmediatamente fue aprobado.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Un mes después, Septiembre 30, 1990, en una sesión del Comité, presente un informe de resultados, que fue tan impresionante, que el Interventor me envió un memorándum fechado Octubre 5, 1990 que con orgullo, pero con modestia, me permito transcribir;

“Thank you for your presentation at yesterday’s meeting. Your serious and professional approach with reference to our credit card position is much appreciated.

In accordance with our conversation, please accept this memorandum as your authority to execute such policies and procedures as you feel are appropriate in resolving the reduction of the delinquent accounts, credit analysis of new applications, eliminating unprofitable merchant relationships, and expansion of the credit card portfolio with a view toward the achieving of profitability.

Please also convey my thanks to members of your staff for their efforts in achieving our goals”.

A continuación la traducción al español.

(Gracias por su presentación en la reunión de ayer. Su serio y profesional acercamiento con referencia a nuestra posición de las tarjetas de crédito es muy apreciado.

De acuerdo con nuestra conversación por favor acepte este memorándum como su autoridad para ejecutar las políticas y procedimientos que usted considere apropiados para resolver la reducción de las cuentas delincuentes, análisis de crédito de nuevas solicitudes, eliminación de comerciantes con relaciones no productivas, y expansión de la cartera de tarjetas de crédito con un objetivo de obtener utilidades.

Por favor también extienda mi agradecimiento a su personal por sus esfuerzos en obtener nuestros objetivos)”

Posteriormente recibí un nuevo memorándum del Interventor fechado Noviembre 14, 1990 en el que en unos de sus párrafos me informaba lo que a continuación transcribo:

“In recognition of your accomplishments in helping to establish New York Capital Bank, I am pleased to inform you that your annual salary will be \$52,500.00, effective January 1, 1991”

Traducción al español:

(En reconocimiento a sus éxitos en ayudar a establecer New York Capital Bank, tengo el gusto de informar a usted que su salario anual será \$52,500.00, efectivo Enero 1, 1991)

Esto representaba un aumento de \$2,500.00 sobre mi salario.

En definitiva, las autoridades reguladoras no aprobaron la compra del banco por los venezolanos y decretaron su disolución y la venta de sus activos. Aunque algunos bancos estuvieron interesados en su compra, ninguna propuesta materializó, solamente compraron algunos préstamos y la cartera de las tarjetas de crédito. Todos los otros activos fueron vendidos en subastas públicas. El edificio de la original oficina principal y sucursal, tengo entendido que más tarde fue comprado por otro banco. El bello edificio del Bronx no sé lo que habrá pasado con él. Algunos accionistas y funcionarios fueron investigados. A mí nunca, ni siquiera me llamaron a declarar .

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

.El dueño original y su socio que después le sucedió, fueron sometidos a juicio y sentenciados a penas de cárcel. Ramón se convirtió en testigo de cargo para evitar ir a la cárcel. .

En Febrero 28, 1991, cuando estaba asistiendo como posible integrante de un jurado en la Corte de New York, por disposición obligatoria de acuerdos con las leyes, me avisaron que mis servicios se daban por terminado efectivo el día 22 de marzo de ese año. Ya el personal había sido reducido al mínimo y pocas semanas después sus puertas fueron cerradas definitivamente. Así terminó la historia de ese banco que había sido orgullo de la comunidad hispana de New York

De nuevo comenzó mi lucha por la supervivencia. Yo había comprado en 1987 un apartamento en un edificio de condominio, con financiamiento bancario. Los gastos de hipoteca y mantenimiento eran apropiados a mi salario. No mantenía ninguna deuda por tarjetas de crédito aunque tenía una buena cantidad autorizada y disponible. Tenía algunos ahorros que se aumentaron con las liquidaciones efectuadas por el banco después del cierre. Comenzaba la crisis económica que sacudió a Estados Unidos en los 90s, que afectaron a la banca. Los empleos escaseaban y debido a mi edad, se hacían imposibles de obtener. Lo que recibía por concepto de desempleado era el equivalente a una semana de mi salario en el banco y solo era suficiente para pagar los gastos de hipoteca y mantenimiento del apartamento. Procuré venderlo y ni siquiera los corredores de bienes inmuebles estaban interesados en firmar un contrato para la venta. La crisis había producido un enorme inventario de inmuebles de todos tipos, edificios comerciales y residenciales, así como casas, que habían sido reposesadas por bancos e inversionistas. El mercado estaba saturado y los precios por el suelo, pues esas instituciones los vendían solamente por el importe de la deuda existente. Mis ahorros se fueron reduciendo y tuve que recurrir a usar mis tarjetas de crédito para cubrir mis gastos, que ahora en esta nueva situación resultaban altos. Comenzaron a retrasarse los pagos y las agencias de cobranza a presionar. Mi auto que también estaba financiado y aun me quedaban muchos meses por pagar, no pude refinanciarlo ni venderlo porque su valor de mercado era inferior a la deuda

En Agosto mantenía un atraso de dos meses en mis pagos del apartamento y había amenazas de ejecutar. La hipoteca era asumible y a un interés bajo. Convencí a mi amigo Robert, que compartía apartamento conmigo por espacio de seis años, que todavía estaba empleado y ganando buen sueldo, que lo adquiriera por solamente la deuda, como una buena inversión a mediano plazo hasta que la situación se estabilizara nuevamente y recuperara su valor. Yo no recibiría ningún beneficio, perdiendo todo lo invertido en él, pero protegería mi crédito que era intachable. Si él no accedía, tendría que entregárselo al banco. Después de consultarlo con su familia, decidió hacerlo y comenzamos los trámites para ello.

Javier, que como siempre había sido mi soporte moral, estaba al tanto de lo que estaba sucediendo y aunque con dolor, también aprobó mi plan. Yo no quería irme de New York, pero sin un empleo que aunque fuera me diera para alquilar un cuarto y la comida, me sería suficiente, pero esas posibilidades lucían remotas. Mi hermana Gladys y Manolo dentro de poco se jubilarían y se mudarían a Miami, donde ya tenían esperándolos una casa que habían comprado, y en esa ciudad también vivían su única hija, Marisel, y sus nietos.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Yo amaba a New York, pero no tenía nada ni nadie (la relación de pareja con Robert se había roto recientemente) que me proporcionaran un techo y un plato de comida mientras esta crisis durara, que no sería por corto tiempo. Javier insistía en que una vez que traspasara el apartamento me fuera a vivir a Miami, donde estaba toda la familia. En New York yo solo tenía a mis padres, en una tumba, quienes Gladys también iban a trasladarlos a Miami cuando se mudara, como así hizo. Yo accedí, como última opción, si no lograba resolver mi situación. Ese fue el más grande error de mi vida, pero forzado por las circunstancias.

A mediados de Octubre, Robert, entró en posesión del apartamento. Me compró algunos muebles y artículos y el resto lo puse en venta y lo anuncié mediante avisos en el vecindario. Los pocos que acudieron, no compraron ni un artículo. La depresión económica era tremenda. Alquilé un pequeño camión y cargué lo que quedaba y partí hacia Miami, llorando todo el camino. El camión se descompuso, y demoró todo un día repararlo, retrasando mi llegada. Al fin llegué a casa de Javier el tercer día por la noche. Tenía una casa grande con tres dormitorios y en esa fecha solo tenían a Melisa que contaba con poco más de un año. Me cedieron el cuarto que estaba disponible, donde acomodé parte de mis muebles, para que no se dañaran en el garaje, donde permaneció el resto. Melisa era mi única alegría, siempre queriendo estar cerca de mí. Tocaba a mi puerta, llamando, “Abelo, Abelo”, hasta que le abría e iba con ella a jugar. Le puse una condición a Javier y a Maritza, que no aceptaría ningún trato especial y permanecería allí mientras mi presencia no afectara la vida que actualmente llevaban tan felices. La primera semana yo estaba en tal estado de depresión, que no podía pensar que iba a hacer. Sabía que tenía que buscar un trabajo, pero en esas condiciones no podía ir a solicitarlo. No paraba de llorar. Todo se arremolinaba en mi cerebro. Lo había perdido todo y no importaba lo material. La pérdida de lo sentimental era la más difícil de aceptar. Tuve que regresar a New York a recoger y traer mi auto. En Miami era indispensable para buscar un empleo por las distancias y lo lento del servicio urbano.

Comencé a visitar amigos, hacer contactos, atender anuncios en los periódicos, visitar agencias de empleo. No logré nada, ni siquiera una plaza para despachar gasolina, que era lo que abundaba. Las semanas se convirtieron en meses. Mi situación era inaceptable. En el ocaso de mi vida, sin tener siquiera la edad mínima de retiro para obtener algún ingreso, la compensación del seguro de desempleado al terminarse, tener que seguir pagando el carro, seguro y gasolina y las primas del seguro médico, me obligaban a continuar usando las tarjetas de crédito que se incrementaban. Pagaba unas con efectivo sustraído de las otras, y la pirámide seguía creciendo. En esa situación llegué a tomar una decisión, que nadie supo y que todavía hoy son muy pocos que conocen. Me suicidaría. Mi vida no valía nada ahora ni siquiera muerto, como antes, porque las pólizas de vida que tenía se habían cancelado al usar las reservas de efectivo que tenían cuando perdí el negocio y para pagar la boda de Betty, y no poder pagar las primas. Esperaría hasta pasar las Navidades para no darles a mis hijos ese disgusto en esas fechas. Me daba tiempo para pensar en un plan que fuera lo menos trágico para ellos. Pretendía hacerlo pasar como un accidente con mi auto. La fecha sería después de comenzar el año.

Como un último intento, a principio de Diciembre decidí ir a New York de nuevo y tratar de conseguir algo. Todavía Gladys y Manolo estaban allá. Las primeras gestiones

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

fueron infructuosas. No era la mejor época para buscar trabajo. Durante los meses pasados en Miami no había tenido tiempo, o por vergüenza, no había querido visitar a Cussy mi prima. En casa de Javier yo había conectado un teléfono a mi nombre y tenía una contestadora para grabar mensajes, que cuando estaba fuera de casa me mantenía checando, por si me avisaban de algún trabajo. Como dos o tres días después de mi llegada a New York, como a las diez de la mañana, antes de salir a hacer gestiones, llamé a mi número para ver si tenía algún mensaje. Había uno y me conecté. Era Cussy que creyendo que yo estaba en Miami, me avisaba que en el lugar donde ella trabajaba había una oportunidad de empleo que podría interesarme. Me dejó el número de su oficina. Inmediatamente la llamé. Me dijo que había una plaza abierta para atender el departamento de cuentas a cobrar y aunque el salario no era gran cosa, me podría convenir hasta conseguir algo mejor. Ella era la secretaria del presidente y encargada de los asuntos de personal, por lo que fue la primera en enterarse y antes de colocar un anuncio en el periódico me avisaba. Me ofreció pasarme al Comptroller que era quien seleccionaría el nuevo empleado y que él me daría más detalles.

Allí los dos dueños eran cubanos, igual que el Comptroller, un hombre mayor y conocedor por experiencia en los problemas de la gente de nuestra edad para conseguir empleo. Como dicen que entre cubanos todo se resuelve, hablamos con toda claridad. Me explicó en qué consistía el trabajo, hablamos sobre mi experiencia y estudios y me informó que el salario ofrecido era de \$200.00 dólares semanales, pero basado en mi experiencia y la recomendación de Cussy él trataría de elevarlo a \$250.00, si el presidente se lo aprobaba. Me dijo que me aceptaba, pero que la decisión final la tenía el presidente con quien me concertaría una entrevista para esa tarde, creyendo que yo estaba en Miami. Con temor, le dije que estaba en New York y que tomaría el primer avión que saliera hacia allá, para una entrevista al día siguiente. Me dijo que no, que mejor me fuera en mi carro pues me iba a hacer falta, y al llegar a Miami lo llamara. Esa respuesta me hizo creer que el trabajo era casi seguro. Rápidamente recogí mis cosas, me despedí de Gladys y salí para Miami a donde llegué al siguiente día, después del mediodía. Llamé al señor y convino con el presidente en una cita para el día siguiente en la mañana.

La entrevista fue favorable. El presidente también me aprobó y dio su consentimiento para el sueldo de \$250 dólares. Al día siguiente comencé a trabajar de nuevo. Una vez más, Dios había sido muy generoso conmigo y había evitado que yo me suicidara. Aquello fue como resucitar, saliendo de una tumba. Mi autoestima que estaba por el suelo inmediatamente creció al saber otra vez mi vida sería más valiosa que mi muerte. A finales del mes de Enero de 1992. Comencé a conseguir un apartamento donde mudarme. Encontré uno muy bonito y bien situado por \$550.00, promedio en aquella época, más de la mitad de mi ingreso bruto, pero como tenía seguro médico y estaba pagando por el que tenía en el banco por una cantidad muy aproximada a la renta, así que mis gastos disminuirían. No estaba tan mal. La diferencia la seguiría cubriendo con tarjetas de crédito, hasta que consiguiera un trabajo mejor u otro adicional en otro horario.

Mi vida había recuperado un ritmo normal, salvo por las deudas. Veía frecuentemente a mis hijos y disfrutaba de todos los acontecimientos de la familia. Había establecido nuevas relaciones sociales que me proporcionaban alicientes de reuniones y fiestas. Una de esas amistades fue un ex funcionario bancario en New York y en Miami,

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

unos pocos años más joven que yo, también cubano, el que se convirtió en mi mejor amigo en aquella ciudad. Manolo trabajaba para uno de los principales bancos de Miami en una posición ejecutiva. Al banco fusionarse con otro, en la reestructuración lo dejaron fuera. Como tenía una buena posición económica decidió no buscarse otro empleo. Cuando yo lo conocí. Estaba pasando por una situación muy difícil por la enfermedad de su mamá, quien estaba en un estado semicomatoso desde hacía algunos años. Su padre había fallecido así como su único hermano, por lo que él era el único responsable del cuidado de su mamá. Tenía contratada una señora que la atendía desde las 8 de la mañana hasta las 6 de la tarde. A esa hora tenía que estar sin falta en su casa, pues otra señora comenzaba un turno de 7 a 11 de la noche, cuando él se hacía cargo. Debido al estado en que estaba su mamá, necesitaba una persona que la cuidara durante las 24 horas del día, los siete días de la semana. En las horas del día estaba envuelto en actividades sociales, religiosas y culturales, con un beeper de voz continuamente conectado, por si ocurría una emergencia. Debido a estos horarios, prácticamente el único tiempo que le quedaba era la noche después de las once, que era el tiempo que usábamos para conversar por teléfono. La amistad creció en esta forma y en muy pocas ocasiones nos reuníamos para almorzar en un restaurante durante corto tiempo. No obstante, en las conversaciones por teléfono pasábamos horas, pues teníamos muchos temas de interés común, aunque no siempre coincidentes, pero que tratábamos muy extensamente, unas veces coincidiendo o exponiendo nuestras diferencias.

En el mes de Marzo de 1992, un día en camino a la piscina del complejo del edificio donde yo vivía, resbalé en el césped donde había una acumulación de agua y al caer de espaldas me apoyé en el codo derecho. Sentí un fuerte dolor y una sensación de calor muy ardiente que me recorrió todo el brazo hasta los dedos de la mano. No tenía fractura porque no se notaba y podía moverlo, pero no levantarlo. Manejando con el brazo izquierdo fui a la clínica del seguro que quedaba cerca, donde me atendió el médico de emergencias. Me recetó unas pastillas para el dolor y me indicó que fuera a la clínica principal para que me evaluaran y se hicieran cargo del caso. Llamé a un amigo para que me acompañara y condujera el auto quien a los pocos minutos estaba en casa. Después de varias horas de espera, me atendió el nuevo médico de emergencias. Me envió a hacerme radiografías y cuando estuvieron listos los resultados y en su poder, me puso el brazo en cabestrillo, me recetó unas pastillas para el dolor y me informó que pidiera un turno para el ortopédico, el cual me fue concedido para varios días después. El dolor cedió pero no podía levantar el brazo que mantenía todo el tiempo en cabestrillo, excepto para bañarme y dormir. Cuando fui a la visita con el ortopédico me examinó, estudió las radiografías y me dijo que siguiera con el mismo tratamiento y lo viera en dos semanas. En esa fecha fui de nuevo y después de largas horas de espera, me recomendó lo mismo.

Aquello no me pareció normal y decidí tener una opinión fuera del seguro. Solicité turno con el Dr. Barrios, el ortopédico que me atendió en Miami cuando el accidente 20 años antes. Cuando acudí a sus oficinas me examinó y también me hizo radiografías. Me informó que mi lesión consistía en un desgarramiento del tendón rotor que requería cirugía. Además me dijo que cualquier ortopédico, aún sin hacer radiografía para confirmarlo, podía dar un diagnóstico de esa lesión. No se explicaba, como el ortopédico de la clínica con toda la información a su disposición no acudía a informarme y ofrecer la solución del problema. Él no podría atenderme porque no estaba afiliado al seguro que yo tenía. Inmediatamente solicité un turno con el ortopédico de la clínica y al conseguirlo para una

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

fecha muy lejana, fui a ver al Director de la clínica y exponerle mi caso. Me consiguió un turno para unos pocos días después. Al informarle al ortopédico los resultados de mi visita a un colega, sin decirle quien, se defendió mostrándome mi expediente donde constaba el mismo diagnóstico. Pero si él sabía la lesión que tenía y que solo se podía corregir con cirugía, porque no me había enviado al cirujano? Asustado por que yo le informe que si no me atendían debida y prontamente, iba establecer una demanda por mal-práctica, me refirió al cirujano, quien comenzó los procedimientos pre-operatorios para en otra visita fijar la fecha de la operación.

Me fui de nuevo a visitar al Dr. Barrios para conocer su opinión sobre el cirujano que no me había ofrecido mucha confianza. Él lo conocía, había sido su profesor en la universidad de la Habana. Me dijo que como amigo que éramos, él me tenía que ser franco y sincero, no me lo recomendaba.

En esos días recibí un cheque de la compañía de seguros del edificio, un pago a cuenta de una reclamación que un abogado especialista en estos casos había iniciado en la corte por los daños ocasionados por negligencia. También la compañía para la que estaba trabajando estaba en negociaciones para cambiar de compañía de seguro médico. Los casos que estuvieran en tratamiento seguirían siendo cubiertos por el nuevo seguro, pero el Dr. Barrios no estaba en su lista de médicos participantes, así que logré un acuerdo con la nueva compañía de seguros, que ellos cubrieran el hospital y la rehabilitación y yo pagaba los honorarios del ortopédico particular, a lo que accedieron. Con el dinero que me había enviado la compañía de seguros del edificio, pagué sus honorarios.

Con motivo del cambio de compañía de seguro médico, tenía que elegir un doctor quien sería mi médico primario en el futuro. Como no conocía ninguno, al azar seleccioné uno de la lista. Fui a su consulta para que me hiciera mi historia clínica y me atendiera en lo necesario para la operación. Me ordenó radiografías y análisis, entre ellos, según me explicó, uno que les hacía a todos sus pacientes hombres mayores de 40 años, que era un análisis de ácido prostático. Aunque su examen prostático no daba nada anormal, este procedimiento, nuevo en aquella época, era más efectivo para determinar cualquier anomalía. Los resultados fueron enviados al hospital donde me iban a operar. La operación consistía en reparar el tendón rasgado, y fue realizada en la mañana. Por la noche, se apareció mi doctor acompañado de otro galeno que me presentó como un urólogo. Me explicó que el análisis especial de ácido prostático que me había ordenado, el resultado daba una anomalía y que tan pronto saliera del hospital fuera a ver al urólogo, lo que así hice.

El urólogo me explicó que los análisis indicaban que tenía un alto grado de infección en la próstata y que había que hacer investigaciones inmediatamente para verificar si era correcto ese diagnóstico y hacer otras pruebas para determinar si se trataba de un cáncer, lo cual era muy probable. Estaba preocupado pero confiaba que todo saldría bien. Mi preocupación inmediata era la recuperación de la operación del brazo, para lo cual se requería terapia. Entre una cosa y otra, estuvieron los resultados del urólogo y me llamó para que fuera a verlo. Con mucho tacto, pero directo, me dijo que tenía cáncer en la próstata. Me dio una amplia información de la enfermedad, de sus riesgos y de las distintas

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

opciones de combatirlo así como de las consecuencias postoperatorias. Opté por la operación para extirpar la glándula infectada.

El día 23 de Julio de 1993 se practicó la operación. El temor de que el cáncer se hubiera extendido a otras áreas, como glándulas y huesos, típico en estos casos, de momento no era observable pero requería un continuo monitoreo por los próximos cinco años. La recuperación fue lenta y dolorosa, pero a las cinco semanas me pude reintegrar al trabajo.

A mediados de Noviembre, mi amigo León, ex compañero del banco en Cuba, ahora en un banco local, me llamó para avisarme que uno de sus clientes estaba buscando un controlador para su negocio y quizás me pudiera interesar. Me dio sus datos y lo llamé por teléfono. Mi trabajo actual me servía como un apoyo financiero para cubrir una parte de mis gastos, pero continuaba siendo el mismo de \$250.00 dólares que no me eran suficientes. La compañía iba creciendo en sus negocios, requería inversiones que reducían su capacidad de efectivo para proporcionar aumentos de salarios. Esta podría ser una buena oportunidad para mí. Llamé por teléfono al dueño del negocio y concertamos una cita. Como él también era cubano, la conversación fue franca y amena. Su negocio tenía muchos años de fundado, era bien conocido y por el confort de sus amplias oficinas administrativas y la privada, lucía era altamente redituable, lo que era cierto. Me explicó sus necesidades y conversamos sobre mis conocimientos y experiencias, y el salario era el doble de lo que estaba ganando. Convinimos en que el asunto podía ser beneficioso para ambos, y que había que probarlo en la práctica, por lo que él propuso un período de tres meses para ver los resultados. El sueldo era de \$20,000 00 anual, lo que me permitiría cubrir mis gastos y pagar las deudas existentes. Estuve de acuerdo, confiaba en mí y no tenía dudas que saldría airoso en la prueba y renuncié a mi trabajo. El padre de uno de los dueños del negocio en que estaba trabajando, que fungía como asesor y me tenía mucho afecto, al enterarse de con quién iba a trabajar, me dio muy malas referencias de mi nuevo jefe y me aconsejó que no me fuera. En ese momento pensé que eran celos, propios de cualquier empresario ante la posibilidad de perder un buen empleado.

El primer día en mi nuevo empleo nadie sabía quién yo era y le pedí a la recepcionista que me anunciara al dueño. Le ordenó que me pasara y comenzamos a conversar sobre el trabajo. Me tenía preparado un memorándum en el que detallaba una serie de cosas que quería yo hiciera antes de hacerme cargo directamente de la contabilidad. Que la persona que estaba atendiendo eso me iría enseñando poco a poco. Lo primero para él más importante, era la del almacén donde había filtraciones. Me fui al almacén, conversé con el encargado e inmediatamente noté algunas fallas. Establecí ciertos controles y durante varios días observé directamente que funcionaban. Realicé un inventario para determinar su acuracidad y periódicamente, por sorpresa hacía visitas. Me dediqué a visitar y conocer cómo funcionaban los departamentos de cuentas a cobrar y pagar. Constaté que los responsables, aunque eficientes, funcionaban con una total independencia y no eran muy felices con tener que dar información del trabajo que realizaban. La persona que estaba llevando la contabilidad, continuamente me daba excusas para explicarme el sistema que estaban llevando. Había observado que aunque contaban con un sistema computarizado, no todo estaba integrado y a final de mes se incorporaban una serie de ajustes manuales para contabilizar las operaciones departamentales. Después se hacían

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

ajustes, también manuales, ordenados por el dueño. Tendría que esperar a fin de mes para que el encargado de la contabilidad me explicara los ajustes manuales, que al final nunca hizo en detalle. Cuando todo eso estaba listo, el Contador independiente se llevaba la información y enviaba los resultados al dueño. Yo nunca vi un estado financiero.

En eso estaba cuando me llamó para revisar los resultados de su petición en el memorándum. Ya me había enviado otros dos, que requerían tener conocimiento del sistema para poder contestarle. Le expliqué lo que había hecho y que aún el encargado de la contabilidad no me había puesto al tanto de las interioridades del sistema. Se enojó y me preguntó que porque no estaba en el almacén y porque no había seguido sus instrucciones. Le contesté que no creía necesario, después de las medidas que había tomado y haber pasado varios días observando, que yo pasara todo mi tiempo en el almacén vigilando al encargado. Me di cuenta del carácter dictatorial de aquel hombre y pensé que con el pasar de los días nos entenderíamos mejor. Como yo tenía que firmar los cheques, junto con él, cuando la encargada de cuentas a pagar me trajo el primer grupo de pagos, le pedí que me los dejara para revisarlos, lo que le causó sorpresa y a mí también su actitud. Al revisar los comprobantes y facturas, noté que algunos descuentos y comisiones no se aplicaban. Al entregarle firmado los correctos y solicitarle que corrigiera los otros, no fue de su agrado. Continué haciendo preguntas para comprobar que no había otras fallas, y fue a quejarse al dueño, quien me pidió que no interfiriera en su trabajo.

El carácter dictatorial de ese señor y sus modales hacían temblar a la gente. Insultaba a cualquiera en público sin ningún recato. Una nueva secretaria que había contratado unos días después que yo empecé, varias veces me la encontré llorando. Estaba trabajando bajo una fuerte presión por su inconformidad con todo lo que hacía y temía perder el empleo recién adquirido. Cuando estaba a punto de despedirla, su hijo, Jefe de Ventas, que no tenía secretaria, la rescató como su secretaria y le salvó el empleo. A su propio hijo, entraba a su oficina y sin cerrar siquiera la puerta, le gritaba y lo ofendía a la vista y oído de todos. No admitía explicaciones. Con el de cursar de los días, su hijo y yo, establecimos una relación más personal. Los dos éramos tratados por igual. Nos consolábamos uno al otro. Allí se vivía en un ambiente de terror. En otras ocasiones era afable y jaranero. Algunas veces al despedirme por la tarde, me invitaba a su oficina donde tenía un bar, y nos tomábamos unos tragos contando anécdotas y comentábamos sobre otros temas ajenos al trabajo.

Cuando llegó el primer cierre de mes, el encargado de la contabilidad me mostró los ajustes que ya había hecho manualmente a fin de mes, explicándome muy vagamente de donde obtenía la información. Era obvio que él no quería que yo asumiera mi función. Una vez efectuadas estas operaciones, se reunía a solas con el dueño, que también era contador, y le decía los ajustes que tenía que hacer, antes de entregárselos al contador externo. Nunca llegué a saber cómo funcionaba aquella contabilidad y comprendí porque el comptroller anterior se había ido. Allí no se podía controlar nada, ni siquiera el carácter del dueño. Pagaba buenos sueldos, pero era para tener a la gente esclava, hasta que no podían más y los despedía o renunciaban.

Al acercarse la fecha de los tres meses que habíamos convenido yo estaba seguro que la relación terminaría, pues él me despedía o yo renunciaba, lo que así sucedió. En la fecha

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

exacta me llamó a su oficina y me dijo que mi actuación no le había resultado satisfactoria y yo también le expuse mi disgusto, así que cordialmente, sin escándalos ni recriminaciones, dimos por terminada nuestra relación laboral. Las referencias que me dio el padre de unos de los dueños del negocio donde trabaja anteriormente fueron ciertas, él trató de protegerme. Se conocían de hacía muchos años cuando ambos tenían negocios en el mismo ramo. La diferencia era que este señor era un caballero en toda la extensión de la palabra. Algunos meses más tarde, hablando con mi amigo ex compañero del banco que me había avisado del trabajo, y preguntarle por él, me informó que no sabía, pues las relaciones con el banco también habían terminado, al tratar de dictar la política del banco e imponer sus condiciones, como acostumbraba.

Era mediado de Enero de 1994 sabiendo lo que me esperaba en un camino tantas veces recorrido para conseguir un empleo, consideré que cincuenta años de trabajo, desde los catorce de edad, eran suficientes y exploré la posibilidad de jubilarme. En el sistema de jubilación en Estados Unidos la edad es a los 65 años, pero permite retirarse a la edad de 62 años con un porcentaje menor en el importe mensual de la jubilación. Yo tenía justamente sesenta y tres y medio años de edad. Consideraba que era necesario tener años completos, por lo que fui a investigar cuanto me correspondería al cumplir en el próximo mes de Junio la edad de 64 años. La empleada que me atendió muy amablemente, la persona idónea para atender a alguien en mi situación, me explicó que podía retirarme a cualquier edad dentro de ese período de tres años, pues la pensión se ajustaba por el número de meses faltantes para los 65 estatuarios. Hizo unos cálculos en su computadora y me mostró que la diferencia de la pensión entre retirarme en esa fecha o a los 64 era mínima y si yo lo deseaba, podía en ese mismo momento procesar mi solicitud de retiro y comenzar a cobrar desde ese mismo mes. El importe de la jubilación era casi igual al que recibiría neto, después de deducir impuestos, de un salario de \$250.00 dólares semanales. La pensión es libre de impuestos y además permite trabajar y ganar hasta una cierta cantidad, sin reducir el importe de ésta. Lo estudié por unos minutos, le hice preguntas para estar seguro que había entendido bien lo informado y al contestarme afirmativamente, le solicité que procediera a su tramitación, lo cual fue muy fácil para ella y a los pocos minutos, con una sonrisa amable y compasiva, me dijo: “usted ya está jubilado, el día primero de Febrero recibirá su primer cheque”.

Al salir de aquella oficina sentí un alivio muy grande como si me hubiera quitado de encima un gran peso. Por lo menos no tendría que pasar más la traumática situación de que a mi edad, el techo y la comida estaban supeditados a conseguir un trabajo, y de encontrarlo enfrentarme a una incógnita de altos y bajos, al final, para ganar lo mismo que jubilado. El problema ahora era como vivir con eso para sufragar mis gastos. Suplementar mis ingresos con un empleo, sería volver a lo mismo por lo que ya tantas veces había pasado. La alternativa más viable era conseguir que un supermercado me permitiera llenar bolsas en las cajas por una propina. Triste destino, para aceptarlo como el final de mi vida de trabajo.

Tenía proyectos para cuando llegara este momento de jubilarme. Con mi posición en el banco en una espiral ascendente, mi pensión sería alta. Mi participación en un plan de ahorro para la fecha de jubilación a la que contribuía también el banco, alcanzaría una cantidad de efectivo considerable. Los futuros aumentos de sueldo y bonos durante ese período, me permitiría incrementar mis ahorros y al vender mi apartamento, con una

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

hipoteca cancelada o reducida considerablemente y la plusvalía obtenida, todo en conjunto, representaría una suma considerable, que invertida en certificados de depósito generarían intereses, que sumados a mi pensión me permitiría vivir cómodamente y hacer lo que había soñado para esta época, que era viajar y conocer. En particular tenía planeado pasar temporadas en cinco lugares para conocer y vivir su historia y sus costumbres. Esos lugares eran: Grecia, Egipto y las tres regiones en las que se desarrollaron las civilizaciones indígenas prehispánicas de Latinoamérica. Todo eso se había esfumado. Pero no estaba dispuesto a abandonar mis sueños. Tenía que haber una forma de lograrlo, aunque fuera parcialmente y me di a la tarea de encontrarlo.

Después de estudiar muchas posibilidades, encontré que una era la más viable. La de Grecia y Egipto fueron descartadas por su alto costo. Me quedaban las de Latinoamérica. La civilización Inca en Perú, era muy lejos, allí no conocía a nadie y me mantendría muy apartado de Miami, donde estaban mis hijos y toda la familia existente. Los gastos de transportación serían altos y no podría realizar viajes muy frecuentemente. La otra posibilidad, la civilización Azteca, era en el centro de México y por estar ese centro en lo que hoy es el Distrito Federal, el costo de vida sería muy alto. Solo me quedaba la Maya, que algo había leído de ella y era muy interesante, se desarrolló en Yucatán, una región más cerca de Miami y la transportación sería más económica, lo que me permitiría ver a mis hijos más a menudo. Al recibir mi pensión en dólares, el convertirla en moneda nacional me permitiría vivir mejor, por ser también su costo de vida mucho más bajo. Esta definitivamente era la mejor opción. Pero había un problema serio. En aquellos momentos Guatemala, donde yo creía que era la región donde se había desarrollado la civilización Maya (no del todo equivocado), estaba en guerra y la situación en aquel país para un extranjero, en particular cubano-estadounidense, no era muy halagadora.

Seguí explorando posibilidades dentro de esa opción. Se me ocurrió Costa Rica, donde había estado de visita cuando tenía el negocio de turismo. Era bien conocida su estabilidad económica y política. La vida no era tan cara como para no poder sobrellevarla con el cambio de moneda. Además, aunque no era una de las zonas más importantes de la antigua civilización Maya, sí tenía influencias importantes. Decidí ir a Costa Rica y averiguar todo lo necesario para irme a residir allá.

Mi amigo Manolo, estaba al tanto de mis planes en general y una noche, en nuestras acostumbradas charlas telefónicas, le expliqué en detalle mi intención. Manolo inmediatamente me aclaró, que Guatemala no era el centro de la civilización Maya, sino que era Yucatán en México. Inmediatamente recordé de mis lecturas y realicé que era cierto. Me habló de Mérida, donde él tenía planeado irse a vivir por una temporada después que ocurriera el fallecimiento de su mamá, que según los médicos, debía haberse producido ya o sería en corto tiempo. Hablamos de su interés por Mérida y tenía mucha información acerca de ella. Yo recordaba de mi visita en tránsito hacia La Habana cuando vine a México enviado por el Banco Continental, y de su parecido con ciudades cubanas. Convinimos en ir juntos, después del fallecimiento de su mamá, que parecía inminente, averiguar lo necesario para ir a vivir allá una temporada y si resultaba bien, con carácter definitivo por mi parte. Iban pasando los días, las semanas y hasta los meses y lo que lamentablemente tenía que suceder no sucedía. Su mamá murrió ocho años después de aquella fecha.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Yo tenía que tomar una decisión rápida pues mi situación económica así lo exigía. En el mes de Mayo, ante la imposibilidad de Manolo viajar, le propuse irme yo solo para averiguar e informarle a mi regreso. Viajé a Mérida en la mañana del día 28 de Mayo de 1993, en mi misión investigadora. No conocía a nadie ni sabía cómo comenzar. Después de alojarme en el hotel incluido en el paquete turístico que compré, situado en la avenida Montejo, salí a dar una vuelta en los alrededores para irme orientando. Caminé por la acera del hotel hacia la izquierda y aquella zona me lucía familiar, principalmente las calesas para turistas que me recordaban un paseo en ellas en mi primera visita. Unas pocas cuadras después, al llegar a un bello y majestuoso monumento, crucé la avenida y comencé a caminar en sentido contrario al que venía, para dirigirme al centro de la ciudad. Cuando estaba aproximadamente a la altura de mi hotel, me abordó un vendedor de hamacas, tratando de venderme una. Al decirle que no estaba interesado porque no tenía donde colgarla y yo no sabía dormir en ella, se inició una plática en la cual le hice algunas preguntas con relación a mi objetivo, pero sin divulgarlo.

Al preguntarle cómo y dónde se hacían las hamaca me informó que en un pueblito a 15 kilómetros de Mérida y las hacía en su casa. Me dijo que justo en esos días se estaban celebrando en el pueblo, las fiestas regionales tradicionales y que si le compraba una hamaca, que era lo que necesitaba para cubrir las necesidades del día de su esposa e hijos, él me podía acompañar y mostrarme el pueblo, conocer su familia y enseñarme como se hacían. Después descubrí que esa es una táctica de venta muy efectiva que les aplican a todos los turistas. Con temor a ser un timo que podría resultar hasta peligroso, a pesar de mi interés, no acepté de primer plano. Seguimos conversando y al ir contestando a mis preguntas me inspiró confianza y accedí, pero con la condición de ir en autobús para evitar una sorpresa. Como la hamaca no me era de ninguna utilidad y movido por su dura vida para sostener a su familia, le ofrecí pagarle el precio de la hamaca y que se quedara con ella para revenderla y partimos a su pueblo. Todo era música y alegría. Los adornos de las calles pintorescos. Una gran variedad de lugares con comidas típicas y artesanía. Valía la pena haber hecho el viaje, era mi primer contacto con la civilización Maya y sus costumbres. Al cabo de un rato fuimos a su casa, a corta distancia del centro. Su esposa me atendió muy amablemente ofreciéndome refresco. Sus tres hijos de corta edad, dos hembras y un varón apodado “chucho”, al principio se mostraban tímidos y me observaban con detenimiento. Al buscarle conversación, muy pronto entraron en confianza y me hacían preguntas, jugueteaban y reían. No sé si sería una actuación para captar al cliente, pero me parecieron espontáneos y sinceros. La esposa, que estaba confeccionando una hamaca, me explicó el proceso, muy interesante por cierto.

Regresamos todos juntos a la plaza, donde yo le informe de los motivos de mi viaje. Me dijo que en el pueblo había un señor americano que hacía muchos años vivía allí, con el que tenía cierta amistad y seguro me gustaría conocer, y darme alguna información sobre lo que yo deseaba saber. También me dijo que ahí mismo, en el pueblo, aparte de descendientes Maya como él, había gente, puros Mayas, que mantenían las costumbres ancestrales y que incluso solo hablaban la lengua maya. Que él podía ponerme en contacto con ellos. Además, si yo le pagaba el equivalente a lo que necesitaba a diario, él podría estar conmigo todo el día y llevarme a conocer ruinas, cenotes y lugares muy interesantes y alojarme en su casa. Nos pusimos de acuerdo sobre el dinero y yo solo me regresé a Mérida. Por casualidad o causalidad, había encontrado la punta del hilo. Al siguiente día

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

regresé al pueblo y nos fuimos a visitar lugares, en lo que empleamos todo el día. En la tarde, después de cenar, fuimos la casa de sus padres, al lado de la de él que hablaba los dos idiomas, por lo que me fue fácil preguntarle muchas cosas y obtener mucha información. Lo mismo sucedió con su abuelo.

Al segundo día continuamos visitando lugares. Por la tarde fuimos a visitar al americano. Era un retirado de la marina de los Estados Unidos. Cuando era joven, en una visita de su barco en un puerto de esa zona, visitando aquel pueblo conoció a una joven turista, también americana, con la cual se casó cierto tiempo después. Según me contó, fueron muy felices y en varias ocasiones visitaron de nuevo el pueblo donde se habían conocido y del que tan gratos recuerdos tenían. La esposa falleció, y ya él retirado decidió venir a vivir allí, donde ya llevaba 15 años. Había sido muy bien acogido por la comunidad. Me habló de sus virtudes y el trato familiar que le dispensaban. Había “adoptado” una familia, proporcionándole ayuda económica y había costeadado los estudios superiores del hijo mayor, lo que continuaba haciendo con los siguientes hermanos. Le conté lo que había encontrado con respecto a mis deseos de conocer la cultura y convivir en ella, y de la posibilidad de venir a residir allí, ya que existían todas las condiciones para desarrollar mi proyecto. Se entusiasmó ante esa posibilidad y me animó a hacerlo, asegurándome que me gustaría y que además estaba muy cerca de Mérida, donde había todo lo necesario que ofrece una gran ciudad.

Regresé a Mérida con la certeza que había encontrado lo que buscaba y decidido a venir a vivir en ese pueblo, que sería la primera piedra de mi proyecto. Todavía me quedaba un día más de mi paquete de viaje y decidí visitar la Universidad Autónoma de Yucatán para averiguar si tenían algún curso o seminario sobre la cultura maya, que ampliara mis escasos conocimientos de esa civilización. Al explicar mis deseos, me remitieron a las oficinas de Intercambio de Estudiantes, donde su directora, una señora muy amable, me informó que no, pero que podía tomar asignaturas de la carrera de antropología en la facultad de esa ciencia, sin mayores requisitos que el de la inscripción y el pago de matrícula y cierta cantidad por cada asignatura seleccionada. Ese es el programa que aplica para alumnos de intercambio con universidades internacionales. Me proporcionó una copia del programa de estudios para que yo decidiera las asignaturas que me interesaban. No se requería hacer mi inscripción en el momento, podría hacerla un día antes de comenzar el periodo escolar en Septiembre 3 de 1993. Al preguntarle sobre alojamiento, también me proporcionó unas direcciones de personas que rentaban departamentos o proporcionaban alojamiento con alimentos, en casas particulares. Había logrado más de lo esperado. Alquilé un taxi para que me llevara a la Facultad de Antropología para visitar el sitio y obtener más detalles. En las oficinas administrativas, dos señoritas muy amables, me confirmaron lo informado por la directora de la oficina de intercambios. Me recomendaron que me presentara un día antes de comenzar las clases para una entrevista con el Secretario Académico, para coordinar con él y obtener su aprobación para la inscripción en el curso. Esto hizo cambiar mis planes. Sería más aconsejable tomar cursos primero y después ir a convivir con los descendientes de la civilización maya, una vez adquiridos más conocimientos de ellos..

Al día siguiente regresé a Miami y cuando le conté a Manolo todo lo acontecido en solo cinco días, no me podía creer. Su mamá continuaba en las mismas condiciones y por

Un Pastel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

el momento no podía hacer planes para viajar conmigo. Aproveché el tiempo que me quedaba para trasladarme a Mérida, para leer todos los libros sobre los Mayas que encontré en la biblioteca de Miami Beach, situada cerca de donde vivía. Comencé a buscar a quien subarrendarle mi apartamento amueblado, y organizar todas mis cosas para un período de ausencia de un año.

Antes de marcharme necesitaba hacer algo con mi situación financiera. Las deudas se habían ido incrementando y era obvio, que aun si hubiera obtenido un empleo, mi ingreso no sería suficiente para liquidarlas. Con los ingresos de mi pensión solamente no podría dedicar nada para ir reduciendo, pues solamente mi renta representaba el 50% de los ingresos. No me quedaba otra alternativa, penosa y vergonzosa para mí, que toda mi vida había puntualmente cumplido mis obligaciones, y guiado por los preceptos que me inculco mi padre de que, “el que tiene tienda que la atiende y el que asume un compromiso que lo cumpla”, que era declararme en bancarota. La idea me aterrorizaba, pero no tenía más alternativa. Me fui a ver a un abogado amigo y le expuse el caso y después de analizarlo llegué a la conclusión que no había otra solución. Me informó que las leyes me ofrecían la oportunidad de comenzar una nueva vida, limpio de deudas, y le di instrucciones de iniciar el proceso legal.

Aproveché la ocasión para que preparar un testamento, expresando mis deseos al ocurrir mi fallecimiento y la disposición de mis bienes, si acaso existieran algunos en ese momento. No había necesidad de otorgarle un nuevo poder a favor de Javier para que pudiera actuar por mí en cualquier momento, porque el existente no había sido revocado ni alterado. Tenía un documento, hecho en New York varios años antes, donando mis órganos y estipulando las condiciones, para en caso de estar incapacitado de decidir por mí mismo, sirviera como pauta para evitar los tratamientos médicos de extensión de vida mediante procedimientos artificiales, el cual también aprobé, para renovarlo bajo las leyes del Estado de la Florida. Estos dos testamentos fueron firmados el día 23 de Junio de 1993 y le entregué a Javier, una copia original de cada uno de ellos, en un sobre cerrado y sellado con mi firma, informándole del contenido. El juicio de bancarota se celebró unos pocos días antes de mi partida hacia México. Mi vida quedaba atrás, un nuevo libro se abría con todas sus páginas en blanco. El día 28 de Agosto de 1993 me dirigí al encuentro con mi destino nuevamente, otra vez en un país extraño pero amigo, la tercera capa del “pastel de tres leches”.

CAPITULO III

MI VIDA EN MEXICO

1993 - 2012

El día 28 de Agosto de 1993 llegué a Mérida, para comenzar mis estudios de la civilización Maya en la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY)

Me alojé en un hotel económico del centro de la ciudad, mientras conseguía un lugar donde vivir. Durante mi viaje exploratorio hice contacto con una señora de las sugeridas por la directora de intercambio, quien me informó que tenía tres departamentos para alquilar, así que convenimos, cuando regresara al comenzar el período escolar, vendría a verla para alquilarle uno, sujeto a que alguno estuviera desocupado en esa fecha. Fui a visitarla de nuevo y lamentablemente, todos estaban ya rentados. Sin embargo, me mostró una casa al final de la cuadra en la acera de enfrente y me informó que tenía entendido que la dueña rentaba a estudiantes. Inmediatamente me fui a verla. Me explicó que efectivamente tenía un pequeño apartamento, completamente amueblado, que rentaba con comida incluida a estudiantes extranjeros, pero del sexo femenino. Le insistí en hacer una excepción. Le ofrecí todo tipo de referencias en Estados Unidos, porque en México no me conocía nadie. Le expliqué por qué y para que había venido a Mérida. Le hablé de mi carrera bancaria y la necesidad que tenía de encontrar un lugar donde vivir y reducir gastos, ya que el hotel, aunque económico, me resultaba un gasto muy alto. Me gané su confianza y aceptó rentármelo, aunque a mi petición, sin comidas.

Era un lindo departamento que había construido para cuando sus padres se jubilaran vinieran a vivirlo. Consistía de una sala, conectada por un mostrador a la cocina, bastante amplia, que servía como mesa para comer. En el espacio de la sala, además de un sofá y dos butacas había una mesita de metal con dos sillas, también de metal. El dormitorio, con dos camas individuales contaba con un closet abierto, era grande y tenía un ventanal que daba hacia el patio de la casa principal, donde había una piscina, que ella me dio permiso para usar. La entrada desde la calle era por la puerta que daba al patio, lo que lo hacía independiente. Estaba magnífico en todos los sentidos y una renta moderada, relativamente cerca de la facultad, que me permitía ir caminando y en un área residencial muy bonita. Regresé al hotel, recogí mis maletas y tomé posesión de mi nuevo hogar.

Esa tarde salí a recorrer los alrededores y a una cuadra de la casa había un parque nombrado Parque de las Américas, con amplios y muy bien mantenidos jardines. Se componía de cuatro manzanas de terreno, cada una con características distintas, atravesado por una amplia avenida. En la manzana izquierda de la dos próximas a mi casa, había una

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

biblioteca, que para mi regocijo y sorpresa estaba dedicada a José Martí, el Apóstol de la independencia de Cuba. En la manzana a la derecha, había un inmenso monumento. De su parte superior sobresalían cuatro cabezas de serpientes, que a través de sus bocas conducían agua a un estanque que caía en cascada en otro más bajo, con sistema de alumbrado en colores, que en las noches producían un bello espectáculo. En la acera de enfrente, haciendo esquina, estaba una moderna iglesia católica, con bellos vitrales en su fachada. En las otras dos manzanas, siguiendo en dirección contraria a la de las manecillas de un reloj, había una escuela de kínder y en el resto del área de la manzana, jardines y aparatos de juego para niños. Cerrando el círculo, en la otra manzana, había una enorme concha acústica mirando hacia una galería a desnivel, con bancos de concreto en sus laterales, que también servía de pista de patinar y cuando habían espectáculos, para colocar un lunetario para un buen número de personas. En el espacio de jardines, había estelas de piedra grabadas con el nombre de los distintos países de América con sus escudos, entre los que estaba incluido el de Cuba. Esta distinción hacia Cuba se explica, por ser el fundador de este reparto o colonia, que lleva sus apellidos, García Ginenerès, un cubano-español que emigró a Mérida a principio de 1900, y compró una gran extensión de tierras dedicadas al cultivo del henequén en aquella fecha, siempre con la idea de convertirla en una zona residencial, muy parecida al Vedado de La Habana, lo cual realizo en los años de 1950. Tengo entendido que está considerado uno de los más bellos parques de México.

De mi visita a esta ciudad en 1958, yo recordaba muy pocas cosas. Una de ellas era la piscina del hotel donde habíamos estado alojados, por sus características. El terreno del patio donde estaba situada, era relativamente pequeño. Uno de los extremos de la piscina, estaba muy próximo a la alta pared que la protegía de la vista del predio vecino, de la que sobresalía una fuente, que al llenarse hacía que el agua cayera en la piscina. En el otro extremo, esta se extendía por debajo del edificio, muy artísticamente, que producía resguardo del sol en aquella área y acceso a una terraza con mesas y sillas de hierro de jardín. En mi viaje de Mayo, al recorrer el hotel y pasar a ver la piscina, me percaté que aquel era el mismo hotel en que había estado alojado en 1958. Fue una gran alegría volver a ver esa piscina, aunque en esta ocasión no la usé, por falta de tiempo.

Otra cosa que recordaba era el paseo en calesa, saliendo por la avenida que pasaba por el frente del hotel, girando hacia la izquierda para tomar otra, que sus casonas se me parecieron mucho a las de la calle 23 del Vedado, en La Habana. Esa avenida nos condujo a un parque donde lo que yo recordaba solamente, era algo como un gran monumento cóncavo. Para mí fue una muy agradable sorpresa descubrir que en la avenida, denominada Avenida Colon, lo que yo recordaba como un monumento, era la Concha Acústica, y ahora estaba a una corta distancia de mi nueva casa. Visitaba el parque muy a menudo y mi mente se perdía en los recuerdos de mi vida en aquellos tiempos, y la añoranza por mi patria.

El curso 1993-94 comenzó como programado. En mi entrevista con el Secretario Académico, de acuerdo a mis objetivos, hubo cierta resistencia por este al ponerme obstáculos para registrarme y seleccionar las asignaturas. Le explique que en la Universidad central me habían informado que no existía ninguna dificultad para registrarme y que yo “había quemado las naves para venir, al alquilar mi apartamento por un año” Después de darle vueltas al asunto tratando de dar marcha atrás, me dijo que era posible,

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

pero solamente por un año, lo cual después supe que esa limitación solamente era para mí, no se le aplicaba a ningún otro alumno de intercambio. Dos años después, supe la razón.

A mi primer día de clase asistí con mucha emoción e incertidumbre, por no saber cómo sería. La facultad era pequeña. Su cupo de admisión era de 55 alumnos cada año, para una carrera de 4 años. Suponiendo que el cupo fuera el máximo para cada año que se estaban cursando, la población estudiantil sería máxima de 220 estudiantes. Me preocupaba como tan pequeño grupo me recibiría, tomando en consideración mi edad en aquellos momentos, 64 años, acentuados por mi espesa y canosa barba y porque mi primera asignatura de las seleccionadas, era del nivel de primer año, o sea, los más jóvenes.

No pasó nada. Al presentarnos al resto de la clase individualmente, e informar de mi origen cubano, al terminar la clase algunos se acercaron para darme la bienvenida. Entre México y Cuba siempre han existidos lazos muy fraternales, desde la época de la colonización por España. En las otras clases sucedió lo mismo y pronto me sentí comfortable, como uno más, lo cual era una realidad y fue así, durante los dos años en que asistí a la universidad.

En el primer semestre, como yo podía tomar clases de cualquier nivel, había optado por clases del primer y segundo año. Las de primer año tenían relación con la historia de Yucatán y de la cultura maya y una introducción a la antropología, mientras que la de segundo se adentraba en el estudio de las ciencias antropológicas, teóricas y prácticas con trabajos de campo. Una de las asignaturas de segundo año seleccionadas, era la denominada Etnografía del área Maya, que después de explicada en clase, se requería sintetizar su contenido y expresarlo por escrito. Entendí la clase, pero me costaba mucho trabajo expresarla con mis propias palabras, por lo que opté por citar literalmente partes del texto, pidiendo disculpas por mi falta de experiencia, prometiendo que en el futuro próximo, con mi esfuerzo y dedicación, sería capaz de hacerlo. Mi maestra me dio un 100 por haber entendido la materia y por mi honestidad. Yo guardé aquel trabajo, con mi mentalidad bancaria, como un pagaré que pronto tendría que pagar. Yo había leído mucho de la civilización Maya, como enriquecimiento cultural, pero no tenía ningún conocimiento de la antropología como ciencia.

En Diciembre, durante las dos semanas anteriores a las vacaciones navideñas, el programa establecía un estudio etnográfico de una comunidad de origen maya. La semana anterior a eso, a más tardar, había que haber presentado un proyecto completo de investigación, con objetivos concretos y métodos y técnicas a emplear a ese efecto, que debía ser aprobado para obtener la carta de presentación de la Facultad, autorizando la investigación. Ya había adquirido la capacidad de hacer las explicaciones con mis propias palabras, pero como seleccionar el objetivo y donde hacerlo, para presentar el proyecto, no tenía idea, o mejor dicho, muchas pero ninguna concreta.

En esos días, un compañero me invitó para formar parte, durante una semana, como traductor del inglés al español, de un grupo de médicos integrantes de una fundación de Estados Unidos, que todos los años venían a una isla llamada Holbox, en la costa oriental de Yucatán, a prestar servicios asistenciales a la población de aquella comunidad pesquera, lo cual venían haciendo por los últimos cuatro años. Gustosamente accedí a participar en

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

aquella actividad de carácter social y humanitaria. Junto con una joven de Washington D.C., de origen colombiana, y un joven de California, de origen mexicano, alumnos de intercambio ambos y compañeros de clase, fuimos a esa misión, que resultó ser el principio de una gran experiencia, que marcó mi rumbo en el futuro. Fui asignado a dos pediatras que no hablaban español. Uno era un Doctor de mayor edad y la otra una monja perteneciente a una comunidad religiosa muy moderna de San Antonio, Texas. Fue muy agradable hacer aquel trabajo y por las noches, convivir con la comunidad que nos trataba con mucho afecto.

El día anterior a la llegada del grupo de la fundación, ya nuestro grupo estaba en la isla. Nos fuimos los tres que éramos compañeros a recorrer la playa, muy linda por cierto, caminando a lo largo de su gran extensión y que estaba desolada, salvo por un pequeño grupo de tres personas, dos mujeres y un hombre, que se encontraban sentados en la arena. Al pasar y saludarlos, notamos que estaban hablando en inglés. Después de caminar un buen tramo decidimos regresar. Todavía el grupito de tres personas permanecía en el mismo lugar. Al acercarnos a ellos, los saludamos nuevamente y pensando que eran turistas, nos detuvimos a conversar con ellos, y para sorpresa de todos, supimos, que tanto ellos como nosotros formábamos parte del grupo de apoyo al grupo de la fundación. Pasamos un gran rato conversando y nos identificamos. Ellos eran de la Murray State University de Murray, Kentucky, USA, que desde hacía algunos años estaban haciendo una investigación en una comunidad rural en el estado de Quintana Roo. También en las vacaciones de Navidad, venían con un profesor y un grupo de estudiantes, a realizar trabajos y servicios sociales a la población. Por las noches nos reuníamos a menudo y pasábamos largas horas conversando.

La principal del grupo, Kate, era antropóloga y era la que estaba al frente de ese proyecto. La comunidad le había fabricado una casa al estilo maya, las paredes de troncos de jóvenes árboles y techo de hojas de palmeras, a la que le habían agregado un baño, con las facilidades modernas usuales en nuestros países. Según nos informaron, en aquella comunidad había una gran crisis de salud y pobreza y aunque ellos proveían algunos medicamentos a la población, se limitaban a los de uso común sin necesidad de prescripción facultativa, en poca cantidad y variedades. Venían a solicitar que algunos médicos fueran allá y pudieran evaluar la situación, y proporcionar algunos de los medicamentos que traían para aliviar la situación existente. Lo lograron, y el penúltimo día de la misión en Holbox, designaron a dos doctores en medicina general, para acompañarlos, con una provisión de medicamentos, regresando en las primeras horas de la noche.

Ese era el último día de actividades, pues al día siguiente partía el grupo de regreso a Estados Unidos. En la noche estaba programada una cena con langostas proporcionadas por los pescadores del lugar. Algunos de los miembros de la fundación hicieron un resumen de las actividades realizadas y ofrecieron algunos datos estadísticos. Uno de ellos se refirió a la visita que conjuntamente con otro médico habían realizado a la comunidad rural de San Cosme, que por ese nombre es conocida. El grado de insalubridad era espantoso. Mientras en Holbox, con una población de alrededor de mil habitantes, en cuatro días se habían distribuido poco más de ochocientos medicamentos, en su mayoría vitaminas por no existir gran número de enfermedades, y las existentes todas ellas benignas, en San Cosme, con una población de unos trescientos habitantes, en unas pocas horas se habían distribuido

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

seiscientas, todas las que llevaron, y no las requeridas para el número y seriedad de las enfermedades que allí existían. Esto hizo que la fundación ordenara una investigación sobre las razones por las que durante cinco años habían estado prestando sus servicios asistenciales en un lugar donde prácticamente no se requerían, comparados con la necesidad en San Cosme. Habían sido mal asesorados. En los meses posteriores, la fundación nombró a la monja pediatra para realizar en aquel lugar, una investigación y presentar un proyecto para dotar aquella comunidad de una clínica, atendida permanentemente por un médico nacional, la que incluiría facilidades para odontología y maternidad, totalmente financiada su construcción y operación por la fundación.

A mi regreso a Mérida y a la facultad, tenía claro que mi proyecto de investigación lo realizaría en aquella comunidad y como objetivo, la salud. Pero tenía otro problema, la presentación del proyecto con todos los elementos que lo componían. Los elementos de la confección de un proyecto, habían sido estudiados en el primer año. Era una asignatura denominada Métodos y Técnicas de Investigación, y al no estar cursando la carrera completa, ni haber sido incluida en las seleccionadas y sugeridas por el Secretario Académico al momento de mi inscripción, no tenía los conocimientos que ahora necesitaba. Antes del comienzo de una clase, conversando con dos compañeros, les comenté mi problema, cuando uno ellos, Carlos, hoy uno de mis grandes amigos, me dijo, “yo sé lo que tú necesitas” y tomándome del brazo casi me arrastró con rumbo a la biblioteca. Pidió un título, y cuando lo entregaron, eran dos tomos. Me los dio y me dijo: “esto es lo que tú necesitas”. La solución a mi problema estaba contenida en esos dos tomos, que eran los de la asignatura que yo no había tomado. Al finalizar la clase, me fui a mi casa para ver cómo me podrían servir, tomando en cuenta que era el principio de la última semana anterior a la presentación para la aprobación de mi proyecto de investigación. Pensé que no podría digerir tanto texto y preparar mi proyecto, en el tan poco tiempo que quedaba.

Afortunadamente, ambos textos eran de fácil lectura y comprensión. Leyendo de corrido, identificando dentro de aquella generalidad los capítulos que me eran útiles o partes de otros, cree un índice al cual referirme. Con una parte específica que estudiar, logré extraer lo necesario para profesionalmente dar base a mi proyecto. Basado en el sentido común, en mis estudios y experiencias, preparé los cuestionarios para las entrevistas, y diseñe las tablas comparativas y estadísticas, la muestra con las variables que asumía eran las principales para llegar a una hipótesis científicamente comprobable. Todo, en borradores manuscritos, se lo presente como un anteproyecto a mi maestra, que con algunas pequeñas correcciones y sugerencias, me lo aprobó, pero recordándome que tenía que entregarle el proyecto final completo, escrito a máquina, el próximo lunes. Sabía que un compañero de primer año, Tomás, que me tenía mucho afecto y le gustaba mucho conversar conmigo, poseía una máquina de escribir portátil. Le solicité me la prestara, informándome que la estaba utilizando para un trabajo de una de sus clases, pero como todavía estaba trabajando en los borradores, me la podía prestar por el fin de semana. Un noble gesto que nunca olvidaré. Revisé y refiné mis borradores y el viernes Tomás me trajo su máquina de escribir. Tan pronto terminé mis clases de ese día, me fui a casa y comencé a trabajar en el proyecto final, día y noche durante todo el fin de semana.

El lunes, conjuntamente con la devolución de la máquina a Tomás, le entregué el proyecto a mi maestra como me lo había solicitado. Al día siguiente me lo devolvió

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

aprobado. Pero aún faltaba algo más. Tenía que ir a la comunidad y solicitar permiso de las autoridades correspondiente para efectuar la investigación, y conseguir alojamiento, pues la investigación requería estar permanentemente en el sitio, para observar todas las actividades durante las 24 horas. Al día siguiente viajé allá, una jornada de 4 horas de autobús. La comunidad estaba situada a 8 kilómetros de la carretera, a 80 kilómetros de Cancún. Las autoridades del ejido me dieron la autorización y me proporcionaron la casa adyacente a una iglesia protestante, donde se alojaba el pastor cuando venía a ofrecer sus servicios religiosos, y además me ofrecieron toda su cooperación para llevar a cabo mi investigación. Regresé a Mérida. Informe los resultados a mi maestra y el viernes me entregaron mi carta de presentación para las autoridades de lugar. Lo demás ahora quedaba bajo mi responsabilidad.

El sábado partí en la mañana, llevando conmigo no solo mi material de trabajo para la investigación, sino también utensilios para cocinar y comer, productos enlatados y no perecederos, una colcha para el frío y una hamaca para dormir. Al llegar fui recibido por los dos responsables de la administración del ejido, con quienes tuve la primera entrevista ese mismo día. El domingo me dediqué a recorrer el poblado y a mi paso yo era la novedad. Todos me acogían con saludos y sonrisas. En la noche, como era domingo, celebraron servicios en la iglesia. Al finalizar, muchos de los asistentes pasaron por mi casa. La comunidad estaba compuesta por descendiente mayas y algunos, principalmente las mujeres, solo hablaban su lengua nativa. La mayoría de los visitantes esa noche, solo me miraban amistosamente, pero sin pronunciar palabra. Yo no sé hablar maya, así que la situación se me hacía embarazosa, pues no sabía qué hacer para atender a mis “invitados”.

Los niños, que todos son bilingües, comenzaron a hacerme preguntas y muchas veces mis respuestas le provocaban risa. Se mostraban muy interesados en saber cómo se decían en inglés algunas cosas y cuando en algunas ocasiones no encontraba en mi memoria, o no sabía la traducción, se reían a carcajadas al haberme vencido en el juego de preguntas y respuestas. Todas las noches venían en grupo a visitarme y someterme a prueba. Cuando paseaba por el poblado era muy estimulante oír, de detrás de las cercas de piedra que circulan las casas, voces de niños que algunas veces no alcanzaban la altura de las cercas, me gritaban: “Modesto, Modesto” para saludarme.

En el aspecto social, fueron dos semanas inolvidables. Aquel requerimiento de mis clases en la facultad, me habían proporcionado la oportunidad de realizar el sueño por tanto tiempo acariciado, de convivir en una comunidad rural compuesta de descendientes de una civilización prehispánica. Pude conocer la historia del poblado, narrada por un nieto de unos de los tres fundadores. También mucho de sus costumbres y sus conceptos de unidad y valores humanos. De sus preocupaciones y deseos de superación, y principalmente del estado de salud de la población de todas las edades. La precaria situación económica de las familias, salvo unas pocas, que era ocasionada por lo improductivo de sus cosechas a causa de lo pedregoso de sus tierras. El título de mi trabajo fue: “San Cosme, una comunidad rural con más piedras que tierra”. Sus cosechas, en muchos casos no producían siquiera para la subsistencia. No había otros medios para obtener recursos adicionales. Las mujeres confeccionaban vestidos típicos, con bellos y coloridos bordados, diseñados por ellas mismas, pero no tenían mercado donde venderlos. El más cercano era Cancún, a 80 kilómetros de distancia. Los gastos de viaje para tratar de venderlos allá, prácticamente se

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

llevaban las utilidades. Se los tenían que vender a mayoristas que les pagaban muy poco. Cada vestido requería de unos siete días para su confección y muchas, al venderlos a los mayoristas, su utilidad era el equivalente a un dólar. Los hombres habían organizado una cooperativa para criar cerdos y al final del año, con los gastos de alimentos comerciales para los animales, al venderlos tuvieron una pérdida. La situación era deprimente.

En el ejido había dos escuelas, una de kínder y otra de primaria. En entrevista con los maestros, me informaron del grado de desnutrición de los niños, que se reflejaba en sus estudios. Las ausencias en temporada de invierno eran muy altas, debido a las enfermedades respiratorias contraídas, extendidas más allá de lo común. Sus rendimientos académicos eran bajos, por la mala alimentación. Los niños varones tenían necesidad de ayudar a sus padres en las labores del campo, que le restaban tiempo para sus estudios. En el caso de las niñas, en muchos casos eran retiradas de la escuela, para hacerse cargo de las tareas del hogar y de sus hermanos menores, porque sus mamás tenían que trabajar en sus confecciones de ropa o, en algunos casos, ir a trabajar con sus esposos en sus sembradíos. La alimentación, salvo muy pocos casos, consistía solamente de frijoles y maíz, convertido en tortillas y tamales.

El resultado de mi investigación arrojó datos tan alarmantes, que la fundación americana, a quienes yo les proporcioné una copia a través de su representante, la monja pediatra, amplió sus proyectos de ayuda, para fomentar planes de actividades económicas y ayudarles a salir de su pobreza y mejorar sus condiciones de vida. Cuando terminé mi trabajo, al despedirme, hubo muchas lágrimas de ambas partes, principalmente de los niños. En ese corto tiempo, nos habíamos identificado e integrados de tal forma que tanto para ellos, que con tanto cariño me habían acogido como uno más de su comunidad, así como para mí, que me había integrado como tal, fue muy triste la despedida. Éramos entre todos, una gran familia.

Al regresar de mi investigación comenzaban las vacaciones de Navidad. Me fui a Miami y las pasé con mis hijos y el resto de la familia. Con el producto de la venta de mi auto, que le había encomendado al suegro de Javier, compré una computadora portátil y otros materiales y equipos para mis futuras investigaciones. Les conté de mis experiencias y lo contento que me sentía de estar haciendo algo tan interesante, y de mi vida en la ciudad, que se me parecía tanto a las de Cuba, donde yo viví durante casi 32 años. Pero principalmente era mi estado anímico. Me sentía útil de nuevo, enriquecía mi espíritu con las experiencias, aunque algunas eran muy tristes, como la que acababa de experimentar, pero había otras que me hacían feliz. En ese corto tiempo, se fueron estableciendo amistades con compañeros y compañeras, que se fueron convirtiendo con el pasar del tiempo, en lazos familiares muy fuertes que aún perduran. Algunos fueron más allegados y he sido un participante principal en las bodas de varios de ellos. Cuando se organizaban eventos sociales, culturales o excursiones y me avisaban y les pedía que me inscribieran, me decían que ya era el primero de la lista. Mi casa era como la casa paterna. Cuando querían celebrar un cumpleaños o solo para conversar, lo que yo denomine “círculos literarios” por la variedad de temas que tocábamos, en muchos casos se prolongaban hasta altas horas de la madrugada, incluso hasta el amanecer cuando entonces preparábamos desayuno, siempre eran en casa de Modesto, como ellos decían. Yo para ellos era muchas cosas, su compañero, su amigo, su hermano y para algunos como su padre, todo en uno. La

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

tristeza por la distancia con mis hijos y mi familia, ellos la cubrían y llenaban con su afecto y cariño.

Al regreso de mis vacaciones, me dediqué arduamente a hacer mi informe que resultó tan amplio, que se convirtió en un libro. Mi maestra lo valoró con una calificación de 100 puntos. En una ocasión meses más tarde, un profesor de mi facultad había sido designado para dar una conferencia en inglés sobre la cultura maya, a un grupo de estudiantes americanos de enfermería procedentes de una universidad en Estados Unidos, bajo el programa de intercambio. Consideré que su inglés era muy pobre, y que mi facilidad del idioma y el contenido de mi trabajo, era más apropiado, pues contenía una amplia descripción de una comunidad de esa raza y además una parte muy importante sobre la salud, por lo que me invitó para que yo diera la conferencia, a continuación de una introducción por él. Preparé un librito acompañado de fotos que resultó de mucho interés para esos alumnos de enfermería. Finalizada la conferencia que incluía preguntas y respuestas, algunos se acercaron a mí para obtener mayor información.

En el primer semestre, al estudiar la historia de la civilización Maya, supe de otra civilización muy avanzada, muy antigua, que se remonta a más de 1,500 años antes de Cristo, conocida hoy por civilización Olmeca, que había existido principalmente en el área de lo que hoy son los estados de Veracruz y Tabasco. Su influencia se extendió en toda la zona hoy denominada Meso América, que abarca desde Guatemala hasta Costa Rica en la América Central. Esta antigua civilización despertó mi curiosidad y quise conocer más de ella y leí algunos libros que aumentaron mi interés. Una de las mitologías de la civilización Maya era que ellos constituían el “ombligo del mundo”. Esta aseveración se quedó muy gravada en mi mente.

Un día en ese semestre, revisando un mapa mundi inserto en mi libreta de direcciones por alguna razón ajena a esto, mostraba los cinco continentes en una forma extendida donde se podía observar todos ellos en su extensión territorial. Noté que en la región sur del Globo Terrestre la mayor parte está constituida por agua, y la porción terrestre con una gran concentración en la zona norte. Que mirando la línea divisoria del meridiano 0 que atraviesa de norte a sur, esta pasaba por la parte más occidental de Europa y África, sin tocar Norte América y que además, ese centro no correspondía con las civilizaciones más antiguas, en particular, las de México. Me intrigó como podían los mayas asumir que ellos eran el ombligo del mundo? Cuál era el mundo para ellos? Se me ocurrió a la vista, que si moviera el meridiano cero hacia el occidente del mapa, el centro, la línea vertical divisoria atravesaría Norte América, incluyendo México, y pasaría por el punto marcado en el mapa como Veracruz. Me resultó muy interesante mi observación y me propuse hacer pruebas con un mapa de mayor tamaño y más detalles. En aquellos momentos yo estaba muy ocupado con mi trabajo sobre San Cosme y con las clases que tenía y dejé ese asunto como algo pendiente para más adelante.

En mis vacaciones de Diciembre ya comentadas, cuando fui a Miami, comprando algún material de trabajo, recordé mi inquietud por el ombligo del mundo y comencé a buscar un mapa de plástico que me permitiera hacerle cuantas copias quisiera sin que se dañara. Por casualidad, de pronto aparecieron ante mi vista esos mapas. Compré uno y lo puse junto con todos los otros artículos adquiridos en una sola bolsa y los guardé en mi

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

maleta. Cuando ya estaba en Mérida, al sacar el mapa que había comprado, me di cuenta que era distinto al del incluido en mi libreta de direcciones. Este separaba los continentes euro-asiáticos en dos partes. A primera vista me lucía más estético y las porciones terrestres asídivididas, resultaban más balanceadas. A vista, también observaba que el centro del mapa ahora parecía corresponder a una imaginaria línea vertical que atravesaba parte de Estados Unidos, continuaba por México y terminaba en el Océano Pacífico.

Mi curiosidad siguió en aumento. Le saqué inmediatamente varias copias al mapa para hacer unas pruebas. Doblé una copia en cuatro partes y al abrirlo, la marca del doblez norte-sur corroboraba mi observación. El centro del mundo, desde esa perspectiva, era la observada anteriormente y ese centro era la zona de Veracruz y Tabasco, donde se desarrolló la civilización Olmeca, antecesora de la Maya. Ahora sí tenía sentido la idea de los Mayas, que ellos constituían el ombligo del mundo. Como no tenía un compás, tomé un plato de los que tenía para comer, que era casi exactamente de las medidas de la hoja, y tracé un círculo para verlo mejor. En esos momentos llegó Armando, un compañero que había tenido alguna participación conmigo en las investigaciones de San Cosme. Durante los días que estuvimos juntos en aquella comunidad, habíamos tenido mucho tiempo para conversar y le había comentado de mis inquietudes sobre el tema del centro del mundo. Se impresionó mucho con mi descubrimiento y me estimuló a seguir en mis investigaciones, que se hacían muy interesantes.

En mi segundo semestre del curso 1995-1996 entre las asignaturas seleccionadas había una denominada Taller Antropológico. Consistía, en libremente seleccionar un tema antropológico y hacer estudios e investigaciones sobre él, utilizando métodos y técnicas más avanzadas y presentar un resultado antes del fin del semestre, mediante un reporte con nuestras y observaciones. Para ello dispondríamos de dos semanas, en una fecha específica, para ausentarnos y hacer el trabajo de campo que nos fuera necesario. Los trabajos podrían ser efectuados en grupo, si el tema era coincidente o individualmente, a elección de los alumnos. Yo decidí hacer el mío sobre la civilización Olmeca. Acompañado de otras dos alumnas, Nelly y Julieta, nos fuimos primeramente a la ciudad de Macuspana, muy cerca de Villahermosa en Tabasco, donde vivía un matrimonio amigo, Carlos y Maricarmen, compañeros de la facultad, para organizarnos y junto con ellos, que conocían bien la zona, nos ayudaran en conseguir alojamiento. Aunque cada uno teníamos temas diferentes, el área de investigación era común, pero al estar juntos, aparte de la compañía, estaba la ventaja de compartir gastos que nos resultaría muy beneficioso a todos. Carlos contactó a su abuelita que vivía en Villahermosa y consiguió que nos proporcionara una habitación en su casa que estaba desocupada, para nosotros tres, por supuesto insistiendo en que le pagaríamos algo aparte de agradecerle su disposición. Carlos y Maricarmen pernoctarían en Macuspana y viajarían a diario a Villahermosa para hacer sus investigaciones.

Yo me fui inicialmente al Museo de La Venta y a cada paso me maravillaba más de lo que había logrado esa civilización, al admirar sus obras de arte plasmadas en piedra. También visité el Museo de Historia Regional, donde amablemente el Director me dio todo tipo de facilidades. Pasamos muy bien esas dos semanas y tuvimos oportunidad de juntos, acompañados por Carlos y Maricarmen o por nuestra cuenta, de conocer la ciudad, que es muy bonita. Oportunamente presente un bien detallado informe de mis actividades y

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

conclusiones preliminares de la civilización Olmeca, que me valió otra calificación de 100 puntos.

Suponiendo que mi tiempo en la facultad se había terminado de acuerdo a las limitaciones impuestas por el Secretario Académico al registrarme, organice una fiesta de despedida en la piscina de la casa donde vivía, con un asado y bebidas en la cual me gaste todos los fondos que me quedaban, que resultó muy alegre y divertida. Compré mi boleto de regreso para una fecha antes de comenzar los exámenes pues el Secretario me había informado que, como alumno de intercambio yo no tenía que pasar exámenes. Al ir a pedirle al Secretario el reporte de mis calificaciones y despedirme, me pregunto porque me iba, que yo era un autodidacta que constituía un ejemplo para los otros alumnos y que mis calificaciones eran excelentes. Sorprendido le dije que el mismo me había dicho que mi asistencia a la facultad era por un año solamente, que yo no tenía interés por irme, había mucho que aprender todavía. Ahora su actitud fue diferente. Me dijo que no, que me quedara, que él me lo autorizaba, lo cual me hizo muy feliz. Me entrego mi reporte de calificaciones y a mi solicitud me extendió la carta para el Departamento de Migración para acreditar a mi regreso mi asistencia a la Universidad para el siguiente año.

El conocimiento de los Olmecas, adquirido al hacer el trabajo de investigación, se convirtió en una obsesión por saber más de ellos. Para el período de vacaciones de verano de 1995, decidí pasar solamente un mes en Miami y el resto en Villahermosa, haciendo más investigaciones por mi cuenta. Revisando libros en una librería de Miami para obsequiarle uno a mi maestra, en agradecimiento por la paciencia que había tenido conmigo en un principio y sus valiosas sugerencias y asesorías durante el curso anterior, encontré un libro titulado Maya Cosmos, escrito por dos famosos antropólogos, David Freidel y Linda Schele. Leí la información en su cubierta y me pareció apropiado para ella. Tiempo después me di cuenta que ese libro era en inglés y no sé si la maestra habla inglés. En los días que pasé en Miami, a ratos me dediqué a leer parte de algunos capítulos del libro. Aunque en uno de ellos se refieren a los Olmecas, no profundizan en el tema, aunque sí encontré información que me permitió asociar la civilización maya con la olmeca.

Ya había hecho contacto por escrito con el Director del museo en Villahermosa, solicitándole su ayuda para obtener alojamiento en unas facilidades que tiene el Centro Pellicer para investigadores o participantes en actividades o eventos culturales. Como era temporada de vacaciones, no fue difícil obtener aprobación para una estadía de un mes. En el tiempo que estuve, solamente unos días hubo otros huéspedes, en una habitación cercana a la mía. El dormitorio tenía unas reglas muy estrictas que no permitían visitantes y la entrada se cerraba a las nueve de la noche, sin que permaneciera un guarda para poder abrirla después de esa hora. Era cierto inconveniente, pero era gratis y las habitaciones confortables como las de un hotel.

Mi computadora portátil me sirvió de gran ayuda, pues podía copiar in situ toda la información que aparecía en las tablas en los museos, o escribir inmediatamente impresiones y observaciones. Con un entusiasmo muy grande me fui a Villahermosa. Recorrí de nuevo el museo de La Venta, que es al aire libre y contiene réplicas de las principales esculturas elaboradas por los artistas de los Olmecas en diferentes épocas, algunas de ellas con técnicas muy avanzadas y de un arte purísimo, según expertos. Así fui

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

recopilando datos visuales y comentarios de cada una de ellas. En un salón cerrado y techado, hay piezas pequeñas y otros artefactos arqueológicos.

En el Museo de Arte Regional hice lo mismo con mi equipo, excepto usar el flash. El director me preparó una lista de documentos existentes en la biblioteca del museo, relacionados específicamente con los Olmecas, que me fue de una gran utilidad. En la biblioteca que forma parte del Centro Cultural Pellicer, donde también hay un teatro dedicado a Esperanza Iris, su Director me dio todo tipo de facilidades y donde conectar mi computadora. La biblioteca está en un edificio muy moderno y bien iluminado, con aire acondicionado e incluso una moderna cafetería. Cuenta con una extensa colección de textos que me proporcionaron una abundante información. Durante tres semanas estuve trabajando arduamente. Aunque aún me quedaba una semana de alojamiento, la soledad del lugar, la necesidad de tener que irme a dormir tan temprano (yo no soy dormilón), y la falta de recursos para alojarme en un hotel, me hicieron regresar a Mérida. Ya en la comodidad de mi casa, me dispuse a organizar todo el material obtenido. En el curso 1995-1996 inicié mi tercer semestre y llevaba asignaturas en otros temas y no usé la información recolectada. Todo se desarrolló normalmente durante ese período.

En el siguiente semestre, el cuarto para mí, algo aconteció que turbó mi tranquilidad. Una noche asistía a un evento cultural muy importante en el edificio de la rectoría de la universidad, en el que participaban figuras de gran prestigio en las ciencias antropológicas, al cual la mayoría de los alumnos asistimos. Terminado el evento, a las 9 de la noche, se celebraría un convivio en un museo cercano, con la asistencia por invitación solamente. La maestra Lupita obsequió invitaciones a un pequeño número de sus alumnos, entre ellos yo, para asistir. Allí encontré a varios de mis compañeros y amigos que también habían sido agraciados y entre bocadillos, vino y conversación, se nos hizo casi la media noche. Tomé mi carro e invité a un compañero que vivía cerca de mi casa para llevarlo.

Cuando llegué a casa, abrí el candado de la reja frontal y estacioné mi carro en el porche. Como las luces de esa área estaban apagadas, no noté nada extraño. Al tratar y no poder introducir la llave en la cerradura, más acostumbrado a la obscuridad, me di cuenta que la chapa había sido violentada para tratar de abrir la puerta y habían dañado el cilindro. Me dirigí a una puerta de barrotes de hierro, existente a la entrada de un pasillo lateral que conducía al patio en el fondo de la casa, que debería estar cerrada y asegurada con un candado. Este también había sido violentado y la puerta se encontraba abierta. Continué por el pasillo al patio y al llegar a la puerta de madera sólida que conducía a la cocina, esta estaba semiabierta y el cilindro de la cerradura en el piso cementado en esa área. La empujé y entre a la cocina, donde inmediatamente después estaba la puerta de entrada a un dormitorio, que había convertido en una sala para ver televisión y oír música. Ya con las luces encendidas, encontré un reguero de cosas por todo el piso y me di cuenta que me habían robado. Temeroso de que los ladrones estuvieran aún dentro de la casa, apresuradamente salí y regresé al frente. En la esquina había un teléfono público de donde llamé a la policía, quien llegó a los pocos minutos. Esta es una zona donde viven muchos funcionarios públicos de alto nivel y era constantemente patrullada por la policía. Los agentes policíacos se dirigieron por la misma ruta que yo había recorrido para llegar a la cocina. Yo los seguía a corta distancia. Después de verificar que no había nadie dentro, me invitaron a pasar para revisar los daños y cuantificar las pérdidas..

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

El desorden en aquella habitación era tremendo. Continué revisando el resto de la casa. En el estudio, contiguo a la cocina, menos los libros, todo había desaparecido. La computadora, la impresora, las cámaras, la grabadora, así como el teléfono con contestadora integrado, que lo habían desprendido de la pared. Habían forzado la gaveta de la mesa de trabajo y todo su contenido estaba en el suelo a excepción de las cosas de algún valor como una pluma de escribir Mont Blanc, que había recibido de regalo en New York varios años atrás. En el dormitorio, aparentemente no habían tenido tiempo de desvalijarlo, pues aunque la puerta del closet estaba abierta, todo estaba en orden. De todas formas allí no hubieran encontrado nada, porque yo no tenía dinero, ni joyas, ni nada de valor, excepto mi ropa, nada valiosa. Solamente estaba movido el colchón y faltaba la sábana, que aparentemente usaron para cargar las cosas.

La inspección de la policía indicó que habían llegado por los techos de las otras casas y descendido por el frente, cayendo en una jardinera a lo largo del porche, donde las plantas estaban aplastadas. Los ladrones, al no poder abrir la puerta principal, rompieron el candado de la reja lateral y según la policía, con unas pinzas especiales, aseguraron el cilindro de la puerta extrayéndolo completo, lo que les permitió abrir el pestillo y penetrar. Las marcas en la cerca alta de bloques de concreto que dividía mi casa de la vecina, en la parte donde estaba el calentador, la base de concreto que soportaban este había servido de escalera para subir al techo nuevamente. Las marcas de los zapatos estaban bien visibles. Aunque habían huellas dactilares en muchos lugares, la policía “no pudo” identificarlas con ninguna en sus archivos. Yo no tenía seguro contra robo, así que la pérdida fue total y muy importante al no poder inmediatamente reemplazar el equipo sustraído, principalmente la computadora y la impresora.

Pocos días antes del robo sucedieron varias cosas que de momento no le di la importancia que después adquirieron. Llamadas telefónicas sin hablar; amenazas de una voz femenina con acento extranjero: “pinche gringo, you are dead” (estas muerto). Llamada a la media noche haciéndose pasar por un compañero, pidiéndome que lo fuera a buscar que tenía que hablar conmigo urgentemente. No era lógico a esa hora y al decirle que viniera a mi casa, se negaba e insistía en que saliera. Mi teléfono era manipulado para cortarme la comunicación con otras personas sobre el caso o con la policía y otras que ya ni recuerdo, lo que demostraba que estaba intervenido.

Las cosas que sucedieron antes del robo y el temor de lo que podría suceder en el futuro inmediato, me tenían aterrorizado. El único tiempo que pasaba fuera de casa era el de ir a clases. Apenas si dormía. Cualquier pequeño ruido me despertaba. Cerraba la puerta de mi habitación y además le ponía una silla debajo de la manigueta para que no se pudiera abrir desde afuera. Estaba paranoico. Si seguía así iba a sufrir un colapso nervioso. Se había reforzado la protección de la casa con una reja en la puerta de la cocina al patio y se instalaron sensores en lugares estratégicos en el exterior y sistema de alarma en el interior.

Afortunadamente esa semana comenzaban las vacaciones de Semana Santa. No podía seguir bajo esa presión y decidí irme a Miami por unos días. No sabía si estaba bajo vigilancia y de a poco introduje en el carro un pequeño maletín con ropa y papeles importantes y espere que llegara la noche. El aeropuerto de Mérida tenía solo un vuelo de

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

conexión en la mañana y si me estaban siguiendo, podría pasarme algo en el camino al aeropuerto. Decidí esa noche viajar a Cancún, evadiendo cualquier vigilancia, y allí tomar el primer vuelo que saliera para Estados Unidos.

Salí de casa como para dar un paseo. Di varias vueltas para observar si alguien me seguía. Me baje a comprar cualquier cosa, con el mismo fin. Cuando estuve seguro que nadie me seguía, entre en el estacionamiento donde siempre acostumbraba dejar el carro cuando iba a la ciudad. Les explique que el carro iba a quedar ahí por varios días y que a mi regreso le pagaría por el tiempo transcurrido. Tome mi maletín y cuando estuve seguro que no venía ningún carro, pare el primer taxi que apareció y le pedí que me llevara a la Terminal de Autobuses.

Al ir a comprar mi boleto me informaron que todas las salidas hasta la última de medianoche estaban completamente vendidas, que tendría que esperar hasta la mañana, aunque me dieron una esperanza, que si habían gente suficiente, abrirían una salida pasada la media noche, lo que al final sucedió. El viaje entre Mérida y Cancún es de 4 horas. Llegamos a las 5:00 am. Tome un taxi y me dirigí al aeropuerto. Como a esa hora no había mucho tráfico, hicimos el viaje muy rápido. Afortunadamente estaba al salir un vuelo a Houston y tenía espacio y pude embarcarme. Al despegar el avión me sentí seguro por primera vez en varios días. Al llegar a Houston me encontré que el pasaje en avión a Miami era carísimo y no podía gastar esa cantidad. Tome un taxi a la Terminal de Autobuses y tome uno que salía alrededor del mediodía. Llegue a Miami al día siguiente en la tarde, pero me dio tiempo para dormir y relajarme. Estaba a salvo.

Ya recuperado física y mentalmente, llame a un abogado amigo en Mérida para contarle lo sucedido y pedirle consejo sobre lo que debía hacer. Me contesto que a pesar que creía todo lo que había sucedido, creía habría sido más con la intención de amedrentarme que atentar contra mi vida o hacerme daño físicamente. Sobre mi pregunta si debía regresar a Mérida considero que a su juicio era la mejor opción y enfrentar el asunto con valentía, aunque con cuidado, de lo contrario siempre estaría bajo el temor que se repitiera y eso al final afectaría mi salud, física y mental. Después de considerarlo detenidamente decidí regresar a Mérida y restarle importancia al asunto.

Al reanudarse las clases muchas cosas habían cambiado en la facultad. Todos los compañeros se alegraron de verme y supusieron que mi ausencia en los pasados días se debía a que hubiera ido a pasarlos con mi familia en Miami. Pero la amistad no era la misma. La gente era atenta pero rehuía mi compañía. El aula donde se daban clases de Maestría, donde estaban los equipos de computación con uso exclusivo por ellos, había sido trasladada a otro lugar fuera de la facultad, conjuntamente con el personal docente y alumnos

La vida siguió su agitado curso y mis estudios continuaron. La clase de Didáctica que tomaba, entre sus principales objetivos estaba el presentar el trabajo efectuado en el segundo semestre, en mi caso el estudio de la comunidad de San Cosme, como si fuera una tesis. A su vez, ello serviría como una práctica para la presentación en su oportunidad de una tesis verdadera. Se requería un proyecto completo, con invitaciones al profesorado, alumnado, particulares y entidades académicas afines. La presentación tendría una

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

duración de dos horas, con unos minutos de intermedio, y la media hora final para preguntas, que el alumno debía contestar satisfactoriamente. Había que utilizar elementos de apoyo, como equipos de sonido, audiovisual u otros. Éramos solamente siete alumnos en esta clase y la maestra sugirió hacer la presentación en dos fechas distintas, en sucesivas semanas, acortando un poco el tiempo de cada exponente, para que no se extendiera por mucho tiempo. En el primer grupo estaba yo. A última hora, mis otros compañeros no tenían sus trabajos terminados y la maestra iba a posponer el evento para una semana más tarde. Yo necesitaba viajar a Miami por asuntos personales de urgencia y tenía mi boleto de avión comprado, para una fecha anterior a la nueva propuesta, que no era reembolsable y aunque permitía cambio de fecha, tenía una penalidad de \$100.00 dólares. Expuse el trastorno que me significaría posponer mi presentación y se tomó el acuerdo, por unanimidad, que yo hiciera mi presentación sólo, el día programado y ellos harían la suya, en las semanas siguientes..

Me resulto extraño que en cinco ocasiones me pidieran mi trabajo a exponer para revisarlo. A que se debía tanto interés por mi disertación? A medida que se aproximaba la fecha había una tensión que podía rasgarse con el filo de una navaja. El profesor de Materialismo Histórico y Dialéctico, que sus clases eran en la mañana, amenazo a sus alumnos en suspenderles el examen a los que faltaran a clase en ese día, contrario a uno de los objetivos que era hacer un ensayo de una presentación de tesis y que se suponía que todos los alumnos debían asistir. Un compañero que conocía mi proyecto perfectamente porque había cooperado conmigo en la investigación, le había pedido su ayuda para pasar las diapositivas para que concordaran con el texto, A las 10:00 a.m. del día de la presentación no había llegado y un compañero de salón me ofreció su ayuda para esa tarea, salvándome la parte técnica que era fundamental en la presentación del proyecto.

El día de mi presentación el auditorium estaba lleno de gente extraña y hasta el Director de la facultad despachando asuntos administrativos desde su butaca. De todos mis compañeros, solo uno asistió que se sentó en las últimas filas para pasar desapercibido. He hecho pocas presentaciones en público y ninguna como ésta, con tantos elementos. La presión de saber que era para una evaluación, el nerviosismo me consumía durante las horas anteriores a la señalada para comenzar. Los primeros minutos me sentí inseguro, principalmente porque el micrófono de mesa me estorbaba para leer mi texto y al alejarlo, el audio resultaba muy bajo. Logré encontrar un acomodo, y a medida que avanzaba y la lectura y el sonido se acoplaron, sin darme cuenta, entré en el tema y me olvidé que tanta gente me estaba oyendo y observando. Como si estuviera sólo, con la emoción de lo que había vivido, tuve la sensación que lo estaba viviendo de nuevo y que estaba narrando lo que vivía. La lectura del texto era solo una guía para narrar mi experiencia. Había planeado la proyección de las diapositivas de tal forma, que el compañero que se ofreció a ayudarme en esa tarea, con un texto igual, pero con marcas cuando debería proyectarlas y retirarlas, la imagen no se mantenía en la pantalla más del tiempo necesario de acuerdo al texto. En el carrusel, entre una diapositiva y otra, había un espacio sin utilizar que evitaba que esto sucediera.

En la sección de preguntas ya estaba calmado. Algunas preguntas fueron difíciles, como alguien que pregunto porque yo había venido a estudiar a Mérida. Pero a todas respondí con respuestas claras y concretas, y en ningún caso hubo una solicitud de

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

aclaración o segundas partes. En la audiencia estaba mi maestra Lupita, de mi segundo semestre, cuando hice el trabajo expuesto. Me felicitó y me dijo que estaba muy satisfecha de haber yo sido su alumno. Saqué de mi portafolio mi primer tarea, cuando solo pude usar textos literales de los autores, y prometer mi dedicación para desarrollar los próximos con mis propias palabras. Se lo entregué y me preguntó que era. Al reconocerlo, pudo ver un nuevo escrito en la parte superior de la hoja que decía: “Cumplí mi palabra, hoy pague la deuda” y mi firma con la fecha, se emocionó, me dio un abrazo y nos despedimos. Cuando recibí la nota con mis calificaciones, la maestra de Didáctica me había concedido también, una valoración de 100 puntos.

Mi promedio en esos dos años finalizó con una puntuación de 95.85, a saber:

Curso 1993-1994	Lengua Maya I	Calificación	91
Semestre Sep-Feb	Historia de Yucatán I	Calificación	90
	Etnografía del área Maya	Calificación	100
Semestre Feb-Jul	Historia de Yucatán II	Calificación	85 (“
..	Taller Etnográfico del		
	Área Maya	Calificación	100
Curso 1995-1996	Métodos y Técnicas		
Semestre Sep-Feb	Arqueológicas I	Calificación	100
Semestre Feb-Jul	Didáctica	Calificación	100
	Análisis del discurso		
	(Opcional)	Asistencia	N/A

“Esta calificación resulto tan baja debido a la ausencia durante una semana por estar asistiendo como traductor con los médicos mencionados en otra parte de este relato”

En los dos años precedentes, el Secretario Académico, a mi solicitud, con la constancia de mis notas me había expedido una carta acreditando que estaba autorizado para cursar el año escolar siguiente, para presentar al Departamento de Migración, para mi visa de estudiante. No fue sorpresa para mí, que en esta ocasión se negara a dármele, alegando que el tiempo máximo para alumnos de intercambio era de dos años, que yo ya los había cumplido, una pobre y ridícula explicación sin ningún fundamento, que se contradecía con lo sucedido en el primer año. Todo lo sucedido en ese último semestre, con esto confirmaba mi sospecha que, al menos, algunos miembros del claustro de la Facultad de Antropología de la Universidad Autónoma de Yucatán, habían estado involucrados en esos hechos. Yo no sé los motivos, lo único que se son los hechos como ocurridos. Era obvio que alguien o algunos no querían mi presencia en la Facultad.

Cuando me fui a Mérida en Agosto de 1993, le había alquilado mi apartamento en Miami Beach, completamente amueblado, a la secretaria de mi abogado por el término de un año. Al cumplirse ese plazo me notificó su deseo de permanecer por un año más. En

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Diciembre cuando fui de vacaciones me informó que se iba a casar y que el día último de Enero dejaría vacante el apartamento. Aquello me trajo un inesperado gran trastorno. Yo no podía estar presente para vivirlo o buscar un nuevo inquilino de confianza como ella, que cuidara mis pertenencias. Tendría que pagar doble renta y eso si me creaba una situación económica difícil. Mi vida en Mérida durante ese año y medio había sido confortable por el beneficio del cambio de moneda, pero también había tenido muchos gastos en dólares por los viajes a Miami y los de la universidad, donde pagaba anualmente \$250.00 dólares de matrícula y el primer año \$100.00 dólares y en el segundo \$150.00 dólares por asignatura, por semestre..

Se aproximaba la fecha de mi regreso a Mérida y no había nadie para rentar el apartamento nuevamente. Hablando con el encargado de la recepción en el hotel donde acostumbraba alojarme, le dije de mi situación y me ofreció rentármelo, y creí que me quitaba ese peso de encima. Durante mis estancias en el hotel había tenido la oportunidad de conversar con él en varias ocasiones, y me parecía una buena persona. Por la premura del tiempo que tenía para viajar de regreso a Mérida y su trabajo, no tuve la oportunidad de presentárselo a mi hermano René, que es el dueño del edificio, pero si le informe de ello, con detalles de quién era y donde trabajaba, por si se demoraba en pagar la renta. De todas formas le entregué cheques a mi hermano con fechas del vencimiento de cada mes, hasta Junio, cuando yo regresaría en mis vacaciones, de manera que si él se retrasaba, pudiera cobrar su renta puntualmente, y al pagar el inquilino depositarme el importe en mi cuenta en el banco.

En el mes de Mayo de 1995 me llamó mi hermano para decirme que había encontrado, saliendo de mi apartamento, a dos “señoritas” que no conocía. Al preguntarle que hacían allí, les respondieron que vivían allí, que lo tenían alquilado al dueño, que era un mexicano que vivía en México. René se encolerizó, y les dijo que quien lo tenía rentado era su hermano y que él era dueño de todo el edificio. Que abandonaran inmediatamente el apartamento o llamaría a la policía. Rápidamente sacaron sus pocas pertenencias y se marcharon a toda prisa. Cuando hablamos de eso, me dijo que a quien yo le había supuestamente rentado, según el encargado del edificio, había estado solamente un mes y después no lo había vivido más, hasta que mi hermano se encontró con las señoritas. La descripción que me daba de aquella persona que había vivido solamente un mes, no correspondía con la de la persona con quien yo había hecho el trato, que era el que pagaba el alquiler al encargado del edificio. Le dije que cobrara la renta de los cheques que tenía en su poder, en las fechas respectivas, hasta mi viaje a Miami en Junio, donde aclararía lo sucedido. Mientras tanto que cambiara la cerradura para que nadie pudiera entrar.

Por ese motivo yo tenía que regresar a Miami urgentemente. Mi contrato de la casa que estaba viviendo en Mérida, creía se vencía en Junio y mi situación era muy incierta para firmar uno nuevo antes de irme. Conseguí alguien que estaba dispuesto a comprarme todos los muebles, que se los ofrecí por muy bajo precio para cerrar la operación prontamente. Le di los datos de mi abogado, que se encargaría de preparar los documentos necesarios y avisarle la fecha de la firma y pago. El día convenido, por una confusión entre el comprador y mi abogado, mientras esperábamos al señor en las oficinas de este último donde se suponía se firmaría la compraventa, el señor no apareció, estaba frente a mi casa esperando por nosotros. Creyendo que la demora era por nuestra culpa y teniendo que

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

regresar a su trabajo, le pidió a un vecino me informara que regresaría a las cinco de la tarde . Al llegar a casa, el vecino me dio su mensaje. La buena intención quedaba demostrada.

No obstante, aquello parecía el augurio de una mala transacción, máxime cuando yo iba a recibir solamente el 50% del importe de la venta y la cantidad restante, se la pagaría a mi abogado en los plazos oportunos, asegurados mediante la firma de pagarés. Cuando volvió a la hora prometida, sin saber quién de los dos había sido el que había incurrido en el error del lugar a reunirnos, le informé que algo me decía, que aquella transacción no debía llevarse a cabo, sin saber por qué, y por mi parte la daba por cancelada, devolviéndole su depósito y él mi recibo. Algún tiempo después, al ir con un amigo a un restaurante de una cadena muy conocida, mi amigo era a su vez amigo del Administrador, y al presentármelo, ambos nos dimos cuenta que nos conocíamos. El me reconoció primero y me recordó el incidente. Los dos habíamos actuado honesta y caballerosamente en aquella ocasión, y le dije que mi premonición en aquel momento era válida. Yo estaba otra vez viviendo en Mérida, de una manera permanente. Los muebles me hubieran hecho falta cuando regresé.

Me fui a ver al dueño de mi casa para explicarle todo lo sucedido y pedirle que me diera un mes adicional en el contrato, en la idea que se vencía en Junio 30, cuando al revisar él su copia, constató que era en Julio 31. De todas formas le pagaría por adelantado hasta esa fecha y de acuerdo a lo que decidiría en Miami, regresaría antes del vencimiento, para continuar viviéndola, firmando un nuevo contrato, o vender los muebles y desocuparla. Durante los años que habíamos mantenido nuestras relaciones comerciales, habíamos hecho una buena amistad y una confianza mutua. Me preguntó cuánto tiempo necesitaba para resolver mis problemas en Miami y le contesté que creía que serían como mínimo tres meses, y me propuso, que él me extendería mediante una carta el contrato por ese tiempo, sin tener que pagar renta, que yo con agradecimiento acepté. Al leer la carta que él había redactado y firmado, noté que había incluido un párrafo, donde hacía constar, que todo el contenido de la casa era de mi absoluta propiedad. Fue un gran y amigable gesto. Con este asunto arreglado por el momento, me trasladé a Miami.

Al analizar directamente con mi hermano todo lo sucedido llegamos a una conclusión muy lógica. El señor no tenía nada de respetable ni de honesto. Él trabajaba en la recepción del hotel, donde las habitaciones estaban equipadas para ser utilizadas por largos períodos de tiempo como apartamentos. En Miami Beach era muy común ese tipo de alojamiento, bien por semanas o por meses y venían muchas personas o familias de Sur América, de donde él era originario, y usaban esos hoteles. Le era fácil encontrar clientes, que le robaba al hotel, al ofrecerle el que me había rentado. Eso explicaba el inquilino temporal y las señoritas. Me fui a confrontarlo y no estaba trabajando. Le dejé un mensaje que regresaría más tarde cuando fuera su turno. Ese día no trabajó. Él vivía en el hotel y al día siguiente le pedí al recepcionista que me comunicara con su habitación y logré hablarle, pidiéndole que bajara para conversar, sin decirle de que. No lo hizo y en varios intentos más, no había respuesta al teléfono. Él sabía bien lo que íbamos a conversar.. Comprendí que iba a ser difícil encontrarlo y que si sucedía lo contrario, podría producirse un altercado de sabe Dios qué proporciones o consecuencias. Opté por dejarle un mensaje con el recepcionista que le avisara cuando lo viera, que no se apareciera más por el apartamento

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

pues no podría entrar. La cerradura había sido cambiada. El empleado abrió los ojos al oír aquel mensaje y sorprendido, sin hacer pregunta alguna, asintió. Le di las gracias, volví la espalda y abandoné el hotel.

Me puse a estudiar mi situación y las alternativas. Llegué al convencimiento que al buscar un nuevo arrendador podría correr la misma suerte o peor. Estando a tal distancia y quizás no pudiendo interrumpir lo que estuviera haciendo para viajar inmediatamente a Miami, sería tener siempre una espada colgando sobre mi cabeza. Con mis ingresos proviniendo solamente de mi pensión, no era suficiente para mantener dos viviendas. Las posibilidades de obtener un empleo, fijo y estable eran negativas, a lo más que podría aspirar era, llenar bolsas en un supermercado por propinas, el único trabajo disponible para viejos como yo. No podría tener y mantener un auto, por viejo que fuera, indispensable en Miami, y me vería confinado a un pequeño radio donde pudiera ir caminando. Mi vida diaria estaría supeditada a la caridad gubernamental o de familiares y amigos, con infinidad de limitaciones y escaseces, en una ciudad que nunca había sido de mi agrado. Eso no sería vivir, sino vegetar.

Los dos años vividos en Mérida me habían hecho mucho bien. Muchas cosas me recordaban a mi patria. Con el beneficio del cambio de moneda, vivía cómodamente con un estándar adecuado a lo acostumbrado, sin lujos, pero cubriendo todas mis necesidades y poder disfrutar de algunos entretenimientos. Con eso era feliz. Mis ingresos eran fijos y garantizados. Con el beneficio de ser en dólares, no sujetos a devaluaciones, no temía que temer a quedarme desempleado y sin ingresos. Mi vida había sido y podía seguir siéndolo satisfactoria, permitiéndome mantener alta mi autoestima. Había estado haciendo lo que tanto me gustaba, que era estudiar, y todavía había mucho por aprender. Había logrado éxitos que no habían sido mis fracasos, como tantas veces le dije a Cussy que me sucedía. Las amistades sinceras se multiplicaban y me demostraban que me tenían afecto y cariño. Me sentía rodeado por otra gran familia, no de sangre pero sí de sentimientos, que me consideraban como un miembro de las suyas. Algunos de esos formidables amigos, me consideraban como un hermano y otros más que eso, como un padre. Consideraban que yo había llenado un vacío en sus vidas, no importaba cuán grande o cuán pequeño, donde sabían que había mucho amor que dar, comprensión a sus problemas sin siquiera aconsejar, sino dándoles opciones, diciéndoles lo que yo en su caso haría o poniéndoles de ejemplo experiencias propias, para que tuvieran referentes para decidir por sí mismo como enfrentarlos. Alguien que les estimulaba para salir adelante y compartir la alegría de sus triunfos y apoyo ante sus errores o problemas.

Uno de mis “hijos putativos” como un amigo los bautizó, que su carácter no le hace fácil expresar sus sentimientos, me escribió una carta de cuatro páginas, muy expresiva, muy sentimental, contándome muchas cosas, donde me decía cuanto me extrañaban, que cuando se reunían siempre me recordaban y las reuniones donde yo estaba presente. Que muy a menudo expresaban una frase, que se repetía continuamente: “como decía Modesto”. Que ellos deseaban y confiaban que yo regresara para que todo fuera como antes. Me avisaba de otro de ellos, que se casaría a fin de año y esperaba que yo fuera su padrino de bodas, que más tarde, ya viviendo aquí permanentemente, sus deseos se vieron cumplidos. Otro que quiso que yo fuera quien actuara en su boda como su padre adoptivo, porque su padre biológico, que aun siendo notificado e invitado, ni siquiera asistió. Cuando

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

nació su primer hijo, insistió que yo fuera su padrino. A mí alrededor se había formado una familia, que no siendo de mi sangre, me llenaba el vacío creado por la ausencia de la mía. Que estaban al tanto de mí y de mi salud. Que cuando sentían que yo los necesitaba, no esperaban porque los llamara, venían por sí mismo, y con delicadeza para no herir mi susceptibilidad, con su presencia me decían, estoy aquí, en que puedo ayudarte.

Valía la pena cambiar todo eso, simplemente por usar unos muebles y tener que desprenderme de otros, quizás mucho más baratos, más simples, pero que me habían acompañado en mi nueva jornada, proporcionándome confort y servicios y que de alguna forma, estaban integrados a mi vida? Puesto todo en una hipotética balanza, esta se inclinaba hacia un lado, y era regresar a Mérida. Decidí posponerlo hasta pasar las Navidades y darme tiempo para tratar de vender los muebles. Solo logré vender el juego de comedor por un pago irrisorio. Todo lo que no pude vender lo regalé, aún a gente con la que no tenía esa gran amistad, eran solo conocidos. Doné la ropa que me sobraba y escogí para llevarme, algunas pocas cosas con mucho valor sentimental, que no podía regalar, vender o abandonar y que aún conservo, sanas y salvas, a pesar de las múltiples mudadas. Llamé al dueño de la casa en Mérida y le avisé mi decisión, solicitándole los datos de su cuenta bancaria para hacerle una transferencia por los meses posteriores a la prórroga que me había concedido, a lo que declinó, diciéndome que no me preocupara, que cuando regresara le pagaría. A mi insistencia me dio los datos y le envié el importe correspondiente.

El día 3 de Febrero de 1997 me fui al aeropuerto, una vez más dejando todo atrás, pero en esta ocasión, a recuperar algo logrado. A continuar una vida ya organizada. A seguir aprendiendo y siendo útil. A querer y ser querido. A amar y ser amado. Como no pude regresar a la facultad, me dediqué a organizar mis ideas con respecto a los Olmecas, con el fin de escribir un reporte. Preparé un esqueleto que me sirviera de guía con respecto a los capítulos, y en mi mente fui formando la estructura. Así fue pasando el 1997 y 1998, sin decidirme a comenzar a escribir, pues no tenía computadora. Al no estar asistiendo a la facultad, los días se me hacían largos y aburridos.

A principio de 1999 mi vecino que trabajaba en un banco, fue trasladado a Cancún. Me invitó a que fuera a visitarlo cuando quisiera. En uno de sus viajes a Mérida para estar al tanto de la casa que era de su propiedad, me invitó a ir con él. Yo casi no conocía Cancún. Había estado en el principio de su desarrollo, cuando estaba en turismo, y después cuando estuve trabajando con las monjas en el proyecto de San Cosme, que nos estábamos alojando allí. Tenía idea de Cancún como centro turístico de playa, pero no me imaginaba que la parte ciudad fuera tan grande y con características de una gran ciudad. Su dinamismo era muy intenso. Era un lugar que estaba vivo las 24 horas de cada día. Sentí la adrenalina de cuando vivía en La Habana y en New York y regresé a Mérida con esa impresión. En otra visita de mi vecino para ver su casa poco tiempo después, le comenté mi entusiasmo, y me animó a mudarme allá, diciéndome que de todas formas, lo que estaba haciendo ahora en Mérida podía hacerlo desde Cancún también. Pensé que sería conveniente el cambio a una ciudad más activa y con muchos alicientes y que me levantaría el ánimo para escribir mi reporte, que había madurado más en mi mente. Acepté la idea y me fui con él para ver si conseguía un apartamento y mudarme.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Me presentó un amigo que vivía en Cancún hacía muchos años, Fernando, y conocía bien la ciudad. Me acompañó a recorrer los lugares más apropiados y prontamente conseguimos un apartamento bien situado, casi frente al de él y lo renté. Le avisé a mi casero de varios años mi decisión, y el día primero del mes siguiente, Septiembre 1999, me mudé a Cancún donde celebré la llegada del milenio. Fernando es un personaje polifacético que todo el mundo lo conoce y como está jubilado también, tiene todo su tiempo libre. Me introdujo al círculo de sus amistades y pronto tenía una vida social amplia y pude adquirir un pequeño grupo de amigos de ambos sexos, con quienes compartir. Aproveché las facilidades de crédito de la compañía de teléfonos y me compré una nueva computadora, con acceso a internet.

Con el objeto de pasar el Fin de Año conmigo, vinieron dos de mis “hijos putativos” , José y Rosa, que eran novios en esa época y que el año siguiente se casaron, en cuya boda yo actúe como su “padre adoptivo”. Uno de esos días nos fuimos a visitar Playa del Carmen, a una hora de Cancún. Al caer la tarde, estábamos listos para regresar, cuando caminando hacia la terminal de autobuses, José vio un joven vendiendo unos casetes de música Maya. Él es descendiente de Maya y muy interesado en su cultura y todo lo relacionado con ella. Estudiamos juntos durante los años que yo asistí a la UADY, él estudiando lingüística y yo Antropología Social. Rosa también estudió Antropología Social pero en otros cursos diferentes a los nuestros. Estábamos los tres en una conversación muy amena e interesante con el joven, cuando llegó un señor que se identificó como su tío. Como la conversación prosiguió donde había sido interrumpida, el señor intervino, pues él también era un Mayista que pertenecía a varias asociaciones sobre esa civilización, algunas internacionales y organizaba eventos al respecto. Al extenderse la conversación yo hablé de mi investigación y de mis ideas e hipótesis sobre los Olmecas. Se mostró muy interesado y me invitó a participar en una conferencia de las que organizaba periódicamente. Le agradecí, pero le dije que yo no estaba listo para dar una conferencia pues mis ideas estaban muy desorganizadas y resultaría en un fracaso. Insistimos ambos, él en convencerme en participar y yo a declinar la invitación. En un último intento, como para picar mi amor propio, me dijo que lo que pasaba era que yo no quería compartir mis conocimientos. No me sentí ofendido, pero entendí que eso era lo que proyectaba sin ser cierto. Intercambiamos teléfonos y nos regresamos a Cancún.

Durante el viaje de regreso y los días siguientes que José y Rosa permanecieron en Cancún, en varias ocasiones hablamos de la casualidad de habernos encontrado con una persona con tan altos conocimientos en una materia de interés común para nosotros. Después que ellos regresaron a Mérida, yo me quedé con aquella preocupación por lo que me había dicho el señor y le daba vueltas en mi cabeza como comenzar a escribir. Una noche, el día 28 de Enero de 2000, sentado en mi casa, sólo, como impulsado por un resorte, me levanté de la butaca y me dirigí a mi computadora, con la intención de comenzar la tarea por tanto tiempo postergada. Me conecté y lo primero que hice fue seleccionar un modelo de texto y opté por uno de tesis que era el más apropiado. Me puse a escribir unos párrafos sin una idea específicamente concebida, para practicar. Cuando me detuve, comencé a leer lo que había escrito y me gustó. Eran solo tres párrafos pero me di cuenta que en ellos había escrito el contenido de lo que pensaba escribir, en una forma ordenada y coherente, que después utilicé como prólogo. Sin darme cuenta había comenzado.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Al día siguiente, con ese escrito como guía, comencé a vaciar en tarjetas los temas por capítulos, en un orden cronológico para que ofrecieran continuidad. Todo lo que estaba produciendo lo había hecho anteriormente en mi mente y ahora fluía a raudales. Me tracé metas para obligarme a mí mismo y como fecha final sería el día 15 de Mayo de 2000. La primera meta sería la de redacción hasta el 15 de Marzo, la segunda sería la de edición hasta el 15 de abril y la última, el texto final para el 15 de Mayo, las cuales se cumplieron. La tarea no era nada fácil. Los primeros cuatro capítulos están basados en textos en inglés y para no perder la cronología iba traduciendo y escribiendo simultáneamente, en la misma secuencia del texto utilizado, lo que hacía lento el avance. En Marzo 15 tenía redactado completo un borrador. Lo próximo era la edición. Cuando terminé esa labor todo estaba listo para imprimir el texto final. En esa etapa, decidí encomendárselo a un asesor de tesis, que resultó ser un biólogo, para que lo revisara, debido a que había mucha información científica y temía que hubiera confusiones o errores. Salvo por pequeños comentarios en cuanto a términos científicos, principalmente en biología, que lógicamente acepté y corregí, estuvo de acuerdo con mi tesis y me dio su aprobación.

Frecuentemente José y yo hablábamos por teléfono o por internet y él estaba al tanto de lo que estaba realizando. Él es un fanático de las computadoras y me había sugerido ponerlo en una página web. Yo no sé nada de computadoras, malamente escribir, y convinimos en que sería ideal pero costoso. Un día caminando por una calle que utilizaba para ir al centro, observé que habían abierto un local de cibercafé y ofrecían asesoría, entre ellas, la confección de páginas web. Por curiosidad entre y me dirigí al responsable, pidiéndole información, explicándole en qué consistía mi trabajo. Una vez en posesión de la información necesaria, me ofreció darme una cotización en los próximos días. El día viernes me llamó para solicitarme que pasara por su local para discutirla.

Yo le había pedido a José que viniera a Cancún para que revisara mi borrador ya terminado antes de imprimir el texto final, y poder introducir algunos cambios o sugerencias que pudiera hacerme. Habíamos acordado que vendría el viernes en la noche. Llamé al técnico de computación para informarle que iría el sábado en la mañana con un amigo que conocía de esas cosas, para que nos explicara su oferta. Al día siguiente en la mañana fuimos y tenía elaborado muy profesionalmente un proyecto de página web.

José estuvo de acuerdo que el proyecto llenaba todas las expectativas y pasamos al asunto del precio. Me hizo una propuesta de \$6,000.00 (Pesos Mexicanos, algo más de \$800.00 dólares) que José consideró era razonable, para el trabajo completo dentro de la fecha que yo tenía como meta, o sea Mayo 15. Mis ahorros en ese momento eran muy reducidos y ese desembolso significaba quedarme casi en cero. Decidí finalizar mi trabajo en una forma digna, lo aprobé, rogando a Dios que no se me presentara una emergencia. Convinimos que al día siguiente le llevaría el texto final o un borrador para ir preparando inmediatamente la confección de la página y un depósito del 50%.

Como José aún no había terminado de revisar el texto, imprimí un borrador y se lo llevé con el dinero. Al ver que el texto consistía de unas 100 páginas me explicó que su cotización incluía 25 páginas, de lo cual no me había informado cuando conversamos el día anterior, y el exceso elevaba el costo al doble. Le dije que aceptaba sus disculpas por no

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

haberme informado oportunamente, pero que esos eran todos mis ahorros y no podía invertir ni un centavo más, así que teníamos que dar por cancelado el proyecto. Ya cuando estaba preparado para levantarme e irme, me dijo que lo consultaría con su socio para ver si había alguna alternativa. Regresé a casa donde José estaba haciendo la lectura del borrador y le informé lo acontecido. Los dos estábamos muy desilusionados y seguimos adelante con la revisión, sin saber que haría con el texto final, pero con la satisfacción de por lo menos tenerlo por escrito que pudiera utilizarse en algún momento y no pasar por el disgusto que me dijeran otra vez que no quería compartirlo.

Como a las cuatro de la tarde José estaba finalizando y yo fui a bañarme para después ir a cenar. Yo acostumbraba todos los días, antes de bañarme hacer media hora de meditación. Cuando estaba listo para entrar debajo de la regadera, sentí una sensación de que algo iba a pasar y salí para decirle a José de una forma muy convincente, que la página se iba a hacer, no sabía cómo, pero que tenía una premonición que iba a haber una solución. Unos minutos antes de disponernos a salir para cenar, sonó el timbre del teléfono. Era el señor para solicitarme que pasara por su local que tenía una nueva oferta que hacerme. Nos miramos y pensamos en lo que habíamos hablado uno minutos antes. Fuimos allá y nos ofrecieron hacer el trabajo total como cotizado originalmente y el costo adicional sería cubierto con una inserción de su logo en la página correspondiente a la carátula, por dos años. Aprobé la oferta. La premonición se había cumplido. La confección de la página resultó excelente y el día 13 de Mayo del año 2000 salió al espacio mi trabajo titulado **“Los Olmecas, su origen”** Actualmente, en la fecha de esta edición los visitantes se han incrementado a cerca de 120,000, cuando el contador de visitas dejó de funcionar hace varios años y desconocer el número de visitas actualmente. Mis conocimientos han sido compartidos con ese mismo número de personas, sin yo percibir un solo centavo por ello, sino lo contrario, al pagar por su publicación. Mi misión quedó cumplida.

En Abril 30 del 2001 mi contrato por el departamento en Cancún debía finalizar. La renta había subido el año anterior y la dueña me anunció que para la nueva renovación habría un aumento considerable. Aunque me sentía muy a gusto con Cancún, no podía darme el lujo de vivir allí pagando esa renta que sería casi el 50% de mis ingresos y lamentablemente tuve que optar por mudarme a otro lugar más económico. Después de estudiar varias opciones, consideré la posibilidad de irme a vivir a Chetumal, capital del Estado de Quintana Roo, situado en la Península de Yucatán.

Aunque no la conocía, tenía la impresión que era una ciudad pequeña, pero por ser capital de estado, podría resultar interesante. Dos semanas antes de finalizar mi contrato en Cancún, me fui en un viaje exploratorio. Chetumal no es una ciudad grande, como ya suponía, pero es agradable y también frente al mar. En la misma mañana de mi llegada, encontré un lindo apartamento en un edificio moderno de diez apartamentos, inaugurado el mes anterior. Era más chico que el que tenía actualmente, pero lo suficientemente grande para acomodar mis muebles. La renta era un 30% menor que la actual y estaba muy bien situado a corta distancia del centro, a donde podía ir caminando. Consideré que sería una linda experiencia caminar y explorar la ciudad y vivir el ambiente de una capital pueblerina, con gente sencilla y agradable. Así que esa misma mañana lo renté y regresé a Cancún a organizar mi mudada.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Todos los ocupante de los otros departamentos eran profesionales y uno de ellos era un norteamericano que estaba fomentando una gran extensión de terreno para cultivo de papaya para exportar a los Estados Unidos. El último apartamento por rentarse al lado del mío, lo ocupó la hija del dueño, Melba, que resultó ser una gran amiga con la que hoy, al igual que su novio en aquel momento, hoy su esposo, mantengo una gran amistad. Me mudé el día 28 de Abril. Como todos los vecinos éramos nuevos, no nos conocíamos entre sí. Poco a poco, al encontrarnos en los pasillos nos dimos a conocer y como era gente muy animada, organizaron un asado en la azotea del edificio para el sábado 5 de Mayo donde tendríamos oportunidad, todos juntos, de conocernos mejor. Un día antes me avisaron de la muerte de mi cuñado Manolo, que ya venía enfermo desde hacía algún tiempo y tuve que viajar a Miami sin poder asistir a ese convivio. No obstante, a mi regreso me integré al grupo.

Este lamentable acontecimiento me dio a entender que Chetumal tenía para mí una gran dificultad en viajar al extranjero. Por fortuna, mi hermano René me llamó en la madrugada para avisarme de la muerte de mi cuñado. Inmediatamente llamé a la línea de aviación para obtener espacio en un vuelo a Miami ese mismo día. Habían vuelos partiendo de Mérida y de Cancún, pero el problema eran los horarios. Chetumal, aunque tiene aeropuerto, tenía muy pocos vuelos para conectar. La distancia entre Chetumal y ambas ciudades es casi la misma y lleva aproximadamente unas seis horas en autobús. De Mérida había un solo vuelo partiendo en la mañana que no lograba alcanzarlo. De Cancún partían dos, uno en la mañana que tampoco podía alcanzarlo, y otro a las cinco de la tarde, en el cual obtuve espacio. Llamé a la línea de autobuses y había uno a las diez de la mañana, llegando a Cancún aproximadamente a las cuatro de la tarde. Al llegar a Cancún, inmediatamente tomé un taxi que me condujo al aeropuerto con el tiempo justo para abordar el avión hacia Miami. Como todos mis hijos y el resto de la familia residen en Miami, una situación de emergencia se me podía presentar en cualquier momento y estaba expuesto a no poder viajar en tiempo.

La vida transcurría placentera. Los vecinos, todos solteros, todos con excepción de un médico con un hijo joven, participábamos en frecuentes reuniones, organizando cenas improvisadas en el apartamento de alguno de nosotros, celebración de cumpleaños en el mismo edificio o en un restaurante, como me celebraron el mío. Caminaba mucho recorriendo y conociendo la ciudad y la gente era muy amable y servicial, así que pronto hice nuevas amistades ajenas a los vecinos. Una de ellas, Romualdo, conocido por Mayo, resultó especial. Era empleado de un supermercado que frecuentaba para hacer mis compras, a quien conocí casualmente el día 22 de Junio de 2001 por un tubo de pasta. Resulta que aparecía en oferta unos tubos de pasta dental y decidí comprar uno. Como había comprobado que en esta tienda se hacían muchos trucos con los precios de los artículos, cuando tenía dudas consultaba en los comprobadores de precios. Al hacerlo en esta oportunidad daba un precio normal. Salí buscando un empleado que me dijera la razón y encontré a Mayo en una zona bien alejada del comprobador. No obstante se ofreció para verificarlo lo que me resulto muy amable su actuación. Al pasar la mercancía por el comprobador daba el precio normal, en lugar del anunciado, y sin tener una explicación, me dijo que en la caja el precio saldría el correcto, lo cual no ocurrió, pues lo que había sucedido era que el anuncio de la oferta había terminado el día anterior y no lo

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

habían removido. No obstante, en lugar de molestarme por la información errónea que me había dado el empleado, me quede con una grata impresión por tratar de ayudarme.

Al día siguiente al tener que ir a la tienda a comprar otras cosas, al primero que encuentro acomodando mercancías, fue el atento empleado. Al reconocerlo, regreso a donde estaba trabajando y le pregunto si me recordaba, a lo que contestó afirmativamente y le explique lo que había sucedido el día anterior. El hacía pocos días que había comenzado a trabajar en esa tienda, y al no tener una respuesta, me atendió con una respuesta lógica. Me atreví a preguntarle si le gustaría vernos para tomar un refresco y conocernos más, a lo que acepto inmediatamente y convenimos en encontrarnos a las 4 de la tarde a su salida del trabajo, como así sucedió. Yo no conocía la ciudad y al preguntarle a donde podíamos ir, él me respondió que él tampoco la conocía, pues había llegado hacia muy poco tiempo, solamente un mes antes que yo. Acordamos tomar un taxi y dirigirnos al centro de la ciudad, donde nos sentamos en la Plaza frente al mar.

Mayo era originario de una ciudad costera del estado de Oaxaca que había llegado a Chetumal un mes antes que yo, acompañando a una hermana con cuatro niños de cortas edades, en su mudada a esa ciudad donde su esposo, un militar, había sido trasladado. Fue nuestra primera coincidencia, pues yo también había llegado hacia un mes y era la razón que ninguno de los dos conociéramos la ciudad ni a nadie, fuera el de su familia y yo de mis vecinos.

No obstante nuestro desconocimiento uno del otro, nos comunicábamos muy fácilmente nuestras historias con una fluidez y sinceridad que no nos dábamos cuenta del tiempo transcurrido. En un momento de pausa, miro mi reloj y me doy cuenta que habían transcurrido 4 horas, sin siquiera tomar un vaso de agua. Decidimos ir a comer algo y encontramos un restaurante cercano donde ambos ordenamos cosas ligeras. Al terminar y salir del restaurante le pregunto a donde ir y él me contesto: "al mismo lugar" y allí estuvimos conversando y comunicándonos por otras cuatro horas. Siendo ya tarde decidimos vernos al siguiente día en el mismo lugar y a la misma hora, lo que sucedió así, pero esta vez, luego de un rato de conversación, nos fuimos a mi departamento y desde ese día (junio 22, 1901) no nos hemos separado más, salvo por necesidad y/o corta duración.

Sus frecuentes visitas hicieron que el resto de los vecinos lo conocieran e integraran al grupo. En el mes de Septiembre, exactamente tres meses después de habernos conocido, convinimos en que se mudara a mi apartamento pues donde vivía con su hermana, era muy reducido para tanta gente. Ya teníamos una relación de pareja y habíamos ido a cenar para celebrarlo. Al regresar al apartamento yo le pregunto, si los hombres se pudieran casar si él se casaría conmigo, a lo que contesto afirmativamente. Como esos matrimonios aun no estaban permitidos, nos juramos una relación similar a la de los matrimonios oficiales y fue Mayo quien recito el juramento de "amor, lealtad y fidelidad, en la salud y la enfermedad hasta que la muerte nos separe" y ha sido así por los últimos 14 años celebrados en Septiembre del año 2015.

En Agosto de aquel mismo año, mi amigo Fernando de Cancún tuvo que venir a Chetumal para un tratamiento médico por problemas en una de sus rodillas y se quedó en mi apartamento. En esos días, Mayo había tenido un accidente en el trabajo y se había

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

fracturado el antebrazo derecho y no estaba trabajando, por lo que también dio lugar a establecer una buena amistad con Fernando, con quien salíamos juntos, preparaban comidas toda vez que a ambos les gusta mucho cocinar y visitábamos lugares de interés. Terminado el tratamiento de Fernando y listo para regresar a su casa, nos invitó a acompañarlo y pasar unos días en Cancún, ya que Mayo no estaba trabajando debido al accidente. Aceptamos su invitación y nos fuimos con él donde la pasamos muy a gusto también con otros amigos que yo había dejado allí.

El día que nos disponíamos a regresar, un ciclón que había estado aproximándose desde hacía varios días en esa dirección, azotó esa noche Chetumal. Preferimos quedarnos en Cancún un día más hasta ver lo que pasaba con el ciclón. En la mañana supimos que el ciclón había pasado sobre Chetumal pero que había producido pocos daños, por lo que nos embarcamos hacia allá en un autobús a la media noche que, llegaría a las primeras horas de la mañana siguiente. Al estar próximo a la ciudad, el autobús se detuvo y después otros, pues más adelante en la carretera se había producido un deslave y no se podía continuar. Estábamos en un lugar desolado, el autobús no tenía radio para comunicarse con la base, y sin noticias de que posibilidades habían de continuar. Los conductores consultaban entre ellos que hacer y aparentemente prevaleció la opinión de uno de ellos, de retornar a la ciudad inmediata anterior para llamar a las oficinas y recibir instrucciones, Mientras tanto, los pasajeros podrían desayunar, ya que habíamos viajado toda la noche sin parada. Nuestro conductor no informó nada, yo lo supe porque estaba en un grupo con ellos cuando acordaron el plan. Le explique a Mayo lo que íbamos a hacer, y comenzó el regreso. Como la noche estaba muy oscura y la mayoría de los pasajeros venían durmiendo, nadie se dio cuenta que habíamos pasado la ciudad donde se suponía pararíamos. Yo que venía despierto me percaté. Desperté a Mayo y le dije lo que había notado. Adujimos que por alguna razón pararía en otro lugar cercano. El autobús siguió su recorrido y el conductor no nos avisó de nada de adonde se dirigía.

A las once de la mañana, en las afueras de Playa del Carmen, después de cinco horas de travesía sin parar, nos informó que desde esa parada continuaría hasta Cancún. Los pasajeros que quisieran quedarse en Playa del Carmen les serían reembolsado el importe de sus pasajes. Los que continuaran a Cancún serían acomodados en los próximos autobuses que salieran para Chetumal o les sería reembolsado el importe de sus pasajes. El resto de los pasajeros que tuvieran destinos a ciudades más lejanas continuarían en ese mismo autobús por la carretera de Campeche a la ciudad de México. Allí supimos que el deslave era grande y el ejército estaba tratando de restablecer el paso con reparaciones de emergencia. Como no se sabía cuánto eso podría demorar, decidimos regresar a Cancún donde teníamos donde alojarnos en lo que durara la reparación de la carretera. Llegamos al mediodía. Mayo se quedó en el andén esperando recoger las maletas y yo fui al interior de la estación para obtener información. Afortunadamente me encontré con un amigo que trabajaba en la compañía de autobuses en que viajábamos, quien me informó que a las dos de la tarde saldría un autobús con destino a la ciudad de Chetumal. Si el paso estaba restablecido, podríamos seguir a nuestro destino, de lo contrario, el autobús nos llevaría a Bacalar, un pequeño pueblo en las márgenes de una famosa laguna del mismo nombre a quince minutos de Chetumal, desde donde podríamos cruzar en las lancha que estaban proporcionando ese servicio, para tomar de nuevo la carretera más allá del deslave, donde habían taxis esperando.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Cambié mis boletos por otros para ese autobús y cuando estaba en ese trámite se me acercó Mayo para informarme que el autobús se había ido a cargar gasolina para continuar el viaje a Ciudad México, llevándose todas las maletas. A la una y media aún no había regresado. Si no llegaba a tiempo perderíamos el nuevo autobús por la falta del equipo. No podíamos despegarnos de allí y estábamos con un hambre tremendos, por la cantidad de horas sin ingerir alimentos. Me fui corriendo a la acera de enfrente donde habían varios comercios y pude comprar unas pocas cosas de comer y refrescos. Al fin llegó el autobús con las maletas y abordamos el que nos llevaría casi al mismo punto de donde habíamos partido en la mañana. En el camino, el conductor del autobús hizo una parada donde nos aprovisionamos de algunos alimentos.

A las ocho de la noche llegamos a Bacalar bajo una fuerte lluvia. Nos informaron que las lanchas habían suspendido los viajes por lo peligroso de la navegación en la noche y no saldrían hasta el otro día en la mañana. Como ya regresábamos a Chetumal, el dinero que teníamos era poco y nos daba solamente para pagar la lancha y nos quedaban unos pocos pesos. No había ningún banco ni cajero automático donde pudiéramos obtener dinero. Tratamos de conseguir un alojamiento barato pues no podíamos dormir a la intemperie por la lluvia. Cuando estábamos en esa gestión, se nos acercó una camioneta con dos jóvenes informándonos que estaban haciendo gestiones con la iglesia para que abrieran un albergue que tenían, pues había mucha gente en la misma situación que nosotros. Nos indicaron donde estaba el albergue y que los esperáramos allí. Poco tiempo después llegaron con las llaves y más de 20 personas allí nos alojamos. Con el dinero que nos quedaba, aparte de lo que tendríamos que pagar a la lancha, salimos a buscar donde comer algo que se aproximara siquiera a una comida. Todo ya estaba cerrado. Encontramos un restaurante que estaba cerrando y nos ofrecieron un plato de sopa que era lo único que le quedaba. Nos lo comimos como si fuera el más rico manjar y regresamos al albergue.

En la mañana nos fuimos al muelle para ver si podíamos cruzar la laguna. Cuando llegamos, alguien había madrugado más que nosotros, pero siendo los tres primeros, consideramos que tendríamos espacio en la lancha. Por fin llegó el “capitán” que nos informó que las lanchas cargarían primero los periódicos que iban a transportar a Chetumal y dependiendo del peso y la capacidad sobrante, llevarían los pasajeros que cupieran. Al final pudo acomodar cinco o seis y provistos de chalecos salvavidas, subimos a la lancha buscando los espacios entre las bolsas conteniendo los periódicos y el capitán indicándonos donde sentarnos para compartir el peso. El agua casi llegaba al borde superior de la lancha. Por no ser un lugar de tráfico usual, tenía que navegar con mucho cuidado de no atascarse en los manglares. La laguna tiene una gran profundidad y todo esto resultaba peligroso. Por fin llegamos a la orilla sanos y salvos donde tomamos uno de los taxis que estaban aguardando, hasta la ciudad de Chetumal.

Esta experiencia de nuevo me indicó del peligro que para mi representaba vivir en Chetumal. Esa ciudad contaba con una sola carretera para comunicarse con el exterior. Estos deslaves eran frecuentes en temporada de lluvias y no habían hecho nada efectivo para evitarlo. Afortunadamente, tengo entendido, que después de este percance las autoridades correspondientes tomaron cartas en el asunto y desapareció ese peligro. No

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

obstante tomé la decisión que al término de mi contrato de arrendamiento por un año, me mudaría a otro lugar, no sabía cuál, y se lo dije a Mayo.

En Enero del 2002 le ratifiqué a Mayo mi intención de regresar a Mérida y decidió mudarse también conmigo a aquella ciudad. El trabajo que tenía en el supermercado lo había tomado con carácter temporal para ahorrar algún dinero para regresarse a Oaxaca. Estaba pasando por una situación emocional muy difícil. Era el menor de cinco hermanos y el único varón. Cuando tenía 13 años supo que su mamá tenía una enfermedad terminal y murrió dos años después. Se quedó en su casa viviendo con su papá y un sobrino seis años menor, que sus padres estaban criando como hijo. Comenzó sus estudios en la universidad en la ciudad capital de Oaxaca en la carrera de derecho. Su padre se había casado de nuevo y se llevó al sobrino, que era como su hermanito, y él decidió quedarse viviendo solo en la casa familiar que era inmensa de grande con cuatro dormitorios. Un día cuando tenía 19 años, viniendo de la universidad para visitar la familia, bajándose de un taxi, en ese mismo momento llegaba una hermana de la nueva esposa de su papá, para informarles que su padre había fallecido a consecuencia de un derrame cerebral que había sufrido unas horas antes. El choque nuevamente fue tremendo. En poco tiempo, se había quedado huérfano. Sus hermanas estaban casadas y solo una, la que casi lo crió y a la que él llama mamá, era la única que vivía en otra ciudad cercana al pueblo donde vivía en la casa familiar. El sobrino y él se fueron a vivir con su hermana. Aunque él la veía y la ve como una madre, el trauma que había sufrido lo dejó destruido a tan corta edad. Abandonó sus estudios en la universidad y vivía día a día, sin tener un plan de futuro. Un día decidió marcharse sin rumbo fijo. Por espacio de tres años estuvo viajando por México de ciudad en ciudad, tomando empleos temporales para subsistir, aunque se mantenía en contacto con su hermana-mamá. Estando una vez cerca de donde vivía su hermana casada con un militar, decidió ir a visitarla. En esos días ella estaba preparando su mudada a Chetumal y le pidió que se quedara para que le ayudara con los cuatro niños. En su oportunidad los acompañó y fue cuando nos conocimos en Chetumal.

Mayo estaba desorientado y sin rumbo. Las posibilidades de obtener un buen empleo con seguridad y futuro allí no existían. La relación que habíamos desarrollado le había servido de mucho al encontrar alguien en quien podía confiar, tras aquella soledad en que había quedado. Decidió irse conmigo a Mérida donde existían mejores oportunidades y podíamos seguir compartiendo la misma relación que por un año habíamos mantenido.

En Abril me avisaron que Gladys, mi única hermana, le habían descubierto un tumor cerebral que no era curable y que estaba muy grave en estado de coma. Por esas casualidades de la vida, al llegar a Chetumal falleció Manolo mi cuñado. Al salir de Chetumal falleció mi hermana. Me trasladé inmediatamente a Miami y ese mismo día tomándole la mano y pidiéndole mentalmente que despertara, salió del coma. Estuve una semana a su lado en el hospital. Como la situación se prolongaba y nadie sabía por cuanto tiempo, me regresé para viajar a Mérida para conseguir una casa y mudarnos antes de fin de mes, que se vencería el contrato de arrendamiento que tenía. La conseguí rápido y a fines de Abril nos mudamos. Unos días más tarde mi hermana falleció, pero yo no fui a su sepelio. Preferí recordarla como la había visto viva, por última vez. Aunque en cierta forma fue muy duro no estar presente en aquellos momentos, me siento reconfortado al recordarla viva. Muchas veces cuando hablo de ella, me parece que no ha desaparecido físicamente,

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

pues yo no la vi muerta. En mi corazón, en mi memoria, ella siempre está y estará presente como si estuviera viva. La mañana en que debía celebrarse el funeral, me encontraba en el baño de la casa afeitándome, muy triste por no estar presente. El baño solo tenía una pequeña ventana que daba a un estrecho pasillo que la separaba de la casa colindante. Era una mañana típica meridana, sin ninguna alteración ambiental. De pronto, una fuerte ráfaga de viento pasó por detrás de mí, lo cual no sucedió en ninguna otra parte de la casa o en el exterior. Inmediatamente, lo primero que pensé, era que mi hermana se estaba despidiendo. Esa noche, hablando por teléfono con mi hermano para saber del entierro, a la hora que salía el féretro de la funeraria, era la misma en que yo sentí la ráfaga. Fue un consuelo que me ha acompañado, yo no estaba presente, pero mi hermana vino a despedirse de mí.

Todas mis amistades de Mérida se pusieron muy contentas con mi regreso. Mayo comenzó a buscar empleo y el día 16 de Mayo comenzó a trabajar para Wal Mart en un supercenter que habían inaugurado un año antes, con un sueldo inicial del doble del que ganaba en Chetumal, con muchos beneficios y oportunidades de futuro. Aquello lo cambió. Comenzó a sentirse seguro de sí mismo, miraba hacia el futuro y veía la luz al otro lado del túnel. Su carácter amistoso y servicial, además del amor por su trabajo, le ganó la amistad de mucha gente y la confianza de sus superiores. Dos años después fue nombrado segundo jefe del departamento de caballeros. La relación que manteníamos se había consolidado y había sido muy beneficiosa para ambos. Yo me había acostumbrado a la vida de jubilado y con una familia adoptiva a mí alrededor, también se había llenado un vacío en mi vida sentimental.

En Diciembre de 2003 para las fiestas de Navidad, Malena, la hermana-mamá de Mayo con sus tres hijos, vino a pasarlas con nosotros. Yo no los conocía personalmente, solo a través del teléfono, pero nuestra relación a distancia era muy cordial. Sus sobrinos tenían, la mayor, Cintia 16 años; su sobrino Arturito 11 y Gregorio (Goyo) solamente 6. También vinieron los dos hijos mayores de su hermana, que ahora vivían en Cancún, a donde había sido trasladado su cuñado el militar, nombrados Sergio de 15 y Alex de 12 años. Fueron unos días muy felices en familia. Malena me acogió con un gran afecto y los niños con cariño, principalmente Goyo que se apegó mucho a mí. El día que se fueron, después que partió el autobús, estuvo llorando por dos horas, preocupado por quien iba a cuidar a su tío Armando y quién lo iba a despertarlo a la hora de almorzar. Desde esa fecha todos decidieron llamarme tío Armando. Arturito recientemente (Enero 2015) se graduó de Doctor en Medicina.. Cintia tiene una relación muy bonita con dos hijos, hembra y varón, que son un encanto y Goyo terminando sus estudios de secundaria para continuar sus estudios universitarios.

En la última cena que celebramos juntos en Mérida el día antes de su partida, Alex, el más pequeño de los dos hijos de su hermana Carmen de Cancún, cuando todos estábamos sentados a la mesa disfrutando del postre, dejó escapar, como si estuviera sólo, una expresión que todos recordamos: “estas Navidades van a ser inolvidables”. Y así ha sido para todos. Yo reviví la emoción de aquel año, viviendo en el ingenio, en unas Pascuas que vinieron en un autobús escolar, mi abuela, varios de mis tíos y tías con mis primos, a pasarlas con nosotros. Aquellas fueron también, unas Navidades inolvidables.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

En las vacaciones del siguiente año fuimos a Salina Cruz, donde vivía su hermana, y toda esa gente me colmó de tantas atenciones y me brindaron tanto cariño, que me han convertido en una parte integral de esa familia, igual que yo me siento de la de ellos.

Para las vacaciones de 2005 yo hice planes para un recorrido para visitar varios lugares del centro de México, que me habían sido recomendado hacía más de 50 años cuando vivía en el ingenio. En aquella oportunidad yo trabajaba en las oficinas del almacén de materiales. Un fotógrafo profesional vino de La Habana, enviado por la empresa para tomar fotografías del ingenio. Yo era un aficionado a la fotografía en esa época y me mostró un gran número de fotos de distintos lugares, entre ellos de México. Me regalo dos fotos, una de las cuales quedo grabada en mi memoria, que correspondía a Lago Pascuaro, donde botes de pescadores con sus redes atravesadas sobre los botes, parecen alas de mariposas posadas en el agua. Siempre he recordado como si fuera aquel día, cuando me habló de distintos lugares de México de los que yo retuve en mi memoria varios nombres. En una parte de la conversación me dijo: “si algún día vas a México, no dejes de visitar “ un circuito que incluían esos lugares antes mencionados. Para ampliar su indicación, levantando su mano derecha y haciendo un semicírculo en el aire, me dijo que saliendo de la ciudad de México, todas estaban en un semicírculo como el que describía con su mano. No sé exactamente en qué fecha fue, pero tuvo que haber sido antes de irme a La Habana a trabajar en el banco en 1952, o sea más de 50 años atrás. En aquel tiempo, viajar al extranjero y en avión, era algo solamente disponible para gente muy rica. Al decirme, si algún día fuera a México, era como un astronauta decirle a alguien hoy, si algún día vas a la luna. Pero siempre estaba latente en mi mente esa recomendación como algo a realizar.

Yo siempre recordaba aquella conversación y a pesar de haber visitado el país varias veces y después viviéndolo por más de doce años, en las vacaciones de 2005 preparé un itinerario, donde al consultar un mapa para hacerlo, efectivamente estaban en la dirección que me había indicado con su mano aquel hombre. El viaje estaba planeado para hacerlo en compañía de otros dos amigos en su carro, pero en el último minuto, por razones de trabajo se vieron obligados a cancelar su participación. Al venir nosotros dos solos y tomando en consideración que el tramo de Mérida a la Ciudad de México en autobús toma 23 horas, hice una modificación, trasladándonos por avión a Guadalajara, aprovechando una tarifa de promoción muy económica, y realizar el recorrido saliendo de esa ciudad en lugar de México, lo cual el orden de los factores no alteraba el producto. Semanas antes de iniciar el viaje, transmitieron por televisión durante cinco días, un programa en vivo desde la ciudad de Aguascalientes en el estado del mismo nombre, donde se mostraba, entre otras cosas interesantes, una fuente danzarina en frente de donde estaban sentados los presentadores del programa. Quede impresionado, y lo guardé en mi mente para algún día visitarlo. Al eliminar del plan original los días de la transportación terrestre Mérida- México -Mérida, ahora se abría un espacio de tiempo para poder visitar otra ciudad.

Malena, la hermana de Mayo se había mudado con los niños hacía pocos meses a la ciudad de Zacatecas en el estado del mismo nombre. Los días ganados al viajar en avión podíamos usarlos para ir a Zacatecas. Acordamos hacerlo así y visitar a la familia. Como Aguascalientes está a menos de dos horas de Zacatecas, planeamos de esos días en aquella ciudad, dedicar uno para bajar hasta Aguascalientes y visitar la fuente, en la idea

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

que era una ciudad pequeña y que no tendría mucho que ver. Salimos una mañana temprano y al llegar tomamos un taxi que nos llevó directamente a la fuente. Aguascalientes, en la época de los ferrocarriles era un lugar muy importante, por su posición geográfica que lo sitúa en el mismo centro de la región norte del país. Por ese motivo tenía grandes instalaciones para reparación y mantenimiento de gran volumen de locomotoras y otros equipos del sistema. Al decaer el ferrocarril tanto de pasajeros como de carga con el incremento de carreteras y equipos de carga móvil, la importancia y la actividad decayeron y hoy todas aquellas instalaciones han sido convertidas en un museo muy interesante. La fuente danzarina, que cuenta con iluminación, aun de día es un espectáculo maravilloso y relajante, con aquellos chorros de agua de todos los grosores y altitudes, danzando al compás de los acordes de una música sinfónica o popular que producen algo digno de admirar y disfrutar.

Terminada la visita, preguntamos a un policía que muy amablemente nos había acompañado durante nuestro recorrido por aquellas instalaciones, como llegar al centro de la ciudad. Siguiendo sus indicaciones y caminando por sus calles, confirmamos la primera impresión desde el autobús. Era una ciudad con rasgos arquitectónicos de una época reciente, no colonial como otras tantas ciudades de México, y una gran modernidad, tanto comercial como habitacional. Una ciudad muy limpia y su gente muy amable. Tomamos un tour en un tranvía que nos llevó por los lugares cercanos al centro y quedamos prendados. Sabíamos que tenía que haber más, pero no teníamos tiempo para averiguarlo. Lo que sí le dije a Mayo fue que, “a esta ciudad si yo vendría a vivir”.

Hay dos cualidades que son las que más yo admiro en una persona y que son: el amor a su familia y a su trabajo y Mayo las tiene ambas. Yo sabía de su gran anhelo de algún día poder estar cerca de su hermana y sus sobrinos y pensé para mis adentros, que vivir allí sería una gran oportunidad de lograr sus deseos, por la proximidad con Zacatecas. Por mi parte yo quedé enamorado de Aguascalientes. En el viaje de regreso le sugerí la posibilidad de mudarnos allí y sus ojos brillaron y su faz se iluminó de alegría. Yo le dije que estaba dispuesto, pero los dos estábamos conscientes que no podía dejar su trabajo, ante tan buenas perspectivas que existía en Mérida para su crecimiento profesional y su futuro. Cuando regresáramos íbamos a estudiar el asunto.

Entré en la página web del estado de Aguascalientes y encontré una amplia información. Pude conocer su historia desde su inicio en la colonia y su constitución en estado hace solo un siglo, provocado por un beso. Su potencial económico. Su crecimiento industrial, comercial y habitacional. Sus vías de comunicación y su planificación ciudadana. Sus numerosas rutas de transportación que cruzan la ciudad en todas direcciones y a una frecuencia reducida. Su previsión de futuro al construir anillos periféricos para el tráfico vehicular, mucho antes que la necesidad lo obligue. La amabilidad de sus habitantes que no obstante su diversidad, al ser provenientes de otros estados se integran a los lugareños, donde se disfruta del trato de una ciudad pueblerina, a pesar de su expansión y modernismo. Una ciudad limpia y segura donde se vive con tranquilidad. Hospitales públicos y privados con los últimos adelantos de la ciencia. Una gran preocupación por la cultura y las artes. Con una gran capacidad para la educación primaria y superior, con más de 20 universidades, públicas y privadas y otros centros educacionales de distintos niveles

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

y especialidades, para proveer de esos recursos a su población que tiene un promedio de edad más bajo que el de la media nacional. En fin, un lugar donde da gusto vivir.

Para las vacaciones de 2006 teníamos planeado venir de nuevo a esta región, donde aún nos quedaban muchas cosas y lugares por visitar y dedicar varios días a conocer más ampliamente Aguascalientes. Aproximadamente dos semanas antes de comenzar las vacaciones, Mayo tuvo conocimiento de la próxima apertura de otra de las tiendas de la organización Wal Mart en la ciudad de Aguascalientes. La empresa tiene una política que cuando va a abrir un nuevo centro de comercio de sus diversos giros o actividades, lo avisa a todos sus empleados por si alguno está interesado en ser considerado para alguna plaza en el nuevo centro laboral. Me consultó si debía solicitar su traslado para esa nueva facilidad y yo consideré que estaba dentro de los planes generales que habíamos discutido varias veces después de nuestra visita, y que por mi parte, si era aprobado, yo estaba dispuesto a mudarme.

Inmediatamente envió su solicitud y a los dos días le contestaron que estaba a consideración y que próximamente le harían una entrevista telefónica, la que en los siguientes días se produjo. Los traslados no solo tienen que ser aprobados por la administración del nuevo lugar, sino también por la gerencia del lugar donde se encuentra laborando el empleado. El Director de Mérida, que estaba muy satisfecho con su trabajo y le había manifestado su intención de promoverlo a una posición superior, entendió la principal razón de su solicitud de cambio que era estar cerca de su familia, cosa que la empresa estimula mucho entre sus empleados, y dio su aprobación. Dos días antes del inicio de las vacaciones llamaron a Mayo para avisarle que su traslado estaba aprobado y que solo se requería una entrevista personal, a lo cual les contestó que para él no era problema porque en dos días, el viernes, saldría hacia Zacatecas de vacaciones. La persona encargada de este asunto, le fijó una cita para el martes 8 de Agosto a las cuatro de la tarde.

Debido a la inseguridad del momento por estar pendiente del resultado de esa entrevista, no pudimos hacer planes de mudanza, aunque si yo había consultado dos agencias dedicadas a esa actividad, obteniendo dos cotizaciones similares, con una diferencia entre una y otra muy pequeña. Decidimos que si no era aprobado, continuaríamos con los planes de las vacaciones. Caso contrario, de ser aprobado, tan pronto como esto sucediera, alquilaríamos una casa y nos trasladaríamos a Mérida a organizar la mudada. El día de la cita fue aprobado para la misma posición de segundo jefe del departamento de caballeros que estaba desempeñando en Mérida por los últimos dos años. Aunque ya iba a comenzar el entrenamiento de todos los elegidos, como él era un empleado en activo con experiencia, le dijeron que terminara sus vacaciones y se incorpora al día siguiente de terminarlas, que sería el día 23 de Agosto de 2006, lo que nos dio margen suficiente para organizar la mudanza. La casa la conseguimos en dos horas reuniendo todos los requisitos que habíamos considerados como importantes, con un ahorro en renta de más del 50% del actual en Mérida. Al día siguiente partimos hacia Mérida y enseguida comenzamos a empacar. Llamé a una de las dos agencias de mudanzas contactadas anteriormente y después de reconfirmar su presupuesto, fijamos la fecha de salida para el sábado, y entrega el lunes 21 en Aguascalientes. Nos quedarían solamente un

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

día antes de Mayo comenzar a trabajar, para organizar lo imprescindible. Después continuaríamos poco a poco, lo más rápido posible.

Como nuestros planes a futuro solo los habíamos compartido con muy pocas personas, se puede decir que a todos los tomó por sorpresa, alegrándose por las ventajas, pero lamentándolo por la separación. Mis hijos putativos y amigos, organizaron una comida de despedida en casa de Carlos y Maricarmen, unos de los más queridos. A muchos no pudieron contactar y otros por compromisos previamente contraídos no pudieron asistir y después me enviaron e-mails o nos llamaron por teléfono, Aun así, el número fue grande y algunos que no los veía desde cuando asistía a la facultad , estaban entre los asistentes..

Mayo y yo sabíamos, porque nos lo habían demostrado, que había mucha gente que nos tenía mucho aprecio y nos quería, pero nunca imaginamos que fuera tan grande ese afecto y ese cariño. Pasamos una tarde maravillosa, recordando muchas cosas de los tiempos en la facultad y otras anécdotas de los últimos 12 años. Yo tenía un compromiso a las nueve de la noche para entregar la casa a su dueño y como a las siete anuncié mi retirada. La despedida duró una hora y todos permanecieron hasta el último minuto. Lo abrazos y las lágrimas se repetían, unos tras otros, a medida que nos despedíamos. Mis hijos putativos y sus esposas, eran los más afectados, con ellos la relación había sido muy estrecha porque así se produjo, no por preferencia. Maricarmen la esposa de Carlos, abrazados ambos a mí, me decía una y otra vez: Modesto, no te vayas y Carlos, tú vas a regresar, tú tienes que regresar. María Luisa y Rachi, que es muy duro para expresar sus emociones, lloraba como un niño sin poder pronunciar palabra. Erik y Concha, no tenían consuelo así como José y Rosa y su hijo Imix, mi ahijado, triste, preguntando porque se iba su padrino. Todavía no podían aceptar la idea que yo me alejara de ellos, pero me aseguraban que nunca me olvidarían. Nelly, Julieta, Basilia, Julio, el profesor Martín, Alejandro Cabrera, todos consternados me deseaban buena suerte. Lo mismo sucedió con los compañeros de Mayo, los más cercanos y con los que tenía menos trato. Todos se despidieron de él con tristeza y también muchas lágrimas corrieron. Fue un gran, emotivo y sincero homenaje a la amistad.

La vida en Aguascalientes resulto como esperaba. Se comenzaron a hacer nuevas amistades con los compañeros de Mayo y el trato con personal de los comercios del barrio o prestadores de servicios. A medida que íbamos conociendo más la ciudad, encontramos lugares como bellos parques, vetustas casonas unas y modernas residencias otras. Lo hermoso de sus plazas y sus grandes centros comerciales. Su amplia variedad de restaurantes, algunos especializados en diferentes estilos de comida nacionales y extranjeras y muchas cosas más, como su Feria de San Marcos, de fama internacional que se celebra anualmente desde mediados de Abril a mediados de Mayo.

La proximidad con la familia de Mayo nos había proporcionado una relación familiar muy cercana, al poder estar juntos en ocasiones especiales como cumpleaños. En Navidad nosotros lo pasamos con ellos y vinieron aquí por Año Nuevo. Cintia ya tiene dos hijos, hembra y varón, preciosos. Arturito en Enero 2015 se graduó de Médico Cirujano y Goyo a mitad del bachillerato, ahora cuentan con dos tíos, en lugar de uno. Malena y Mayo disfrutaban enormemente cuando se reúnen tan frecuentemente, lo que en los años precedentes les llevaba muchos meses y hasta años. Para ella yo soy un hermano. Como si

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

fuera poco tanta dicha, efectivo Marzo 1 de 2007, Mayo fue promovido a Jefe del Departamento de Caballeros de Wal-Mart Supercenter de la ciudad de Aguascalientes.

En septiembre de 2011, una nueva tienda de Wal-Mart se abrió en Aguascalientes. Mayo fue seleccionado para hacerse cargo de todo el área de ropa, de caballeros, damas, niños y niñas, bebes; joyería, zapatería y línea de blancos, una gran responsabilidad con tres subjeses y 18 empleados a sus órdenes. Como siempre, el amor a su trabajo se ha dejado ver al superar con creces las metas de venta proyectadas por la empresa y ser reconocidas con menciones honoríficas.

Nuestra relación se había consolidado y el día 22 de Junio de 2012 sería el XI ANIVERSARIO de habernos conocido. Para celebrarlo, planeamos formalizar nuestra relación de pareja en New York mediante una ceremonia matrimonial en los primeros días del mes de Mayo en esa ciudad, donde recientemente habían sido aprobados por las leyes del Estado los matrimonios de personas del mismo sexo, aprovechando un periodo de vacaciones y tener yo que asistir a una cita médica.

Sin estar seguros de los trámites para ese fin, ya en New York, nos presentamos en la Corte de Queens, para indagar. Al llegar había una larga fila de personas y nos integramos a ella. Al observar que las personas cuando llegaban a una persona encargada de su organización dirigía a los asistentes en dos direcciones distintas, me adelanto a explicarle que yo estaba solamente en fila para conocer los trámites para el matrimonio, me pregunto dónde estaba mi pareja y ordeno que estuvieras juntos en el lugar en la fila. Al llegar nuestro turno, nos indicó penetrar por una de las dos puertas de entrada. Ya dentro del edificio encontramos una gran cantidad de parejas, pero todas de ambos sexos. Viendo que todas las parejas estaban llenando un formulario alguien nos ofreció uno y comenzamos a llenarlo.

Al llegar nuestro turno acudimos a una ventanilla donde un empleado comenzó a capturar datos en su computadora con mucha rapidez y en unos pocos minutos nos entregó una autorización para contraer matrimonio, lo cual podíamos realizar pasados 24 horas y pedirnos cuando lo realizaríamos, que fijamos para dentro de dos días después, o sea, el día 16 de Mayo de 2012. Todo sucedió con tanta rapidez, que lo que en un principio fue solicitar información se convirtió en un permiso para contraer matrimonio. Pensando que eso pudiera suceder, veníamos preparados con los anillos y ropa apropiada para la ceremonia.

El día señalado, acudimos al mismo edificio, donde pagamos los derechos correspondientes y nos sentamos a esperar nuestro turno para la ceremonia. Durante todo este proceso, nosotros fuimos la única pareja del mismo sexo en este trámite, y nadie, siquiera con una mirada, se asombró o comento de nuestra presencia y objetivos.

Por fin llego nuestro turno y entramos en una capilla con un ambiente apropiado para el caso, presidido por una Jueza, quien amablemente nos dio la bienvenida y con muy buen humor, efectuó los ritos reglamentarios y nos declaró casados.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

Han pasado 14 años de nuestro primer encuentro y tres desde nuestro matrimonio y nuestra relación sigue firme a pesar de los augurios de muchos de que esa unión no sería duradera y el desprecio y rechazo de otros. En ese mismo tiempo hemos cultivado amistades que nos han proporcionado el cariño que otros han despreciado. Durante todo ese tiempo hemos conocido de muchos matrimonios heterosexuales, que han fracasado y han procreado hijos, que en el mejor de los casos, han sido criados por solamente un miembro de la pareja. Pero como dice un refrán "Al que Dios no le dio hijos, le da sobrinos" y el de un amigo que dice: "Dios se encarga de crear la compensación".

En la fecha de lo sucedido en el año 1984 anteriormente narrado, a mi pregunta de cuándo sería mi muerte, se me informó una fecha, ya muy próxima, que Mayo conoce. Ante la posibilidad que resulte cierta esa fecha, he decidido dejar por escrito este relato como testimonio de los principales acontecimientos que ocurrieron en mi vida, tal y como ocurrieron.

Dios ha sido muy generoso conmigo, a Quien le agradezco Su bondad.

Modesto Armando Mendoza Chávez

Ciudad de Aguascalientes

Aguascalientes, México

(Texto original)

Marzo 21 del año 2007

(Texto editado 1)

Abril 10 del año 2012

(Texto editado 2)

Septiembre 30, 2015

UN PASTEL DE TRES LECHEs

COMENTARIOS

En muchas ocasiones, cuando he contado partes de mi vida a algunas personas, me han sugerido que debía escribir un libro. Aunque era una idea que en cierta forma me agradaba, no por vanidad, sino por recopilar información, no consideraba que mi vida fuera de importancia como para escribir una biografía.

Nunca imagine la emoción experimentada al recordar tantos momentos de mi vida. Hay un refrán que dice, “recordar es vivir” y esa ha sido la experiencia. Vivir de nuevo tantas cosas.

Este texto editado, tiene un objetivo de llegar a cualquier persona interesada en mi vida y conocer aspectos no incluidos en el original. En la vida no todo es “miel sobre hojuelas”. Un pastel de tres leches también tiene como ingrediente su porción de “azúcar amarga” y esta coronado por “la cereza del pastel”

Si acaso en estos hechos, pude tener alguna culpa o mi actuación no haber sido la correcta, pido disculpas por ello, en la seguridad que nunca ha sido mi intención lastimar o dañar a nadie. Para aquellos que pudieran haberme ofendido, traicionado, despreciado o dañado en un momento dado, no guardo rencores, recordando una frase de un amigo que decía: “La naturaleza (Dios) se encarga de crear la compensación”. Y Dios ha sido muy generoso conmigo, propiciando la compensación con tantas cosas buenas que han acontecido en mi vida.

La parte más difícil de este trabajo ha sido la revisión gramatical que a pesar de las múltiples revisiones, siempre he encontrado errores gramaticales, de sintaxis u ortografía que se han escapado, por lo que pido disculpas. Lo mismo hago por omisiones o errores de fechas donde la memoria me haya traicionado.

A todos los que de una forma u otra han intervenido en mi vida, muchas gracias por haberla enriquecido con las experiencias.

LA CEREZA DEL PASTEL

EL Y YO

(Poema)

¡Oh Dios! Que cruda realidad,
en el mundo en que vivía ya no existo más.
Un mundo de ilusión y fantasía donde nada es realidad,
donde el estar despierto es estar dormido,
donde el dormir es despertar,
un mundo al cual nos aferramos con feroz tenacidad.

¿Cómo digo que no existo si aún tengo una vida corporal?

Es que los hilos de amor
que me ataban a ese mundo como cordón umbilical,
fueron desapareciendo, uno ahora, otro más allá,
hasta quedar solo uno,
que con silencio e indiferencia se fue dañando,
hasta que en un reciente día
también dejó de funcionar.

Entonces quede flotando en un limbo
de una soledad abismal,
donde solo se subsiste
por la capacidad de amar y perdonar.
En ese mundo vivo ahora, donde todo es temporal,
nada tiene continuidad,
ni pasado ni futuro,
solo un presente fantasmal.

Un Patel de Tres Leches Con Azúcar Amarga

En el mundo en que ahora vivo, nadie me quiere encontrar

pues allí dicen:

“los muertos, muertos están”

y los fantasmas no rondan este *paraíso terrenal*.

Este limbo se asemeja a un penal,

donde los presos esperan por su libertad real.

Para unos la espera será más corta,

para otros parecerá una eternidad.

Para mí es como el reo que va a ser ejecutado.

Mi expediente está completo,

Todo lo dicho y hecho ya ha quedado registrado.

De algunos privilegios aun puedo disfrutar,

hasta el día en que me pasen a la cámara letal.

Ese día entrare a un mundo misterioso

por toda una eternidad.

¿Qué es? ¿Cómo será? Qué más da,

ya a su tiempo lo sabré, y espero sea precioso.

Allí enfrentare al Juez Supremo,

El último que me va a juzgar.

En ese juicio final,

Ya nadie podrá influir y nada podrá cambiar.

Sera un asunto privado,

Entre **Él y yo**

Y nadie más.

Modesto Armando Mendoza Chávez

Julio 11, 1999.